

CRIMEN & CIA.

**Barbara
Vine**

**INOCENCIA
SINGULAR**



En inocencia singular se plantea un crimen que es, en realidad, un ajusticiamiento. Faith cree llegada la hora de la ejecución de su tía Vera, declarada culpable de haber asesinado a su hermana Eden. Gracias a los documentos reunidos por la protagonista y un joven escritor de novelas de misterio que ha decidido ayudarla.



Barbara Vine

Inocencia singular

Crimen & Cia. - 7

ePub r1.5

Titivillus 18.05.15

Título original: *A Dark-Adapted Eye*

Barbara Vine, 1986

Traducción: Montserrat Serra Ramoneda

Diseño de cubierta: Jordi París

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



A mi padre y mi madre

1

LA MAÑANA en que murió Vera me desperté muy temprano. Los pájaros habían comenzado su algarabía. Eran más numerosos y cantaban más fuerte en nuestro frondoso suburbio que en el campo. Allá, en el valle de Dedham, nunca los había oído cantar de ese modo desde las ventanas de la casa de Vera. Seguí acostada, escuchando unas notas que se repetían con monotonía. Debía de ser un zorzal, haciendo justamente lo que el poeta Browning decía que hacía y repitiendo dos veces cada melodía. Era un jueves del mes de agosto, cien años atrás; en realidad, sólo hace de eso poco más de treinta y tres años, la tercera parte, pero parece tanto tiempo...

Únicamente en esas condiciones específicas es posible saber que una persona va a morir. Por regla general, una muerte es algo que podemos pronosticar, conjeturar o prever con bastante seguridad, pero cuyo advenimiento no está prefijado a la hora y al minuto, sin remisión. Y Vera iba a morir a las ocho en punto, eso era inapelable. Comencé a sentirme mal. Permanecí absolutamente inmóvil esperando oír algún ruido en la habitación vecina. Si yo estaba despierta, mi padre lo estaría también; en cuanto a mi madre, me sentía menos segura. Ella nunca había ocultado que las dos hermanas de mi padre le desagradaban, y ese sentimiento era una de las desavenencias que habían minado su matrimonio, aunque seguían juntos en la misma habitación y en la misma cama. En aquel entonces, la gente no se separaba ni rompía su matrimonio con tanta facilidad.

Pensé levantarme, pero primero tenía que saber dónde estaba mi padre. Hubiera sido terrible que nos encontráramos en el pasillo,

arropados los dos en nuestras batas, con los ojos turbios por la falta de sueño, y que nos hiciéramos cumplidos para cedernos el cuarto de baño. Antes de verle quería lavarme, peinarme y vestirme... sentirme preparada. Pero lo único que oía era el zorzal, que ahora repetía su frase, no dos sino cinco y seis veces.

Mi padre iría al trabajo como de costumbre, estaba segura. Y nadie mencionaría el nombre de Vera. En casa no habíamos hecho un solo comentario sobre aquel asunto desde la última visita que mi padre le hizo a Vera. El único consuelo que tenía mi padre era que nadie, aparte de nosotros, lo sabía. Un hombre puede sentirse muy próximo a su hermana gemela sin que nadie se haya enterado de esta relación, y ninguno de nuestros vecinos sabía que mi padre era el hermano de Vera Hillyard. También lo ignoraban los clientes del banco. Era más que probable que la gente hablaría de la muerte de Vera, por razón de su sexo entre otros motivos, pero si hoy el cajero jefe le comentaba la noticia a mi padre, yo tenía la certeza de que éste se mostraría ligeramente interesado y le respondería, muy tranquilo, con el tópico más apropiado. Al fin y al cabo, tenía que sobrevivir.

En el pasillo crujió un listón de entarimado. Oí como se cerraba la puerta de su dormitorio y luego la del cuarto de baño, de modo que me levanté. Era una mañana clara y apacible, aunque no se veía el sol y el cielo tenía un color lechoso. Me pareció que la naturaleza estaba a la espera, lo mismo que yo. Las seis y media. Si miraba desde cierto ángulo de mi ventana, en el paisaje que divisaba no aparecía ni una sola casa; tan denso era el follaje de los numerosos árboles y arbustos que era como mirar un claro en un bosque intrincado. Vera solía burlarse de este lugar donde vivían mis padres, decía que no era ni campo ni ciudad.

Ahora mi madre se había levantado. Era estúpido madrugar de este modo, como si fuéramos a salir de viaje en vacaciones. Antes, cuando iba a Sindon, solía levantarme a estas horas tempranas, emocionada y llena de expectación. ¿Cómo era posible que deseara estar con Vera, que cuando se hallaba sola conmigo no era más que una arpía que me regañaba sin motivo? Y en cuanto aparecía Edén, ambas cerraban filas y se aliaban para lograr que todos los demás nos sintiéramos excluidos por mucho que intentáramos penetrar en su círculo. Supongo que tenía esperanzas de lograrlo. Al fin y al

cabo, yo iba creciendo y ello podía hacer que Vera cambiase su actitud con respecto a mí. Pero nunca ocurrió... hasta casi el final. Y para entonces ella necesitaba tan desesperadamente un aliado que no podía permitirse el lujo de escoger y hacer remilgos.

Me dirigí al cuarto de baño. Era fácil saber si mi padre había terminado sus abluciones. Se afeitaba con navaja, al estilo antiguo, y después de cada pasada limpiaba la hoja en un pequeño cuadrado de papel de periódico. Él mismo llevaba al cuarto de baño el periódico y el jarro de agua caliente, pero al terminar dejaba todo aquello para que mi madre lo retirara: el recorte cuadrado de papel de periódico con un montón de crema de afeitar lleno de pelos de barba y el jarro vacío. Yo me lavaba con agua fría, pues en verano sólo encendíamos el calentador una vez por semana para darnos un baño. En cambio, Vera y Edén se bañaban cada día y ese baño diario era una de las cosas que me gustaban de Sindon, aunque Vera, con su actitud, daba a entender que, de haberme sido posible, yo me hubiera librado con gusto de esta obligación.

Había llegado el diario. Claro, la noticia no saldría hasta mañana, y estaría resumida en unas escuetas líneas. Hoy no venía nada acerca de Vera. El asunto estaba pasado y olvidado hasta el día siguiente por la mañana, cuando, como una breve llamarada, el país entero hablaría de ella, tanto la gente que lo lamentara como los que dijeran que le estaba bien empleado.

Mi padre estaba sentado ante la mesa del comedor leyendo el periódico. Era el *Daily Telegraph*, el único que leía la familia. Mi padre se reservaba el crucigrama para la noche, y lo mismo hacía Vera, quien sólo una vez durante todos aquellos años le telefoneó para preguntarle la solución de una palabra que la estaba volviendo loca. Sin embargo, Edén, cuando llegó a ser rica y a tener casa propia, le llamaba a menudo, lograba que mi padre le acabara el crucigrama por teléfono. Ella nunca fue tan hábil como sus hermanos para estas cosas.

Mi padre levantó la vista y me saludó con la cabeza, sin sonreír. La mesa seguía cubierta con el mismo mantel de la víspera, de cuadros amarillos para que no se notaran las manchas de huevo. Aún había racionamiento para los productos alimenticios, y, como la carne andaba muy escasa, comíamos muchos huevos. Mi madre tenía gallinas ponedoras en nuestro jardín suburbano; se las oía

cacarear, pero sus correrías quedaban ocultas tras espesos setos de laurel y madreSelva. No obstante, aquella mañana no nos sirvió huevos para desayunar, ni siquiera copos de avena. Seguramente consideraba que los copos de avena hubieran sido una frivolidad, por el hecho de estar envasados en cajas de color naranja y blanco. A mi madre siempre le había disgustado Vera, y el intenso amor que mi padre sentía por su familia la exasperaba, pero tenía un gran sentido de las conveniencias y de lo que debía hacerse en cada momento. Sin decir palabra, mi madre nos trajo unas tostadas que había cubierto, mientras estaban calientes, con una fina capa de margarina, junto con un bote de mermelada de jengibre y calabacín, y una tetera llena de té.

Yo sabía de antemano que me iba a ser imposible probar bocado, pero mi padre comió. Me daba cuenta de que para él las cosas debían seguir su curso normal. Había hecho un esfuerzo monstruoso, sino para olvidar, al menos para comportarse como si lo hubiera olvidado todo; era un asunto superado, por completo liquidado. El silencio se vio interrumpido por su voz, áspera y teatral, cuando mi padre comenzó a leernos un artículo acerca de la guerra en Corea. Leyó sin interrupción una columna tras otra. Resultaba embarazoso escucharle, porque nadie se pone a leer así de pronto, sin una explicación o una excusa.

La lectura debió de durar unos diez minutos. Continuó leyendo hasta el pie de la página, donde seguramente decía que la historia proseguía en una página interior. No volvió la página. Se interrumpió en la mitad de una frase: «En el Lejano...». No dijo «Oriente» sino que dejó el diario sobre la mesa y, después de alinear bien sus páginas, lo dobló una vez, y otra y otra más, hasta darle la misma forma alargada que tenía cuando el chico lo dejó caer en el buzón.

Las palabras «en el Lejano» flotaron en el aire, adquiriendo un significado curioso, muy diferente del que el periodista había querido darles. Mi padre cogió otra tostada pero no hizo ademán de comérsela. Mi madre lo observaba. Me imagino que, hace mucho, alguna vez ella debió de mostrarse afectuosa con él, pero mi padre no tuvo ni el tiempo ni la capacidad de aceptarlo y aquella ternura se había marchitado por falta de estímulo. Por eso yo no esperaba que se acercase a él y le tomara la mano o le abrazara. ¿Lo hubiera

hecho yo, de no haber estado presente mi madre? Quizá. El mutuo amor de aquella familia no solía mostrarse abiertamente. En otras palabras, nada de abrazos. Los gemelos, por ejemplo, no se besaban nunca, aunque las hermanas solían saludarse acercando las caras sin tocarse y lanzando un beso al aire.

Eran las ocho menos cuarto. Yo me repetía mentalmente (como el zorzal, ahora silencioso), «En el Lejano, en el Lejano».

Cuando aquello ocurrió, y se lo dijeron, mi padre se sumió en un paroxismo de rabia, de incredulidad, de impotentes protestas.

—¡Asesinada, asesinada! —repetía a gritos, como un actor en una tragedia isabelina, como una persona que irrumpe en el interior de un castillo dando voces para comunicar terribles noticias. Y luego dijo—: ¡Mi hermana! ¡Mi pobre hermana! —y también—: ¡Mi hermanita!

Pero el silencio y el disimulo cayeron como una losa, tapando aquel asunto. La losa se levantó unos momentos, después de la muerte de Vera, cuando, sentados al anochecer en un cuarto cerrado, mi padre y yo oímos de labios de Josie lo que había ocurrido aquel día de abril. Mi padre jamás lo volvió a mencionar. Su hermana gemela quedó borrada de su mente e incluso, por increíble que ello parezca, se hizo pasar por hijo único. Una vez le oí decir que no lamentaba no haber tenido hermanos ni hermanas.

Sólo cuando cayó enfermo y ya le rondaba su propia muerte volvió a revivir el recuerdo de sus hermanas. Aquella hemiplejía pareció ejercer una curiosa acción fisiológica que le dejó desprovisto de todas sus capas de inhibición y de reserva. Lo mismo reía que lloraba, mientras daba rienda suelta a un incontenible torrente de palabras, inteligibles a medias, con las que intentaba explicar lo que había sentido aquel verano. Los años de represión habían transformado el amor que antes profesara a Vera en temor y repulsión, y sus ilusiones habían quedado destrozadas, tanto por el tira y afloja y la inmoralidad de Edén (él empleó esta palabra, no me la invento) como por el mismo asesinato. A mi madre le hubiera gustado decir, aunque no lo hizo, que por fin él veía a sus hermanas tal como fueron en realidad.

Mi padre se levantó de la mesa sin acabarse el té. Dejaba su segunda tostada en el centro del plato y el *Telegraph* plegado y con los bordes maniáticamente paralelos a la esquina de la mesa. No nos

dijo una palabra ni a mi madre ni a mí. Subió las escaleras, volvió a bajar, y la puerta de entrada se cerró tras él. «Caminaré a lo largo de las umbrosas calles —pensé—, dando rodeos para que la media milla que le separa de la estación se convierta en dos, escondiéndose del tiempo en lugares donde no hay relojes.» Entonces caí en la cuenta de que había olvidado su reloj de pulsera sobre la mesa, pues levanté el periódico y allí estaba.

—Deberíamos habernos marchado a algún sitio —dije.

—No veo por qué —repuso airada mi madre—. Ella casi nunca venía aquí. No hay razón para dejar que ahora nos eche.

—Y no la hemos dejado —la apacigué.

Me pregunté cuál de los dos relojes iba bien, el de pared, que señalaba las ocho menos cinco, o el de mi padre, que marcaba las ocho menos tres minutos. El mío lo tenía en el piso de arriba. ¡Cuánto tiempo tardan las agujas en recorrer tan poco espacio! Me parecía que aún faltaba una eternidad. Mi madre recogió los platos y demás restos del desayuno en una bandeja y se la llevó a la cocina. Allí comenzó a trajar haciendo mucho ruido, golpeando las tazas; era una manera de manifestar que ella no tenía culpa ninguna, que era inocente y se había visto arrastrada al seno de esta familia a través de su matrimonio, sin saber nada. Lo mío era distinto, yo llevaba la misma sangre que ellos.

Subí al piso superior. Mi reloj estaba encima de la mesilla de noche. Era nuevo, me lo habían regalado mis padres con motivo de mi licenciatura. Nadie comentó el hecho de que a causa de lo ocurrido me licenciara con una calificación inferior a la que todos esperaban. La esfera del reloj era pequeña, no mucho mayor que la corona de menudos diamantes que adornaba mi sortija de prometida, colocada junto al reloj, y había que acercarse mucho para leer lo que indicaban las manecillas. «Dentro de un momento —pensé— los cielos se resquebrajarán y resonará un trueno inmenso; la naturaleza no puede permanecer impasible.» Pero no ocurrió nada. Sólo los pájaros habían enmudecido, cosa que de todos modos hacían a esta hora, cuando, una vez establecidos sus derechos territoriales, se posaban cada uno en su árbol y comenzaban su rutina diaria. ¿Y cuál sería hoy mi rutina? Había algo que pensaba hacer: llamar a Helen. Hablaría con Helen. El hecho de que me dirigiera a Helen en busca de consuelo, y no al

hombre que me había regalado aquel anillo con una corona de diamantes tan grande como la esfera de un reloj, constituía un símbolo de lo que sería mi actitud durante mi noviazgo y mi posterior matrimonio.

Me acerqué a la mesilla de noche con un andar estudiado, consciente de mí misma, como una mala actriz en una función de aficionados. El director me hubiera interrumpido y obligado a repetir la escena, me hubiera ordenado alejarme y recomenzar mis movimientos. Estuve a punto de marcharme para no ver la hora, pero cogí el reloj y miré. Tuve la mareante sensación de que me desplomaba en una larga caída, dando tumbos, cuando advertí que había pasado el momento. Ahora todo había terminado y ella estaba muerta. Las manecillas del reloj señalaban las ocho y cinco.

Había tenido lugar la única clase de muerte que puede ser pronosticada al minuto, la muerte en la que la víctima cae con los pies por delante, a través del suelo, a un espacio vacío.

2

DURANTE LOS ÚLTIMOS treinta y cinco años vi su nombre impreso en tres ocasiones. Una vez en el titular de una serie de artículos que publicaba un periódico acerca de las mujeres que habían sido ahorcadas en Inglaterra desde 1900. Viajaba en el metro y eché una ojeada al periódico que iba leyendo un hombre sentado a mi lado. Las letras de su nombre me saltaron con descaro a la vista, negras, verticales, produciéndome un sobresalto. Me apeé en la siguiente parada. Por un lado me moría de ganas de leer aquel periódico vespertino, que entonces era el *Star*, pero por otra parte sentía temor, y el temor venció. Antes de ésa, su nombre había salido en *The Times* cuando la abolición de la pena de muerte era el tema candente del momento. Un miembro del Parlamento la había mencionado durante un debate y su nombre apareció en la crónica de la sesión parlamentaria. Pero antes ya lo había leído en un libro de una biblioteca pública.

En el lomo del libro estaban impresos varios nombres, *Vera Hillyard, Ruth Ellis, Edith Thompson* y dos o tres más. Lo retiré con precaución del estante mirando a mi alrededor para asegurarme de que nadie me observaba, y lo sostuve entre mis manos, notando su peso y su forma, pero hubiera sido dar un paso demasiado grande el llevármelo de allí para abrirlo y leerlo. Era mejor esperar. Me prepararía, trataría de encontrarme en un estado de ánimo relajado y objetivo. Dos días más tarde regresé a la biblioteca, pero alguien se lo había llevado. Cuando finalmente me hice con el libro había logrado desechar el temor y las prohibiciones, y me hallaba en un estado de emocionada agitación. Ansiaba leer lo que un observador

externo tenía que decir acerca de mi tía.

Fue una desilusión: no, más que eso. El autor no había entendido nada. Había tergiversado la atmósfera, no reproducía en absoluto el «sabor» de nuestra familia y, por encima de todo, le daba a aquel asunto otro sentido. Indignada y molesta, tomé la determinación de escribirle, y durante un día me sentí decidida a señalarle en mi carta que Vera no era una virago celosa ni Edén una infeliz a la que intimidaba con amenazas. Pero no le escribí, ni tampoco terminé de leer el libro, pues comprendí que la lectura de aquellos capítulos me había sido beneficiosa. Provocó en mí una catarsis, fue como un exorcismo que me hizo mirar las cosas cara a cara y decirme a mí misma que sólo era mi tía, que únicamente me atañía de una manera lejana y que podía pensar en ella sin sentir verdadero dolor. Y de hecho así ocurrió. Yo no estaba metida en ello en cuerpo y alma, con amor y odio como los demás, mucho más cercanos a ella. Incluso consideré escribir algo sobre aquello, un informe, visto desde dentro, de cómo era Vera y de las causas que condujeron a aquellos acontecimientos.

Pero debía pensar en Jamie. Eso fue antes de encontrarle y charlar con él junto a la tumba de Landor. El autor del informe que yo había leído lo describía como un peón tan ajeno al amor como al sufrimiento, una figura de madera y no un niño, una marioneta que carecía de importancia porque no había presenciado el crimen, puesto que alguien lo había agarrado segundos antes para sacarlo a toda prisa de la habitación. Yo apenas había pensado en él durante aquellos años en que habría seguido creciendo. Resultaba difícil creer que en el pasado yo hubiera deseado con tanta intensidad que me nombrasen su madrina. Pero después de leer aquellos fragmentos del libro de la biblioteca, aquellos capítulos hasta tal punto inexactos y falsos que el autor parecía estar describiendo a otra familia y no a la nuestra, comencé a pensar en él. Comprendí que para algunos miembros de la familia se había convertido en un estorbo. Era el catalizador que lo había provocado todo. Seguramente les parecía que hubiera sido mejor que este niño no hubiera nacido, mejor también para él, y éste es un pensamiento espantoso. El proceder más sensato, desde el punto de vista de Jamie y también de los demás, era mantenerle alejado. Entonces pensé de una manera confusa y vaga que, cuando fuera a Italia,

trataría de ponerme en contacto con él.

Fue en parte Jamie, su existencia, el hecho de que hubiera nacido y ahora fuese un hombre capaz de padecer un sufrimiento continuado, lo que me impidió escribir sobre aquel asunto. Además, dudaba de mi propia habilidad para reconstruir la vida de Vera. Tenía muchos recuerdos, muchos, pero también muchas lagunas, espacios vacíos en el pasado... Estaban todos aquellos años en que apenas aparecí por Sindon, períodos importantísimos en la fatal convergencia de los acontecimientos; por ejemplo, el invierno en que Vera estuvo enferma, y el año siguiente, cuando ella y Jamie se marcharon, huyendo como refugiados escapando del opresor.

Chad hubiera podido describir todo eso. Era un periodista, sabía cómo hacerlo, y Dios sabe que había presenciado, al igual que yo, cómo se concretaban y cumplían los destinos de aquellas personas. Más que yo, porque siempre estaba en Laurel Cottage, incapaz de mantenerse alejado, anclado en aquel sitio, aquella casa, como les suele ocurrir a los amantes, para quienes los ladrillos y el cemento han absorbido la esencia de su amor, del mismo modo que la alfombra del cuarto de los niños absorbió toda aquella sangre.

Pero ¿era cierto que deseaba ver escrito un libro sobre Vera? Había conseguido olvidarla sin dificultad. Mis hijos ya eran casi unos adultos cuando se enteraron de que Vera Hillyard era su tía abuela; no, debo decirlo de otra manera: cuando se enteraron de que una mujer, que era la tía de su madre, había sido ahorcada por asesinato. Nunca habían oído el nombre de Vera Hillyard. Y el saberlo no les causó ninguna conmoción, claro que no; sólo se sintieron intrigados y bastante emocionados. Mi marido y yo nunca la mencionamos. Y creo que, a partir de la tragedia, jamás oí que mi madre pronunciase siquiera su nombre. Durante todo aquel tiempo, sólo recordé la existencia de Vera en mis sueños, de manera ocasional. Volvía a ser una niña y regresaba de casa de Anne a Laurel Cottage en un cálido anochecer veraniego, y Vera, con aquel peculiar tono suyo, a la par quejumbroso y enérgico, me reprochaba mi tardanza o me preguntaba si de veras creía que a la mañana siguiente iba a estar en forma para hacer mis tareas escolares. O bien soñaba que abría la puerta de una habitación y allí estaba Vera, tranquila y espléndida como una *madonna*, amamantando con el seno desnudo al pequeño Jamie en su regazo. El bebé nunca me

miraba, volvía la cabeza o se la cubría con el brazo. Pero era Jamie y todos los caminos me conducen de nuevo hacia él.

Nos alojamos en un hotel de la Via Cavour. Más tarde, Jamie me dijo que era el mismo donde se había hospedado Francis cuando se vieron después de veinte años de separación. Me contó que en la habitación de Francis había dos cuadros, unas horrendas pinturas abstractas de colores chillones y, además, con pretensiones. Francis cogió dos tiras de papel adhesivo blanco; en una escribió en italiano *Sección de una espinilla* y en la otra *Contenidos de un canal en Borgo Pinti*, y los enganchó con cuidado al pie de los cuadros. Jamie me pidió que tratase de entrar en la habitación número 36 para echarle un vistazo. Lo hice y las tiras adhesivas seguían allí: *Contenuti d'un Canale dal Borgo Pinti*, y la otra cuya redacción italiana no recuerdo. Ni las camareras ni los botones habían reparado en ellas y, si algún huésped las vio y se quedó sorprendido, no llegó a comunicar su descubrimiento a la dirección. ¡Qué típico de Francis era eso! A Jamie esta faceta de Francis le producía un regocijado deleite, sólo con pensar en las chanzas y bromas pesadas de éste, soltaba el trapo con aquellas estridentes carcajadas cuyas parecidas a un hipo. Esos dos llegaron a ser muy amigos. Era lo último que se podía esperar.

Placía más de veinte años que yo no había visto a Jamie, casi veinticinco. Naturalmente, sabía que estaba viviendo en Italia, que se sentía muy a gusto en aquel país desde que pasara las vacaciones escolares con la Contessa, en la mansión que ésta tenía en los alrededores de Verona. Al acabar el colegio, se quedó en Londres una temporada, en casa de otro pariente de la rama Pearmain, y luego Tony lo mandó a la Universidad de Verona. Como comprenderán, siempre debía ser mantenido fuera del alcance de la vista, porque era motivo de vergüenza y de malos recuerdos. No creo que Tony lo viera durante todo aquel tiempo; se limitó a comunicarse con él por mediación de sus abogados, como en las novelas victorianas, tratándole como a una de esas personas a las que se pagaba una pensión para que vivieran lejos de la patria. Sólo que esta persona no había hecho nada malo. Pero puede ser que no ocurriera así, no del todo, o de un modo diferente. La vida de Jamie había sido y sigue siendo un misterio, su propia existencia es un misterio.

Fue Patricia la que me dijo que Jamie era periodista, un

corresponsal de guerra en Vietnam. Helen creía otra cosa. Según su versión, Jamie trabajaba en la Biblioteca Nazionale y, cuando el Arno inundó la gran biblioteca en noviembre del 66, colaboró en el rescate de los preciados libros. Francis habría podido decirnos la verdad, pero ninguno de nosotros, ni siquiera Helen, mantenía una comunicación regular con él, aparte de Gerald, su padre. Y Helen comentó que ya por entonces Gerald debía de haber comenzado con «sus rarezas» porque él aseguró que Francis le había dicho que Jamie era cocinero.

Como suele ocurrir en estos casos, todas estas afirmaciones contenían algo de verdad. Cuando fui a Florencia, no tenía la más mínima intención de buscar a Jamie, pues en ninguna de mis tres o cuatro estancias en aquella ciudad había hecho más que considerar que durante unos días íbamos a estar los dos en la misma población. Pero en Pisa perdimos por los pelos el tren para Florencia y, como de alguna manera teníamos que matar el tiempo, compramos un periódico, *La Nazione*. En una página interior encontré el nombre de Jamie: James Ricardo. Su *by-line* (así lo llamaban los periodistas, como me dijo Chad hace miles de años) se hallaba bajo un encabezamiento que, traducido, significa «Crujiente y delicioso» y sobre una receta de pasta brisa. De modo que Jamie era un periodista, era también un cocinero y más adelante oí de sus propios labios que asimismo había tomado parte en el rescate de los libros.

Cuando llegamos a Florencia busqué su número de teléfono en la guía. Había muchos Ricardo, pero sólo uno cuyo nombre propio fuera James. No las tenía todas conmigo con respecto a esa llamada, pues la gente puede colgar el teléfono; en cambio, con una carta lo más que puede hacer es no contestarla. Así que le escribí una nota. Por entonces todavía no se había ido a vivir a los jardines Orcellari (el restaurante Otello está en la parte más alta, en una esquina) y su dirección era una calle junto al Viale Gramsci, muy cerca de donde estaba la Porta a'Pinti. Jamie me contestó a vuelta de correo. Sabía quién era yo, pues Francis le había mencionado la existencia de una prima a la que él, Jamie, había tratado cuando era pequeño, aunque no la recordaba en absoluto. Sugería que nos viéramos, y como lugar de encuentro proponía el Cementerio Inglés al día siguiente a las tres, hora en que abrían por la tarde.

—¿Por qué no te invita a ir a su casa o viene él aquí, como una persona civilizada? —dijo mi marido.

Le contesté que, dado que la vida y los orígenes de Jamie estaban rodeados de tanto misterio, era probable que él disfrutara manteniendo el enigma. Debía de gustarle todo lo arcano.

—Creo que no me gusta que mi mujer se cite en cementerios con extraños columnistas culinarios —continuó mi marido—. De todos modos, ve con cuidado al cruzar la plaza, allí, el tráfico circula a toda velocidad.

Pero no quiso acompañarme, temeroso de que Jamie hubiera acabado por convertirse en otro Francis. Salió a comprarse un par de zapatos.

Aunque en el Cimitero Protestante di Porta a'Pinti están también enterrados varios americanos y polacos, y muchos suizos, todo el mundo lo llama el Cementerio Inglés. Se alza en el centro de la Piazza Donatello como una verde isla cubierta de montículos y, como dijo mi marido, el tráfico circula veloz a su alrededor, con el ímpetu del agua en una acequia. Era un bonito día claro y soleado bajo un cielo azul, y aunque para nosotros, gente del norte, hacía calor, no lo creían así los florentinos, que, después de haber soportado durante meses unas temperaturas realmente elevadas, a finales de septiembre ya lucían sus galas invernales de cuero y de lana. La verja de hierro estaba cerrada, pero el guardián, al verme, se adelantó a abrirla y me guió bajo el arco de la portería hasta el cementerio que se extendía al otro lado.

No puede decirse que reinara el silencio en el cementerio, eso era imposible con todo aquel tráfico a menos de cien metros, pero las hileras de pulidas lápidas de color gris pálido y los delgados cipreses le prestaban un aire silencioso, como si el lugar quisiera manifestar cierto recogimiento. Al principio no vi a Jamie. El cementerio parecía vacío. Sin embargo, me dirigí despacio por el camino hacia la columna de mármol blanco en memoria del emperador Federico Guillermo, y pasé ante la tumba de Elizabeth Barrett mirando con cautela a un lado y a otro, pues me sentía vigilada y como al descubierto. Pero en realidad Jamie no me vigilaba, ni siquiera estaba impaciente por verme llegar. Lo encontré en mi camino de regreso; estaba sentado sobre la tumba de Walter Savage Landor y leía, cosa no muy sorprendente, el

famoso tratado de gastronomía de Brillat-Savarin, *La Physiologie du Goût*.

Yo no sabía que Landor estaba enterrado aquí. Chad había citado una frase suya el día en que se casó Edén, mientras estábamos en el jardín de Walbrooks junto al lago: «No hay una sola voz, por melodiosa que sea, que no quede pronto callada, ni un solo nombre, por mucho que lo repitan con acentos de apasionado amor, que no se convierta finalmente en un débil eco». Ahora el eco del nombre de Edén era ya débil y yo había olvidado el sonido de la voz de Chad aunque recordaba su rostro y sus orejas, semejantes a las del emperador Adriano. Jamie levantó la vista y se puso de pie.

—Sí —dijo—, te pareces a los Longley. Te hubiera reconocido como una de ellos... por las fotografías, claro.

Le tendí la mano y me la apretó.

—Suelo venir aquí por la tarde —dijo—. Aunque parezca mentira, hay mucha paz a pesar de la falta de silencio, y la gente no viene por aquí; le dan miedo los cementerios —y oí por primera vez aquella curiosa risa suya con cadencias de relincho—. Supongo que hubieras preferido que te invitara a mi apartamento.

Este término americano sonaba raro dicho por boca de Jamie, que tiene un acento de escuela privada inglesa con inflexiones italianas, especialmente cuando pronuncia las erres, pues las emite desde el fondo del paladar, demasiado líquidas. Respondí que no me importaba, que era agradable poder estar sentada al aire libre, ya que en Inglaterra eso a menudo resultaba imposible.

—Hace catorce años que no he estado allí —dijo— y creo que no volveré nunca. Pensar en Inglaterra me llena de horror.

Jamie tiene la desconcertante costumbre de reírse después de decir algo que no tiene nada de gracioso, lo mismo que se ríe después de manifestar que algo le ha producido placer o diversión. Cuando acabó de reír me miró y de pronto esbozó con la mano derecha un veloz movimiento hacia su hombro izquierdo, pero al ver que lo estaba observando se interrumpió y apartó la mano riendo de nuevo. Jamie es un hombre no muy alto, algo grueso y avejentado pues parece mayor de lo que es. También parece italiano, por su rostro cetrino y redondo, sus labios rojos y su cabello negro y rizado. ¿Y qué otra cosa se podía esperar, teniendo en cuenta cómo era en su infancia? Aunque de niño tenía el cabello

rubio, su piel ya era cetrina, y sus ojos, que por aquel entonces los adultos examinaban con disimulada curiosidad para ver si el color iba cambiando o seguía siendo el mismo, son de un marrón oscuro brillante como el terciopelo. Son ojos de fiera, no de manso animal doméstico. Aquel día, en el Cementerio Inglés, Jamie me recordó un poco a Chad, cosa bien absurda ya que no les unía ningún parecido físico y Jamie era demasiado joven para tener surcos en los lóbulos de las orejas. Quizá lo que poseían en común era una expresión de deseo insatisfecho, de que sus vidas se habían echado a perder y permanecían incompletas.

Me senté frente a él y me rogó de un modo vacilante, como si la curiosidad pudiera más que su buen criterio, que le contara cosas de la familia, que, naturalmente, era tanto la suya como la mía. De modo que comencé con tiento el relato que había venido ensayando durante mi larga caminata por la Via Cavour. Sabía que no debía mencionar Goodney Hall ni el nombre de su madre, ni tampoco el de los hombres que, sin que él tuviera ninguna culpa, se convirtieron en enemigos suyos por el mero hecho de su existencia, llevados por los celos, el resentimiento y el orgullo herido. Entonces mi madre todavía vivía, de modo que le hablé de mis padres y también de Helen, de sus hijos y de su nieta.

—Tomé el apellido de Richardson a causa de tía Helen —me dijo—. A Pearmain no le importaba, le tenía sin cuidado el nombre que yo escogiera. —Relinchó con su risa y yo me estremecí al notar con qué asqueada vehemencia llamaba a Tony «Pearmain». Volvió a levantar, veloz, la mano derecha para expulsar de su hombro alguna contaminación invisible, y prosiguió—: Zia Francesca siempre me decía que él amaba mucho a los niños, creyendo que si sabía eso yo aceptaría gustoso el hecho de estar viviendo con ella en lugar de con Pearmain, quien amaba mucho a los niños pero no tenía tiempo para ocuparse de mí. ¿Sabías que era un mandamás de la «Asociación para la salvación de los niños»? Quería a todos los niños del mundo menos a mí. Qué duro para él, ¿verdad? —Jamie hizo una pausa y se quedó mirando el espacio bañado de sol, allí donde las delgadas sombras negras de los cipreses imitaban los barrotes de una jaula—. Tía Helen me había dicho que sus abuelos eran unas personas maravillosas, y yo, la verdad, no había conocido a muchas de esa clase, de modo que cuando Pearmain me dijo, muy

tieso y como avergonzado, que ahora que iba a empezar la escuela preparatoria me llamarían por el apellido y qué me parecía el de Smith, contesté que nada de Smith sino Richardson. A él le daba lo mismo, así que me apellidé Richardson y más tarde lo cambié por Ricardo. ¿Te imaginas a esos dichosos italianos pronunciando «Richardson»?

Puede decirse que también él es italiano y, no obstante, cada vez que se refiere a ellos lo hace con una media sonrisa despectiva. De pronto se me hizo patente su falta de encanto, que parecía acentuar todo el absurdo de nuestro encuentro en el cementerio. Aquel paisaje que nos rodeaba: las nobles piedras, los cipreses, el cielo azul y el tejado de la portería de color terracota, todo aquel conjunto semejava destinado a servir de telón de fondo para una figura alta, un hombre apuesto como Byron, exquisito y de gran personalidad. «Jamie prometía convertirse en un hombre así — pensé— la última vez que lo vi, cuando tenía cinco años.» Pero ya lo estaban esperando las cosas terribles que le iban a ocurrir, pues antes de que naciera, éstas se habían ido amontonando y lo aguardaban agazapadas ante la puerta de entrada.

—No recuerdo nada de lo que ocurrió antes de cumplir los seis años —me dijo—. Mi primer recuerdo es del verano, cuando ya los había cumplido y tenía que vivir con dos mujeres que no me gustaban.

—La señora King y tu niñera —dije.

—Probablemente. Pearmain venía a veces a verme y me miraba tal como la gente mira a un perro al que se ha puesto en cuarentena.

Entonces quise pronunciar el nombre de Vera pero tuve miedo. Me había afectado desproporcionadamente la idea de aquel niño tan parlanchín, vivaracho y dócil que había sido Jamie, encerrado en Goodney Hall, sólo con sus dos guardianes a sueldo. A pesar de que había transcurrido mucho tiempo, de que todo aquello se había diluido en el pasado, me sentía asustada y afligida. Quise decirle que seguramente echaría de menos a su madre, que yo lo sentía muchísimo, pero no pude, y no sólo a causa de la emoción; también la duda me impedía hablar, y dudaba de qué términos debía emplear para expresarle mi compasión. El me sacó del apuro.

—¿Te parece que vayamos a algún sitio a tomar un café? —

propuso.

Dije que no con la cabeza, pues una de las pocas cosas que me desagradan de Italia es el café: el *cappuccino* no me va porque nunca tomo leche, y el *espresso* estaría bien si hubiera más cantidad, un cuarto de litro en lugar de aquel dedito en el fondo de la taza.

Jamie dijo:

—La próxima vez que vengas cocinaré para ti.

Comprendí que debía sentirme halagada, ya que en ese país de alta cocina Jamie se había hecho un nombre como cocinero y maestro de cocineros. Entonces me acordé de Vera y me vino a la memoria su habilidad en el único arte culinario que las inglesas dominan: la repostería. Con los ojos del recuerdo la vi inclinada ante el mármol estriado de gris de la cocina, amasando la pasta de hojaldre con el rodillo de mangos de madera, y me pareció saborear de nuevo sus tartas de limón, sus bizcochos Victoria y todo el resto de las exquisiteces que solía presentar en la mesa a la hora del té.

La reflexión de Jamie hizo que me sobresaltara.

—Mi madre era una buena cocinera —dijo.

Me ocurrió lo que puede pasar si conversamos con un enfermo mental: éste habla y se expresa de un modo tan racional que olvidamos su psicosis, su esquizofrenia, hasta que una observación suya completamente desatinada nos hace recordar de golpe que su espíritu se halla allá lejos, en la región donde sólo moran los dementes. Y no es que Jamie fuera un desequilibrado, al contrario; parecía de lo más normal, pero lo que me dijo me hizo sentir el vértigo de lo increíble. Mi primera reacción fue de sobrecogimiento; sin embargo, después sentí por él la compasión que suscitan las personas que hallan consuelo en una ilusión.

Buscó mis ojos con los suyos, semejantes a los de un oso. Se levantó de un salto y con un rápido restregón se sacudió el polvo de un hombro.

—Vamos —dijo—, te enseñaré las tumbas. Te enseñaré las de Isa Blagden y la señora Holman Hunt.

Luego me acompañó un largo trecho por el Borgo Pinti. Fue entonces cuando me contó lo de Francis y los cuadros y me pidió que comprobara si seguían ostentando los nombres que

Francis les había puesto. Cuando ya nos estábamos dando la mano para despedirnos, me dijo (y por primera vez observé en su

rostro una expresión de embarazo):

—Si alguna vez alguien tuviera intención de escribir sobre todo aquello, ya sabes a lo que me refiero, y te lo consultara a ti, pues tan fácil es que te pregunten a ti como a cualquiera de los demás... si esto ocurriera, a mí no me importaría. No sé lo que pensará Francis, pero a mí no me importaría. De hecho me gustaría, pues quizá así quedara claro el expediente; me gustaría ver escrita la verdad.

—¡Pero si dices que no lo recuerdas! —respondí.

Su risa resonó en aquella calle estrecha y la gente se volvió a mirarnos. Jamie me dijo adiós y se alejó.

A diferencia de Jamie, yo no creía que para el posible biógrafo de Vera fuera tan fácil dirigirse a mí como a los demás. En primer lugar, no creo que me encontrara porque he cambiado dos veces de apellido desde la muerte de Vera, y en segundo lugar yo no soy más que una sobrina y antes que yo están su hijo, su marido y su hermana. Helen ha alcanzado esa edad en la que la vida se torna frágil y cada día es un don sólo a medias esperado; ella sabe que ya no tiene futuro. Aunque no recuerda el pasado reciente, tiene una memoria portentosa para las cosas lejanas, y, en cuanto a su entendimiento, no conozco a nadie, joven o viejo, que lo tenga más claro. Y sin embargo, cuando me dijo que seguramente una persona solicitaría mi colaboración a través de una carta, no me la tomé muy en serio, pues era muy posible que ese hombre, un tal Daniel Stewart, acariciase el proyecto de escribir un libro sobre Vera y hubiese solicitado información a Helen, yo estaba segura de que no se dirigiría a mí. Y, además, Helen me juró que ella no le había dado mi nombre. Entonces, ¿quién lo había hecho? Jamie?

Stewart era un apellido muy corriente y durante los años pasados habré conocido a no pocos Stewart y Stuart, pero al leer este nombre al final de la carta me he acordado de María Estuardo y de las veces que Anne y yo habíamos representado su vida. El arquitecto que planeó Goodney Hall fue asimismo el famoso Steuart, hecho que llenaba de orgullo a Edén y Tony. La carta va acompañada de un libro: *Peter Starr, el asesino incomprendido*, por Daniel Stewart, editado por Heinemann al precio de nueve libras con noventa y cinco chelines.

En el membrete de la carta figura una dirección de Londres que

queda al otro lado de Cromwell Road, no muy lejos de nuestra casa.

«Apreciada señora Severn —escribe Stewart—, ya le habrán dicho que tengo intención de escribir una biografía de Vera Hillyard que eche una nueva luz sobre su caso. El nombre y dirección de usted me los ha dado su primo el doctor Frank Loder Hills, a pesar de que él, personalmente, no desea contribuir a mi obra con sus recuerdos...»

Se trataba de Francis, claro, quien lo había hecho únicamente para fastidiar y también, como dice mi marido, para poder llevarnos a Stewart y a mí ante los tribunales si le difamábamos. Stewart continúa la carta diciendo que cree que Vera ha sido en cierto modo vilipendiada. Por lo visto él se dedica a revisar casos de asesinato estudiándolos sin prejuicios y desde el punto de vista del... ¿cómo se dice?, del perpetrador.

«James Ricardo, que vive en Florencia, en la Via Orti Orcellari, se ha comprometido a escribir para mí sus recuerdos de infancia. Anthony Pearmain se encuentra en este momento en el Lejano Oriente pero...»

En el Lejano, en el Lejano... Nunca he sido capaz de leer y oír esta denominación geográfica tan común en la prensa, la radio y la televisión sin que me asaltase el recuerdo de cómo la pronunció mi padre aquella mañana en que Vera iba a ser ejecutada mientras nos leía en voz alta con aquella entonación vacía de inflexiones y de sentido propia de un loro. En el Lejano... dijo, y luego se calló, dobló el periódico y permaneció sentado en silencio.

«La señora Chatteriss ya me ha entregado una relación de lo que recuerda, y Chad Hamner me ha prometido una lista de sus propias impresiones. También él tenía intención de escribir una biografía de Vera Hillyard, pero la ha abandonado debido a su mala salud.

»Le agradecería que leyera mi libro acerca de Peter Starr y, si después me considera capacitado para esta clase de reportajes, estaré encantado de enviarle una copia del borrador de mi primer y segundo capítulos. El primer capítulo consiste en el relato del asesinato en sí y me temo que, dado que usted no se hallaba entonces en Goodney Hall, no podrá juzgar si es exacto o no. Además, de los que estaban presentes, sólo sigue viva June Stoddard y ella misma reconoce que tiene un recuerdo muy confuso de todos los acontecimientos.

»Sin embargo, en el segundo capítulo trato de relatar sucintamente la historia de la familia empezando con el bisabuelo de usted, William Longley. Para mí sería una ayuda inestimable el que usted se aviniera a confirmar este relato y a hacer cuantas correcciones juzgue necesarias. Observaré que he tomado casi todos los datos de la correspondencia que poseen la señora Chatteriss y la familia Hubbard y también me he basado, hasta cierto punto, en la información acerca de Vera Hillyard que aparece en los capítulos que Mary Gough-Williams le dedica en su libro *Mujeres ante la pena capital*.

Su carta termina abruptamente como si se hubiera dado cuenta de que empezaba a expresarse con el tono de quien daba por sentadas mi aquiescencia y colaboración. De hecho me desagradaba sobremanera tener que leer un libro con un fin determinado. Los días en que me veía obligada a hacerlo quedan ahora muy lejos y además, en aquellos tiempos pasados, los tiempos del asesinato de Goodney Hall, los libros que debía leer me parecían dignos de mi esfuerzo: eran literatura y de la mejor. ¡Qué pobre opinión parece merecerme la obra de Stewart! Y sin embargo no es un mal libro, no tiene nada malo; está escrito con claridad y sencillez y sin buscar efectos sensacionalistas; no le ha sido necesario exagerar la vida de Starr, pues ya hay en ella suficiente sensacionalismo, y lo mismo ocurre con la de Vera. Y, no obstante, no pienso acabar el libro; no me hace falta porque ya sé que voy a contestarle diciéndole que sí. He leído bastante como para saber (o quizá sólo lo desee) que es un hombre sensible, que no se mostrará demasiado duro, sino que será capaz de comprender las terribles presiones que ejerce el amor.

Ella ha vuelto a entrar en mi vida después de una ausencia que ha durado más de la tercera parte de un siglo. Helen y Daniel Stewart me la han traído y está aquí en mi casa, como el huésped desmañado que siempre fue Vera cuando residía en casas ajenas. Casi me parece verla, no a la joven rubia de mirada intensa retratada con una cámara fotográfica «de cajón», sino a mi delgada y nerviosa tía, siempre exigente y a menudo absurda, con aquel extraño gesto suyo, característico e inconsciente como un tic, tan inconsciente como el de Jamie cuando se lleva veloz la mano al hombro, y que consistía en juntar con fuerza las palmas de las manos e inclinarse sobre ellas como abrumada por un sentimiento

de angustia. Durante estos últimos días ella me ha llevado una y otra vez a nuestro dormitorio más pequeño, que nadie ocupa pero que contiene «la caja», y me ha impulsado a levantar la tapa y a revolver su contenido, haciendo que me quedara absorta mirando una fotografía o leyendo una línea de una carta, o simplemente contemplando con nostálgica ensoñación todos aquellos recuerdos de las hermanas de mi padre que él nos ha dejado.

Me pregunto qué diría Vera sobre el ambiente moral de nuestros días, y puedo imaginarme su mirada de terca incredulidad. El mundo ha cambiado gracias a la revolución sexual, de modo que lo que les ocurrió a ella y a Edén no podría pasar actualmente. El crimen y el motivo son algo tan de aquel tiempo, tan enraizado en aquel tiempo, que no sólo sería impensable hoy en día, sino que escaparía a la comprensión de los jóvenes, a menos de explicarles detalladamente el código moral que entonces estaba vigente. Como Vera está conmigo, aquí en mi casa, encarnada en un fantasma sólo visible para mí, que soy la única que se interesa por ella, he intentado contarle a mi hija una parte de lo que ocurrió, he tratado de elucidarlo.

Sin embargo, mi hija no cesa de exclamar:

—Pero ¿por qué ella no...? ¿Por qué no se lo dijo a él? ¿Por qué no se fue simplemente a vivir con él? ¿Por qué quería casarse con él, sabiendo lo que él sentía? —Y añade—: Al fin y al cabo, la gente no iba a hacerle nada.

Sólo alcanzo a decirle, sin mucha convicción:

—Entonces era muy diferente.

Y lo era. ¿Sabrá acaso Stewart, que también es joven, lo diferente que era? Y si no lo sabe ¿creerá en mi palabra? O quizá, cosa que empiezo a estimar muy probable, deberé limitarme a narrarle los hechos escuetos y a corregir sus lógicos errores mientras que el verdadero libro de la vida de Vera quedará grabado en mi interior como una cinta que sólo yo podré escuchar.

3

TODO se ha cumplido: han sujetado a Vera, le han arrebatado el cuchillo con el que quería matarse y le han atado las manos. Justo en el momento crítico han sacado a Jamie del cuarto. No sé si para entonces el niño estaría llorando o llamando a su madre, nadie ha dicho nada al respecto, como si la criatura que la señora King se llevaba en brazos fuera un ser pasivo de puro aturdido... y tal vez lo fuera. Stewart lo tiene todo anotado con exactitud, desde la ropa que llevaba nuestra Vera, confeccionada con trozos de manta de bebé y retales de antes de la guerra, pasando por el friso de la habitación del niño hasta las gotas de sangre que salpicaron el azul y blanco de las paredes y el brillante guardafuego.

Esto es todo lo que sé. Como dice Stewart, yo no estaba allí.

Veo que Stewart trata el núcleo de este misterio de una manera convencional, repitiendo la versión oficial. ¿Puedo dejarle que siga con sus inocentes suposiciones, o debo decirle que hay una cuestión primordial que nunca ha obtenido respuesta?

Jamie conoce esa respuesta, o por lo menos esto es lo que dice en la carta que he recibido hoy. Comencé a tener indicios de esta convicción suya durante nuestro encuentro en el Cementerio Inglés, pero como Jamie debe de ser el actor más vulnerable y más herido de todos los que intervinieron en aquel drama, no se le puede tomar por un juez imparcial. Claro que eso es lo último que él quisiera ser, pero ¿qué hay de su afirmación de que no guarda ningún recuerdo de sus seis primeros años? A buen seguro, su convicción se basa únicamente en un deseo de su corazón, en la nostalgia de una presencia amantísima y adorada que ve en sus sueños pero de la

que no tiene ningún recuerdo consciente.

En el segundo capítulo, que Stewart dedica a la historia de nuestra familia, no aparece Jamie. Tal vez Stewart lo haya pasado por alto debido a no saber en qué lugar colocarle.

Los Longley (escribe Stewart) sólo llevaban menos de treinta años habitando la villa victoriana situada en Essex, en el pueblo de Great Sindon, de modo que ésta no era en absoluto el hogar ancestral. Arthur Longley la compró con el dinero de una pequeña herencia que recibió su mujer y que coincidió con el momento en que Arthur se vio obligado a jubilarse en la Compañía de Seguros Prudential. Antes, sus raíces, si es que los Longley las tenían, estaban en la industriosa ciudad de Colchester, donde, desde principios del siglo XIX la familia se había dedicado a fabricar zapatos en la tienda habilitada en su *cottage* arrimado a la sombra del Castillo.

Según los anales, Colchester es la ciudad más antigua de Inglaterra. Los romanos la llamaban Camulodunum y allí fue donde la reina Boadicea les hizo frente. En cambio, los sajones le dieron el nombre de Colneceaste, y por eso el río que la atraviesa se llama todavía hoy el Coiné. El torreón del castillo, de estilo románico, fue edificado en el año 1080, y si uno se para a contemplar, en un día soleado, sus torres y sus tejados de tejas, tiene la impresión de hallarse en la Toscana. En la actualidad, Colchester está comunicada por carreteras de doble calzada y rodeada por cinturones de ronda «experimentales», y, en cuanto al desvío, se halla a menudo más atascado que el trayecto que atraviesa la ciudad. En Colchester hay unos edificios altos de ladrillos rojos, diseñados con escasa fortuna para que parezcan fortalezas medievales, que albergan aparcamientos de varios pisos; en sus calles impera un sistema rápido de direcciones únicas, y junto a las viejas murallas romanas hay un laberinto de casas antiguas que se ha convertido en zona peatonal.

Corrían tiempos muy diferentes y la atmósfera de la ciudad era más sosegada y tranquila cuando William Longley fabricaba y remendaba zapatos. Alcanzó cierta prosperidad, así que más tarde contrató a tres artesanos para que le ayudaran, sentados en la trastienda. La tienda sigue allí, en un callejón sin salida que da a la calle Short Wire, convertida en despachos de una empresa de

contabilidad. Se ha conservado la puerta que separa la tienda del taller, así como la mirilla circular de vidrio de dos pulgadas de diámetro insertada en el panel de roble, para que William pudiera espiar a sus empleados y asegurarse de que éstos no se daban reposo manejando la aguja.

William se casó en 1859 con Amelia Jacana de Layer-de-la-Haye. Tuvieron tres hijas y más tarde un niño al que bautizaron como Arthur William. Aunque al chico le dieron una educación muy superior a la que había recibido su padre, con todo lo destinaron al negocio familiar. Pero Arthur William, que se reveló como un alumno prometedor y popular en la academia fundada por Enrique VIII en 1539, tenía otras ideas. Su meta era pasar a formar parte de la clase media, aquella categoría tan codiciada por cierto tipo de trabajadores en la época victoriana. Estaba obsesionado por esa ambición que ahora llamamos «el impulso de ascender», y su padre no se opuso a ello. William Longley convino en que el marido de su hija Amelia entrara en la industria de zapatería y Arthur se hizo agente de seguros de la Compañía Prudential. Empezó por abajo: recorría su zona en bicicleta y vivía con sus padres y sus hermanas solteras.

A pesar de sus aspiraciones, Arthur nunca llegó a ganar mucho dinero, pues como su zona no era próspera percibía unas comisiones exiguas. Si más tarde gozó de cierta opulencia fue gracias a su primer matrimonio, pues su mujer era hija única de un terrateniente de muy buena posición llamado Abel Richardson. El modo en que se conocieron está en la línea de la tradición más romántica: Maud iba cabalgando por los alrededores de Stoke-by-Nayland cuando su caballo la tiró al suelo justo en el momento en que Arthur pasaba por allí montado en su bicicleta. La joven se torció el tobillo y Arthur que era fuerte, joven y apasionado, la llevó en brazos a lo largo de la media milla que la separaba de su casa, en Walbrooks. Era muy lógico que durante las semanas siguientes el joven pasara a preguntar por Maud, y también resultó muy lógico que Maud, ayudada por una doncella comprensiva, se arreglara para que en su próxima visita Arthur acertara el momento en que papá estuviera cazando y mamá anduviera por ahí visitando a sus amistades.

Ha quedado constancia de que Abel Richardson se opuso con todas sus fuerzas a que su hija se casara con un agente de seguros

casi sin un céntimo y socialmente inaceptable. Sin embargo, al cabo de un año se dejó convencer por las súplicas de Maud; de hecho, se dejó convencer tanto como para no privarles de la fortuna de cinco mil libras que en el pasado, antes de que Arthur Longley apareciera en sus vidas, había prometido dar como dote a su hija.

Cinco mil libras era una suma considerable en 1890, que hoy en día equivaldría a una cantidad quizá veinte veces mayor, de modo que Arthur y Maud tomaron una de las villas que se estaban construyendo en las afueras, en Layer Road, y se dispusieron a vivir holgadamente, más holgadamente de lo que les permitían sus ingresos, aunque éstos se veían aumentados por frecuentes obsequios monetarios del suegro de Arthur. Tenían a su servicio una cocinera, una camarera, una niñera para el bebé, una mujer de la limpieza que se encargaba de los trabajos pesados, y un cochero que también hacía las veces de jardinero.

La hija de Maud, la señora Helen Chatteriss, que ahora es una anciana dama de casi noventa años, ha hecho la siguiente descripción de aquella vida doméstica:

«Yo sólo tenía cinco años cuando todo aquello terminó, de modo que mis recuerdos serán confusos e incompletos. Recuerdo que iba con mi madre en un carruaje muy elegante tirado por un caballo castaño. Mi madre solía dejar su tarjeta de visita en las casas, aunque tengo la impresión de que muchas mansiones de la pequeña nobleza local permanecían cerradas para nosotras debido a que mi padre no era un caballero.

»La única tarea doméstica que mi madre realizaba era arreglar las flores y lavar la porcelana más delicada. Cada tarde se retiraba a descansar después de ponerse unos guantes de algodón blanco para conservar la finura de sus manos. Mi niñera tenía dieciséis años y la llamaban Beatie. Era hija de un agricultor, un aparcero de mi abuelo Richardson, y solía llevarme a ver a sus padres, que vivían en un cottage de una sola habitación con suelo de ladrillos, pero mi madre se enteró y la despidió.

»Me decían que mi padre ocupaba un puesto importante en el mundo de los negocios, pero por lo general lo recuerdo siempre en casa, donde pasaba las mañanas encerrado en su estudio. Ahora deduzco que debía de pasar allí el rato leyendo novelas. A veces salía para hacer su ronda de seguros, montado en el otro caballo, un corcel ruano castrado. No recuerdo que ofrecieran fiestas, cenas ni

nada por el estilo; sólo sé que mis abuelos Richardson nos venían a ver a menudo, mientras que las tías y los abuelos Longley nos visitaban con menos frecuencia. Es posible que mi madre se avergonzara de ellos».

Ese tren de vida se interrumpió bruscamente cuando la madre de Helen murió al dar a luz a un varón, que también falleció. La fortuna de Maud Longley, o lo que quedaba de ella, pasó a ser patrimonio de su hija, prudente estipulación que Abel Richardson había exigido antes de que se celebrara el matrimonio, de modo que a la muerte de su esposa Arthur Longley quedó convertido en un hombre pobre. Abandonando su mansión, el carruaje y los caballos, despidió a toda la servidumbre, con excepción de una criada para todo, y se instaló en una casa que era poco mejor que un *cottage*, situada en las afueras de la ciudad.

Y, al parecer, despidió también a su hija, o por lo menos la apartó de su lado enviándola a vivir con Abel y May Richardson en Stoke-by-Nayland. Esta separación todavía le duele a Helen, a pesar de que con sus abuelos de Walbrooks tuvo una infancia feliz y protegida, y rodeada de comodidades.

—Supongo que mi padre pensó que yo constituía una responsabilidad demasiado grande —comenta Helen—, y también es posible que mi abuelo y mi abuela le convencieran. Me hubiera afectado mucho más de no ser porque mi abuela era tan maravillosa que llegué a quererla más de lo que quise a mi madre; desde la muerte de mamá apenas vi a mi padre.

Éste se volvió a casar en 1906. La primera noticia que la señora Chatteriss tuvo de aquel segundo matrimonio fue debida a un encuentro inesperado en Colchester, cerca de Saint Botolph, donde se hallaba la escuela privada a la que asistía. Cada día la niña iba y venía, desde Stoke al colegio, en un cochecito tirado por un poney. No fue sino dos años más tarde cuando Abel Richardson se convirtió en el pionero de los alrededores al comprarse un Rolls-Royce tapizado en piel con botones de ébano y con un tablero de instrumentos de palo de rosa. Una tarde, al salir del colegio, Helen vio a su padre y a una señora desconocida que la estaban esperando junto a la puerta. Su padre le presentó a la dama diciendo que era su «nueva mamá», pero a partir de ahí no hizo el menor intento de continuar la relación. Los abuelos tardaron meses en enterarse de la

boda y cuando lo supieron se enfadaron más por el hecho de haber sido mantenidos en la ignorancia que por el matrimonio en sí.

En aquella época Arthur Longley tenía treinta y nueve años. Durante los veintidós años que estuvo trabajando para la Compañía Prudential no recibió ni un ascenso, y, como sus rentas habían menguado, tuvo que volver a realizar su poco fructífera colecta de seguros montado en bicicleta. A la muerte de sus padres, el negocio familiar pasó a manos de su cuñado James Hubbard, y el escaso dinero que aquéllos dejaron fue para las hermanas solteras de Arthur. Su nueva esposa, Ivy Naughton, tampoco tenía dinero, aunque no carecía de expectativas. Contaba veintiocho años y antes de casarse había trabajado de institutriz en una familia que formaba parte de la clientela de Arthur. Ivy no tenía más preparación ni aptitudes para este puesto que el hecho de haber ido al colegio hasta los dieciséis años y saber tocar el piano. Pero sus patrones, conocidos por los Richardson, eran unos comerciantes con pretensiones, para quienes el hecho de poder jactarse de tener una institutriz era más satisfactorio que todo el provecho que sus enseñanzas pudieran aportar a la educación de las niñas... Por sus servicios, la señorita Naughton percibía cincuenta libras anuales, sin contar alojamiento y manutención.

Arthur y ella emprendieron su vida en común, y nueve meses después de la boda Ivy dio a luz gemelos. Una de las madrinas fue Priscilla Naughton, tía de Ivy, que era modista y poseía clientela y casa propias, y la otra fue la hija de Arthur, Helen, que había sido confirmada el mes anterior. Los gemelos eran niño y niña y fueron bautizados John William y Vera Ivy. Lo mismo que su marido, Ivy Longley era una gran lectora de novelas (en realidad, lo que les había unido fueron sus «conversaciones sobre libros»), y daba la coincidencia de que la heroína de la novela preferida de cada uno llevaba el mismo nombre.

«Mi padre solía leer a Ouida —escribe Helen Chatteriss— y de entre todas las novelas de esta escritora, su favorita era *Moths* (Polillas). La protagonista se llamaba Vera, igual que la heroína de la novela de Marión Crawford, *A Cigarette Maker's Romance* (Los amores de una cigarrera). Según mi padre, éste era el libro preferido de mi madrastra, y por eso a la niña le pusieron Vera.»

Al pertenecer a sexos diferentes, Vera Longley y su hermano no

eran, como es lógico, gemelos idénticos. Su parecido no era mayor que si hubieran nacido de distintos partos, pero ambos tenían los rasgos específicos de la segunda familia Longley: cabello rubio muy claro y ojos de un azul intenso. Arthur, su madre y dos de sus hermanas eran rubios, y su segunda esposa también rubia y tenía la piel muy blanca y los ojos muy claros. Los antepasados de Ivy Longley eran pescadores de la costa de Norfolk y se decía que uno de sus abuelos, que era marino, trajo a su esposa de las islas Faroe. De niño, John era muy guapo, mientras que Vera era una chiquilla algo feúcha cuyo aspecto fue mejorando a medida que iba creciendo. En una fotografía que le hicieron a los catorce años aparece como una chica agraciada, de facciones afiladas y grandes ojos, con una mata de pelo rubio casi blanco y una expresión seria, un poco severa.

Cuatro años antes de que fuera tomada esta fotografía, el padre de Vera, a consecuencia de una revisión médica que certificó que tenía el corazón débil, fue jubilado por la Compañía Prudential. Había cumplido cincuenta años y la primera guerra mundial andaba por su tercer año. Esta guerra no había de afectar directamente al núcleo de la familia Longley, si bien William Hubbard, el hijo de Amelia, perdió la vida en Vimy Ridge. Poco después de la jubilación forzosa de Arthur, murió Priscilla Naughton dejando en herencia a su sobrina Ivy su casa y quinientas libras. Entonces los Longley se fueron a vivir al campo y en la primavera de 1919 se instalaron en el pueblo de Great Sindon, que se halla en el valle de Dedham, a unas diez millas de distancia de Colchester.

Su casa no era, bajo ningún punto de vista, la «residencia propia de un caballero», categoría en la que sí entraba la anterior villa de Arthur en Layer Road, que hoy en día ha desaparecido para dar paso a un edificio de pisos. Los agentes inmobiliarios que se la vendieron a Arthur la describieron como un *cottage*, apelativo que en nuestros días consideraríamos que rebaja su categoría. Los actuales propietarios, Paul y Rosemary Oliver, le han cambiado el nombre de «Laurel Cottage» por el de «Finches» y han reformado la distribución de la planta baja: han convertido el comedor y la cocina en un gran salón, lo que era la quésería es ahora la cocina, y la anterior salita es la zona comedor. Pero en tiempos de los Longley, y más tarde en la época de Vera, la planta baja se

componía de cuatro habitaciones, y la escalera ocupaba el centro de la casa. Cuando Arthur e Ivy se trasladaron allí con sus dos hijos, había cuatro dormitorios, y el más pequeño de ellos Arthur lo convirtió en cuarto de baño. El dormitorio principal lo ocuparon él y su esposa, y los dos restantes los destinaron a cada uno de sus hijos.

Laurel Cottage fue edificada con esos ladrillos de color amarillo grisáceo que reciben el nombre de «ladrillo blanco», las paredes exteriores fueron revestidas de argamasa pintada de un tono crema, y el techo era de pizarra. Es una casa simétrica, pues tiene la puerta en el centro, flanqueada por sendas ventanas corredizas, y en el piso superior hay tres ventanas más. Asimismo, el jardín de la parte anterior está geométricamente dividido por un camino que lleva directamente a la puerta de entrada, o, mejor dicho, a las dos puertas, ya que hay dos: una exterior de madera y otra interior cristalera. El jardín posterior es grande y contiene, además de la puerta de la cerca, un pequeño edificio que por lo visto era un *cottage* abandonado y en el que los niños Longley jugaban los días de lluvia. Hoy, los Oliver lo han transformado en un garaje.

¿Qué clase de infancia tuvo Vera Longley en Colchester, y más tarde en Great Sindon? ¿Qué fue lo que la traumatizó, si es que hubo algo que lo hiciera? Dos días después de cumplir los doce años, Vera escribió a su hermanastra Helen:

«Querida Helen: Muchas gracias por tu giro postal. Con él voy a empezar a ahorrar para comprarme una raqueta de tenis. Mañana me voy de vacaciones a Cromer, en Norfolk. Espero que haga buen tiempo porque está al borde del mar. Un abrazo de Vera».

Y en el verano del mismo año, 1919, escribe:

«Querida Helen: Papá me ha enseñado tu carta. Me gustaría mucho ser tu dama de honor. Espero que serás muy feliz con el capitán Chatteriss. Gracias por pedirme que sea tu dama de honor. Me alegro de que pronto volvamos a vernos. Un abrazo de Vera».

La boda se celebró en otoño. Helen había conocido a Víctor Chatteriss, un oficial del ejército indio, de veintiocho años, durante un permiso de éste. En las fotografías de la boda de Helen, la cabeza de Vera sobresale por encima de las de sus compañeras de cortejo,

con aquellos ojazos suyos tan serios. Se la ve flaca y desgarrada, a pesar del vestido tobillero de un tejido brillante con bandas de encaje. Al parecer, era la niña de los ojos de su padre, que escribía a su hermana Clara en los siguientes términos:

«... Mi pequeña Vera se está convirtiendo en una chica muy linda, más de lo que todos esperábamos. Me hace pensar en ti cuando tenías su edad, pues tiene el mismo cabello rubio de un dorado intenso que no da señales de querer oscurecerse. Creo que supera a su hermano en inteligencia, cosa que por un lado me entristece y por otro me hace sentir orgulloso. Sus notas escolares son realmente excelentes; el trimestre pasado fue la primera de la clase en historia y en lengua, de modo que me he dejado convencer para pagarle las clases de tenis, un gasto suplementario que hubiera preferido evitar, pero estudia tanto que no he podido negárselo. Además, eso la promocionará socialmente, ¿no crees? A una hija hay que darle las mejores oportunidades en este sentido. Pero ya te lo contará ella la semana próxima, cuando vaya a tu casa...».

Clara tenía cinco años más que Arthur, se había casado ya mayor y vivía con su marido en Cromer, donde Vera iba a veces a pasar las vacaciones. Allí, su tía, que no tenía hijos, la mimaba mucho, tal como atestigua la propia Vera cuando escribe a Helen, que estaba entonces en la India, explicándole que «la tía Cío» le ha comprado dos cortes de tela para que su modista le confeccione a Vera dos vestidos, y que la ha llevado a un estudio fotográfico para que le hagan un retrato artístico. Además de las clases de tenis, Vera tomaba clases de danza. En el año 1921, le dieron en el colegio un premio de asistencia y otro premio, que consistió en la novela de Ruskin *Sesame and Lilies* (Sésamo y lirios), por haber sido la primera en trabajos manuales durante tres trimestres sucesivos. A juzgar por esto, tuvo una infancia feliz y llena de éxitos.

En 1922, cuando sus hijos tenían quince años y su marido cincuenta y cinco, Ivy Longley dio de nuevo a luz, a sus cuarenta y cuatro años. Fue una niña a la que llamaron Edith, un nombre que ya entonces quedaba anticuado. En 1908, cuando los gemelos eran muy pequeños, Ivy le había dicho en una carta a su tía Priscilla que le daba miedo tener más hijos, pues después de aquel nacimiento había pasado meses enferma. El parto fue largo y difícil, y, como

consecuencia, sufrió una retroversión parcial de la matriz y no pudo alimentar a los gemelos. Le había escrito a Priscilla Naughton:

«Tengo sólo treinta años, de modo que aún podría tener varios hijos más, ¡qué horror! Dicen que una olvida los detalles del parto, el dolor, etc., pero yo lo recuerdo todo. Además, como ya sabes, en nuestra familia es fácil que nazcan gemelos; no sólo hay los míos, sino que mi madre tuvo unas hermanas gemelas que murieron siendo bebés. A veces me espanta pensar que a los cuarenta años puedo ser madre de una numerosa prole no deseada...».

Probablemente, esta segunda hija nació cuando Ivy ya estimaba superado el peligro, y, de acuerdo con la evidencia y los precedentes que poseemos, el bebé debió de representar una molestia. Su padre era un hombre de avanzada edad, con el corazón débil; su madre entraba en la menopausia y, según sus propias palabras, «no le gustaban los niños», y en cuanto a sus hermanos adolescentes, éstos tenían su rutina y su propio lugar en la familia. John, al igual que lo hizo su padre, estaba a pensión en la academia privada de Colchester, y a su edad los muchachos se sienten muy avergonzados ante sus compañeros si sus padres hacen gala del menor indicio de actividad sexual. ¿Y qué mayor indicio podía haber que el advenimiento de un hermanito? Además, sus padres eran viejos; su padre tenía veinte años más que los de la mayoría de sus camaradas. En lo que se refiere a Vera, he aquí una causa evidente de agresión a su personalidad: un bebé, y además de su mismo sexo, que llegaba para suplantarla en el afecto de sus padres.

Sin embargo, nada de esto parece haber ocurrido. Desde el principio todos quisieron a Edith, nombre que la pequeña convirtió pronto en Edén. Decir que la adoraban no sería una exageración, sobre todo su padre y sus hermanos, si bien la actitud de la señora Longley hacia la niña sigue siendo un misterio, pues no solía escribir cartas, y al parecer no escribió ninguna durante la época que se extiende desde la muerte de su tía hasta la partida de su hija hacia la India. No queda ninguna fotografía de ella con Edén, si es que existió alguna; sólo en una aparecen ambas junto con Arthur Longley, John, Vera y Clara Dawson. Fue tomada en la playa de Cromer y en el grupo está Vera con Edén, que entonces tenía tres años, sentada en su falda, mientras que en la lejanía aparece Ivy

instalada en una tumbona y con el rostro sombreado por una pamela.

En 1924, Vera escribió a Helen Chatteriss lo siguiente:

«Quisiera que pudieras ver a mi hermanita. Aunque en las fotos no queda muy bien, es la niña más preciosa que nunca ha existido. Te voy a confesar una cosa: Cuando la saco a paseo en su sillita o la llevo de la mano por la calle, deseo que la gente se imagine que es mía y que soy su madre. ¿Te parece una fantasía muy tonta? Claro que no tengo edad suficiente para ser su madre, pero la gente me dice que aparento tener dieciocho años, y la semana pasada una conocida de mamá, que no me había visto nunca, preguntó si tenía veinticuatro. Como puedes suponer, a mamá eso no le gustó mucho, porque la hacía aparecer aún más vieja de lo que es.

»Ahora a Edith todos la llamamos Edén, porque así es como ella pronunciaba su nombre antes de que aprendiera a hablar bien. Encuentro que es un nombre muy bonito, en cambio Edith suena como si llamaras a tu vieja tía; no entiendo cómo mis padres lo escogieron. Edén tiene el pelo tan brillante que parece oro puro; espero que no se le oscurecerá. El mío no se ha oscurecido, pero, claro, yo lo tenía casi blanco a su edad...»

Al terminar el colegio, John Longley entró a trabajar en el Midland Bank, y cuando le ofrecieron la oportunidad de trasladarse a una sucursal de la City de Londres sólo reflexionó veinticuatro horas antes de aceptar. Acto seguido se instaló como huésped de pago en casa de una prima de su madre, cuyo nombre de soltera era Elizabeth Naughton. Ésta vivía con su marido, apellidado Whitestreet, y sus dos hijos en Wanstead, un pueblo que, aunque pertenezca al condado de Essex, se halla situado en los alrededores de Londres. John conoció allí a otro huésped de aquella casa, una joven medio suiza llamada Vranni Breuer que hacía las veces de enfermera infantil en el orfelinato de la localidad, aunque carecía del título correspondiente. El padre de Vranni había fallecido durante la epidemia de gripe del dieciocho y su madre murió siete años más tarde. Ella también había cuidado niños en calidad de enfermera, o más exactamente de niñera, en una familia de Zurich, y allí fue donde conoció a Johann Breuer. Vranni era dos años mayor que John Longley, pues había nacido en Zurich en 1905, y

fue en parte esta diferencia de edad lo que hizo que los padres de John no aprobaran el matrimonio cuando ella y el joven de veintiún años se casaron en 1928. Pero lo que de verdad molestaba a Arthur e Ivy era la proveniencia de Vrani. En los años veinte, los ingleses, especialmente los de provincias, seguían albergando un profundo recelo hacia los extranjeros. No sería exagerado afirmar que lo que en 1928 Ivy Longley sentía con respecto a aquella unión era lo mismo que hoy en día sentiría una mujer de su posición social si su hijo se casara con una negra de África. En cuanto a la existencia de aquella abuela de Ivy nacida en las islas Faroe, cuyos genes eran en parte responsables de su belleza y de la de sus hijas, Ivy consideró conveniente olvidarla. Según la versión de la señora Chatteriss, Ivy se negó a asistir a la boda, aunque Arthur Longley lo hizo acompañado de Edén, que tenía seis años, y aquella negativa originó una frialdad tan duradera entre suegra y nuera que cuando John iba a visitar a su madre, a la que adoraba, lo hacía siempre solo.

No sabemos qué opinión le mereció a Vera el que John infringiera de tal modo la tradición. Ella tampoco asistió a la boda, porque por aquella época estaba en la India y llevaba dos años casada. Cuando tenía dieciocho, su hermanastra le escribió invitándola a pasar una temporada en Rawalpindi. Helen Chatteriss se ofrecía a pagarle la mitad del pasaje, de modo que Vera zarpó hacia la India a finales del verano de 1925 y llegó a Bombay justo cuando la estación de las lluvias acababa de terminar. Vera fue tan rápida como su hermano gemelo en decidir su matrimonio, pues durante la primera semana de su estancia en el bungalow del capitán (ahora comandante) Chatteriss y su esposa, conoció a un joven subalterno del regimiento de Víctor Chatteriss, Gerald Loder Hillyard, hacia el que se sintió atraída.

La posición social de Gerald Hillyard (y estas cosas tenían todavía mucha importancia en 1925) era algo más elevada que la de Vera —de hecho bastante más—, aunque el destino quiso, ayudado por la desprendida actitud paterna de Arthur Longley, que también lo fuera la de Helen Chatteriss. Gerald era el hijo tercero y menor de un hacendado de Somerset, un pequeño terrateniente de buena cuna y muy menguada fortuna. Según la tradición de esta familia, los hijos menores se alistaban en el Ejército Indio, y Gerald

Hillyard tenía un antepasado que se había distinguido por su bravura en la primera guerra con los afganos desde 1839 a 1842, y un tío abuelo que había luchado con sir Henry Havelock durante la Sublevación, cuando éste rompió el cerco para liberar a los residentes ingleses. Además, Gerald había estudiado en Harrow y más tarde en la Academia Militar de Sandhurst. Se parecía mucho físicamente a George Orwell, o por lo menos ésta es la impresión que dan sus fotografías. Era muy alto —medía más de un metro noventa— y tan delgado que parecía esquelético aunque gozaba de una salud perfecta. Tenía el pelo castaño y un bigote negro y cuadrado. Su hermana menor, Catherine Clarke, escribe lo siguiente al respecto:

«Conocí a Vera sólo siete años después de su boda. Los dos habían venido a Inglaterra en 1930 y 1933, aprovechando unos permisos pero la primera vez yo estaba en el pensionado, y en 1933 mi padre ya había muerto. Creo que mi madre opinaba que Gerald había hecho un mal matrimonio y que si se había casado con una persona socialmente inferior a él fue debido en parte a que se aprovecharon de su inexperiencia, y también al hecho de que Vera estuviera viviendo con los Chatteriss y que todos la creyeran hermana de la señora Chatteriss. Si dijéramos que, al estar con ellos de aquel modo, Vera participaba de su posición social, estaríamos dando una impresión falsa. Desde luego, todo eso son tonterías, pero entonces no lo eran. Mi madre sólo me lo comentó una vez y recuerdo que dijo que Vera hacía gala de una distinción que no era la adecuada».

La boda se celebró en Rawalpindi, en marzo de 1926, cuando Vera tenía diecinueve años y Gerald veintidós. Al año siguiente nació su hijo, Francis Loder, y, cuando el niño cumplió seis años, Vera y Gerald llegaron a Inglaterra de permiso. Traían consigo al niño, pero lo dejaron en un colegio privado de Somerset, no lejos de donde vivía su abuela Hillyard. Dos años después, Vera regresó sola a Inglaterra porque su padre se estaba muriendo. Sin embargo, no llegó a tiempo de verlo vivo y sólo pudo asistir al funeral. Era su hija preferida y se había sentido muy unida a él. Es una lástima que no se haya conservado ni una sola de los cientos de cartas que ella le escribió desde la India.

Arthur Longley había muerto y a su mujer, Ivy, le quedaban tan

sólo unos pocos meses de vida. Corría el año 1935 e Ivy tenía únicamente cincuenta y siete, pero padecía un cáncer de útero imposible de operar, así que, en lugar de volver a la India a reunirse con Gerald, Vera se quedó con su madre. Cuando ésta murió en la primavera de 1936, Vera decidió prolongar su estancia para cuidar de Edén, su hermana de catorce años.

Helen Chatteriss escribe:

«Después de uno o dos años Vera empezó a cansarse de la India. Al ser tan rubia y de piel tan blanca, el sol le resultaba insoportable. Que yo supiera, el matrimonio no iba mal; no era que se separasen porque no se entendieran, sino que simplemente Vera se sentía más feliz y más a gusto con el clima inglés, y además, claro está, su hijo estaba en Inglaterra. Me parece que ya le he dicho que Vera profesaba un enorme cariño a Edén; de hecho, si le costó decidirse cuando la invité a venir a la India fue principalmente porque no quería separarse de Edén. Reconozco que la invité para que allí encontrara un buen marido, y lo encontró. Ahora, las cosas han cambiado tanto que eso resulta difícil de imaginar, pero en los años veinte lo que las chicas deseaban, más que nada en el mundo, era conseguir un marido y a ello dedicaban todos sus esfuerzos. La gran guerra segó la vida de una gran cantidad de muchachos, posibles futuros candidatos de la mano de Vera; en cambio, había en la India muchos jóvenes solteros y sin compromiso. Nunca me he arrepentido de haber invitado a Vera y haberle presentado a

Gerald. No creo que fuera un error, pues tuvieron un matrimonio feliz, al menos durante unos años, y sigo creyendo que fue la guerra —me refiero a la guerra de 1939-1945— la que lo estropeó todo, lo mismo que estropeó las vidas de muchos de nosotros.

Catherine Clarke escribe:

«Mi hermano volvió a Inglaterra con su regimiento en 1939. Víctor Chatteriss se había retirado el año anterior con el rango de general de división y vivía con su mujer e hijos en la casa que ésta había heredado de sus abuelos, en no sé qué pueblo de Suffolk. La poca vida de familia que tuvo mi hermano la pasó con Vera y su hermana pequeña en una casa llamada Laurel Cottage, en Great Sindon. No es que la casa fuera de ellos; era un legado indiviso que habían recibido Vera, su hermano y aquella hermana en tres partes iguales. Cuando estalló la guerra, el regimiento fue enviado al norte,

al condado de Yorkshire, según creo».

De modo que en los primeros años de la segunda guerra mundial encontramos a Vera viviendo apaciblemente en compañía de su hermana Edén en la misma casa que vio nacer a esta última, situada en un adormilado pueblecito que como grandes lujos poseía una tienda, una escuela, una iglesia del estilo típico del este de Inglaterra, enorme como todas ellas, y un servicio bastante precario de autobuses que lo unía con Colchester. Es un tópico decir que una madre y una hija que están muy unidas son como hermanas, pero en el caso de Vera Hillyard y Edén Longley, que eran hermanas, su relación era más semejante a la de madre e hija. En 1939 Vera tenía treinta y dos años y Edén diecisiete. Durante las vacaciones escolares se unía a ellas el hijo de Vera, Francis, y de cuando en cuando las iban a visitar John y Vranni Longley con su hija Faith. Además, a unas pocas millas de distancia, en Stoke-by-Nayland, vivían los Chatteriss: el general, su esposa y sus dos hijos adolescentes, Patricia y Andrew. A veces, una prima de la rama Naughton venía a tomar el té, y las hermanas trataban asimismo a unas cuantas personas del pueblo, entre ellas Thora Morrell, cuyo marido Richard era el rector de la parroquia.

Pero las dos hermanas llevaban un vida tranquila y sin incidentes, y sus distracciones consistían en coser, bordar, hacer pasteles y escuchar la radio. Sin embargo, el drama que más adelante haría erupción en aquella casa ya se estaba desplegando lentamente.

4

EL DÍA después de que Vera compareciera ante el tribunal acusada de homicidio, mi padre recorrió la casa recogiendo y escondiendo todo cuanto pudiera relacionarle con ella, y también destruyéndolo, de eso estoy segura. Esta actitud puede parecer cruel, pero, si bien mi padre no era una persona insensible, ni mucho menos, le importaba mucho su propia respetabilidad y también su probidad; necesitaba sentirse por encima de cualquier reproche. De modo que la gente no debía saber que Vera Hillyard era su hermana; sobre todo, el banco y sus clientes tenían que ignorarlo. Por eso sobrellevó su pena en silencio, dejando que el disimulo corrojera su alma mientras exteriormente se conducía como si Vera no hubiera existido nunca.

Fue mi madre la que me contó lo que ocurrió aquella tarde. Yo no estaba allí, me hallaba en Cambridge, anonadada por la noticia que había leído en el periódico. Mi padre regresó a casa desde el banco, no quiso cenar (llevaba dos días sin tomar alimentos), y le dijo a mi madre:

—¿No tenemos por ahí una cajita de caudales?

Resultaba una pregunta bastante chocante, si tenemos en cuenta que era un director de banco el que se la hacía a su mujer. Mi madre le indicó dónde estaba la cajita y él la cogió y se la llevó al dormitorio de invitados, allí donde Edén había pasado una noche, tiempo atrás, y se había dedicado a quitar el polvo a los muebles, logrando que mi madre se enfureciera. Mi padre no quería realizar su tarea solemne y casi ritual ante su esposa, de modo que, una vez fuera del alcance de la vista de mi madre, comenzó a llenar la caja

con cartas y fotos de sus hermanas. En la habitación donde estaba sentada mi madre, nuestra sala de estar, había dos fotografías enmarcadas, una de Vera y otra de Edén vestida de novia. Mi padre entró en la sala y sacó las fotos de sus marcos. El dorso de uno de los marcos era de los que tienen una puertecilla asegurada con ganchos, pero el otro estaba recubierto por una lámina de papel engomado, y, en su prisa por librar la habitación de la imagen de Vera y su bebé, mi padre la rasgó de un tirón. Se cortó un dedo en la esquina del delgado cristal y el marco marrón, y en un extremo de la fotografía quedó la mancha circular de una gota de sangre, invisible para el que desconozca su existencia.

Esta foto fue una de las que guardó en la caja de caudales que encontré, después de la muerte de mis padres, en el fondo de su armario. En el cuarto de invitados había un cuadro que nunca me gustó, a pesar de que el marco era bonito, y por aquel entonces descubrí que alguien había sellado bastante chapuceramente su parte posterior con papel engomado. Cuando arranqué la tira de papel encontré, entre el grabado de Millais y la hoja de cartón, dos instantáneas de Edén cuando era niña. Este hallazgo me dio qué pensar y comencé a hallar por toda la casa recuerdos de las hermanas de mi padre. Desde luego, él no comulgaba con el precepto de Chesterton de que el mejor lugar para esconder una hoja es un árbol; mi padre sabía que el mejor escondite es allí donde a nadie se le ocurrirá mirar, y por consiguiente las fotos no estaban en el álbum familiar, cuyos espacios vacíos delataban que habían sido desprendidas de allí, sino entre las páginas de un texto comentado del *Nuevo Testamento*, entre los últimos números de *A Girl of the Limberlost*, o bien insertadas en la funda que alguien (¿Vera, Edén?) había bordado para el álbum de la colección de cromos de flores que venían en los cigarrillos Kensitas, o metidas asimismo entre el forro de hule rojo de un cajón y su fondo de chapa.

Guardé todas las fotos en la caja de caudales, junto a aquellas que mi padre había considerado más valiosas, me llevé la caja, y, al llegar a mi casa, la escondí en el armario que había debajo de las escaleras. En aquel tiempo vivíamos en el campo, y cierta vez que teníamos una amiga pasando unos días con nosotros, mi marido le aconsejó que buscara en ese armario unas botas de agua para salir a

dar un paseo. Mi amiga encontró la caja y se pasó la velada examinando las fotos mientras yo contestaba a sus preguntas con prudentes mentiras y mi marido permanecía sentado en silencio, mirándome de vez en cuando sin despegar los labios. Pero yo también soy una Longley y, como ellos, tengo necesidad de reserva y privacidad. Mi amiga encontró la foto de Vera que mi tía abuela Clara le había hecho en Cromer y la dejó comentando únicamente que era una chica muy mona, pero cuando llegó a la fotografía tomada en Colchester en 1945, la que salió en todos los diarios, un eco lejano debió de sonar en su memoria, porque estuvo mirándola largo rato y repitiéndome que estaba segura de haber visto aquella foto hacía años en algún sitio, seguramente en relación con algo terrible.

Cuando nos trasladamos aquí, puse la caja en el dormitorio más pequeño y la tapé con una manta marrón marcada con las iniciales «M de D» que alguien había comprado (o robado) durante la guerra. Si preguntara por qué mi padre no tiró el contenido de la caja, también podría preguntarme por qué no lo hice yo. Pero, afortunadamente para Daniel Stewart, lo he conservado todo.

Estoy sola en la casa a las tres de la tarde (hoy no es el turno de Helen, ni el nuestro, de montar la guardia junto a la silla de ruedas de Gerald), y aunque me siento enfrascada en una acción pecaminosa y barrunto que me vería en un apuro si me descubrieran, abro la caja y saco las fotos y las cartas a las que sólo eché un vistazo cuando las fui recogiendo en las librerías y cajones en la casa de mis padres. Naturalmente, mi amiga no había leído las cartas, aunque durante todo aquel rato estuve sobre ascuas temiendo que lo hiciera, pero las había sacado —por lo menos parte de ellas— del gran sobre marrón donde estaban guardadas, y las había vuelto a meter comentando apresuradamente que debían de ser cartas de familia. Claro que aunque las hubiera leído no le habrían dado ninguna pista con respecto a la identidad de sus autores.

Cuando despliego las cartas, exhalan un olor rancio, ligeramente sulfuroso. Vera y Edén siempre escribían solamente a mi padre; jamás dirigían sus cartas a papá y mamá a la vez. Aquí, por ejemplo, tengo una en la que Vera le da las gracias a mi padre por un regalo de boda, aunque con toda seguridad fue mi madre la que

escogió, compró y envolvió el mantel adamascado y las doce servilletas con las iniciales «V. H.». Pero Vera estaba en contra de mi madre porque no era inglesa, y, por lo tanto, durante un tiempo se creyó con perfecto derecho a comportarse como si la mujer de su hermano no existiera. Luego vienen dos cartas desde la India, de mucha mayor trascendencia: en una de ellas Vera anuncia su intención de quedarse en Inglaterra para «darle un hogar» a Edén en Laurel Cottage. Es un misterio por qué mi padre decidió guardar ciertas cartas y desechar otras, pero finalmente se me ocurre una circunstancia que ahora parece absurda por su misma arbitrariedad: Vera escribía a menudo, por lo menos una vez al mes, y durante el desayuno mi padre nos leía su carta en voz alta, cosa que irritaba profundamente a mi madre; luego, mi padre volvía a guardar la carta en el sobre y la dejaba en la repisa de la chimenea, donde permanecía una semana, después de lo cual, si era invierno, la echaban al fuego, pero si era verano, mi madre la metía en un cajón o mi padre se la guardaba, toda arrugada, en el bolsillo. De modo que se conservaban las cartas escritas entre mayo y octubre, mientras que las recibidas entre octubre y mayo iban a parar al fuego. Así de sencillo.

He aquí una carta que Vera escribió en junio:

«Querido John: Me alegro de que compartas mi opinión y que creas que es mejor que, en lugar de vender la casa y repartirnos el dinero, la conservemos, al menos un tiempo, para que sea el hogar de Edén. Mientras siga en el colegio sería un descalabro para ella alejarla de Sindon. Naturalmente, el perder a sus padres tan joven ha sido un golpe muy duro, pero es enormemente sensata y madura para su edad; no me refiero a sus resultados escolares, aunque en mi humilde opinión son bastante buenos, sino a su actitud ante la vida, a su delicadeza y buenos modales. Está encantada de que me quede en Inglaterra y de que vayamos a vivir juntas en la casa donde nació y donde siempre ha vivido...».

La primera carta de Edén que leo me produce una sacudida. Yo ya conocía su contenido (aunque mi padre no la había leído en voz alta) y lo había ido olvidando con el transcurrir de los años, si bien me había estado doliendo una larga temporada. Cierto que yo había sido negligente y merecía una buena reprimenda, pero ¿tan fuerte

como aquélla? Ella tenía diecisiete años y yo once cuando escribió:

*

«Querido John: Te escribo porque me creo en la obligación de decirte que deberías enseñarle buenos modales a tu hija. No me ha escrito una sola palabra para agradecerme el giro postal que le mandé para su cumpleaños. Me parece que una niña de diez años tendría que saber que lo correcto es escribir dando las gracias. Nuestra madre me lo inculcó desde que tuve la edad suficiente para sostener el lápiz, y estoy segura de que hizo lo mismo contigo. Aparte de la mala educación que representa para las personas que hacen el regalo, a ella misma no le favorece en nada que le permitas...».

¿Por qué mi padre conservó esta carta? ¿Porque en el fondo estaba de acuerdo con ella? ¿Porque en el fondo, como mi madre le reprochaba, si no quería más a sus hermanas que a su mujer e hija, por lo menos las admiraba más? ¿O la carta está aquí formando parte de esta colección porque llegó en mayo, cuando no había fuego en la chimenea?

Mientras recojo el sobre para guardar las cartas, percibo el precioso rostro de Edén que surge de un escote alto y desbocado que se curva hacia afuera como la corola de un lirio. Edén va vestida con su traje de novia, y su velo, que parece hecho de algo más impalpable que la gasa, cae en miles de frunces como una cascada. Edén está tal como estaba aquella mañana en que Francis la abrazó antes de conducirla al altar, mientras Chad los devoraba con los ojos. Y éstas son las fotos que mi padre arrancó de sus marcos: Vera y Gerald recién casados, ante una iglesia de estilo gótico del siglo XIX con un campanario Gilbert Scott, y, como fondo, una higuera india y una colina; y Vera y su niño, con la sangre de mi padre en los cabellos de Vera. Y aquí está la fotografía que seguramente Stewart querrá poner en la portada de su libro: el brillante cabello de Edén cuelga junto a su rostro en el estilo que hizo famoso la actriz Verónica Lake, pero Edén ha modificado el peinado de manera que el mechón no le tapa el ojo. En la foto destacan sus rasgos más atractivos: los pómulos altos, la nariz ligeramente aquilina, el labio superior un poco levantado, la barbilla redonda y la mandíbula bien definida, rasgos que Edén

tenía en común con Francis, de modo que más que tía y sobrino parecían hermanos. Edén lleva un vestido de color claro con un escote drapeado en forma de uve, adornado con un collar de perlas. En sus ojos, tal vez demasiado abiertos, hay aquella mirada tan típica de Edén, llena de espiritualidad, propia de quien está por encima de las cosas de este mundo, y la misma expresión tienen los labios entreabiertos que el fotógrafo le mandó humedecerse para que su pintura de labios, que entonces se llevaba de un rojo oscuro, reflejara la luz.

Pero no creo ser yo quien tenga que dar permiso para que utilicen este retrato. El *copyright* debe de pertenecer a Tony, ¿o quizá al fotógrafo que lo hizo? En el dorso se lee el nombre de un estudio de Londonderry; eso cuadra con el peinado, la fecha probable e incluso aquella mirada remota, secreta y misteriosa de Edén.

Al final del montón hay una instantánea tomada, por lo que parece, sin mayor motivo que el de hacer constar que en un caluroso día de cierto verano un grupo de parientes se reunió en determinado jardín. Yo aparezco en esta foto; llevo un vestido de gasa que heredé de no sé quién y una trenza de color pardusco que me cae sobre un hombro. Estoy de pie entre Francis y Patricia, y detrás de nosotros se ve a Edén, con la clase de vestido que las revistas de entonces llamaban traje bañera; a Vera, con una permanente recién hecha; a mi padre, a Helen, y a un apiñado grupo de primos Hubbard. La debió de tomar el general o bien Andrew. Jamie, de haber existido, también aparecería en la fotografía, así que no debía de haber nacido y la fecha debe ser anterior a 1944. O tal vez se remonte incluso a 1940, cuando Andrew todavía no había partido para luchar en la batalla de Inglaterra ni Edén se había alistado en el Servicio Femenino de la Marina.

Cierro la caja con su tapa y me quedo sentada mirándola, y de pronto me doy cuenta de que estoy llorando; las lágrimas me resbalan rostro abajo. Es algo muy extraño porque todo ocurrió hace mucho tiempo y no quise a ninguno de ellos, excepto a mi padre y a mi madre. Oh, y a Chad, claro, pero eso fue diferente.

Cuando yo era joven, para ser guapa había que ser rubia. Es una afirmación un poco exagerada, pero en general es exacta. Los

caballeros y las damas, y todo el mundo, las preferían rubias. Edén tenía el cabello tan claro, era una rubia de un dorado tan deslumbrante que incluso sin el aliciente de sus rasgos hubiera sido considerada hermosa. La primera vez que fui sola a Great Sindon, Vera me vino a esperar al andén de la estación y, después de haber rozado mi mejilla con sus labios, me mantuvo a cierta distancia para examinarme y exclamó:

—¡Qué lástima que tengas el cabello tan oscuro!

Su tono era acusador; implicaba que con mi descuido había permitido, si no impulsado, aquel proceso de oscurecimiento. No dije nada porque nada se me ocurrió, una reacción que era muy frecuente ante las observaciones de Vera. Sólo sonreí, tratando de parecer bien educada mientras que con una esquina de mi pañuelo intentaba borrar la marca de lápiz de labios que sin duda la boca de Vera había depositado en mi mejilla. El único maquillaje que por entonces usaban las mujeres era un toque de polvos en la nariz y una pintura de labios de un rojo brillante. Los polvos eran de Coty y venían en una caja de colores naranja y dorado salpicada con un dibujo de borlas. A Vera no se le había ocurrido poner un pie fuera de casa sin haberse pintado los labios.

—No me hubiera molestado en besarte —me dijo—, de haber sabido que harías tantos melindres.

Yo no había actuado con bastante disimulo. Escondí el pañuelo y nos encaminamos hacia la parada del autobús. Ninguno de mis conocidos poseía un coche...; bueno, ningún miembro de mi familia y ninguno de mis amigos. En el colegio, los padres de una o dos niñas tenían automóvil, y se decía del padre de otra que además de ser muy rico y tener su propia compañía, no sólo era propietario de un coche sino de un coche blanco, algo muy atrevido y poco convencional. Pero yo esperaba que iríamos en autobús a Great Sindon, y así fue. Vera arrastró a trompicones mi maleta hasta la parada, mientras se iba quejando de lo mucho que pesaba.

—Puedo llevarla yo —dije.

Por toda respuesta Vera agarró la maleta con más fuerza y se la pasó del brazo derecho al izquierdo para que no estuviera entre las dos.

—No entiendo por qué te has empeñado en traer tantas cosas; seguro que te has traído el guardarropa entero. Eres afortunada al

tener tantos vestidos. ¿Sabes una cosa? Cuando Edén se va de casa, planifica con tanto cuidado lo que va a necesitar que le cabe todo en un maletín.

Esta conversación debió de afectarme profundamente, así como otras homilías que Vera me lanzó en las semanas siguientes con respecto a las maletas, y el modo de hacerlas con prudencia y previsión, pues incluso hoy día me siento culpable si llevo demasiado equipaje cuando salgo de vacaciones. Pero entonces, ni que me mataran hubiera podido arreglarme con una maleta más pequeña o menos llena, ya que iba a quedarme allí por un período indefinido, se acercaba el otoño y necesitaba vestidos de verano y de invierno. Fuera como fuese, Vera debía de tener razón: era una persona adulta y la hermana de mi padre, y éste siempre me la ponía de ejemplo, junto con Edén, de cómo tenía que ser una mujer. Durante el viaje en autobús me sentía avergonzada por el tamaño y el peso de la maleta y no cesé de preguntarme por qué había traído esto o lo otro y qué era lo que podía haber dejado. El reproche de Vera me hizo empezar con el pie izquierdo dándome la sensación de que era irreflexiva y vergonzosamente frívola.

Estábamos en septiembre de 1939 y todo el mundo tenía miedo a las bombas. Unos cuantos años antes yo había oído la noticia del bombardeo de Nankín mientras escuchaba la radio con mis padres. Me asusté tanto que no pude seguir escuchando y me refugié en el lavabo de la planta baja, donde aquella voz no se oía. Pero al principio de esta guerra eran mis padres, y no yo, quienes tenían miedo. Y sin embargo, no ocurría nada, todo seguía igual como si quince días antes no se hubiese declarado la guerra. No había ningún plan para evacuar mi colegio, que sólo estaba quince millas del centro de Londres; el curso había empezado y todo se desarrollaba como de costumbre. Pero mi padre fue presa del pánico y me mandó a casa de Vera. Entonces yo tenía casi once años, y como había pasado con éxito el examen de ingreso para el colegio de segunda enseñanza, mi padre seguramente pensó que no me haría mucho daño perder un trimestre de clases.

Hacía calor, el tiempo aún era veraniego. Vera llevaba un vestido de algodón de cuello vuelto y cortas mangas abolladas con puños, y un cinturón de la misma tela, que era de fondo blanco con un estampado de pensamientos malva y amarillo. Este estilo ha

vuelto a ponerse de moda durante los últimos años sin sufrir apenas cambios. Vera tenía el cabello del color del latón recién pulido, pero nada chillón y sin reflejos amarillos, y gracias a una fuerte permanente lo llevaba peinado en ondas profundas y pequeños rizos. Su labio superior estaba recubierto por una pelusilla pálida como borrrilla de cardo, que sólo era visible desde ciertos ángulos, y sus brazos y piernas mostraban un vello algo más grueso y que tenía un brillo muy claro. Su piel, muy blanca, había adquirido un tono rojizo, sobre todo alrededor de la nariz, debido a los estragos del tiempo y del sol de la India. Sus ojos, lo mismo que los míos y los de mi padre, Edén y Francis, eran de ese azul intenso y brillante que muestran los platos de porcelana Wedgwood Invanhoe coleccionados por la abuela Longley y que ahora adornan las paredes del comedor en Laurel Cottage.

El autobús nos llevó a través de una campiña que, por carecer de montañas, colinas y arroyos saltarines y no tener tampoco lagos ni brezales ni una vegetación especial, podría resultar aburrida y poco memorable, pero no lo es, pues posee su propia belleza, profunda y tranquila. En ella se encuentran las casas más bonitas de Inglaterra, iglesias tan grandes como catedrales y los prados que pintó Constable y que entonces apenas habían cambiado, aunque después los han acotado con cercas y han convertido las praderas en césped.

Daniel Stewart hace que Laurel Cottage parezca pequeña y fea, y tal vez lo fuera. Es casi imposible que uno sea objetivo acerca de la casa en que vivió de joven. Yo residía con mis padres en un suburbio muy alejado del centro de Londres, en una casa que mi padre había hecho diseñar por un arquitecto e ideada para que captara todo el sol, un edificio moderno, atrevido y sorprendente. Era de «art deco» y parecía haber sido trasladada desde las afueras de Los Ángeles: consistía en un cubo de color crema con una absurda raya verde pintada a su alrededor, como si fuera un lazo que atara un paquete, con ventanas de vidrio abombado, un tejado plano y una puerta de entrada adornada con un panel de vidrios coloreados que representaban un sol poniente con rayos de color naranja, ámbar y amarillo. Era la reacción de mi padre contra la villa donde nació, situada en la carretera de Myland, y contra la casita donde vivieron él y mi madre cuando se casaron y que se hallaba en la parte de «menos categoría» de Wanstead Fiats. Por mi

parte, yo reaccionaba contra la casa diseñada para el sol, que tenía goteras porque no era apropiada para un país lluvioso y por cuyas hollywoodienses paredes el agua bajaba en forma de grises arroyuelos.

Me encantaban las casas viejas y pensaba que me gustaría vivir en una antigua de verdad. Laurel Cottage no era, desde luego, lo suficientemente vieja. Le pregunté a Vera por qué, en su opinión, mis abuelos no habían comprado uno de aquellos *cottages* de techado de paja que eran tan numerosos por allí. Su respuesta fue sin duda prudente y exacta: el seguro de incendios era mucho más alto para esta clase de viviendas, y mantener las casas antiguas resultaba muy caro; pero a mí me pareció muy poco romántica. Cada vez que yo iba a Laurel Cottage con mis padres, muy a menudo sola con mi padre, solía levantar la vista hasta la placa de arcilla colocada entre las dos ventanas superiores y leía la fecha, 1862, deseando siempre que hubiera sido más antigua, aunque fuera tan sólo de principios del XIX.

Vera era una ama de casa muy meticulosa. Laurel Cottage tenía un olor distintivo; supongo que era una mezcla de diferentes jabones y pulimentos, la casa seguía oliendo lo mismo en tiempos de Vera que en la época de mi abuela. Los olores caseros deben de heredarse a través de la línea materna, pues cuando Edén llegó a tener su propia casa también olía igual, y sin embargo la nuestra no. Mi madre era bastante descuidada y despreciaba la excesiva preocupación por la limpieza, porque decía que era una actitud poco inteligente. Pero a mí me gustaba el aroma limpio y fresco de la casa de Vera, los cristales de las ventanas siempre impolutos, las superficies brillantes y lisas y las cortinas floreadas de chintz, que yo siempre recuerdo agitadas dulcemente por la brisa.

Francis había vuelto a su pensionado. Edén, que era medio pensionista y estaba en el sexto curso, regresaría a casa a las cuatro y media. En mi honor, Vera había dispuesto para el té un enorme despliegue de comida. Todavía no escaseaban los alimentos, pero en aquella casa nunca habrían de faltar los ingredientes necesarios para confeccionar pasteles, tartas o galletas. Vera no tenía nevera — muy poca gente la tenía en 1939, de modo que dejaba el bizcocho Victoria, el pan de jengibre, las tartas de crema de limón, los pasteles Banbury, los bollos y los almendrados sobre la mesa de la

cocina, cubiertos con limpios manteles de té recién planchados, para protegerlos de las moscas. Vera se mantuvo siempre delgada como un junco, pese a que consumía su buena porción de esos alimentos dulces y ricos. Mientras llevábamos los pasteles y los disponíamos encima de la mesa del comedor, dejando las bandejas sobre un mantel bordado por

Edén con punto largo y cadeneta, Vera, después de recomendarme que no dejara caer nada y de expresar su deseo de que yo no fuera demasiado torpe, se excusó por la escasa calidad de los pasteles y su poca variedad.

—Me imagino que tu madre serviría además un pastel glaseado. La abuela exigía que hubiese siempre dos pasteles grandes y por lo menos dos clases de galletas.

Le aseguré que mi madre no senda tales cosas, que en casa el té iba acompañado de emparedados, galletas digestivas o natillas preparadas.

—¿Galletas compradas? —dijo Vera, a un tiempo horrorizada y complacida.

Con toda inocencia le dije que no sabía que existieran galletas de otra clase, y eso le produjo como una sacudida eléctrica. Ya entonces Vera tendía a impresionarse desproporcionadamente con cosas triviales, y el caso es que para ella no eran triviales.

—¿Qué? ¡Y que yo sepa, has tomado el té en esta casa una docena de veces! ¿No sabías que las galletas están hechas en casa? ¡Dios mío, la abuela se revolvería en su tumba! Ya veo que hemos estado perdiendo el tiempo haciendo galletas para ti, lo mismo hubiéramos podido ir al colmado a comprar un paquete de galletas María. Me pregunto qué diría Edén si lo supiera, ella que según creo no ha probado en toda su vida una sola galleta de éstas de tienda. Bueno, quiero esperar que te guste nuestra humilde repostería hecha en casa, ya que no estamos a la altura del estilo sofisticado de Londres y no me imagino que vayamos a cambiar ahora.

Vera tenía el don de dejarme atontada: me quedaba en silencio sintiéndome culpable aunque sabía de una manera confusa que había sido objeto de un ataque injusto. Su técnica consistía en fijarse en un comentario mío de lo más inocente, atribuirme ciertos sentimientos que podían deducirse de él (aunque yo no los sentía ni los había expuesto) y luego castigarme por las expresiones que ella

había puesto en mi boca. Hacía lo mismo, o trataba de hacerlo, con Francis, pero él no se amedrentaba y le devolvía el golpe con una fuerza igual o superior a la de ella. Sin embargo, yo era una niña y no conocía otro método de capear el temporal que el de aguantar y guardar silencio. Y, naturalmente, Vera no quería que le contestara, no esperaba ni quería que me defendiera porque éste era su modo de dar salida a los violentos sentimientos que la agitaban y de hallar una percha en la que poder colgar sus creencias y sus destempladas aserciones. Como era profundamente conservadora, siempre estaba mencionando los antiguos usos y costumbres, y a buen seguro estaba convencida de que comprar un paquete de galletas equivalía a dar el primer paso por la resbaladiza pendiente de la decadencia. Sólo Edén se libraba de esos ataques, pero Edén se libraba de todos y cada uno de los asaltos violentos e irrazonables de Vera. Aquel día, una vez hubo consumado su agresión y repetido cien veces lo mismo, adornando el tema, Vera se sintió satisfecha. No dije nada y continué ayudándole a poner la mesa, aunque llegado este punto creo que para ella yo había dejado de existir como persona. Ni siquiera se le ocurría que había podido herir los sentimientos de su víctima, que yo podía estar herida u ofendida por haberle oído decir que mi madre no me hacía ningún favor al fomentar en mí ciertos gustos, y que yo obraba muy mal al presumir de mi paladar refinado ante mis primas de provincias, y también que sería aconsejable que modificara por completo mis ideas.

Una vez puesta la mesa, con los manteles de té cubriendo de nuevo las bandejas, Vera volvió a cambiar de actitud y se mostró amable y llena de interés. Me felicitó por mis notas escolares, alabó la blancura de mis dientes y el color de mis ojos (aquel azul de los Longley del cual yo no era en absoluto responsable, como tampoco lo era de que mi madre comprara las galletas), y me felicitó por no tener granos en la cara. Me llevó con ella junto a la ventana para esperar desde allí el regreso de Edén. Edén se apeaba del autobús en la calle mayor del pueblo y la veríamos aparecer en cuanto diera la vuelta a la esquina. Great Sindon era un pueblo muy bonito, sobre todo entonces, antes de que surgieran todos aquellos edificios nuevos, señales de tráfico y coches estacionados a lo largo de sus calles. Era tan soñoliento y tranquilo que se hacía difícil creer que estábamos en guerra, aunque claro, apenas lo estábamos. Un jinete

bajó la cuesta de la colina paseando, si es que un caballo puede pasear, y las golondrinas comenzaron a posarse sobre los cables eléctricos. Yo me arrodillé en el asiento del antepecho de la ventana y Vera se colocó detrás de mí, estirando el cuello.

Se me hacía patente la tensión que emanaba de su cuerpo, que parecía incapaz de contener tantas emociones, tanta presión y efervescencia interior, de modo que la atmósfera que la rodeaba estaba saturada de aquella energía. ¿Es posible que yo recuerde todo eso? Probablemente estoy trasladando a aquel momento lo que más tarde supe y sentí, pero es cierto que con Vera no había lugar para el sosiego, ni para ella ni para los que estaban con ella.

Edén asomó de pronto detrás de la esquina (¿de qué otro modo hubiera podido ser sino de pronto?) y Vera exclamó:

—¡Ahí está!

No llegó a levantarme el brazo para que la saludara, aunque lo hubiera hecho si yo hubiera tenido tres o cuatro años menos; sólo me dijo que agitara la mano y lo hice, a pesar de que de haber seguido mi propio impulso yo la habría acogido únicamente con una sonrisa. Me bajé del asiento junto al antepecho de la ventana y me dispuse a saludar a Edén.

Las niñas cambian mucho al llegar a la adolescencia, y este cambio es aparente no sólo para los adultos sino para una cría de mi edad. Había pasado un año desde que viera por última vez a Edén y si la hubiera encontrado por la calle no la habría reconocido: era ya una joven y era preciosa. Todavía no estaba de moda el peinado a lo Verónica Lake y ella se había arreglado el cabello siguiendo aquel estilo tan espantoso que nunca ha vuelto a llevarse: recogido en un rodete alto en la frente y suelto por detrás. Pero el peinado no lograba mermar la belleza de Edén y a mí me pareció muy chic. Llevaba una túnica de uniforme, lisa y con el cuello redondo, no como aquellas antiguas togas plisadas; una chaqueta rojo oscuro con el escudo del colegio en el bolsillo, y una cartera colgada del hombro. Me dio un beso y me llamó con mucho cariño «mi querida sobrinita», me preguntó cómo estaban mis padres (Vera olvidó mencionar a mi madre, pero Edén no) y dijo que esperaba que hubiera tenido un buen viaje. Luego se fue a su cuarto para salir diez minutos después con la nariz empolvada y los labios pintados. Se había cambiado la túnica por una falda y una

blusa y parecía aún mayor. Nos sentamos a tomar el pantagruélico té de Vera, consumiendo poco a poco emparedados, pasteles y bollos. El té de la tarde sería siempre la comida principal del día, y aquel primero no constituyó una alegre excepción. Siento algo raro cuando ahora recuerdo aquellas meriendas: todo aquel pan y mantequilla y las montañas de dulces; comíamos por lo menos cuatro rebanadas de pan cada una, por lo menos un trozo de pastel, una serie de bollitos, galletas, pastas y tartaletas. Ninguna de nosotras engordó y a ninguna le salieron granos, a pesar de que comíamos de este modo cada día a las cinco. Vera siempre animaba a Edén, y ahora también a mí, para que se atiborrara, diciendo que eran alimentos buenos, sanos y hechos en casa. Parecía convencida de que todo lo comprado en la tienda era nocivo y todo lo hecho en casa saludable. Es ésta una idea muy extendida que, sin duda, ha causado más de una muerte prematura.

Edén me dijo que me enseñaría a hacer pasta de hojaldre.

—¿De veras? —pregunté, tal vez en tono dubitativo.

—¿No te gustaría aprender?

Yo no estaba segura, no tenía opinión alguna al respecto. Ni siquiera sabía con certeza lo que era la pasta de hojaldre y creo que la confundía con la pasta de *petit-choux* con la que se hacen los *éclairs*. Mi madre no era una buena cocinera y tanto ella como mi padre desaprobaban el que las niñas recibieran clases de labores domésticas en el colegio, aunque mi padre pensaba que esas cosas se sabían por instinto. Eso es lo que, con toda inocencia, creía él que les ocurría a sus hermanas.

—¿Qué es lo que te gusta cocinar? —me preguntó Edén.

Cuando somos mayores sabemos cómo contestar, al igual que sabemos las respuestas que hubiéramos debido dar de pequeños. Yo tenía que haber dicho: «Soy una niña y siempre que he querido hacer algo en la cocina, aunque sólo fuera tostar una rebanada, mi madre me ha dicho que lo dejara, que ya lo haría ella». Y además nos habíamos apuntado al racionamiento aunque éste no iba a empezar hasta el próximo mes de enero. Debería haber dicho que si las predicciones se cumplían, dentro de poco no tendríamos con qué hacer pasta de hojaldre. Pero hubiera sido una respuesta descortés, más descortés incluso que no darle las gracias por su regalo de cumpleaños...

—En realidad —dije, tomando una tartaleta de limón para darme ánimos—, no sé cocinar.

Ambas se mostraron impresionadas pero no muy sorprendidas, y comenzaron a lanzarme un aluvión de preguntas con respecto a qué sabía hacer, aunque no se referían a teoremas ni a verbos franceses. Cuando hubieron logrado sonsacarme que no sabía coser ni bordar, hacer punto de cruz ni tejer, Vera suspiró tan profundamente y adoptó una expresión tan abatida como si yo no conociera el alfabeto o no supiera controlar mis funciones corporales, e hizo la siguiente e increíble observación:

—Desde luego, ¡vaya esposa vas a ser!

Pero Edén, que siempre era en apariencia más amable, me dijo que no me preocupara, que si nunca había tenido ocasión de aprender, ahora estaba en Laurel Cottage (lo dijo como si se estuviera refiriendo a un instituto de economía doméstica) y ella me iba a enseñar montones de cosas, después de lo cual, ambas dejaron de prestarme toda su atención —de hecho no me hicieron ya el más mínimo caso— y empezaron una conversación misteriosa y prolija acerca de gente que vivía en el pueblo y de la cual yo jamás había oído hablar. Una de las molestas manías de mis parientes de Great Sindon era que daban por sentado que yo sabía a quién se referían cuando nombraban a una u otra persona, y también que, cuando había visitas, mis tías me suponían enterada de quiénes eran sin tenérmelas que presentar. Eso no hubiera sido tan malo si cuando confesaba mi ignorancia me hubiesen dado una explicación, pero en lugar de ello se volvían mordaces, sobre todo Vera, y me decían que claro que lo sabía, desde luego que sí, pero que debido a un olvido o descuido que hubiera podido evitar (y que probablemente era pura indiferencia), la identidad de Fulano o Mengano se me había borrado, porque yo lo había permitido, de la memoria. Y esa suposición de que todo el mundo estaba por completo al corriente de sus actividades abarcaba también sus hábitos y costumbres, de modo que sin que me lo dijeran yo debía saber a qué hora tenía que levantarme, cuándo podía utilizar el cuarto de baño, dónde dejaban colgada la llave de la puerta trasera, a qué hora pasaba el lechero, quién era la mejor amiga de Edén y qué asignaturas había escogido para su certificado de estudios secundarios, cómo se llamaba el vicario, y además saberme de memoria el horario de los autobuses a

Colchester.

Yo esperaba grandes cosas de mi estancia junto a Vera, estancia que iba a durar un tiempo indeterminado y que dependía de si caían bombas o no en los suburbios del nordeste de Londres. Consideraba posible que sintiera añoranza de mi casa, pero pensaba que ésta quedaría compensada por el entusiasta recibimiento que Vera y Edén me harían al admitirme en su círculo fraternal, al darme la bienvenida a su especie de solitaria hermandad femenina de estudiantes. Sabía que mi tío Gerald estaba en el norte de Inglaterra con su regimiento y que Francis estaba en su pensionado. La gente me decía a menudo que parecía mayor de lo que era, y por eso pensé que mis tías, una de las cuales sólo me llevaba unos años, me iban a tratar como a un adulto, casi como a una hermana. Nunca pude desprenderme por entero de aquel sueño o fantasía, pese a las constantes desilusiones. ¡Deseaba con tanto desespero integrarme en su círculo! Ellas dos tenían la habilidad de hacer que su mundo (que ahora veo estrecho, cerrado y burgués) pareciera un lugar misterioso e inmensamente deseable, algo así como un club muy exclusivo que seleccionara sus miembros mediante unas condiciones terriblemente estrictas y cuyas normas fueran imposibles de cumplir para las personas ajenas a él. Sentada aquel día ante la mesa del té, yo no sabía el agotador trayecto que me esperaba, ni los intentos que haría de entrar y satisfacer sus requisitos, ni mis muchos fracasos, y por eso escuchaba atentamente, esperando, aunque en vano, que me hicieran una pregunta para recabar mi opinión, en lugar de la pregunta que finalmente me dirigió Vera:

—¿Comes siempre con la mano derecha?

Nunca se me había ocurrido pensarlo. Tenía en mi mano derecha el último bocado de bollo, y la sostuve en alto mientras respondía:

—No lo sé.

—La mano izquierda es para comer, la derecha para beber —dijo Vera, mientras rectificaba la posición de mi plato, mi platillo y mi taza.

Le ayudé a lavar los platos. Mi madre me había dicho que en Laurel Cottage yo debía tratar de ayudar a Vera, y como no sabía en qué podía ayudarla, me ofrecí para secar los platos. La conversación

había llegado a un punto muerto, pues Edén se había retirado a la sala con un libro que tenía que leer para el colegio, y siempre resultaba más fácil hablar estando ella presente. Creo que fue en este momento cuando empecé a sentir añoranza de los míos.

Fuimos a reunirnos con Edén y escuchamos la radio. A las ocho menos diez, Vera me indicó que diez minutos después debía irme a la cama. No se me había ocurrido que tendría que acostarme antes que ellas. En casa me retiraba a las nueve y media, pero sólo cuando me tocaba ir al colegio al día siguiente, y aquí no tenía que ir al colegio.

—A tu edad yo ya estaba acostada antes de las ocho —dijo Edén con una voz dulce y grave.

Creo recordar, posiblemente por efecto de mi imaginación, que a menudo su voz tenía un tono distraído, como si no le importara mucho lo que estaba diciendo ni la persona a quien se lo decía.

—Los niños siempre protestan cuando es hora de irse a dormir —añadió Vera.

—Debes de referirte a Francis —dijo Edén—, porque yo nunca lo hice.

—No, es verdad, no recuerdo que lo hicieras. Pero tú eras muy distinta a los demás niños en muchos sentidos. Vamos, Faith, ya empieza a oscurecer.

¡Dentro de dos meses oscurecería a las cinco!

—Buenas noches, sobrinita —me dijo Edén—. Ya verás como te quedas dormida en cuanto pongas la cabeza en la almohada.

Nada podía haber hecho que me sintiera más completamente excluida de su círculo.

Me habían adjudicado el dormitorio de Francis, aunque luego, en mis estancias posteriores, dormí siempre en el de Edén. En la habitación de Francis no había nada que revelara que aquél era el cuarto de un chico de mi edad. Sin embargo, no faltaban los objetos hechos a mano por Vera y que proliferaban en toda la casa: almohadones, bordados, asientos de *petit point*, cuadros realizados con papel de plata, un cordón de campanilla confeccionado en punto de cruz, una alfombra de retales... Tal vez las posesiones de Francis habían sido retiradas en mi honor, pero lo que sí habían dejado era un reloj redondo de metal encima de la repisa de la chimenea.

En cuanto hube cerrado detrás de mí la puerta de la habitación me di cuenta de que el reloj emitía un tictac fuerte y metálico, a pesar de que cuando entré anteriormente, con Vera llevando mi maleta, no lo había notado.

Deshice la maleta y, al disponerme a guardar mi ropa en el armario, me sentí bastante cohibida por los colgadores, que estaban forrados de satén fruncido de diversos colores y tenían cada uno una bolsita de lavanda colgada del gancho. Me puse la bata y me dirigí al cuarto de baño, y entonces, al oír los rumores que subían de la planta baja, una oleada de morriña me asaltó de nuevo; Vera y Edén sostenían una animada charla y de vez en cuando Edén se reía. No se habían comportado de ese modo alegre, natural y, por decirlo así, confortable, mientras yo estaba con ellas, y la conclusión inevitable era que me habían mandado pronto a la cama porque tenían prisa por librarse de mí.

El problema del reloj comenzó asimismo a tomar grandes proporciones. Pensé que me sería imposible dormir con aquel reloj en la habitación, pero pronto descubrí que, a menos de romperlo, no hay manera de parar un reloj de este tipo una vez se le ha dado cuerda.

El libro que me había llevado me distrajo un rato, pero luego comencé a ponerme nerviosa al pensar que Vera o Edén podrían advertir la luz por debajo de mi puerta. A pesar de mis pocos años, ya tenía conciencia de que, si bien me habían mandado a la cama porque estaban hartas de mi compañía y por lo tanto les daba igual que durmiese o me quedara leyendo toda la noche, con tal de quitarme de en medio, nunca reconocerían tal cosa, sino que mantendrían que el hecho de haberme enviado temprano a la cama era por mi propio bienestar y por mi salud. Por lo tanto, sería mejor que no vieran mi luz encendida a esa hora tardía, casi las nueve y media. Pero nada más apagar, el tictac pareció cobrar una intensidad mucho mayor. El cuarto no estaba a oscuras, pues había salido la luna, radiante y amarilla, una luna de verano que iluminaba lo suficiente para poder realizar mis propósitos... Me levanté de la cama y, después de colocar un cojín en el asiento de una silla Lloyd Loom de color dorado y azul pálido, dejé sobre él el reloj, convenientemente envuelto en mi bata.

El tictac sonaba más apagado, pero todavía se oía. Me embargó

el horrible convencimiento de que no iba a poder dormir, y no sólo aquella noche, sino muchas más, quizá cientos de noches. Me vi atrapada allí con aquel reloj, sin posibilidad de escapar, padeciendo en pleno desvelo aquel tictac como si fuera la tortura china del agua. Conocía el cuento de Hans Andersen de la princesa del guisante, y pensé que hubiera sido una historia mucho más real si la incomodidad de la pincesa hubiera sido debida a una fuente sonora en lugar de una causa táctil. Estuve dándole vueltas a este tema, tratando de adivinar qué clase de sonidos podrían resultar tan molestos para una princessa como el guisante colocado debajo de los veinte colchones. Pero sólo logré olvidarme momentáneamente del reloj, que seguía emitiendo sus latidos a través de los pliegues de mi bata.

Vera y Edén subieron a acostarse, y en el rellano frente a mi habitación se hablaron bajito para no despertarme.

—Buenas noches, cariño.

—Buenas noches, cariño. Que duermas bien.

Quando apagaron la luz del rellano, cogí la alfombra retalera y la enrollé alrededor de la bata que envolvía el reloj, pero oír aquel tictac sordo fue mucho peor. Mi desesperación (la misma que más adelante había de experimentar en algún cuarto de hotel) era tan grande que me pareció que la única manera de librarme del ruido era salir de la habitación, pero eso resultaba tan imposible aquí, en Laurel Cottage, como en el hotel Plaza de Nueva York, cuando en la habitación contigua celebraron una fiesta nocturna que duró toda la noche. En el Plaza efectué frecuentes e inútiles llamadas a recepción, donde se mostraron educados y serviciales, pero no hicieron nada. Aquí, el personal de recepción estaba durmiendo y yo sabía que en cualquier caso no habría recibido con amabilidad una queja de este tipo.

Abrí la ventana y me asomé. El hermoso jardín de Vera estaba bañado por la luz de la luna. En tiempos de mis abuelos, este jardín nunca había sido gran cosa, pero Vera lo rehizo, reemplazando las matas de groselleros y ailantos por *viburnums* de raras variedades, y plantando un *Cornus alba*, un berberís y muchas plantas medicinales. Como es lógico, entonces yo no sabía nada de todo esto, pero era incapaz de apreciar su belleza, así como el refinamiento que el jardín había adquirido al sustituir las plantas

comunes por otras más exóticas. Las hojas de los árboles, que en esa estación tenían durante el día un tono dorado brillante, bajo el blanco claro de luna se veían envueltas en un fluido tembloroso y delicado de color ámbar. Desenvolví el reloj y lo dejé en el amplio antepecho exterior de la ventana, después de lo cual bajé el cristal.

Mientras lo hacía me asaltó un escrúpulo pasajero al pensar que tal vez por la mañana Vera entraría a traerme una taza de té, o bien que vendría impulsada por cualquier otro motivo que yo ignoraba, y me embargó el convencimiento de que advertiría la ausencia del reloj. Pero me tranquilicé pensando que ya estaría despierta antes de que eso ocurriese.

Aquella paz era tan maravillosa que traté de mantener los ojos abiertos por el simple placer de escuchar el silencio, cosa que, como es natural, hizo que me durmiera enseguida. Cuando me desperté, hacia las siete y media de la mañana, me acordé del reloj y lo cogí; estaba todo cubierto de rodo pero seguía andando. Me dije que no había razón para no hacer lo mismo todas las noches. La lluvia podía ser un inconveniente, pero ya se me ocurriría algo cuando llegara el momento. Me habría gustado saber a qué hora tenía que levantarme y no me atreví a ocupar el cuarto de baño por no quitarle el sitio a Edén, que tenía todo el derecho a ser la primera. La casa estaba en silencio y, después de diez minutos de vacilación, decidí que Vera y Edén seguían en cama, de modo que me levanté y fui a lavarme al cuarto de baño. Más tarde, Vera me preguntó por qué no me había bañado y me exhortó a que no fuera «negligente» y tomara un baño diario. Pero por ahora no se oía el menor ruido en la casa.

Después de secar el reloj con mi pañuelo, lo dejé de nuevo en la repisa de la chimenea y descendí a la planta baja. La casa estaba muy ordenada y observé que alguien había ahuecado los almohadones de la sala de estar. Pasé al comedor y, al verlo también vacío, empujé la puerta de la cocina sin saber muy bien por qué, pues ni siquiera era capaz de preparar una taza de té y mucho menos mi propio desayuno. Ambas estaban allí, comiendo en silencio cereal de trigo en unos cuencos rectangulares de madera. Di un respingo y Vera, a quien raramente se le escapaba algo, advirtió mi sobresalto.

—¡Dios mío, qué nerviosa estás! A tu edad no deberías ser tan

excitable.

Edén dijo que unos minutos más tarde ya no la habría encontrado, pues tenía que salir a las ocho y cuarto. Con su tono lleno de reproches implicaba que bajar a desayunar a aquella hora era señal de un temperamento perezoso. Vera, que al entrar yo se había puesto en pie de un salto, se mantenía en una actitud tensa entre la despensa y la cocina. Me preguntó qué quería para desayunar y me recitó a toda velocidad la lista de alimentos: huevos escalfados, pasados por agua o fritos, bacon, cereales y tostadas. Pero no había *porridge*. Vera comentó que era muy pesado prepararlo y ni a Edén ni a ella les gustaba. Le dije que lo detestaba.

—Siento que digas eso de una comida tan saludable.

—Pero si has dicho... —comencé a decir.

—He dicho, he dicho... Espero que no vayas a criticar todos los pequeños comentarios que pueda hacer, Faith. No pretendo ser tan lógica como tú y tu madre, en primer lugar porque no tengo tiempo para ello. Bueno, ¿has decidido ya lo que quieres para desayunar o más vale que me siente y termine mis cereales mientras te lo piensas?

Dije que tomaría un huevo pasado por agua, y Vera, con un ademán de exagerada resignación, emprendió su labor; cogió un cazo y un huevo del anaquel, pero Edén se levantó de un salto diciendo:

—Deja que lo haga yo, ya he terminado. Siéntate, cariño, todo el rato estás yendo de aquí para allá como un tabardillo.

Edén, muy compuesta con su túnica de uniforme y el pelo recogido en la nuca con un lazo de seda negra, comenzó a trajinar con delicadeza. Cortó para mí unas tiritas de pan que recubrió de mantequilla.

—¿Te basta con tres minutos de cocción?

—¿Podrían ser cinco, por favor?

—Claro que sí, pero entonces será un huevo duro. ¿Estás segura de que va a apetecerte un huevo duro?

No iba a salir duro, pero esa vez no cometí el error de discutir sino que dije que yo misma vigilaría el huevo y lo sacaría del agua. Edén probablemente pensó que aquél era un buen momento para empezar las lecciones de cocina, pero Vera objetó:

—Seguro que lo deja caer al suelo, Edén, y ya conoces el

chafarrinón que forma un huevo aplastado. —Sin darme tiempo a que refutase indignada esa suposición, Vera se volvió hacia mí y me dijo en un tono a un tiempo mordaz y recriminador—: Siento que no te guste el relojito de Edén; ella lo puso en tu habitación porque pensó que te sería muy útil, ya que no tienes reloj de pulsera.

—¿No te gusta, Faith? —dijo Edén.

No pude responder nada; me había quedado paralizada.

—Claro que no le gusta, es evidente que no le gusta. Si le gustara no lo habría puesto fuera de su ventana, ¿no es cierto? Sí, ya lo sé, cariño, resulta muy extraño, pero te aseguro que eso es lo que ha hecho. Tu relojito no ha sido un éxito. Esta mañana a primera hora he salido al jardín y ¿sabes lo que he visto?: tu reloj en la repisa exterior de la ventana de Francis. Y menos mal que no ha llovido y no se ha mojado, es lo único que puedo decir.

¡Si eso fuera lo único que podía decir! Se puso a describir el reloj tan detalladamente como si Edén y yo no lo hubiéramos visto nunca, e hizo cábalas acerca de su coste, que podía haber alcanzado los cinco chelines y seis peniques e incluso los cinco chelines con once, y también acerca de si Edén lo habría comprado este año o el pasado, y de si la compra había sido efectuada en Colchester o en Sudbury. Edén la interrumpió para preguntarme por qué había puesto el reloj fuera de la ventana.

—¿Es sólo porque no te gustaba, Faith?

¿Me creían las dos loca de remate?

—No me gustaba su tictac —dije.

—¿No te gustaba su tictac? —Edén lo dijo como si les hubiera revelado una fobia incomprensible. Se habían olvidado de mi huevo, cuyo borboteo al hervir se oía perfectamente, pero que quedaba tapado por Edén, apoyada en la cocina—. Pero todos los relojes, excepto los eléctricos, hacen tictac.

—Ya lo sé. —¿Suena muy absurdo si digo que a esas alturas estaba a punto de echarme a llorar?—. Pero es que no me gusta oírlos, lo siento. Por eso dejé el reloj fuera de la ventana, para no oír su tictac.

—Nunca he oído nada semejante —dijo Vera.

—¿Por qué no saliste a decirnos que no te gustaba tener que oír su tictac?

—No quería molestaros.

—Pues hubiera sido mejor molestarme —dijo Edén muy amable y en tono razonable— que estropear mi reloj.

—No lo he estropeado, todavía funciona.

—Dejemos de lamentarnos —dijo Vera—, eso no sirve de nada. ¿Y qué pasa con el huevo? Lleva hirviendo por lo menos cinco minutos.

Edén lo sacó del agua y lo puso en mi huevera, comentando:

—Ya te dije que no te iba a gustar un huevo duro. ¡Dios mío, tengo que irme volando! ¡Mira qué hora es!

Me quedé sola con Vera, que durante unos minutos continuó hablando de relojes, de su precio y de lo inevitable que era que hicieran tictac. Hizo una digresión del tema principal para lamentar que a mi edad yo fuera una niña tan nerviosa. Entonces yo no había oído hablar de transferencias, pero ahora sé que esto era lo que estaba haciendo Vera: proyectar sus sentimientos sobre mí. Dijo que mi huevo debía de estar incomedible y se ofreció para prepararme otro. Como ella era incapaz de ofenderse, esperaba que no me afectara el rapapolvo que había recibido. Cuando hube secado los platos, subí a mi dormitorio y vi que mi reloj había desaparecido. No volví a verlo durante el resto de mi estancia, ni pude descubrir dónde lo habían metido.

Esta vez mi visita no fue muy larga. La extraña guerra pronto demostró ser de veras extraña, la gente decía que se habría acabado antes de Navidad, y al cabo de una quincena mi padre vino a Great Sindon para llevarme con él a casa. Fue cinco meses después, en el mes de marzo, cuando Edén me envió un giro postal de cinco chelines por mi cumpleaños, mientras que Vera, que por esa fecha había venido a pasar el día a Londres, me obsequió con dos medias coronas, de modo que pude darle las gracias de viva voz.

La razón de que no escribiera a Edén para darle las gracias no consistía en que yo fuese perezosa o maleducada, o que no me gustara escribir o que no me satisficiera recibir cinco chelines. No escribí porque no sabía qué decirle, no se me ocurría nada que decirle a Edén aparte de un simple «gracias». En aquel entonces, tanto ella como Vera despertaban en mi ánimo una gran agitación. De una u otra manera me habían humillado, y ante ellas me sentía insignificante, inútil y del todo incapaz de ponerme a su altura. Sabía que si le escribía, con toda seguridad mi carta tendría algún

defecto: mala sintaxis o una letra ilegible, o un encabezamiento desacertado. Claro que ya había escrito anteriormente a Edén y terminaba siempre mis cartas con «un abrazo de», pero ¿no tendría que cambiar esa fórmula de despedida ahora que habíamos pasado tanto tiempo juntas y que había recibido tantas lecciones, prácticas y metafísicas, acerca del modo de conducirme en la vida? ¿Tal vez debería poner «con mucho cariño», o «con todo el cariño», o quizá, ya que era tan evidente que la había desilusionado con el asunto del reloj entre otros muchos, bastaría con un tibio «afectuosamente»? Como lo ignoraba, no hice nada, y un mes más tarde mi padre recibió de Edén aquella agresión epistolar.

Eso le entristeció bastante; creo que le estropeó el día.

Al principio sólo dijo:

—¡Ojalá hubieras escrito a Edén! —pero cuando lo hubo repetido varias veces, aquella frase se convirtió en otra—: Ahora le escribirás a Edén, ¿verdad?

No le escribí, porque aquel incidente me había trastornado. Sentía que jamás sería capaz de volver a presentarme ante Edén ni de dirigirle la palabra, y en cuanto a ser admitida en su hermandad, eso quedaba descartado por completo. Aquella carta nos distanció e hizo que durante un tiempo se multiplicaran por dos los años que nos separaban. Pero entonces pensaba que sólo yo era la única culpable, la única imperfecta, viendo como veía en su forma de vida un modelo casi inalcanzable para mí.

Pensaba... Sí, es cierto que pensaba mucho en ellas. En mi imaginación seguían siendo siempre las mismas, continuaban su tranquila rutina diaria en aquella casa impecable y con aroma a limpio, tomaban sus copiosísimos té, cosían y bordaban, y se daban un beso al despedirse por la noche. Eran dos mujeres refinadas que se comportaban como deben comportarse las mujeres. Algún día, si me aplicaba mucho, podría ponerme a su altura, ser como ellas, y me admitirían en su círculo.

5

HE ESCRITO ALGO de esto para Daniel Stewart, sólo una sinopsis en realidad porque debo tener en cuenta que lo que él quiere no es la historia de mi vida, sino la de Vera. Y eso me lleva al secreto de la familia; aún no sé si se lo contaré a Stewart.

Claro que, considerándolo bien, no es un secreto; es un hecho conocido, registrado y guardado con documentos en algún sitio. Por ejemplo, tiene que existir un expediente policial de lo ocurrido, pues sé con certeza que la policía guarda estos expedientes durante sesenta años o quizá más. La familia de aquella niña (¿o debo decir sus descendientes colaterales?) lo sabe, y también lo saben los miembros de mi familia que siguen vivos. ¿O no? Francis tiene que saberlo, pues Francis siempre lo sabía todo, a veces incluso antes de que ocurriera. Ni Vera ni Edén me hablaron nunca de ello; fue mi madre, no mi padre, quien me lo dijo. Estaba enfadada por algo que Vera había dicho o hecho y de repente me dijo que iba a contarme una cosa que demostraba lo absurdo que era que mi padre siguiera considerando a sus hermanas dos dechados de virtudes. Pobre hombre, pronto iban a desengañarlo.

Es obvio que Stewart lo ignora, porque si lo supiera no hubiera dejado de incluirlo en aquel capítulo biográfico. Lo he releído y me parece que se ha dejado muchas cosas que estimo importantes, cosas que resultan esenciales para un verdadero conocimiento del modo de ser de Vera. Supongo que no sabe nada de ellas y tendré que explicárselas. Un buen ejemplo podría ser aquella enfermedad de Vera cuando tenía quince años, pocos meses después de que naciera Edén. Al principio, los médicos creyeron que se trataba de

meningitis; hoy probablemente la habrían diagnosticado como una de esas infecciones víricas que tienen unos efectos tan extraños sobre las personas. Vera tuvo que guardar cama durante semanas (mi padre me lo dijo una vez), primero con una fiebre muy alta que la hacía delirar, y después con la temperatura normal durante el día y una fuerte subida por las tardes. Uno de sus pulmones dejó de funcionar y perdió seis kilos de peso, y entonces, de repente, se restableció sin mostrar ninguna secuela aparte de aquella extrema delgadez que ya le quedó para siempre. Mi abuela le prodigó todos sus desvelos y para ello tuvo que desatender por fuerza a su hijita de pocos meses, pero Vera, en cuanto se repuso, comenzó a cuidarse más y más de Edén hasta convertirse en una segunda madre para ella. Y eso me lleva de nuevo al secreto. ¿No sería posible que la enfermedad de Vera no tuviera nada que ver con un virus, y, en el caso de que fuera piscosomática, no hubiera sido causada por los celos que tenía de su hermanita, sino por todo el asunto de Kathleen March? Podría provenir de su sentimiento de culpabilidad o de sus remordimientos, pero a mi entender lo más probable era que tuviera su origen en la amargura que sentía porque, después de haberla culpado, la gente le había hecho el vacío.

Stewart tampoco menciona la tempestad. Fue Edén la que me lo contó, pues le encantaba repetir esa historia. La primera vez que se la oí contar (la volví a oír el día de su boda) estábamos en el jardín de Walbrooks, durante un verano a mediados de la guerra. Edén debía de estar de permiso. Llevaba un conjunto que Vera le había confeccionado con dos vestidos viejos, compuesto de una falda floreada rosa y blanca y un cuerpo azul con el cuello y puños también en rosa y blanco. Se había enrollado el pelo en forma de un canelón que le enmarcaba la frente, y por detrás le colgaba suelto en una melena estilo paje. En la mano derecha lucía la alianza de su madre, pues Edén era de ese tipo de chicas que llevan siempre la alianza de su difunta madre.

Helen y Vera habían entrado en la casa, y Edén y yo estábamos sentadas en unas tumbonas dispuestas en la terraza. Era un día bochornoso con un lejano rumor de truenos; sin duda, fue aquel sonido lo que hizo que Edén recordara la historia.

—¿Ves aquel montículo al final del césped?

Yo ya me había preguntado varias veces qué sería aquella

protuberancia que parecía formada por rocas que pugnasen por salir a la superficie, aunque no había rocas en aquella campiña compuesta de colinas suavemente onduladas.

—Antes, había allí un árbol, un castaño enorme. Bueno, pues cuando yo era muy pequeña y estaba en mi cochecito... Pero, ¿de veras nadie te ha contado nunca eso?

—No lo recuerdo, no sé todavía de qué se trata.

—Lo sabrías si alguien te lo hubiera contado, no Vera, naturalmente, pero sería lógico que tu padre... qué rara es la gente, ¿verdad? En todo caso, como te he dicho, era yo un bebé acostado en mi cochecito, y el cochecito estaba debajo de aquel árbol. Helen estaba en la India, claro, y entonces esta casa pertenecía a sus padres. Me imagino que ya lo sabías, ¿no?

Yo no estaba muy segura de ello pero estimé más prudente callarme.

—Papá y mamá, y Vera, tu padre y yo estábamos aquí haciéndoles nuestra visita anual. Mi familia solía venir andando desde Myland, ¿te imaginas?, debe de haber seis millas, y mi madre me dejó debajo del castaño. Empezó a tronar y de pronto Vera tuvo una especie de premonición de que iba a ocurrir una desgracia. Estaban todos en la cocina tomando el té (muy típico de los Richardson eso de hacerles comer en la cocina, siempre despreciaron a mi padre) y había una ventana desde la que se veía el prado. Bueno, como puedes suponer, mamá me vigilaba a través de la ventana, más o menos decidida a salir corriendo a rescatarme si empezaba a llover, y todos pensaron que Vera se había vuelto loca cuando se levantó de un salto y salió disparada hacia el jardín sin decir palabra. Ya sabes que Vera es la corrección en persona, así que tenía que tratarse de algo excepcional para que se levantara de la mesa sin pedirle permiso a la señora de la casa. Atravesó a todo correr el jardín, me sacó del cochecito, y estaba ya en el camino de vuelta cuando vimos el potente resplandor de un rayo que cayó como una bomba en el jardín. Eso fue por lo menos lo que dijo mamá, aunque nunca había visto caer ninguna bomba; nadie vio caer bombas en la primera guerra mundial, no es como nosotros... Bueno, el rayo cayó en aquel árbol y lo partió en pedacitos, y Vera fue derribada conmigo en brazos. Pero no se hizo daño ni yo tampoco, aparte de algunas contusiones. Sin embargo, no quedó

nada del cochecito ni del castaño, excepto el tocón que estás viendo bajo la hierba y medio metro de tronco, aunque durante años estuvieron quitando astillas de madera de los arriates de flores y supongo que todavía quedan algunas.

—¿Así que Vera te salvó la vida?

—Oh, sí, le debo la vida. Me extraña que John no te lo haya contado, pero eso es muy propio de él.

De modo que si aquella enfermedad de Vera fue psicósomática (como ahora se me ocurre que podría haberlo sido), si fue un medio para distraer la atención de su madre y desviarla del bebé hacia sí misma, si fue una enfermedad real con verdaderos síntomas fisiológicos pero causada por los celos, todo aquel resentimiento había desaparecido al cabo de pocos meses. Por entonces quería tanto a su hermanita que fue capaz de arriesgar su propia vida para salvar la del bebé. Incluso la quería tanto como para olvidar sus buenos modales.

Le explicaré a Stewart lo de la tempestad y lo haré tal como Edén me lo contó; así él podrá transcribirlo en lenguaje coloquial y en primera persona, que a mi juicio es el medio más vivido de escribir un libro como el suyo. Y también le contaré cómo Vera encontró muerta a la anciana señora Hislop, aunque esto puede que no sea muy importante. ¿Por qué nadie le contó nunca estas historias a Chad Hamner? O tal vez sí se las explicaron, pero él no atendió o las olvidó enseguida, porque, como supe más tarde, tenía la atención puesta en otro lado.

Vera solía ir a visitar a los ancianos, una supervivencia de la época en que la «gente bien» se dedicaba a hacer buenas obras en la parroquia (aunque los Longley nunca habrían podido aspirar a formar parte de la aristocracia) y un antecedente de los servicios comunitarios. Una tarde pasó a visitar a la señora Hislop y la encontró muerta. Ese hallazgo debió de perturbar en gran manera a la muchacha, que llegaba portando en sus manos un fardo de ropa vieja y unos pasteles que acababa de hacer. Vera me lo contó un día en que, cosa rara, tenía ganas de comunicarse.

Ella y yo íbamos de paseo empujando la sillita de Jamie; Edén no venía con nosotras pues estaba en Londres con la anciana lady Rogerson. Yo era la que llevaba la sillita y Jamie se había quedado dormido como siempre le ocurría en cuanto la sillita se ponía en

movimiento, de modo que el niño se quedaba sin ver todas las cosas que uno quería enseñarle: unos caballos en un prado, un gato en lo alto de una pared o un coche de bomberos.

Me parece verlo ahora, con sus redondas mejillas de piel de melocotón sobre las que descansaban sus pestañas espesas y oscuras, y aquellos cabellos dorados propios de los Longley, que a Jamie nunca se los habían cortado porque Vera no podía soportar la idea de privarle de sus rizos. Regresábamos a casa por un camino completamente nuevo para mí, a pesar de mis visitas anuales a Sindon durante los últimos cinco o seis años. Era un camino vecinal que no llevaba a ninguna parte, pues en cuanto hubimos recorrido unos cien metros se convirtió en un estrecho sendero, pero a Vera y a mí no nos quedó más remedio que pasar por allí porque habíamos encontrado la senda habitual inundada de agua de lluvia. El caminito nos llevó a lo largo de una monótona pradera y luego pasamos frente a una explotación de grava abandonada. Pero no era ésta la razón por la que Vera lo había evitado durante tanto tiempo: cuando apareció el *cottage* emitió una risita, seguramente para ocultar su embarazo o quizá una emoción más profunda.

—Nunca vengo por aquí si puedo evitarlo. Parece tonto después de tanto tiempo, pero no logro dominar mis sentimientos.

Hoy en día el *cottage* de la señora Hislop ha sido arreglado: han dejado al descubierto los listones de madera de la fachada y han cambiado el tejado de tejas por un techo de paja. Allí vive un profesor de la Universidad de Essex con su mujer y su hijo. Cuando vi la casita aquella primera vez, justo después de la guerra, era una masa informe y ruinosa de listones y yeso, con las ventanas remendadas con chapas de hierro y el jardín invadido por las ortigas, entre las que un viejo Morris Ten se iba cayendo a pedazos. Vera me dijo que la señora Hislop tenía la costumbre de comer toda clase de setas que recogía en el bosque, a pesar de que la gente le advertía que eso la llevaría a la tumba. Y que cuando ella, Vera, había entrado, temerosa y de puntillas, en la casita silenciosa y había llamado a su propietaria, sabiendo que algo horrible la esperaba detrás de la puerta del dormitorio, había encontrado allí el cuerpo de la anciana, todo hinchado y abotargado como si hubiera muerto de hidropesía, aunque nunca había dado señales de padecer esta enfermedad.

Era verano y en los bosques y campos hacía meses que no se advertía ni rastro de setas. Por otro lado, la señora Hislop no había vomitado ni mostraba ninguno de los síntomas habituales del envenenamiento por setas, ni tampoco se hallaron setas, crudas o cocidas, en el *cottage*. Hubo una investigación y el veredicto fue muerte por causas naturales, aunque en el pueblo todos sabían que se había envenenado. Vera me hizo pasar de prisa ante el *cottage* y no quiso mirar atrás. Creo que eso demuestra que era una persona sensible a quien aquel lugar y aquella atmósfera le traían recuerdos dolorosos. Entonces, ¿por qué mostró tanta indiferencia ante el lugar donde encontraron el cuerpo de aquella niña? Durante años se mantuvo alejada de Loom Lane y del *cottage* de la señora Hislop, y no obstante jamás trató de evitar Church Meadow o el propio cementerio, y cuando iba a la iglesia lo mismo le daba entrar por la puerta del cementerio que tomar en coche por la avenida de los tejos. Una explicación de aquella conducta de Vera tal vez fuese que se sentía en cierto modo culpable ante la señora Hislop por no haber ido a visitarla la tarde anterior, tal como había prometido, o por no haberle comunicado a nadie lo que quizás ella era la única en saber, es decir, que las cataratas que velaban los ojos de la señora Hislop la habían dejado casi ciega y no le permitían reconocer las setas. El rechazo que Vera sentía hacia el *cottage* puede explicarse por su sentimiento de culpabilidad, mientras que en el caso de Kathleen March no se sentía culpable porque su conducta había sido irreprochable. Pero ¿cómo podía ser irreprochable si le habían confiado la niña a sus cuidados?

Stewart querrá que le proporcionemos datos de la infancia y juventud de Vera que sean precursores de aquella lenta y larga trayectoria de envenenamientos que emprendió y que, al frustrarse, la empujó a tomar una brusca y atroz resolución. Me imagino que el razonamiento de Stewart se basará en que los asesinos no cometen un asesinato así, de repente; tiene que haber algo que les conduzca a ello, cierta inclinación a la violencia, cierta indiferencia hacia el valor de las vidas de los demás. Pero tanto Vera como Edén han dejado descendientes que tienen mayor derecho que yo a decidir si el secreto debe ser relatado o no, aun en el supuesto de que no conozcan la historia. No le revelaré a Stewart el nombre de Kathleen March (pues con esta guía él comenzaría a investigar por

su cuenta), sino que intentaré descubrir lo que Jamie siente al respecto, y quizá también Elizabeth y Giles. Sería inútil escribir a su padre, porque todos sabemos que Francis jamás ha querido contestar las cartas de sus parientes.

La batalla de Inglaterra, en la que unos pocos lucharon en el aire para salvar a unos muchos (y en la que Andrew tomó parte), fue lo que me llevó de nuevo a Sindon en agosto de 1940. Me apetecía mucho regresar allí, por muy difícil que resulte de creer después de lo que he referido acerca de mi primera visita. Mis razones no tenían nada que ver con Vera, o, por así decirlo, el inconveniente de estar con Vera quedaba contrapesado por las evidentes ventajas de ver a Edén, de dormir en una habitación y en una cama (en casa yo dormía en el refugio antiaéreo que teníamos en el sótano y la cama de mis padres había sido trasladada al salón), y de estar en el campo. Si la última vez pude aguantar hasta el final de mi estancia fue gracias a la naturaleza. Los adultos tienden a olvidar o a pasar por alto el extático placer que algunos niños, especialmente las niñas según creo, sienten en verano si están rodeados de un bello entorno campestre. Está claro que es a eso a lo que se refiere Wordsworth en su *Oda a la Inmortalidad*. Es un privilegio que se pierde al crecer: los prados, los bosquecillos y los arroyos, la tierra y todo cuanto constituye ese espectáculo habitual, pierden su esplendor y su frescura de ensueño en cuanto llegamos a la adolescencia, y después de ello ya simplemente nos gusta la vida en el campo, o al menos esto es lo que me sucedió a mí. A los once años, sentía un intenso deleite ante los campos y bosques de Sindon, ante los pájaros y las mariposas, ante los frutos de ciertos árboles que muchos dirían que no dan frutos, como los sicómoros y los arces y alisos silvestres, al observar la formación de las hojas, el ciclo vital de las criaturas diminutas, al ver a una araña arrastrar penosamente su enorme huevo, una mariposa saliendo de la crisálida, una ristra de huevas de sapo, una mariposa nocturna de color rojizo posada en una hierba lombriguera... Todo eso se ha acabado, ya no veo esas cosas, y si las veo han perdido su encanto, no tengo tiempo de pararme a mirarlas. Pero entonces sí, incluso las encontraba, o al menos parte de ellas, en los solares de nuestros suburbios a medio construir, cuyo desarrollo había sido detenido por la guerra. En aquella época yo ya dominaba el arte de

entrecerrar los ojos para ver lo que no quería ver, en este caso los edificios, en otros casos ciertas inquietantes manifestaciones de las emociones. Pero en Great Sindon no necesitaba cerrar los ojos, después de Laurel Cottage se habían construido muy pocas casas más y el paisaje conservaba todo su esplendor bucólico.

Yo deseaba estar de nuevo en compañía de Edén. Al parecer, una niña de once años tiene que sentir adoración por alguien, y la separación había acrecentado ese sentimiento. Incluso empecé a pensar que su carta no era injusta; al fin y al cabo los reproches se los hacía a mi padre, no a mí, y tal vez él debería haberme enseñado a ser bien educada, a coser, cocinar y ser femenina. Vera nos dijo un par de veces que no veía qué bien podían hacerme todas aquellas declinaciones latinas, y aunque yo no habría hecho ningún caso de aquellas aserciones viniendo de quien venían, Edén con una sonrisa demostró que estaba de acuerdo, y acto seguido comenzó a relatarnos, ante la evidente aprobación de Vera, que ella había demostrado ser tan negada para el latín que al cabo de dos semestres lo había dejado. Edén era guapa, elegante, tenía aplomo y confianza en sí misma, a pesar de su juventud, y a pesar de sus dieciocho años, para los adultos era más una hermana que una sobrina y la trataban con el respeto debido a una igual en edad. Edén había dejado el colegio y encontrado una colocación, y yo quería seguir su ejemplo. Sentada en el tren que me llevaba a Colchester, iba pensando si el cabello de Edén seguiría siendo de aquel tono dorado y me preguntaba si yo podría aclarar el mío con agua oxigenada sin que nadie lo notase.

En el cielo de Essex se estaba librando un combate aéreo. Un caza se desplomó dejando una estela de humo y fue bajando lentamente, como una hoja. Los pasajeros del tren se agolparon en las ventanillas para mirar a lo alto. No vimos descender ningún paracaídas; por lo tanto el piloto, quienquiera que fuese, estaba todavía dentro y se estaba quemando. Los viajeros dijeron que no era un avión de los nuestros, un Spitfire o un Hurricane, sino un Messerschmitt. El cielo se quedó vacío y el sol continuó brillando. Vera estaba esperándome en la estación; dio un beso en el aire a unos centímetros de mi mejilla, comentó lo mucho que yo había crecido y volvió a refunfuñar ante el peso de mi maleta.

Pero esta vez iba a quedarme muchos meses. Aquel mes de

septiembre empezaron los ataques aéreos sobre Londres y, tres meses después, durante una sola noche se declararon en la ciudad mil setecientos veinticinco incendios. Mi padre vino al pueblo, habló con la directora de estudios y me inscribió en el colegio al que había asistido Edén. Por entonces yo ya me había hecho amiga de una niña que se llamaba Anne y vivía en el pueblo. Estaba encantada de recorrer en su compañía el camino del colegio y encantada asimismo, como todas las criaturas de mi edad, de adaptarme al ambiente. Pero de momento estábamos de vacaciones y, como dijo Vera, Edén nos esperaba en Laurel Cottage mientras «disponía el té». Aquella mañana había hecho en mi honor un bizcocho como sólo Edén sabía preparar, batiendo los huevos durante no menos de diez minutos.

Y, aunque yo lo había olvidado, en Laurel Cottage nos esperaba también Francis.

Hasta que nació Jamie, Francis fue mi único primo, pues ni la hermana ni el hermano de mi madre tenían hijos. Francis era un año mayor que yo, y de pequeños nos habíamos visto, sin duda habíamos jugado juntos y tal vez nos lleváramos bien. Vera, según era habitual en ella, no me advirtió de su presencia en la casa; a buen seguro, creía que yo debía de estar al tanto de ello, y tal vez con razón pues después de todo eran vacaciones escolares tanto para él como para mí, y ¿en qué otro lugar podía estar Francis sino en casa? Más tarde supe que podía estar en muchos otros lugares, pero eso fue más tarde.

No es difícil recordar pero sí lo es volver a sentir las sensaciones que experimenté al entrar en la casa y hallar a Francis junto a Edén en la sala de estar. Se me cayó el alma a los pies y me embargó algo parecido al pánico, junto con el presentimiento de que todo se había echado a perder. ¿Por qué? ¿Por qué me molestó tanto? ¿Por qué en pocos segundos adquirí la certeza de que él y yo nos tendríamos antipatía y, peor aún, de que él siempre se las arreglaría para hacerme sentir torpe, inepta y estúpida? En aquellos pocos segundos sentí asimismo que le tenía miedo y me puse a la defensiva, recogiendo todas mis partes vulnerables bajo mi caparazón.

A Vera, a pesar de sus modales perfectos, no se le ocurrió volver a presentarnos, ni tampoco a Edén. Quizá era ridículo que yo

esperase otra cosa, pues al fin y al cabo éramos primos, formábamos parte de la misma familia. Probablemente, yo no era más que una niña pedante y chiflada por desear saber cosas de él y que él las supiera de mí, por querer encontrar algo que tuviéramos en común y por soñar que Vera y Edén nos darían facilidades para que entráramos en comunicación, cosa que sólo podrían hacer impulsadas por una simpatía hacia los demás de la que ambas evidentemente carecían. Permanecí de pie, preguntándome en silencio, ¡absurda especulación!, en qué habitación me harían dormir; sabía que no tendría el coraje de preguntárselo a ellas.

Francis era un chico guapo. Para saber qué aspecto tenía bastaría mirar unos números de la antigua revista *Boys' Own Paper* (La revista de los chicos) o de una novela ilustrada para chicas de últimos del XIX. Francis era el prototipo del joven héroe, el joven inglés de bien formados miembros, capitán del primer equipo de cricket, jefe de los encargados de clase y más tarde miembro del equipo de rugby, un severo deshacedor de entuertos, que pese a todo trata con amabilidad a los fámulos, un joven de sangre azul que no se ufana de ello. Como dicen los americanos, era el perfecto «blanco, anglosajón y protestante», un sir Henry Curtis en mocito. Hoy diríamos que era el vivo retrato del actor Anthony Andrews. Tenía los cabellos rubios y las facciones de tal pureza de líneas que su mandíbula parecía esculpida con un cuchillo en madera de teca. Sus ojos azules tenían una mirada penetrante y sus labios, no eran en absoluto delgados, sino muy carnosos. Se parecía mucho a Edén, tanto que habría sido más fácil tomarlos por gemelos a ellos que a mi padre y a Vera, pues a los trece años Francis ya era más alto que Edén.

Nos sentamos a tomar el té, y Vera prorrumpió al momento en alabanzas del gran pastel redondo, diciendo que el azúcar que recubría su superficie era la ración semanal de una persona. Edén emitió una risita sofocada. Aunque tenía un año más que en mi anterior visita, parecía menos adulta, menos digna. También me di cuenta de que no era inevitable que los demás quedaran excluidos del círculo mágico que formaban ella y Vera. Y sin embargo..., no, en eso me equivoco: ahora había dos parejas, una formada por Edén y Francis, y la otra por Edén y Vera, pero nunca un trío. Hablaré más adelante del trato que Francis le daba a su madre, pero ya en

aquel primer encuentro, en aquellas primeras horas, me llamó la atención y me intrigó. Francis y Edén tenían una relación extraña, que me dejó perpleja y en cierto modo me alarmó, sin saber por qué. Pero yo era demasiado joven y todo aquello escapaba a los límites de mi comprensión: las miradas que intercambiaban, las risitas con las que Edén acogía todo cuanto él decía, aquellos murmullos confidenciales que atraían las reprimendas de Vera, dirigidas sobre todo a él pero también a Edén, aquel intenso placer que parecía proporcionarles su mutua compañía hasta que Edén daba muestras de recapacitar y volvía a formar equipo con Vera. Como diría un psicoterapeuta, todo aquello constituía una amenaza para la parte interior de mi ser, que ansiaba, y que todavía ansia, integrarse a los demás. Parecía poner ante mis ojos un patrón de conducta para adultos que yo estaba segura de no poder imitar jamás. Pasaron años antes de que pudiera analizar y resolver aquel misterio: era que se comportaban como si en secreto fueran amantes.

Pero aquella noche yo me encontraba perdida en alta mar, navegando en un bote a la deriva por las aguas más profundas y menos señalizadas de los Longley. Durante el té, la conversación versó sobre el nuevo empleo de Edén, y como todos esperaban que supiera lo que yo ignoraba —en qué consistía su trabajo, por qué medios lo había obtenido, el nombre de su patrono, el día en que empezó a trabajar y demás— no pude tomar parte en ella. Decidí sin demasiado éxito escuchar y recoger todos los datos que pudiera. Edén, una vez dejado atrás el colegio, iba muy maquillada: llevaba una de esas bases líquidas y coloreadas que recientemente habían salido al mercado (o que se conseguían en la trastienda después de mucho pedir y hacer cola), los labios pintados de un vivo escarlata, las cejas depiladas y delineadas con un lápiz marrón tirando a rojo y los párpados atrevidamente sombreados de color azul. Su peinado era muy complicado, una estructura en la que los clips de metal quedaban a la vista, pero en 1940 eso no le restaba nada de su «chic».

Me preocupaba la cuestión de si me mandarían a la cama a las ocho, aunque la presencia de Francis, a pesar de ser inquietante en muchos aspectos, me tranquilizó un poco. Difícilmente podían mandarme a la cama y dejar que él se quedase, y en resumidas

cuentas prefería que ambos sufriéramos la ignominia de ser enviados a la cama antes que padecer el exilio en soledad. Pero cuando terminamos de tomar el té, Francis desapareció.

Sequé los platos mientras Vera y Edén continuaban charlando del empleo de Edén. A estas alturas, yo ya había inferido que Edén trabajaba en un gabinete legal, donde atendía el teléfono y hacía pasar a los clientes a la sala de espera, y que había obtenido el puesto a través del general Chatteriss, antiguo compañero de colegio del abogado de más edad. Sentí un gran alivio al comprobar que me había enterado de tantas cosas sin necesidad de preguntar, pues ello significaba que cuando el tema saliera a relucir en la conversación no me vería obligada a mostrar mi ignorancia y a recibir la consiguiente reprimenda.

Como es natural, nadie esperaba que Francis lavara o secara los platos ni se hiciera la cama, ni colaborara en ninguna tarea doméstica. Cuando volvimos a la sala de estar pensaba que nos lo encontraríamos tal como lo habíamos dejado, echado en un sofá y leyendo *Lo que el viento se llevó*. Vera reaccionó violentamente al advertir su ausencia (hoy diríamos que tuvo una hiper-reacción): la sangre le afluyó al rostro y, deteniéndose en el quicio de la puerta, le gritó a Edén:

—¡Como ves, ya vuelve a las andadas!

—Cariño, sólo son las siete menos diez.

Yo ya había notado que la costumbre de Edén de llamarle a Vera «cariño» se iba acentuando cada vez más.

—Se aprovecha de que estamos ocupadas.

Este breve coloquio me dejó intrigada. Francis era libre y todavía era temprano, ¿por qué no podía darse una vuelta por el pueblo si así lo deseaba? Nadie volvió a hablar de ello durante un rato. Vera y Edén eran parecidas a unas damas de la época victoriana con «sus labores». Pasaban sus ratos de ocio sentadas una frente a la otra ante una mesa, o instaladas en sendos sillones, o bien una a cada lado de la chimenea mientras cosían, bordaban o hacían ganchillo. Y ahora se dispusieron a dedicarse a esos quehaceres. Era un espectáculo bastante incongruente el ver a Edén, con su peinado rebuscado y todo aquel maquillaje, absorta en hacer vainica en el dobladillo de un pañuelo, empeño ciertamente muy casero. Pero entonces yo encontraba admirable y digno de ser

imitado todo lo que ella hacía, de modo que cuando me tendió un ganchillo y un ovillo de lana y me dijo que hiciera cuadrados (de esos que luego, cosidos todos juntos, forman una manta), obedecí con alegría. Vera estaba bordando un dibujo para un parafuegos, que representaba una mujer con cofia y crinolina y un cesto colgando del brazo. En los años treinta las mujeres con crinolina era un tema que se puso muy de moda para esa clase de arte, y en Laurel Cottage se las veía por todas partes, en almohadones, cubreteteras y bolsas para el camisón.

Me hubiera gustado más estar al aire libre, en el jardín o en los campos, pero en vista de lo que habían dicho acerca de la desaparición de Francis, no me atreví a salir. Además, me producía un delicioso placer aquel hallarme en armonía con las personas mayores, el ejecutar una labor parecida a la suya y el verme ayudada con cariño por Edén, que de cuando en cuando rectificaba la posición de mis manos, corregía mi tendencia a hacer puntos desiguales y finalmente comentó cuando hube terminado un cuadrado:

—¡Está muy bien para una principiante!

Vera había dejado su bordado y estaba escribiendo una carta. Supe que era para su marido porque la miré de hurtadillas y vi que empezaba diciendo «Querido Gerry». Ella no sabía dónde estaba acantonada su unidad, sólo le habían dicho que «en Inglaterra», pero tal vez él pudiera indicárselo mediante indirectas lo bastante sutiles como para escapar a la vigilancia del censor. Se acercaban las ocho de la tarde y en un acto de desafío empecé otro recuadro, pero había subestimado a Edén que oyó las campanadas de la iglesia un minuto antes de que las manecillas del reloj de la sala señalasen la hora. Dejó la aguja prendida en el pañuelo, lo dobló, lo puso en el brazo de la butaca con las afiladas tijeras encima, todo bien alineado, y se levantó mirándome con una sonrisa.

—Bueno, sobrinita, como vas a compartir mi habitación será mejor que te enseñe dónde tienes que dormir.

La seguí, bastante chasqueada, aunque mi desilusión quedaba compensada por el hecho de dormir en su misma habitación. De improviso Vera se levantó de un salto, nos echó a un lado y subió corriendo las escaleras. Oí como se precipitaba de un cuarto al otro dando portazos. Edén titubeaba, sin mirarme, pero por fin abrió la

puerta y nos acercamos al pie de la escalera. Vera bajó corriendo; tenía la cara congestionada y sus ojos y su boca expresaban toda la rabia que hervía en su interior.

—¡No está en casa! Ya te lo he dicho, ha vuelto a las andadas.

Abrió de golpe la puerta de entrada, se dirigió veloz a la verja del jardín, que también abrió, y gritó «¡Francis! ¡Francis!» hacia la izquierda, y de nuevo «¡Francis! ¡Francis!» hacia la derecha.

Subimos al cuarto de Edén, desde donde se oía la voz de Vera llamando a Francis, primero en la parte delantera, luego en la de atrás, la puerta de la habitación de Francis estaba cerrada y Edén la abrió para mirar adentro, pero, naturalmente, él no se hallaba allí. Yo no le pregunté nada ni ella me dio ninguna explicación. En el dormitorio de Edén reinaban el orden y la pulcritud: había tapetitos de encaje debajo del cepillo del pelo y de los variados potes y tarritos. El color predominante era el rosa y entre los cuadros que adornaban las paredes había una foto coloreada de la estatua de Peter Pan que se levanta en Kensington Gardens. Las camas no estaban una al lado de la otra, sino colocadas en ángulo a la máxima distancia que permitía la anchura del cuarto. Me sentí mucho más tranquila cuando advertí que no había allí ningún reloj.

La que sí estaba era mi maleta, esperando que la deshiciera. Edén me indicó que colgase mi ropa en una parte del armario que me había reservado, y me adjudicó el segundo cajón de la cómoda.

Los pasos de Vera resonaron en la escalera; luego, abrió de par en par la puerta. A los niños les produce embarazo ver señales de emoción en los adultos, y en aquel momento Vera mostraba todos los indicios de una fuerte emoción: tenía la cara enrojecida y cubierta de lágrimas, los labios temblorosos, el cuerpo en tensión y los puños apretados. Edén se acercó a ella y le puso una mano en el brazo.

—¿Por qué te pones así, cariño?

—Lo hace adrede.

—Pues claro que lo hace a propósito, no deberías hacerle caso.

—Entonces Edén recordó mi presencia, recordó que yo estaba esperando allí, muy incómoda, preguntándome qué había ocurrido, qué podía haber ocurrido para causar aquel intenso sufrimiento, tan lleno de furia e histeria, y me dijo—: Buenas noches, Faith. Procuraré no molestarte cuando suba a acostarme; me desnudaré a

oscuras.

Cerró la puerta y me dejó sola; en un lado quedaba yo, y en el otro estaba ella junto a Vera y su misterioso sufrimiento. Me pregunté, mientras deshacía la maleta, si Vera no pensaría que Francis se había escapado o incluso que lo habían raptado. ¿Llamaría a la policía? Tal vez iba yo a participar en el primer acto de una espantosa tragedia familiar. Cuando fui al cuarto de baño, vi que la puerta de Francis estaba de par en par y que su cama estaba abierta (después del té, Vera abría todas las camas quitándoles las colchas, que dejaba bien plegadas) y la habitación vacía. En la repisa de la chimenea el ruidoso despertador dejaba oír su tictac, y desde la planta baja subía el llanto de Vera. Me acosté, aturdida por aquel misterio y convencida de que pronto la casa se vería invadida por policías y vecinos ocupados en la búsqueda. Alguien subió cautelosamente por la escalera y, como estaba segura de que se trataba de Edén, fingí que estaba dormida. Pero Edén no subió hasta media hora después y lo hizo con Vera, armando tanto ruido que de cualquier modo me hubieran despertado.

—¡Está aquí, míralo! Y ha dejado la puerta abierta. Debe de haberse deslizado sin que lo viéramos. Me entran ganas de matarlo.

—Cariño, no te tortures.

—¿Por qué lo hace? ¿Por qué? ¿Qué saca con ello?

La curiosidad fue más fuerte que yo: salté de la cama, abrí la puerta y me quedé mirando. Vera no me vio enseguida. La puerta seguía abierta de par en par y el tictac metálico del reloj resonaba con una intensidad capaz de quitarle el sueño al más empedernido lirón, pero no había logrado que Francis se mantuviera despierto. Yacía allí medio destapado, durmiendo con una respiración profunda y regular.

—Lo mataría —dijo Vera otra vez.

—Cuanto más nerviosa te pongas, más lo volverá a hacer.

Entonces Vera me vio.

—¿Y tú por qué no estás en la cama?

Le dije que quería un vaso de agua.

—Súbeselo, ¿quieres, Edén?

—Puedo ir a buscarlo yo misma.

—Eso, y dejar el grifo abierto. No sé de dónde te viene esa manía de querer beber agua por la noche. Tu padre, Edén y yo

nunca lo hicimos de pequeños. No entiendo por qué te han permitido adquirir esta costumbre.

Aunque entonces yo no lo sabía, Vera se estaba desfogando conmigo de toda la cólera que no podía descargar sobre Francis porque éste dormía. Como tampoco sabía, aunque pronto lo iba a descubrir, que el comportamiento de Francis era un hecho que se repetía cada noche y que formaba parte del método cruel y calculado para atormentar a su madre que Francis comenzaba a emplear desde que se iniciaban sus vacaciones. Este juego consistía en particular en que Francis desaparecería cada tarde a las siete (al principio lo hacía probablemente para evitar la ignominia de ser enviado a la cama), se escondía lo bastante cerca para oír los gritos de rabia y sufrimiento que Vera era incapaz de evitar o sofocar al no encontrarle, y después, cuando ella ya estaba sollozando en brazos de Edén, subía sigilosamente a su cuarto dejando la puerta abierta para que lo viera, como diciendo: «¡Mira, aquí estoy! ¿Por qué armas tanto jaleo?». Vera nunca llegó a acostumbrarse a ello ni tampoco siguió el consejo de Edén de no hacerle caso. Cada noche tenía lugar la misma escena de histerismo, que terminaba cuando las dos se paraban junto a la entrada de la habitación de Francis y lo miraban con admiración, como si fueran cortesanos asistiendo a la ceremonia del rey de Francia, disponiéndose a descansar.

¿Por qué lo hacía Francis? ¿Por qué disfrutaba tanto viendo y oyendo las manifestaciones de impotente cólera de Vera? Y ésta era sólo una de sus muchas provocaciones; otra era el obedecer aquel dictado de comer con la mano izquierda y beber con la derecha con tal rigor que Francis aguantaba juntos tenedor y cuchillo en la mano izquierda. Luego había sus días rojos y días amarillos, durante los cuales sólo consentía comer alimentos de color rojo en las tres comidas, o bien únicamente cosas amarillas, y en el último caso sometía las tartas de limón, el pastel de azafrán o el huevo duro a un cuidadoso examen para establecer si eran suficientemente amarillos. Francis era demasiado sutil y original como para recurrir a las bromas convencionales de poner sal en el azucarero o hacer la petaca en la cama; prefería todo lo extravagante, pues sabía hasta qué punto eso ofendía a Vera. Un caluroso día de agosto tiñó de verde todas las flores azules del jardín por el método de doblar cuidadosamente sus corolas y sumergirlas en un jarro con dos dedos

de amoníaco. Varias veces al abrir el *Daily Telegraph*, descubrieron que traía intactas las definiciones del crucigrama pero que alguien había recortado el cuadro del damero. Vera se quejó a la librería y durante una semana mantuvo un intercambio de improperios con el chico de los periódicos hasta que adivinó que el responsable era Francis. Francis se tomaba molestias increíbles para llevar a cabo sus bromas, y para él no era nada levantarse a las seis y hacerse con el diario en cuanto el chico lo deslizaba por debajo de la puerta, a fin de poder recortar el crucigrama.

Edén le preguntó por qué lo hacía. Yo estaba en la sala con ellos, pero de momento parecían haberse olvidado de mi presencia. Vera acababa de subir corriendo a su habitación, deshecha en llanto. Era uno de los días blancos de Francis. En aquel entonces comenzaba a hacerse sentir la escasez de alimentos y todos opinaban que era poco patriótico dejar comida en el plato. Francis había llegado a comerse la coliflor y la pechuga de pollo, pero como las patatas iban acompañadas de salsa de carne se empeñó en lavarlas debajo del grifo. Cosa increíble, Vera le seguía el juego en eso del color de los alimentos, y con toda seguridad lo hacía para asegurarse de que comiera pues creía que Francis estaba demasiado delgado. Así pues, después de servirle con mucha seriedad ese insípido ágape, le dio de postre budín de arroz. Pero no era su sumisión lo que Francis quería. Nada más tomar la primera cucharada, se llevó la mano a la frente, como si de pronto recordara, demasiado tarde, determinado mandato.

—¿Hoy es martes?

—Claro que es martes —dijo Vera.

—Entonces hoy debía haber sido un día verde. ¡Qué tonto soy! Pero tal vez no sea demasiado tarde para reparar el daño, quizá no ocurra nada malo. Deprisa, ¿no habrá por ahí un bote de uvas espinas? O una manzana, sólo que tiene que ser verde, o incluso un pepino...

Vera tiró su servilleta y se precipitó escaleras arriba. Francis se echó a reír y Edén le echó una mirada de refilón y le dijo en tono neutral, sin querer comprometerse:

—Eres de lo que no hay. ¿Por qué eres tan malvado?

Yo no había visto nunca a nadie comer un pepino como si fuera un plátano. Francis lo peló como un plátano, aunque para hacerlo

tuvo que utilizar el cuchillo.

—Cuando vivíamos en la India —dijo—, yo tenía una niñera, una *ayah*, que se llamaba Mumtaz.

—Ya me hablaste de ella.

—Ya te he hablado de ella, ¿y qué? Tú dijiste que tenía un nombre raro, pero es el nombre de la mujer a la memoria de quien se edificó el Taj Mahal, aunque no creo que sepas de qué se trata.

—No seas malévolo, Francis —dijo Edén.

—No voy a contártelo; de todos modos ya ha muerto. Cogió una horrible enfermedad, el tifus, y se murió.

—Pero tenías a tu madre —dijo Edén— y no te ocurrió lo que a mí; la mía murió cuando yo tenía trece años.

—Y tú tenías a *mi* madre, mientras que yo no; y no tenía trece años, sino siete. Ella me mandó al colegio en cuanto pudo; se me quitó de encima tan pronto como le fue posible. Bonito, ¿verdad? Yo tuve que ir al pensionado porque ellos estaban en la India, pero ella no estuvo mucho tiempo en la India; estaba aquí, y tú estabas aquí. De modo que te escogió a ti y me envió bien lejos a pensión.

De pronto Edén asumió un aire muy maduro y altanero y me dirigió una sonrisa brillante.

—Oye, Faith se va a llevar una impresión malísima de todo lo que estás diciendo, aunque no lo digas en serio. Espero que comprendas que no lo dice en serio, Faith.

Yo era una niña muy callada, sin ninguna soltura ante los demás, y solía asentir o negar con la cabeza. Esta vez, incliné la cabeza, que era la respuesta más ambigua que podía dar.

—Tu madre hizo lo que era mejor para ti, Francis, o lo que creyó que era lo mejor. Piensa que quizá lo que a mí me hubiera gustado habría sido ir al colegio a pensión, sólo que nadie me lo preguntó.

—¡No seas tan redicha, Edén, jolines!

En 1940, la gente de la burguesía no acostumbraba a decir «jolines». Para mí «caray» era ya un término fuerte, y me chocó aquella interjección.

—Has hecho que Faith se ponga colorada. —Era verdad, pero habría preferido que no me pusiera en evidencia—. Se lo diré a su padre, ¿sabes? Cada palabra que has dicho llegará a los oídos de su padre, y no serás tú quien sufra las consecuencias, sino que le reprocharán a Vera la educación que te ha dado.

—Mejor —dijo Francis, y tomó del estante la caja de chinche—
tas de Vera.

Primero prendió con chinchetas las tiras de piel de pepino uniéndolas por sus extremos, y luego clavó una larga hilera de chinchetas, como si fueran tachones, a lo largo de la tira, fabricando una especie de cinturón. Lo enrolló, sacó el cinturón del bolsillo del impermeable de Vera y lo sustituyó por el de piel de pepino y chinchetas.

Pensé que estaba loco, y sigo pensando que quizá yo estuviera en lo cierto. Su comportamiento era una venganza, no un medio de atraer la atención sobre sí mismo y así reconquistar el cariño de su madre. La odiaba; no se trataba de un sentimiento que subyaciera bajo la apariencia del odio, sino de verdadero odio lleno de crueldad, de ése que incluso produce deleite en el que lo experimenta. Edén mantenía una sutil neutralidad: se reía por lo bajo con Francis, pareciendo a veces que aprobaba su conducta con aquellas risitas (sabía que él era demasiado orgulloso para repetirle a Vera lo que ella dijera), y con Vera se limitaba a suspirar, menear la cabeza y decirle que no le hiciera caso, que al chico se le pasaría. No podía tener la seguridad de que a Vera no le faltara tiempo para irle con el cuento a Francis: «Edén dice que te portas de un modo repugnante, que nunca ha visto a nadie tratar a su madre como tú me tratas a mí».

No esperaban que yo tomase partido ni me pidieron mi parecer. Para entonces, yo ya había conocido a Anne Cambus y me pasaba los días con ella, casi siempre en su casa, lo que era un bien para mí, no sólo por razones sociales evidentes, sino porque me mostraba un contraste: que no todas las familias se conducían como Vera y Edén, ni trataban de ser como ellas. Algunas no eran nada severas, sino acogedoras y naturales, de modo que la excepción era el hogar de Vera, no el mío. Como ya he dicho, me pasaba el día entero, hasta que oscurecía, con Anne: juntas paseábamos por los campos y bosques, íbamos en bicicleta (yo en una bicicleta vieja que había sido de Edén) y nos divertíamos con un juego que nos interesaba y absorbía por entero. Lo llamábamos «María, reina de Escocia» y consistía en representar una y otra vez los acontecimientos de la vida de esta reina, tal como los habíamos estudiado, haciendo por turnos el papel de María mientras la otra desempeñaba todos los

papeles restantes: el de Darnley, Rizzio, Bothwell e Isabel I. Cuando llovía, la representación tenía lugar en la destartalada casita situada a un extremo del jardín de Vera, que todos llamábamos «la barraca». En aquel tiempo, muchas de las casas de Sindon y de los pueblos colindantes poseían en su jardín una pequeña construcción o lo que quedaba de ella. Aquella comarca debía de haber sido antiguamente un laberinto de chozas hechas con cañas entretejidas, reforzadas con ladrillos y pintadas, que se habían agrupado con miras a facilitar su construcción y a defenderse del frío, pero que eran verdaderos nidos de porquería, infecciones e incomodidad. Los restos que de ellas se conservaban servían de almacenes o lavaderos. No sé si algún día habrían lavado en la barraca de Laurel Flouse, pero desde luego contenía una vieja caldera de lavar con una tapa de madera blanca y un hueco debajo de ella, una especie de cueva en la que poder hacer fuego. El suelo era de ladrillos. Edén me dijo una vez que, cuando era niña, le dejaban utilizar la barraca a modo de «casa de Wendy», y ello explicaba que su aspecto no fuera de demasiado abandono. En la ventanilla todavía colgaban jirones de la antigua cortina de percal, y había una alfombra, una mesa de patas curvadas y un par de tumbonas de lona. Vera, siempre fiel a sí misma, por rutina la limpiaba a fondo de tanto en tanto. Durante todo aquel verano y el subsiguiente otoño, Anne y yo escenificamos una y otra vez en la barraca la coronación y la boda de María Estuardo, y representamos cómo había sido traicionada y decapitada. Allí mismo, cinco años después, durante una noche que todavía estaba por venir, yo iba a presenciar un ritual mucho más extraño; pero eso era algo distante, que una criatura no podía prever.

Por las noches yo compartía la habitación de Edén, quien, fiel a su palabra, se desvestía y acostaba a oscuras. Pero cuando había luna la oscuridad no era tan profunda y a veces yo estaba todavía despierta a la hora en que Edén se retiraba. Incluso con la luz apagada se desnudaba con mucho recato: primero se quitaba el vestido o la blusa, después se pasaba el camisón por la cabeza y rápidamente se despojaba de la ropa interior. Todos los camisones de Edén eran de linón rosa o blanco, y llevaban unos bordados hechos por Vera o Edén en el cuello y los puños, y algunos también en los bajos. Ya se había inventado el nilón, pero había de pasar

mucho tiempo antes de que lo utilizáramos.

Aunque estuviéramos en la oscuridad, o a media luz, se sentaba ante el tocador y se limpiaba la cara tal como las revistas femeninas aconsejaban (y por lo que yo sé, siguen aconsejando) a sus lectoras, y acababa dándose masaje con una crema nutritiva. Antes se había recogido el pelo en una serie de rizos sujetos con horquillas, que recubría con un pañuelo de gasa rosa. Edén se ponía guantes de algodón para dormir, con el fin de proteger la suavidad de sus manos; Helen le ha dicho a Stewart que su madre también lo hacía. Yo fingía estar dormida y hasta mantenía una respiración fuerte y regular, pero observaba aquel rito nocturno con admiración y me temo que también con envidia.

Naturalmente, a medida que avanzaba el otoño había noches en que estaba demasiado oscuro para que ella, o yo, pudiéramos ver algo, y entonces todo aquel proceso debía desarrollarse en el cuarto de baño. Y más tarde me trasladaron al cuarto de Francis, una vez que él regresó a su pensionado después de haber finalizado sus vacaciones con un golpe maestro en la serie de bromas dirigidas contra su madre.

Ocurrió por la noche del mismo día en que Francis decidió acabar de una vez por todas con aquel asunto de la mano izquierda y mano derecha. Si bien no lo logró, lo que dijo debió de impresionar mucho a Vera porque, aunque ella continuó haciéndonos indicaciones con respecto a nuestras manos desde el otro lado de la mesa y empujando nuestros platos hacia la izquierda, sus gestos carecían de convicción.

Francis le preguntó si sabía que los musulmanes siempre comen con la mano derecha porque con la izquierda acostumbran a realizar la limpieza personal después de defecar. Me expreso con eufemismos, pues no fue esto en absoluto lo que él dijo. Francis dijo que empleaban la mano izquierda para «limpiarse el culo después de cagar», y por eso cortarle la mano derecha a un musulmán que había robado resultaba una mutilación aún más cruel de lo que parecía, pues la víctima seguramente acabaría por morirse de hambre.

Vera, horrorizada, lanzó un chillido. Le gritó que la ponía mala, que la haría enfermar de asco. Más adelante le dijo que ya que allí, a Dios gracias, no había musulmanes, ¿por qué suponía que iban a

interesarnos sus costumbres repugnantes?

—Porque demuestran lo que sucede cuando se educa a la gente con reglas tan rígidas —dijo Francis, y tenía toda la razón, en más de un aspecto.

A medida que pasaban las horas, Francis parecía deprimirse y se fue quedando silencioso y abstraído. A pesar de que era un día amarillo (Vera, siguiendo sus instrucciones, para la comida le había servido, con expresión de mal humor, un budín de guisantes secos y una tortilla), se olvidó de que para el té sólo podía tomar pastel al madeira y crema de limón, y distraído se zampó una tajada de pan de dátiles; luego se levantó de la mesa sin decir palabra. Vera, consciente como en todas las veladas de su ausencia, fue a abrirle la cama y debajo de la almohada encontró una nota de despedida en la que Francis anunciaba su suicidio. Cuando Vera retiró la colcha (que horas antes había alisado sobre la almohada, remetiéndola bien y estirándola junto a la cabecera), vio que Francis había insertado allí un sobre, con dedos tan ágiles que apenas habían desbaratado el trabajo de ella, y tan sólo habían dejado una arruga en aquel tejido de artesanía, arruga que fue lo primero que advirtió Vera al entrar. «Madre», había escrito Francis en letra de imprenta con la tinta lila que en aquel momento era su preferida. (¡Qué «colorido» era Francis, qué bien recuerdo sus colores, su tinta lila, sus días amarillos, la transformación de las flores azules en verdes!) En la nota decía a Vera que se sentía tan desgraciado que había decidido terminar con todo.

Vera se lo creyó, y yo también, por supuesto; me quedé horrorizada y aterrada. Incluso Edén pareció creérselo; por lo menos fue ella la que dijo que Vera debía llamar a la policía. El jefe de policía del pueblo acudió en bicicleta, y más tarde llegaron más policías en coche. Vera fue a buscar la nota para mostrársela, pero ésta había desaparecido. Era Francis, claro, que, escondido en la casa, la había cogido y eliminado. Cuando mayor era la conmoción en la casa, pues además de los tres policías, estaban la esposa del rector (que había venido para un asunto relacionado con la Unión de las Madres), Vera que lloraba, y Edén, que andaba de aquí para allí, Francis entró tranquilamente y preguntó qué era todo aquel jaleo. Negó haber escrito nota alguna, negó que existiera una nota, y como resultado todos comenzaron a dudar de la veracidad de su

madre. Vera no me había enseñado la nota, pero a Edén sí, y era increíble con qué cautela se refería ésta al escrito: no afirmó que también ella la había leído, no se puso en ningún momento al lado de Vera, sino que adoptó el papel de enfermera, confidente y encargada de calmar los ánimos en general, diciéndole al policía y a la señora Morrell que ella iba a cuidarse de Vera, que Vera se pondría bien enseguida, que estaba sobreexcitada pero que pronto se encontraría mejor. Saltaba a la vista que la policía pensó que Vera era una histérica y que los había llamado para nada. Pero Francis había logrado su propósito y se fue a la cama muy satisfecho del éxito de su broma más atrevida.

Sin embargo, aquel otoño una persona se suicidó en Great Sindon. A menudo me he preguntado cuánto influyó aquella muerte en todo lo que sucedió más tarde; en otras palabras, cuánto contribuyó a impulsar los acontecimientos que culminaron en el asesinato.

EL RECTOR de la parroquia de Great Sindon era el reverendo Richard Morrell. Al principio, cuando me refería a él yo le llamaba «el vicario» y Vera me reprendió por ello tajantemente y me dijo que no fuera tonta, pero es que en mi ignorancia yo creía que todos los clérigos de la Iglesia de Inglaterra eran vicarios, que éste era un término genérico, algo así como «carnicero». Vera solía ir a la iglesia casi todos los domingos, generalmente a las vísperas. Por alguna razón que nunca llegué a comprender, mi padre no quiso que yo recibiera la confirmación; supongo que había perdido la fe o que no aceptaba las formas externas de la religión. En aquella época me dolía bastante no haberme beneficiado de aquella faceta de la educación, que imaginaba indispensable. Encima del piano del salón, en Laurel Cottage, había una gran foto enmarcada de Edén con su blanco vestido de confirmar y su velo, que despertaba mi admiración. Yo, desde luego, carecía de aquella baza de admisión entre los elegidos, e incluso de su futura posibilidad, pero a veces iba con Vera a la iglesia, especialmente las tardes en que Edén la acompañaba. El hecho de avanzar por la calle del pueblo entre mis dos tías, que como yo llevaban un libro de oraciones (cosa que no comprendo porque en el reclinatorio de los bancos había un libro de oraciones ante cada asiento), me hacía sentir un poco «aceptada», finalidad por la cual yo nunca dejaba de luchar. Después del servicio íbamos a estrecharle la mano al señor Morrell, un hombre alto, corpulento y desaliñado que tenía fama de llevar el pan de la comunión sin envolver en el bolsillo de su sobrepelliz. Era primo hermano de un caballero muy eminente que había sido decano de

Balliol. Yo decía de él que era profesor en Balliol porque debí de haberlo entendido mal, un error que Vera me recriminó con su afilada lengua.

Los Morrell tenían una criada que se llamaba Elsie. Entonces la gente todavía tenía sirvientas fijas, aunque pronto iban a desaparecer, atraídas por la fábrica de municiones y el Women's Land Army. La rectoría de Great Sindon era una casa enorme y muy anticuada, que albergaba ocho dormitorios. Elsie tenía dieciséis años, era la hija de un agricultor que vivía en un pueblo situado a tres millas de distancia, y hacía todas las faenas pesadas de la casa, mientras que la señora Morrell se encargaba de quitar el polvo, hacer las camas, planchar y, desde luego, preparar la comida. Yo conocía a Elsie de vista, pues al volver del colegio Anne y yo nos la encontrábamos a veces cuando en su tarde libre iba a visitar a su madre, pero nunca hablamos con ella. Éramos tremendamente esnobs, y a pesar de que sabíamos que no estábamos a la altura social de la señora Deliss, que vivía en la Abadía, nos considerábamos muy por encima de la gente del pueblo. Además, Elsie no sólo pertenecía a una familia de labradores, sino que era una criada. Según Vera, Elsie debería llamarla a ella «señora» y a mí «señorita». Elsie era una muchacha rubicunda y rechoncha, con el rostro siempre curtido y coloreado, y el cabello de un vivo rojo dorado que estoy segura era su tono natural. La señora Morrell venía de cuando en cuando de visita a Laurel Cottage y, conversando con Vera, solía quejarse de Elsie diciendo que era perezosa y poco aseada. Creo que les gustaba hablar de lo que ellas llamaban «el problema del servicio».

—Tiene usted suerte de no tener que luchar con una criada —oí que la señora Morrell le decía a Vera—. No sé lo que daría para que mi casa fuera tan pequeña como la suya.

De hecho, no hubiera dado nada, pues en el fondo ella, que, según me dijo Anne, había sido profesora sin título en una escuela privada de Ipswich, estaba encantada de vivir en una mansión georgiana de mayor tamaño que la Abadía de Great Sindon.

Una o dos veces, yo había ido con Vera a aquella casa y me había tropezado con Elsie que estaba barriendo o fregando a gatas el suelo de piedra. Vera siempre le dirigía la palabra y con ello obligaba a la muchacha a ponerse de pie con ademán respetuoso.

—Espero que tus padres estén bien, Elsie.

—Sí, gracias, señora.

A mi entender, Vera no conocía de nada a los padres de Elsie y, desde luego, ninguna de nosotras sabía su apellido hasta que lo dijeron durante la encuesta.

Durante una de sus tardes libres, Elsie desapareció. Al ver que no regresaba aquella noche ni aparecía a la mañana siguiente, la señora Morrell mandó recado a sus padres para preguntar lo que ocurría. Me refiero a que envió al chico que venía una vez por semana a cortar el césped y a barrer las hojas caídas, y éste se llegó hasta allí en bicicleta. Elsie no se hallaba con sus padres y aquel mismo día un granjero la encontró ahogada en su pozo.

Hoy en día creo que ya no existen esos pozos de los que la gente extraía el agua para utilizarla, pero entonces aún había unos cuantos. La mayoría de los *cottages* y algunas de las alquerías carecían de agua corriente y electricidad, y, en cuanto al gas ciudad, ni entonces ni ahora se ha llegado a instalar. El pozo se alimentaba de una fuente de agua fresca, y dentro de él crecían unas hierbas acuáticas de aspecto muy limpio, parecidas a una ondeante cabellera verde. No tenía más de un metro de diámetro, pero se decía que era muy profundo (sin duda mucho más de lo que era en realidad) y su embocadura estaba revestida de un círculo de pequeños ladrillos viejos. Cuando Elsie tomaba ese camino tenía que pasar frente a la alquería donde estaba el pozo, y en noviembre éste quedaba a la vista a través del desnudo de hojas. Fue Anne la que primero me contó lo ocurrido.

—Oye, algo terrible: Elsie la de la rectoría se ha suicidado. Se ha ahogado, mamá me lo ha dicho. También me ha dicho que no se lo dijera a nadie pero tú no cuentas; me refiero a que ya sabe que a ti te lo iba a decir.

Me quedé impresionada y casi sobrecogida. Estábamos esperando el autocar del colegio en una mañana fría en la que todo, la atmósfera, el viento, el mundo entero, estaba lleno de hojas que flotaban, danzaban y caían. Yo nunca había vivido en un lugar donde la caída de las hojas fuera tan visible, pues la plaza del pueblo y los caminos que salían de ella estaban sombreados por enormes castaños, plátanos, hayas y sicómoros, y todos ellos, ayudados por el impetuoso viento, perdían su follaje. Hasta la

fecha, cuando en otoño veo caer las hojas de los árboles, me viene a la memoria el recuerdo de Elsie y su muerte en el agua.

Le pregunté a Anne por qué, por qué lo había hecho. Con sus dieciséis años Elsie era mayor que nosotras, que teníamos doce, pero seguía siendo joven; no era como si tuviera veintiséis, edad que nosotras considerábamos provecta. ¿Cómo podía desear morir una chica de dieciséis años?

—Mamá dijo que intuía el por qué, oí cómo se lo decía a papá. Yo también puedo imaginármelo, pero cuando se lo pregunté no me lo quiso decir.

—Bueno, pues yo no veo la razón, ¿tú sí?

—Sería que era muy desgraciada trabajando para la vieja señora Morrell —dijo Anne—. Pero si lo era, no veo por qué no se marchaba a trabajar en una fábrica.

En Laurel Cottage no se comentó la muerte de Elsie; de hecho no se dijo ni una palabra. Ni siquiera se mencionó advirtiéndome, como hizo la madre de Anne con su hija, que no hablara de ello con nadie. El secreto constituía un rasgo importante del comportamiento de la familia Longley, aun cuando no hubiera razón para ello. No transmitían información ni daban noticias; esperaban que uno ya las supiera o no tuviera ganas de saberlas. A menudo, Vera y Edén parecían compartir secretos sólo por el gusto de tenerlos, por el deleite que les producía tener que bajar la voz, mirar furtivamente a su alrededor y taparse la boca con la mano para encubrir sus murmullos. Creo que hubo más murmullos que de costumbre después de la muerte de Elsie, que les dio más que antes por encerrarse en habitaciones y dejarme fuera diciéndome: «Un momento, Faith». Por descontado que se habían enterado del suicidio, era imposible que no lo supieran a través de la señora Morrell o del periódico local. Además, el pueblo hervía de comentarios al respecto. La muerte de Elsie había desplazado por completo, como tópico de chismorreos, a aquella bomba perdida, último proyectil desprendido de un Dornier averiado, que cayó en un campo cercano a Bures matando una vaca. Vera y Edén se enteraron, como asimismo se enteraron del resultado de la encuesta judicial que dio a conocer la razón del suicidio de Elsie. De nuevo fue Anne la que me lo dijo, aunque no supo aclararme si la conjetura de su madre había sido acertada. Aquel invierno pasamos

muchos ratos haciendo especulaciones acerca de Elsie, de su estado de ánimo, de los porqués y las razones.

Mientras tanto Londres estaba siendo destruido por las bombas alemanas, y no sólo Londres, sino también Coventry, Bristol, Birmingham. En la City se elevaban incendios terribles y no había apenas defensa contra los ataques nocturnos. Al parecer, la gente seguía temiendo que nos invadieran los alemanes. Se dice de Jane Austen que, aunque en sus novelas refleja exactamente la vida social de su época, es extraño que pase por alto la guerra en que estuvo ocupada Inglaterra durante la mayor parte de su vida, y que omita incluso mencionar las batallas de Trafalgar y de Waterloo. Anne y yo lo hubiéramos comprendido, porque no estábamos implicadas en la guerra; no nos interesaba ni nos afectaba. Era una cosa lejana, inaudible, de la que no se sabía nada si uno salía de la habitación cuando ponían la radio. El que aviones británicos hubiesen torpedeado barcos italianos en el puerto de Tarento, la situación en el este de África, la infiltración alemana en la Romagna... todo eso no era nada para nosotras comparado con la fascinación que nos producía la coyuntura de Elsie y su desdichado final.

Ahora puede parecer raro, pero entonces, cuando yo tenía doce años, nunca había sabido de ninguna mujer que hubiese tenido un hijo sin estar casada. El requisito previo para tener un hijo era estar casada, de modo que Anne y yo, aunque desconcertadas por las emociones que aquel asunto suscitaba, comprendíamos perfectamente la deshonra que en la Inglaterra de 1940 suponía que una soltera diera a luz a un hijo.

—No podía tenerlo, ¿verdad que no? —decía Anne—. Lo puedes comprender.

Lo podía comprender. ¿Qué hubiera hecho con el bebé desde el punto de vista práctico? Era imposible imaginar a Elsie, todavía soltera y empujando un cochecito a lo largo de la calle principal del pueblo. Y a buen seguro, el señor Morrell se hubiera negado a bautizarlo o hubiera tenido que bautizarlo por la noche y a escondidas.

—¿Por qué lo hizo? —pregunté.

Por «hacerlo» me refería a realizar el acto sexual cuya consecuencia fue el embarazo. Anne no me lo supo decir, pues,

aunque conocíamos más o menos acertadamente los hechos concernientes a la vida sexual, de las emociones no sabíamos nada, ni siquiera sabíamos que el sexo llevara involucrada emoción alguna. Creíamos que uno se decidía a realizar el acto sexual únicamente por afán de probarlo, de saber de qué iba el asunto. La identidad de la pareja no nos parecía importante, y, en cuanto al deseo, ignorábamos su existencia. Por consiguiente, la conducta de Elsie nos resultaba incomprensible, pues aunque comprendíamos que se deseara «hacerlo» (en nuestras mutuas confidencias habíamos afirmado que nos gustaría «hacerlo» aunque sólo fuera una vez en la vida), nos dejaba perplejas el que alguien hubiera dado un paso tan serio sin estar preparada ni haber tomado medidas para impedir el embarazo.

Nunca volvió a utilizarse aquel pozo. No sé de dónde sacaba el granjero el agua potable, pues estoy segura de que en 1941 era imposible lograr que le conectaran al sistema central de canalización. Tal vez hubiera una bomba aspiradora por los alrededores. Anne y yo nos deslizamos a través del seto y penetramos en su propiedad para asomarnos a aquel agujero verde y profundo. Siento tener que decir que durante un tiempo sustituimos nuestro juego habitual de María Estuardo por el de Elsie: representábamos a Elsie en el momento de pasar por aquel camino, ver el pozo y echarse en él. Lo poníamos en escena en el jardín de Anne, donde un agujero que antaño había sido una cueva para el hielo hacía las veces de pozo. Sólo teníamos doce años y ésta tendrá que ser nuestra excusa.

En el colegio, cuando por la mañana llovía a la hora de reunirnos, sustituíamos el cántico «Brilla el sol del verano» por otro himno más adecuado, y lo mismo ocurrió con una copla que nos gustaba mucho: de pronto la quitaron de nuestro repertorio, pues las palabras

*«Arde Londres, arde Londres.
Traed las bombas, traed las bombas.
¡Fuego, fuego, fuego, fuego!
Echad agua...»*

hubieran sido de muy mal gusto en enero de 1941.

Sólo fui a mi casa por Navidad, y volví a Laurel Cottage antes de

que empezara el semestre escolar. En nuestro suburbio, en cuanto sonaba el final de la alarma, los niños recorrían las calles recogiendo cascos de municiones antiaéreas, y yo me llevé una buena colección de metralla para enseñársela a Anne. En Laurel

Cottage, mi tío Gerald había estado pasando su permiso de Navidad, Francis había cumplido quince años y Edén, ante el asombro general, había anunciado su intención de alistarse en el Servicio Femenino de la Marina.

Vera, cuando volví a verla, ya se había conformado más o menos con aquella decisión e incluso apoyaba a Edén. O por lo menos ponía buena cara para que yo me lo creyera.

—Desde luego es, con mucho, muy superior al resto de los cuerpos femeninos —dijo—. La Reserva de la Sección Femenina del Ejército es el inferior, luego viene el Servicio Auxiliar Femenino de las Fuerzas Aéreas y por encima de todo está el Servicio Femenino de la Marina. Todo el mundo lo sabe. Y Edén no tendrá que trabajar físicamente, eso por descontado.

«Pero no podrá vivir en Laurel Cottage», pensé.

—El uniforme es muy bonito. En realidad, parece un traje chaqueta azul marino y queda elegante. Y tiene un sombrero muy coquetón.

Una lágrima resbaló por el costado de la nariz de Vera y fue a caer sobre la revista que sostenía, justo encima de la fotografía de una Wren en uniforme. Sus lágrimas me azoraron, y me quedé aturdida y algo acobardada cuando me agarró la mano. Murmuré que todo iba a salir bien, que la guerra terminaría pronto, mientras acudían a mi imaginación escenas de aflicción por parte de los adultos, y por un momento atisbé toda la infinita variedad que éstas podían adoptar. Vera me soltó la mano, se secó los ojos y me dijo con vehemencia que no le contara a mi padre, y mucho menos a Edén, que se había puesto a llorar.

Antes de mi regreso a Londres durante el verano, el tío Gerald pasó en Laurel Cottage un permiso que le fue concedido antes de embarcarse; con toda probabilidad, él y su regimiento iban destinados al Norte de África. Puede ser que su partida le causase a Vera tanto sufrimiento como la de Edén, e incluso más, pero si eso fue así para entonces ya había aprendido a disimular perfectamente su tristeza. Tío Gerald se marchó a primeras horas de la mañana de

un sábado del mes de junio. Hacía un día precioso y, después de su partida, Vera descolgó todas las cortinas de su dormitorio y las lavó en el fregadero de la cocina.

24a Llangollen Gdns,
Notting Hill Gate,
London W 11

12 de marzo

Querida Faith:

Me ha encantado saber de ti pero hubiera preferido que el motivo fuese otro. Aunque resulta lógico que no lo sepas, yo no me enteré de quién era mi abuela hasta que tuve diecisiete años, y me lo dijo una niña en el colegio. Eso me ha producido una especie de rechazo hacia todo cuanto se refiere a la abuela; me niego a considerarlo, odio incluso pensar en ello. Ya sé que esta actitud tan reprimida resulta malsana, pero me es imposible cambiar.

Es cierto que Daniel Stewart me escribió, pero le contesté diciendo la pura verdad, que acerca de Vera Hillyard únicamente sé lo que todo el mundo sabe, y probablemente mucho menos, pues no he leído los informes del juicio, etc. Stewart debe de creer que me apellido Hillyard, porque puso este nombre en el sobre. Un sexto sentido hizo que lo abriera (este nombre siempre me pone los pelos de punta) y durante las semanas siguientes pensé que todos los de la casa habían adivinado que Elizabeth Hills es la nieta de Vera Hillyard, una idea estúpida porque nadie sabe nada, ya que son demasiado jóvenes para haber oído hablar de ella. Pero esto te hará comprender lo nerviosa que me pone este asunto.

No sé nada del secreto de que me hablas. El nombre de Kathleen March no me dice nada y verás cómo a Giles tampoco. Por lo que a mí respecta, se lo puedes contar a Stewart, que es de ese tipo de gente que se nutre de esas porquerías. No pienso leer su libro, de modo que no me importa. Lo único que me interesa es que no mencione mi nombre ni dé ninguna indicación acerca de mí.

Mi madre te manda recuerdos y dice que la llames algún día. Dice que le gustaría mucho volver a verte. Siento que esta carta pueda parecer negativa, pero estoy segura de que ahora comprendes lo que siento.

Tuya
Elizabeth.

6 Blythe Place,
London W 14

18 de marzo

Apreciada Faith Severn:

No estoy seguro de que usted y yo nos conozcamos personalmente. Daniel Stewart me escribió, pero no le contesté. En lo que a mí respecta, no tengo más familia que mi madre y Elizabeth, ni deseo tenerla. No quiero saber nada de mis parientes, y en eso incluyo también a mi padre. Puede que le parezca mal educado y lo siento.

Un saludo
Giles Hills.

Via Orti Orcellari 90,
Firenze

20 de marzo

Querida Faith:

Como puedes ver por el encabezamiento, me he cambiado de casa, pero pasé por mi antigua dirección y me habían guardado tu carta. Si vienes a Florencia esta primavera, recuerda que tenemos una cita y que yo me encargaré de preparar la comida. Estoy satisfecho de mí mismo porque acaban de publicar mi primer libro. Eso para Francis no sería nada, porque es ya un autor *blasé* con media docena de libros a sus espaldas. El mío no tiene que ver con espaldas, sino con el paladar; en otras palabras, es un libro de cocina: *Cucina Ben Riuscita* (Mondadori, 20000 liras). Nunca he oído de ningún secreto familiar. Recuerda que tenía seis años cuando aquello ocurrió. No era propio de Pearmain hacerme partícipe de ninguna noticia, pues apenas me hablaba. Me pregunto si me gustaría, o no, saber de qué se trata. Bien mirado, creo que no. Me atrevería a decir que no puede ser peor de lo que sé, pero es una afirmación algo provocadora que me puede salir mal. Supongo que es algo referente a mi madre cuando era joven y creo que es mejor que no se lo digas a Stewart. Conozco a los periodistas y siempre presentan las cosas peores de lo que son.

Me lo contarás todo (el secreto también, si crees que debes hacerlo) cuando vengas. Hasta entonces.

Un abrazo
Jamie

16 Queens Gate Mews,
London SW 7

31 de marzo

Apreciada Sra. Severa:

No he demostrado mucha sensibilidad, pues he tardado mucho tiempo en comprender lo desagradable que era para usted relatarme la historia de su tía y de Kathleen March. Pero el hecho de que utilice este nombre le demostrará que la he descubierto, y en realidad he hecho más que descubrirla.

Los archivos de la cadena de periódicos para la cual Chad Hamner trabajó en cierta época me han facilitado la mayoría de los datos. No es que estuviera buscando el «secreto»; sólo trataba de enterarme de cualquier acontecimiento ocurrido en Myland y luego en Great Sindon, durante la época en que los abuelos de usted y sus hijos vivieron en dichos lugares. Además, Adele Bacon sigue con vida aunque casi tiene noventa años, y también viven tres de los hermanos menores de Kathleen. He hablado con todos ellos y he visto los archivos de la policía de Essex, tanto los correspondientes al año 1921, cuando ocurrió aquel incidente, como los del año 1979, cuando encontraron el esqueleto de la criatura.

Le incluyo el relato que he escrito sobre aquellos sucesos. Albert March lo ha leído y dice que en su opinión es exacto. Le agradecería que lo leyese. Le gustará saber que la información no ha partido de usted, pero en cambio podrá corregir mis errores o malas interpretaciones. Este relato formará parte del tercer capítulo de mi libro, donde trataré de analizar la personalidad de Vera Hillyard.

Lo que le envío es una copia, así que no hace falta que me lo devuelva a menos que desee introducir algún cambio o añadir algo.

Le quedo muy agradecido.

Atentamente

Daniel Stewart.

En la primavera de 1916, un joven soldado llamado Albert March se prometió formalmente con una muchacha que había sido su novia desde que ambos eran niños. Se llamaba Adele Jephson y tenía, al igual que Albert, dieciocho años. Una semana después del compromiso, el joven fue enviado a las trincheras y en julio de 1917 fue gravemente herido durante el avance aliado sobre Ypres.

Los médicos le dijeron que seguramente no podría llevar una vida normal y que, por lo tanto, no sería aconsejable que se casara. En la vida civil, Albert había sido guardavía de la Compañía de Ferrocarriles de Londres y del Nordeste en Colchester, pero los médicos del hospital donde le habían curado las heridas que tenía en la cabeza y el pecho opinaban que no había ninguna probabilidad de que volviese a ocupar aquel puesto. Sin embargo, Albert era resuelto y obstinado, y, a pesar de que siempre tendría dificultades respiratorias y sufriría migrañas que le dejarían postrado, estaba decidido a hacer caso omiso de esos inconvenientes para casarse con Adele y continuar con su trabajo. La familia Jephson pertenecía a la parroquia de Great Sindon, de modo que el matrimonio de Albert y Adele se celebró en la iglesia parroquial en el mes de agosto de 1918.

En aquella época, una línea subsidiaria de la Compañía de Ferrocarriles de Londres y del Noroeste se bifurcaba con la línea principal de London / Marks Tey / Sudbury en una estación llamada Sindon Road, a una milla del pueblo de Great Sindon. Albert se las ingenió para que le dieran el puesto de guardavía en aquella estación, y él y Adele ocuparon una casita de la calle Bell, que quedaba cerca de la arteria principal de Great Sindon. Ellos vivían en la penúltima fila de casitas llamada Inkerman Terrace en memoria de una batalla de otra guerra anterior. Hoy, las cuatro casas de Inkerman Terrace han sido convertidas en la Galería Ringdove, una tienda de objetos artísticos y de artesanía, donde también viven sus propietarios, Philip y Joy Less.

La señora Adele March, ahora señora Bacon, dice:

«Hoy en día, los jóvenes que empiezan esperan más de la vida, pero nosotros teníamos dos habitaciones en la planta baja y dos en el primer piso, nos iluminábamos con lámparas de aceite y, lo mismo que los demás habitantes de aquellas casitas, íbamos a buscar el agua a la bomba de la plaza del pueblo. No necesitábamos más y nos considerábamos afortunados de poder residir allí. Claro que nuestros vecinos de Laurel Cottage tenían agua corriente y luz eléctrica, pero yo no lo consideraba un *cottage*, sino una casa grande y de cierta categoría. Cuando mi marido y yo nos instalamos en la casita vecinal, en Laurel Cottage vivían el matrimonio Price, pero el señor Price murió y ella vendió la casa a los Longley.

»El señor Longley era un hombre de edad o por lo menos, al ser yo muy joven, me parecía un viejo. Su mujer era más joven que él y tenían un par de gemelos de aproximadamente doce años, John y Vera. Vera era una niña muy mona, de cabello rubio y ojos azules. Más adelante tuvo alguna enfermedad que la dejó muy delgada, pero cuando los Longley llegaron era una niña preciosa. Después de la boda de su hermanastra, me dio una foto suya en la que se la veía vestida de dama de honor.

»Mi primer hijo nació a poco de llegar los Longley. Era una niña y la llamamos Kathleen Mary. Mary porque era el nombre de mi madre, y Kathleen simplemente porque nos gustaba. Vera Longley tenía una verdadera locura por nuestra hija. A su madre yo apenas la conocía porque era algo reservada y seguramente se creía superior a nosotros, pero Vera siempre estaba entrando y saliendo de mi casa, pidiendo que le dejáramos coger en brazos al bebé, bañarlo y todo eso. La verdad es que me sentía un poco halagada. Las cosas han cambiado tanto que ahora el mundo es diferente, pero en aquellos tiempos un agente de seguros que tuviera una casa con jardín y electricidad estaba muy por encima de nosotros. No podíamos compararnos con él, pues mi padre era un agricultor (bueno, ahora se llamaría trabajador agrícola) y mi marido un guardavía. Realmente, yo estaba convencida de que Vera nos hacía un favor al venir a casa y me desvivía por acogerla bien y que lo encontrara todo a su gusto».

Menos de un año después del nacimiento de Kathleen, la señora March dio a luz a su segundo hijo, un varón al que le pusieron el nombre de Albert, como su padre, pero al que siempre llamarón Bertie. El parto fue difícil y la salud de Adele se resintió durante varios meses, de modo que la ayuda de Vera aún fue más apreciada que antes y se estableció una especie de rutina: durante las largas vacaciones de verano, Vera tomó la costumbre de sacar a pasear a Kathleen en el anticuado cochecito que había sido el de Adele cuando niña.

Albert «Bertie» March, que vive ahora en Clacton y se acaba de jubilar en la empresa Anglian Water Authority, hizo el siguiente relato a la que esto escribe:

«Yo era muy pequeño y no recuerdo nada de lo que ocurrió aquella tarde, pues tenía quince meses y Kathleen algo más de dos

años. Mi madre nunca habló de aquel suceso; jamás dijo una sola palabra. Era como si yo nunca hubiera tenido una hermana mayor, y, naturalmente, no recuerdo a Kathleen. Sólo cuando murió mi padrastro y mi madre se vino a vivir con mi mujer y conmigo, mi madre se abrió un poco y una o dos veces dijo algo acerca de Kathleen: que entonces había empezado a hablar, que tenía el pelo muy rizado y cosas así.

»Fue mi padre quien me lo contó, un par de años antes de morir. Yo tenía catorce años y ya estaba trabajando. Mi padre murió a los treinta y cinco, pero es que le habían sacudido fuerte en la gran guerra y había quedado muy tocado. De resultas de la herida que recibió en Ypres tenía unos dolores de cabeza terribles. La tarde en que perdimos a Kathleen, mi padre tuvo que volver pronto a casa porque el dolor lo cegaba. Le aseguro que en 1921 no les gustaba nada que un trabajador tuviera que dejar su tarea por culpa de un dolor de cabeza; era muy diferente de lo que ocurre hoy día. Le quitaban la paga y, desde luego, no le acompañaban en coche a casa ni le decían que no volviera hasta estar recuperado, de eso ni hablar. Pero a mi padre no le quedó más remedio que dejarlo aquel día; era un peligro para la compañía en aquel puesto de tanta responsabilidad, ya que de él dependían cientos de vidas. Y naturalmente tuvo que volver andando, aunque no había mucho más de una milla y entonces una milla era una distancia que no contaba./

»Para volver a casa no tomó la carretera principal, sino por caminos secundarios. Había que cruzar el río a través de un vado que todos llamábamos “el baño”, pero para los que iban a pie existía un puente de madera. Cuando mi padre estaba cruzando el puentecito vio a Vera y a otra niña en la orilla del río y observó que a pocos metros de ellas, en una elevación del terreno lisa y sombreada por unos árboles, había un cochecito infantil. Las niñas, evidentemente, habían bajado del terraplén y se mantenían de espaldas al cochecito. El caso es que mi padre no relacionó el cochecito con su propia hija y no se le ocurrió que la niña podría hallarse dentro de él. Lo más probable es que sólo alcanzara a pensar en su propio dolor de cabeza.

«Llevaba una hora en casa, recostado en un sofá con un paño húmedo en la frente y mi madre se estaba ocupando de mí, cuando

la señora Longley llamó a la puerta. En aquel entonces nuestra vecina estaba esperando un niño, que resultó ser una niña a la que llamaron Edén. Le dijo a mi madre que Kathleen había desaparecido del cochecito, que no la encontraban en ninguna parte... Lo que más le indignó siempre a mi madre es el hecho de que no acudiera a decírselo la propia Vera, sino que enviara en su lugar a su madre...».

Kathleen March nunca apareció. Llamaron a la policía y la gente del pueblo organizó la búsqueda. Un granjero de la localidad tenía un perro que gozaba de fama de buen rastreador, y lo hicieron venir para que colaborara. Arthur Longley y su hijo John también se unieron a la partida. Era una noche clara iluminada por la luna y el grupo, formado por unos cincuenta hombres, continuó el registro hasta el amanecer.

¿Qué le dijo Vera Longley a la policía? Si tuvo lugar un interrogatorio o una entrevista con Vera, no ha quedado constancia de ello. Nuevamente hemos de recurrir al testimonio de la familia March, mejor dicho de la señora Bacon, ya que Albert March tenía entonces menos de dos años.

«Vera no quiso verme ni su madre me dejó verla, alegando que no serviría de nada, pero yo me empecé. Era mi hija la que había desaparecido, mi propia hija, ¿no es verdad? Dije que si Vera no quería venir a mi casa, yo iría a verla a la suya, y lo hice. Fui a Laurel Cottage y me encaré con Vera. La señora Longley me había dicho que su hija estaba muy trastornada, que no paraba de llorar y sollozar, pero cuando la vi no lloraba ni nada; sólo estaba muy pálida y tenía una expresión ausente, como de obsesa.

»Mi marido ya me había contado que había visto a Vera y a su amiga charlando sentadas a la orilla del río. Vera dijo que era cierto, que se había encontrado con Mavis Vaughan, su amiga del colegio, y que habían ido juntas al “baño”. Como Kathleen dormía, dejaron el cochecito en un terraplén y ellas bajaron hasta la orilla. Dijo que no le quitó la vista de encima al cochecito, no más de cinco minutos seguidos, pero yo sabía que no podía ser verdad. Dijo que Mavis estuvo con ella una media hora y que luego se fue a su casa por la ribera del río. Vera se quedó sola y estuvo vigilando el cochecito por si éste se movía. ¿Comprende?, si se movía quería decir que Kathleen se había despertado. Pero claro, no se movió

porque entonces la niña ya no estaba dentro, o eso es lo que dijo Vera. Que cuando subió y se acercó al cochecito, lo encontró vacío: alguien se había aproximado a sus espaldas y se había llevado a Kathleen. Eso fue lo que dijo. A mí nunca llegó a convencerme, pero ¿qué podía hacer?»

Mavis Vaughan se convirtió más tarde en la señora Broughton y murió a los setenta y un años, pero su hija Judith, de casada Jones, que vive en el vecino Sissington, conoce bien los hechos por habérselos oído relatar muchas veces.

«Todo lo relacionado con la desaparición de la niña March impresionaba mucho a mi madre. A pesar de que ocurrió más adelante, me refiero al asesinato, mi madre siguió convencida de que Vera Hillyard no tuvo nada que ver con lo de la niña. A Vera le encantaban los niños; bueno, eso quedó bien claro en las circunstancias del asesinato. Ella quería a Kathleen March tanto como después llegó a querer a su propia hermanita. Mi madre decía, y lo creía de veras, que el nacimiento de Edith Longley fue lo que preservó la salud mental de Vera, pero de hecho, después de la venida al mundo de su hermanita, Vera estuvo enferma durante muchos meses.

»Se dijeron muchas cosas acerca de lo que Vera y mi madre estaban haciendo cuando la criatura fue raptada. La gente insinuaba que habían ido allí para encontrarse con un par de chicos..., ya puede imaginarse los rumores que corrían. Pero no era cierto, lo único que hicieron fue estar sentadas y charlar, y lo bastante cerca del cochecito como para oír a la niña, a unos diez metros, no más. Cuando se encontró con Vera, mi madre iba camino de Great Sindon donde tenía que hacer unas compras para su propia madre (vivían alejadas de todo en Colé Fen), y tuvo que continuar para cumplir el encargo. Me decía que se había arrepentido mil veces de no haber pasado junto al cochecito para tomar el camino, pues de ese modo hubiera sabido de una vez por todas si Kathleen estaba o no en el cochecito. Pero no lo hizo, subió al terraplén y cruzó por el puente, y lo peor es que fue hecho adrede para no despertar a Kathleen. Qué ironía, ¿no?

«Naturalmente, mucho más tarde, después del asesinato, la gente que recordaba el caso de Kathleen March dijo que Vera la había matado. Dijeron que Kathleen se había puesto a llorar y que Vera

había perdido los estribos. Vera tenía muy mal carácter, todo el mundo lo sabía, incluso mi madre lo decía. Pero nunca quiso creer cosa semejante de Vera, ni siquiera cuando fue condenada a muerte y la ahorcaron...»

En el otoño de 1979, George Treves, un agricultor que cultivaba doscientas cuarenta hectáreas de terreno entre Assington y Colé Fen, le encargó a un contratista llamado Peter Somers que le arrancara un seto. Tenía intención de convertir cuatro parcelas pequeñas en un campo grande para plantar en él cebada. Después de estar tres días socavando el seto con una excavadora mecánica, Somers descubrió, enterrado a unos dos metros de profundidad, un bidón de aceite de unos cuarenta centímetros de altura y veinticinco de diámetro. Los bordes de la tapa habían sido toscamente sellados con esa arcilla amarilla que se encuentra formando estratos en los suelos, por otra parte de arenisco esponjoso, de aquellos parajes.

Al principio, tanto Somers como Treves pensaron que el bidón podía contener objetos valiosos, como por ejemplo cosas antiguas de esas que tanto interesaban a los arqueólogos en los últimos tiempos, o incluso las joyas que habían desaparecido de Colé Hall diez años atrás a raíz de un robo que se había convertido en una especie de leyenda local. En el botín, que hasta hoy no ha sido encontrado, figuraba un collar de perlas valorado en diez mil libras. Sin embargo, lo que encontraron en el bidón fue un manojo de huesos de color pardusco y jirones de ropa. Llevaron su hallazgo a la policía.

Los huesos eran humanos. En la encuesta que tuvo lugar para esclarecer la naturaleza de esos restos, se llegó a la conclusión de que pertenecían a una criatura del sexo femenino de unos dos años de edad, que había muerto hacía por lo menos cincuenta años. El haber descubierto todo eso ya es como un milagro por parte de los médicos forenses, pero aquí acabó todo. No pudo saberse de dónde procedía el bidón, y, si había señales de violencia en el cuerpo de la criatura, la descomposición sufrida durante medio siglo se había encargado de borrarlas. Los jirones de ropa mezclados con los huesos resultaron ser de lana, y, desde luego, cuando Kathleen March desapareció llevaba una camiseta de lana bajo el vestidito de algodón y encima de éste una chaqueta de lana.

¿Se trataba de Kathleen? Ciertamente, el seto de Colé Fen no

distaba más de setecientos metros del vado donde Kathleen fue vista en su cochecito. Recordemos que en Colé Fen es donde vivía Mavis Broughton, de soltera Vaughan, y el lugar estaba lo bastante cerca de Great Sindon para que su madre la mandara allí, al pueblo más importante, a hacer un recado. Por otra parte, los archivos policiales demuestran que en los veinte años que van desde 1920 a 1940, no menos de cinco niñas menores de tres años desaparecieron en el condado de Essex en la zona comprendida entre Great Sindon, Colé Fen y Sissington. Y de esas criaturas, sólo se encontró el cuerpo de la mayor, una niña de tres años que vivía en Sissington.

Probablemente nunca lo sabremos, pero si Vera Longley cometió aquel crimen, no parece haber tenido ninguna razón o motivo para ello. Difícilmente podría tratarse de celos por la atención que se le prestaba a la niñita, ya que para librarse de volver a verla le bastaba con darle una excusa a Adele March. Antes que matar a la niña de dos años de sus vecinos, habría sido más lógico que hubiera acabado con su propia hermanita, de la que todo hace pensar que se sentía muy celosa. La razón y el motivo tuvieron tanta trascendencia en el crimen posterior, que si queremos comprender la personalidad de Vera Hillyard no sirve de nada intentar presentarla como una psicópata irreflexiva, pues no hay ningún indicio que justifique tal suposición.

Al año siguiente, el año en que nació Edith Longley, la familia March se trasladó a la casa del guardavía que recientemente había quedado vacante en Great Sindon.

7

EN MI carta de respuesta a Jamie le he dicho que estaré en Florencia durante el mes de mayo. Cuando en la suya leí lo referente a la publicación de su libro de cocina, un recuerdo me vino de pronto a las mientes: una tía de mi madre había muerto cuando yo tenía doce años y me había dejado un libro de cocina. No tenía ningún parentesco con Jamie, pues era la hermana de mi abuela materna, la inglesa, y por lo tanto pertenecía a la otra rama de la familia. Años atrás había trabajado como cocinera en una gran mansión llamada Lytton Lodge en Woodford Green; es decir, había sido «la» cocinera, un personaje de importancia que reinaba sobre varias pinches y era una artista creando banquetes. La recuerdo como una vieja señora de buen ver, muy religiosa y casi sorda, cuyo momento supremo en la vida había sido la noche en que el príncipe de Gales, que luego fue Eduardo VIII y más tarde duque de Windsor, había venido a cenar.

Mi tía abuela murió en un pequeño cuarto de alquiler en Seven Kings, y todo lo que había en la habitación, es decir, todo cuanto poseía, fue a parar a manos de mi madre, que era su única pariente. Había un Nuevo Testamento con pasajes marcados en lápiz rojo, unas tijeras plegables que mi tía abuela solía llevar colgadas del cinturón junto con las llaves, un montón de fotografías enmarcadas de unas personas a las que mi madre no logró situar, unas joyas bastante feas montadas a la antigua, vestidos de tafetán blancos y delantales de linón que, de haberlos guardado, ahora valdrían una pequeña fortuna; por último, el libro de cocina. Por lo tanto supongo que el libro no lo heredé yo, sino mi madre, y ella fue la

que me lo dio a mí.

El libro se titulaba *Las recetas de A. B. Marshall* y había sido publicado en 1884. A diferencia de *Cucina Ben Riuscita* que imagino que Jamie ha destinado a unas amas de I asa ambiciosas, la señora Marshall, directora de una escuela de cocina, había escrito ese libro pensando en las cocineras que debían preparar cenas de doce platos para dos docenas de comensales, Me dediqué a leerlo durante la guerra, justo cuando era mayor la carencia de alimentos, a veces mientras comía emparedarlos de pan negro con margarina y huevos en polvo. En Sinclon solía enfrascarme en su lectura sentada a orillas del río, junto al vado, aunque por entonces no sabía que allí era donde había estado sentada Vera cuando desapareció Kathleen leen March.

La señora Marshall proponía un menú para un banquete de «cuatrocientos o quinientos comensales precedido de un baile, que consistía en tres platos calientes: consomé, chuletas de cordero y codornices, y no menos de treinta platos fríos que incluían más codornices y un postre llamado «Hermanos siameses»; éste constaba de dos lionesas dobles recubiertas con crema *glacée* de color verde y rellenas de crema al ron coloreada con carmín. Había asimismo un menú para un *déjeuner maigre*, que seguramente significa un ligero refrigerio pero que yo traduje por «comida flaca», y desde luego había también lo que la señora Marshall y mi difunta tía abuela consideraban una cena normal, o sea seis platos sin contar el suflé de vainilla con piña, el pastel Mettermich y la *fondue* al parmesano.

Vera se ofendió al advertir mi lectura. Le pareció que mi interés por las recetas de la señora Marshall constituía una crítica de sus propios esfuerzos culinarios, como así era, pero yo me apresuré a señalar que ella no tenía ninguna culpa. Yo sabía que leer ese libro en aquellas circunstancias era una ocupación un tanto rara, y a Vera no le gustaba que nadie, y menos aún su propia familia, hiciera cosas raras. Según ella, todos debíamos adaptarnos a las normas vigentes, pero dentro de esas normas había que tratar de sobresalir o al menos actuar mejor que los demás. Era una esnob, y aseguraba que no tenía ni idea de que algún «antepasado» de mi madre hubiera estado sirviendo.

—Espero que no se te ocurra comentar de dónde ha salido este libro, Faith —me dijo cuando le expliqué el origen de aquel

volumen—. Me refiero delante de nuestras visitas, como los Morrell, por ejemplo.

Yo ya sabía por qué: el primo de Richard Morrell era el decano de Balliol, y entre sus familiares, emparentada con él por una tortuosa ruta que pasaba por primos segundos, enlaces matrimoniales y allegados políticos, había la hija de un conde.

—Entonces, ¿qué voy a decirles si me lo preguntan?

—Puedes decir que no lo sabes, ¿no? Puedes decir que encontraste el libro entre los volúmenes de la biblioteca de tu casa.

—¿Quieres decir que debe mentir? —dijo Francis.

—No, claro que no; siempre tergiversas mis palabras. De cualquier modo, el libro debía estar en los estantes de su biblioteca antes de que Faith lo trajera aquí.

—¡Qué excelentes psicólogos eran los antiguos juristas! —exclamó Francis—. Cuando formularon la frase: «Juro decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad», pensaban en gente como tú. Sabían que podíais omitir algunas cosillas por aquí y añadir otras por allí.

Me pregunto si Vera recordó esta conversación cuando, de pie en el estrado del Central Criminal Court, prestó juramento. Seguramente no, pues tenía otras cosas en que pensar. Nunca tuve que mentir acerca del libro de cocina; si alguien entraba mientras lo estaba leyendo, me lo llevaba deprisa a mi cuarto. La habitación era toda mía desde que Edén se había marchado... a Portsmouth, según todos suponíamos, aunque oficialmente teníamos el deber de ignorar su destino.

Me hallaba en Sindon para pasar únicamente las largas vacaciones estivales, dado que mis padres habían perdido el miedo a los bombardeos y en Pascua me llevaron con ellos a casa, donde me quedé. Allí volví a ir a mi antiguo colegio y a reanudar el trato con mis amigas de siempre. Nunca volví a «estar fija» en Laurel Cottage; sólo fui allí a pasar las vacaciones, llena de ilusión ante la perspectiva de estar con Anne. Aquella vez, además, Vera había escrito para invitarme, cosa que me sorprendió y me causó una inmensa alegría. ¿Por qué será que, cuanto menos amables y afectuosas se muestran con nosotros ciertas personas, más anhelamos su cariño? Cualquier pequeña migaja que nos lancen nos parece una prueba de su minificencia. A mí, Vera no me gustaba, ni

la admiraba, estoy segura de que ella a su vez no me apreciaba, y sin embargo me sentí desmedidamente satisfecha por su invitación. ¡Vaya!, a lo mejor me dejaría quedarme levantada hasta las diez y me confiaría la verdad que ocultaban todos aquellos secretos...

—Ahora que Edén se ha marchado —dijo mi madre—, Vera querrá tener en casa a otra jovencita para hacer de ella una verdadera mujer Longley. Seguirá no tanto el lema de *Kinder, Küche, Kirche* como el de *Kauf, Klatsch, Kettelnadel*.

En aquella época, todos teníamos la costumbre de citar los dichos más conocidos de Hitler, pero sólo mi madre, que por ser medio suiza hablaba bien el alemán (facultad que durante aquellos años de guerra ocultaba a los de fuera de casa), podía bromear a costa de ellos. Se echó a reír y mi padre pareció enfadado. Miré las últimas palabras en el diccionario alemán y vi que significaban «compra, chismorreó y aguja de bordar».

¿Era para eso que Vera me quería a su lado? Desde luego, los cuadros de ganchillo, una labor bastante irregular y ya no muy limpia, me estaban esperando, lo mismo que la habitación de Edén, tan virginal como siempre, con el Peter Pan de Kensington Gardens colgado en la pared, subido como está en aquel extraño hormiguero desde el cual se comunica con las criaturas salvajes. Los blancos tapetitos de encaje seguían sobre el tocador, pero había desaparecido el cepillo del pelo, así como la leche limpiadora, el tónico y la crema nutritiva. La cama de Edén no estaba hecha, ni siquiera por encima, que era lo que se podía esperar en Laurel Cottage, sino que sobre el colchón se hallaban pulcramente apiladas la colcha, las mantas y las almohadas en sus blancas fundas, seguramente para obligarme a desechar cualquier veleidad de utilizar esa cama en lugar de la mía. Aquella tarde, mientras Francis, como de costumbre, andaba jugando a desaparecer y Vera, incapaz de sacar fruto de su experiencia, recorría todo el jardín llamándolo, sucumbí a la tentación e investigué todos los cajones del tocador de Vera. Naturalmente, estaba mal hecho, era como espiar y traicionar su hospitalidad, y yo ya tenía la edad suficiente para saberlo, pero la verdad es que estaba harta de hacer ganchillo, a las ocho de la tarde no me sentía en absoluto cansada y fuera todavía lucía el sol.

Los cajones estaban llenos de productos de belleza, cuya

adquisición no sólo había costado una gran suma de dinero, sino también una gran cantidad de tiempo, empleado por Edén en hacer cola, así como de esfuerzo, dedicado a convencer y sobornar a las vendedoras para que se los pasaran bajo mano. Muy pocos de esos productos figurarían en el cuarto de baño de una chica de hoy; no había nada para el cabello y los ojos, y muy poca cosa para el cuerpo. Los cajones, al abrirlos, despedían un olor que era una mezcla de talco, agua de rosas, limón y acetona. En ellos había docenas de lápices de labios, literalmente docenas, porque una noche los conté y sumaban ciento veintiuno. Presentaban todos los tonos posibles de rojo, y había uno que era naranja pero que se volvía rojo al ser aplicado en los labios; lo sé porque lo probé. A lo largo de las semanas siguientes probé la mayoría de los productos que contenían aquellos cajones: los tónicos, las cremas nutritivas, una pasta de aroma embriagador que llevaba el misterioso nombre de «cera mercolizada», la Creme Simón y el rojo de labios «Evening in Paris». La gran cantidad de preparados para manos y uñas eran un claro reflejo de la idea que se tenía en los años cuarenta sobre lo que constituía el papel de la mujer y su dedicación en la vida. En nuestros días esta colección estaría formada principalmente por champús y acondicionadores del pelo, lociones para el cuerpo y desodorantes. Edén, adelantándose con osadía a su tiempo, tenía un desodorante, un líquido rojo dentro de una botellita. Después de aplicárselo, una tenía que estar diez minutos con los brazos en alto para que el líquido se secara.

Entonces yo no comprendí, ni quizá lo habría comprendido una persona mayor, el significado que todo aquello tendría para el observador actual, familiarizado con la psicología: que Edén era a un tiempo una chica extraordinariamente vanidosa e insegura. Tan sólo pensé: «Si ha dejado todo esto en casa, ¿qué no será lo que se ha llevado consigo? Seguramente, una cantidad mucho mayor, *la creme de la crème* en más de un sentido». El pensamiento de que lo que quedaba en Laurel Cottage eran las sobras, o por lo menos el juego de repuesto, me tranquilizaba cada vez que me remordía demasiado la conciencia por usar su lápiz de labios Tangee o la crema nutritiva Orange de Arden.

Edén se había marchado, pero antes de hacerlo se había traído a casa un «boyfriend». Vera, desde luego, no había empleado este

término (que entonces no tenía el sentido general que ahora todos le damos de «amante», y que se aplica por ejemplo a un sesentón que lleva media vida viviendo con una mujer, ni tampoco habría implicado que pudiera haber nada remotamente sexual en el interés que Chad Hamner sentía por Edén o Edén por él. Vera probablemente se habría referido a Chad como el «amigo» de Edén, en el caso de que lo hubiera mencionado o me lo hubiera presentado, pero no era ése su estilo. Cuando llegué puntualmente a casa a las siete y media, después de pasar la tarde con los Cambus, encontré a un desconocido sentado en la sala con Vera y (cosa que a esas horas era un verdadero milagro) con Francis. Todos estaban tomando jerez, una bebida que ya brillaba por su ausencia en aquella época y que en Laurel Cottage no se había servido nunca.

Me quedé estupefacta y me detuve en el umbral, en la actitud que ciertos novelistas de los años treinta describían como la de un cervatillo asustado. Lo sé porque Francis lo dijo.

—El cervatillo asustado —dijo.

Francis estaba bebiendo jerez como los demás y tenía los pómulos enrojecidos. Yo también me puse colorada y sentí que la cara me ardía. Por suerte, Vera siempre llenaba los momentos incómodos o embarazosos con su actividad, que a veces era de agradecer.

—Bueno, Faith —dijo—, espero que ya hayas tomado el té, aunque no nos advertiste que te quedarías a merendar en casa de esta gente. No tengo nada que darte excepto un emparedado de salchichas, no hay nada más.

—Dale una copa.

Eso lo dijo el desconocido. Vera protestó, pero no como lo hubiera hecho con Francis o conmigo. Su tono al reñir a Chad fue a un tiempo coquetón y vivaz.

—¡Qué ocurrencia! No sé lo que diría mi hermano. Faith no tiene la edad de Francis, sólo tiene trece años y la verdad es que no los aparenta.

—¡No me apetece! —dije; una afirmación que, aunque uno no quiera, expresa malhumor e indignación.

Chad se levantó, me tendió la mano y dijo:

—¿Cómo estás? Me llamo Chad Hamner y soy un amigo de Edén.

—Espero que de todos nosotros, Chad —dijo Vera.

—Claro, de todos vosotros.

Nos dimos la mano. Recuerdo que en aquel nuestro primer encuentro yo llevaba el vestido de gasa de la fotografía de grupo, un vestido que me había pasado la hija de una vecina cuando le había quedado pequeño. La tela estaba gastada y de las capuchinas colgaban varios hilos a causa de algún enganchón. Vera había tratado de hacerme llevar calcetines cortos hasta que éstos desaparecieron del mercado y entonces se me permitió calzar tan sólo unas sandalias viejas marca Start-Rite. Desde el comienzo Chad me trató como a una persona mayor. En aquella época no existía el culto a la juventud, ni la actual deferencia ante los adolescentes, impregnada de temor. Queríamos con toda el alma ser mayores o al menos parecerlo. Chad siempre me habló como si yo tuviera su misma edad, es decir veinte y muchos años, y no me hizo objeto de ningún trato especial por ser del sexo femenino, cosa que tampoco hacía con Vera y que más tarde fue una fuente de amargura. En todo caso, yo era para él una persona digna de respeto, y ello me hacía feliz.

A pesar de que Vera lanzó un grito y declinó toda responsabilidad con respecto a su acción y a mi incierto porvenir, Chad se empeñó en servirme jerez en una copita en forma de tulipán. Dijo que la botella de jerez se la había regalado un señor al que había entrevistado y sobre el que había escrito un artículo en su periódico, señor que acababa de ser nombrado presidente del Club de los Rotarios o de la Sociedad de Horticultura, o algo por el estilo. Chad trabajaba de reportero para una cadena de periódicos llamada North Essex and Stour Valley Publications Limited. No era un hombre apuesto: ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco, ni rubio ni moreno. En la calle ninguna mujer lo hubiera mirado dos veces, pero, como ocurre con muchas personas de apariencia insignificante, cuando sonreía se transformaba por completo, pues tenía una sonrisa que, sin ser amplia y radiante, poseía una misteriosa ironía que acababa prestándole un encanto total y manifiesto. Su voz era preciosa y me recordaba (aunque eso fue más tarde, cuando empecé a soñar con él) la del locutor de radio Alver Lidell.

En aquellos tiempos no había pantalones tejanos, ni cazadoras

con cremallera, ni fibras sintéticas, y viejos y jóvenes se vestían del mismo modo. Aquella noche yo llevaba mi viejo vestido de gasa color naranja, y el de Vera eran dos vestidos convertidos en uno: un cuerpo marrón con motas anaranjadas del que surgían unas mangas marrones, modelo que en 1941 seguramente sería el prototipo de la moda. Francis iba todo de gris: pantalones grises de franela, jersey gris y camisa gris del colegio, mientras que Chad, a pesar de vestir idénticos pantalones, llevaba una camisa Aertex de color crema y una americana de tweed en la que se mezclaban los colores azul y verde. Chad preguntó si el hecho de que Vera y yo lleváramos el mismo nombre era intencionado.

—No llevamos el mismo nombre —dijo Vera—. Ella se llama Faith. —Eso él no lo podía saber porque nadie, ni siquiera yo misma, había mencionado mi nombre. Vera hizo ver que de pronto caía en la cuenta y añadió—: ¿No te lo he dicho? ¿No te he dicho que es mi sobrina Faith?

¡Qué extraordinaria emoción, qué sensación tan reconfortante me invadió al oír pronunciar a Vera, con toda tranquilidad e indiferencia, las palabras «mi sobrina»! ¿Por qué me importaba tanto?

—Y, eso es lo que he dicho, lleváis el mismo nombre, porque Vera y Faith significan fe.

—Vera significa verdadera —dijo Vera, con cierto aire de enojo.

—Vera significa fe —repitió Chad—. Es fe en ruso.

Vera parecía tener ganas de discutir, pues mostraba una expresión obstinada. Entonces Francis se apresuró a decir, con aquel tono cruel y mordaz que utilizaba para dirigirse a su madre (era desagradable con todo el mundo, excepto con Edén y Helen, pero con Vera era cruel):

—Chad debe de saberlo, ¿no? No irás a decirme que lo sabes mejor que él ¿verdad? ¿O es que vas a discutir con él en el plano filológico? Ha estudiado en Oxford, tiene la licenciatura, ¿no es así? Da bastante risa que alguien como tú pretenda oponérsele.

Aunque yo por entonces no lo sabía, Vera tenía razón en lo de que «vera» es el femenino del adjetivo latino «verdadero». Quizá también sea una palabra rusa y en este caso los dos estaban en lo cierto, o bien podría ser que, al contrario de lo que en aquella época afirmaba Francis, Chad no fuera una autoridad infalible ni en ésta

ni en otras materias.

Vera miró a Francis.

—Mi propio hijo —comentó, con un deje casi de orgullo, como si la fascinara contemplar hasta dónde sería capaz de llegar Francis—. Si yo le hubiera hablado de este modo a mi madre, mi padre me habría matado.

—Por fortuna mi padre está en el norte de África.

—Se supone que no lo sabes, ¿no debes decirlo!

—Las palabras imprudentes pueden costar vidas —dijo Francis—. Claro, esta habitación está llena de gente deseosa de salir corriendo para ir a contarles a los alemanes que el comandante Gerald Hillyard, el pilar del Servicio Secreto británico, está actualmente a las puertas de Tobruk, haciendo historia. —Se volvió hacia Chad—. Mis padres tienen un código secreto que ni siquiera los censores pueden descifrar: el signo de exclamación quiere decir Egipto, las comillas, Trípoli, los dos puntos el Lejano Oriente, etcétera...

—Francis —dijo Vera con voz temblorosa.

—Sus últimas cartas estaban llenas de diálogos. *Quod erat demonstrandum*. Dios sabe lo que harán si nuestras fuerzas armadas se disponen de veras a invadir Europa. Todavía no lo han pensado, y eso no demuestra...

Vera saltó de su asiento y salió corriendo de la habitación cubriéndose el rostro con las manos.

—... mucho optimismo, ¿verdad? Ni tampoco, ¿cómo diríamos?, mucha Fe o Vera.

La mayoría de las personas mayores que yo conocía habrían reñido con Francis por comportarse de aquel modo con su madre, pero Chad no lo hizo. Se limitó a encogerse de hombros como tenía por costumbre, muy exageradamente, al estilo francés, y ello a pesar de ser más inglés que nadie, tan inglés como su nombre.

Él solía explicarlo diciendo:

—Es que fui concebido en Chadwell Fleath.

De hecho, me lo explicó aquella misma tarde, presionado por Francis. La verdad era que Chad era un nombre habitual en su familia desde que en la época victoriana se lo habían puesto a su abuelo porque estaban de moda los antiguos nombres medievales. Más adelante me enteré de que Vera sentía un enorme respeto por

la familia de Chad, que pertenecía a la pequeña aristocracia local y tenía unas placas en los muros de la iglesia de Sissington en memoria de sus hijos caídos en la gran guerra, y cuyos miembros masculinos, además, eran Cazadores Mayores. Sin embargo, cómo obtuvo Chad aquel puesto de poca monta en el diario *The Sissington and Uper Stour Speaker* es harina de otro costal. Durante la guerra no fue admitido en el ejército por haber padecido fiebres reumáticas de pequeño, y conoció a Edén en el

Tribunal de Magistrados; ella había ido a llevar unos apuntes para su jefe y él estaba en el palco de la prensa. Claro está (según la versión de Vera) que después fueron presentados como es debido por la persona apropiada, seguramente alguien de la familia Chatteriss.

Cuando Vera, con los ojos enrojecidos y los labios apretados, volvió a la sala, se encontró con que Chad estaba ojeando el recetario de la señora Marshall que yo había olvidado llevarme a mi cuarto. Chad dijo que lo que le apetecía más en aquellos momentos era el Pequeño Salpicón de Salmón a la Chevalier. Francis aprovechó la entrada de su madre para explicar que el libro era un legado de mi abuela, que había sido cocinera.

—Su tía abuela, no su abuela —dijo Vera como si el parentesco colateral mejorara las cosas.

Chad no mostró ninguna desaprobación, sino tan sólo interés.

—Vera, no me habías dicho que tu tía había estado sirviendo por estos parajes. ¿Y en casa de quién?

Vera se sintió tan ultrajada que casi se puso a gritar:

—¡No era mi tía! ¡No tenía nada que ver con nosotros! Era la tía de la madre de Faith o algo por el estilo, una parienta de Faith.

Entonces, impulsada por un sentimiento malévolo, le conté a Chad que mi tía abuela había preparado una cena para Eduardo VIII.

—¿Y para la señora Simpson?

Dije que no lo sabía.

—¿Por qué tenemos que hablar de cocineras? —terció Vera—. De todos modos, hoy en día es ridículo leer un libro de recetas; es algo que le pone a uno los dientes largos. En mi opinión, es hora de que el dichoso libro desaparezca de la escena lo mismo que tu tía abuela o lo que fuera, Faith.

Francis, que había estado leyendo a Saki, dijo, parodiando su estilo:

—Como cocinera era la perfección misma, y, dado que la perfección no es de este mundo, pasó al otro.

Fue recompensado con una carcajada apreciativa de Chad y una mirada feroz de su madre. Durante unos momentos Francis guardó silencio, un silencio muy suyo cargado de misterios, y, aunque no sonreía, su expresión mostraba a las claras lo muy satisfecho que se sentía de sí mismo. Después se levantó y anunció que se iba a la cama, con lo que dejó a Vera chasqueada y ella tuvo que descargar su frustración sobre mí. Para empezar me preguntó si sabía la hora que era y luego continuó vituperándome como si las nueve menos veinticinco fueran las tres de la madrugada. Subí a mi habitación y me consolé embadurnándome la cara con maquillaje líquido Miner y lápiz de labios Tangee. Al cabo de poco rato Chad se fue a su casa y oí cómo Vera lavaba los vasos en la cocina y se instalaba en la sala para hacer el crucigrama del *Daily Telegraph*...

Los parientes de los cuales Vera se sentía orgullosa eran los Chatteriss, que tenían todas las virtudes deseables en unos allegados. Cuando se refería a Helen la llamaba «mi hermana», nunca «mi hermanastra», y el marido de Helen era «mi cuñado el general». Los Chatteriss vivían en la mansión Walbrooks en la que se había criado Helen y que heredó a la muerte de sus abuelos. Fue allí, en vida de los viejos Richardson, donde Vera efectuó aquel espectacular rescate de Edén dormida bajo un árbol, durante la tormenta.

Vera me dijo que debía llamarlos tío Víctor y tita Helen, lo mismo que a ella la llamaba tita Vera, por más que Edén fuera Edén a secas. Durante la primera visita, Vera tuvo mucho empeño en que me portase bien, y el año siguiente me prohibió, amenazándome con no llevarme nunca más allí, decir una sola palabra a Helen acerca del libro de cocina. La primera vez cuidé mucho mis modales e hice cuanto Vera me había indicado, pero Helen rechazó el apelativo de «tita» diciendo que era vulgar, cosa que hizo que Vera se picara un poco.

—Guapa, no me llames «tita», por piedad —dijo Helen, que al hablar empleaba, y aún sigue empleando, muchos de los términos del argot de los años veinte y las expresiones típicas de las chicas

Mitford—. Me da la impresión de que soy una anciana mujer de la limpieza llena de callos, con dentadura postiza y corsé de ballenas.

Esa estampa constituía tal antítesis de lo que era Helen en realidad, que me quedé mirándola.

—Llámame Helen, y a mi marido Víctor, pero, si no te atreves, llámale «general». Siempre lo hago; suena muy distinguido y Victoriano.

Sí que lo hacía, le llamaba muchas veces «general, cariño».

Al igual que una mariposa encerrada en un bloque de ámbar, Helen se había quedado inmovilizada en los años veinte; más exactamente, en una población de recreo de las colinas indias, ataviada con un vestido diáfano y sin cintura, y resguardando del sol su rizado pelo rubio con un sombrero estilo salacot. Fumaba cigarrillos negros rusos (Dios sabe de dónde los sacaba en 1941) con una boquilla de marfil labrado. Su hija estaba en el Servicio Auxiliar Femenino de las Fuerzas Aéreas, su hijo pilotaba un avión de combate, y ella y el general vivían solos en aquella gran casa que había sido de los Richardson. Éstos habían instalado una biblioteca y una sala de música, y después de rodear el jardín con una cerca baja, habían construido en él un mirador y sembrado arbustos exóticos que luchaban por sobrevivir durante los inviernos del este de Inglaterra. Cada día dos mujeres de edad, una de Stoke Tye y la otra de la calle Thorington, acudían en bicicleta para prestar sus servicios a los Chatteriss. El general se encargaba de cocinar mientras Helen, con su atuendo de *memsahib*, deambulaba por el jardín cogiendo flores para formar unos magníficos ramos de dalias, de astilbes y de hostas de color lila plateado, con los que adornaba toda la casa.

Helen me gustaba mucho, y hace tiempo que ese sentimiento se convirtió en un profundo cariño. No se parecía en nada a Vera, pues era transigente, alegre, divertida y generosa, y sigue poseyendo todas estas cualidades. Durante mucho tiempo, hasta que el hielo se rompió entre Francis y Jamie, ella era el único miembro de la familia con quien Francis tenía algún contacto. Éste parecía sentir gran simpatía hacia Helen y es fácil adivinar por qué, pues aparte de que Helen era una persona encantadora y de buena ley, los dos tenían una cosa en común que hacía que Helen le tuviera un afecto especial a Francis. Ambos habían sido abandonados (Francis decía

«deshechados») en la infancia por uno de sus progenitores. A Francis su madre lo mandó a un pensionado para poder dedicarse a su hermana, y el padre de Helen la envió a vivir con los abuelos y nunca la volvió a reclamar, ni siquiera cuando se casó y formó un nuevo hogar... No estoy segura de lo que quiere decir Daniel Stewart cuando afirma que «la separación todavía le duele a Helen». En casa todos sabíamos la historia de cómo Arthur Longley había llevado a su nueva esposa Ivy a las puertas del colegio para presentársela a Helen, y Helen solía contárnoslo sin ningún resentimiento aparente.

—El abuelo y la abuela eran la bondad personificada —me dijo —, de modo que el vivir con ellos fue para mí la felicidad. Me horrorizaba pensar que tal vez mi padre vendría a buscarme, pues no lo habría podido soportar. ¿Sabes lo primero que hizo la abuela en cuanto llegué a su casa aquella primera tarde? Me trajo dos gatitos siameses en un cesto y me dijo que su mamá había muerto también y que se sentirían muy desgraciados si no pudieran dormir encima de mi cama.

Cuando volví a llamarle «tita» a Vera, me dijo con cierto embarazo que «tía» sonaba mejor, y que tratara de llamarla «tía Vera» porque «tita» quedaba vulgar. La primera vez que apliqué el apelativo correcto, Francis me oyó y se llenó de júbilo: empezó a seleccionar las palabras terminadas en «ita» y a quitarles la «t», cambiando su terminación por «la». Vera acabó poniéndose histérica.

Por ejemplo, durante el desayuno, Francis decía:

—Pásame la bandejita, digo la bandejía. Tomaré otra tacita, digo tacía. —Y cosas por el estilo.

Vera se retorció las manos.

—¿Por qué me haces esto? ¿Por qué me atormentas?

—La vulgaridad nunca ha sido bonita, digo bonía.

El resultado de todo eso fue que dejé de llamarle de ningún modo a Vera.

Durante una visita que hicimos a Stoke oí que Vera le decía a Helen que le gustaría tener otro hijo. Cuando digo que la oí no me refiero a que estuviera escuchando junto a la puerta o detrás de una cortina (aunque creo que hubiera sido capaz de eso), sino que, aunque eran conscientes de mi presencia, a Helen no le importaba y

Vera seguramente me creía demasiado estúpida para comprender lo que decían. O tal vez pensaban que si hablaban en voz baja no las oiría. O más bien me inclino a creer que su actitud era la de una pareja de enamorados de la época victoriana frente a su carabina, apostada no lejos de ellos en una gran habitación.

Eso fue antes de que mi madre me contara la historia de Kathleen March, la niña desaparecida, y antes de enterarme de la adoración que Vera sentía por su hermanita. De hecho me sorprendió oír que a Vera le gustaban los niños y los bebés. ¿Sería por eso que me había invitado, a mí, que todavía era una niña? Tal vez me quisiera de verdad pero fuera incapaz de demostrármelo.

—Ya sabes lo mucho que me gustan los niños —le dijo a Helen.

Si Helen se sentía escéptica ante aquella afirmación, era demasiado amable para dejarlo entrever.

—¿Por qué no tienes otro hijo? Todavía eres joven, casi una niña. Vaya, si eres miles de años más joven que yo, podrías ser hija mía.

A mí me parecía increíble; Vera tenía treinta y cuatro años, el pelo descolorido y el cuello arrugado. Era una persona de mediana edad.

—Existe el pequeño inconveniente de que Gerry está Dios sabe dónde.

—La guerra no va a durar siempre, cariño.

—¿Tú crees? —dijo Vera con amargura.

—También echas de menos a Edén, ¿verdad?

Vera calló unos momentos. Había adquirido, a causa de sus nervios, un extraño hábito que en mi opinión era inconsciente y que no he observado en nadie más. Sentada o de pie, entrelazaba las manos y se inclinaba hacia adelante apoyándose en ellas, como si sufriera intensamente o tratara de ejercer una fuerte presión sobre algo invisible. La imagen más parecida que se me ocurre es la de alguien que tratara de insertar un tapón de corcho hinchado en una botella de gollete estrecho. Mantenía esa postura uno o dos segundos y después se relajaba. Lo hizo ahora, mientras Helen la observaba con una curiosidad teñida de simpatía. Luego Vera dijo:

—Edén no volverá nunca a casa.

—Cariño, claro que volverá. ¿A qué te refieres?

—No, no me refiero a «eso». Su vida no corre peligro, siendo

como es telegrafista en Portsmouth. Me refiero a que no volverá nunca a casa para vivir conmigo. Es su escapada definitiva, ¿no crees? Cuando termine la guerra no querrá regresar a Sindon; deseará vivir sola.

—Cuando se acabe la guerra —dijo Helen—, Edén ya estará casada.

—Me estás dando la razón, porque viene a ser lo mismo.

Pero Vera se equivocaba, pues antes de que terminara aquella guerra que parecía no tener fin, Edén regresó, y lo mismo hizo tío Gerald.

Mientras tanto, la vida en Laurel Cottage seguía invariable. Vera continuaba riñéndonos a Francis y a mí por comer con la mano derecha, seguía persiguiéndonos a la hora de acostarnos (a mí con éxito, pero Francis casi siempre lograba escaparse) y reprendiéndonos por no cumplir las normas de la gente fina. Vera hacía el crucigrama a diario, escribía cada semana a tío Gerald y más a menudo a Edén. No sé si estaría preocupada porque habían pasado semanas y meses enteros sin tener noticias de su marido, aunque las mujeres sabían que eran de esperar esos silencios. Una semana antes de mi proyectada vuelta a casa para el comienzo del curso escolar, llegó una carta para Vera.

Su alivio al recibirla fue evidente, pero no pareció deseosa de leerla. Después de desayunar, se llevó la carta a su habitación y se encerró en ella. A Francis le encantaba escandalizarme y en aquella época siempre lo lograba.

—Fie leído en un libro —dijo— que las parejas follan más en los primeros dos años de su matrimonio que en todo el resto de su vida. ¿Tú qué crees?

—No lo sé —respondí, toda colorada.

—Has vuelto a ruborizarte. Me gustaría poder hacerlo, queda muy inocente y encantador. Tendrás que enseñarme.

Durante los últimos días de mi estancia, Francis estuvo visitando a unos amigos. Hacía siempre lo que quería; sólo dependía de su santa voluntad, así que cuando Vera le preguntó quiénes eran aquellas gentes y dónde vivían, se negó a decírselo. Vera le amenazó con reducirle su asignación, pero a Francis eso le tenía sin cuidado; siempre tenía dinero, no sé de dónde lo sacaba. Por entonces, los adolescentes no solían realizar pequeños trabajos para

ganarse algún dinero, por lo menos los de la clase media, y en cualquier caso era inimaginable que Francis se dedicara a repartir periódicos. Pero él decía, con una sonrisa enigmática, que se los ganaba, y, cuando se le preguntaba de qué modo, respondía: «Oh, con eso y lo otro». El día antes de marcharse, le gastó a Vera la broma más atrevida que nunca intentara.

En una de sus cartas, Edén había mencionado a un oficial de la Armada, un capitán de fragata llamado Michael Franklin. Era su jefe o el oficial de mando, o alguien que tenía autoridad sobre ella, y le había dirigido unos elogios. Por lo visto, eso era todo.

Pero Edén, además de ser Edén, era una Longley, y por lo tanto había comentado que Franklin tenía un título, que era el hijo de un lord no sé qué. Bueno, pues Vera se había quedado muy impresionada y les había hablado de Franklin a los Morrell y los Chatteriss y a todo el que quisiera escucharle, y se las había ingeniado para dar a entender que la relación que Edén tenía con él era más estrecha que la de jefe y subordinada y que entre ellos había un sentimiento romántico. Creo que se convenció a sí misma de que así era. También se lo contó a Chad Hamner, aunque todos parecían considerar a Chad (sobre todo Francis) el «boyfriend» oficial de Edén.

Una noche sonó el teléfono, cosa de por sí poco habitual. Al ir a contestarlo, Vera me dijo que no podía ser más que Helen. Estábamos solas y dedicadas con ahínco al crucigrama, tal vez lo único que teníamos en común, mientras las agujas del reloj se aproximaban a la hora fatídica de las ocho. No oí lo que Vera decía, pues estaba escribiendo, llena de un sentimiento de triunfo por haber encontrado antes que ella la palabra «claudicar» en respuesta a la definición «dejar de cumplir deberes o mantener principios». Vera regresó corriendo, muy excitada.

—¡Adivina quién era!

Vera siempre preguntaba eso, pero si una se equivocaba, vapuleaba con una respuesta mordaz.

Naturalmente, dije que no lo sabía.

—El capitán de navío, el Honorable Michael Franklin, R. N.

—¿De verdad? —respondí—. ¿El señor para quien Edén trabaja? Vera nunca lo hubiera descrito de esa manera.

—No me parece necesario emplear estos términos, «trabaja

para». Sería más apropiado decir «trabaja con», o incluso decir que es su amigo. —El tono de Vera se hizo sarcástico—. Sí, creo que no sería exagerado decir que es un amigo, Faith. En nuestra rama de la familia no podemos jactarnos de tener un pariente que hizo la cocina para el duque de Windsor, pero en cambio podemos considerar amigos nuestros a unas cuantas personas finas, bien educadas y de buena familia, eso sí.

Vera estaba muy agitada y cuando estaba así toda su agresividad salía a flote. Entrelazó las manos y las estiró con fuerza hacia abajo, con todos los rasgos de su rostro contorsionados. Le pregunté qué quería el capitán de navío.

—Pues venir aquí a vernos. Bueno, a decir verdad, a verme a mí; no creo que desee veros ni a ti ni a mi hijo; quiere verme a mí por ser la hermana de Edén. Éstas han sido sus palabras: «Tengo que ir a Ipswich para un asunto muy confidencial y secreto, y me¹ gustaría pasar a visitar a la hermana de Edén».

Vendría el próximo miércoles a la hora de comer, aunque no quería que lo invitásemos a comer; dijo que en estos tiempos tan difíciles ello estaba fuera de lugar y que tomaría un emparedado en algún sitio, pero que de todos modos pasaría a la hora de comer. ¡Oh, qué inteligente y sutil era Francis, y qué bien conocía a su madre! Vera invitó a los Chatteriss, a los Morrell y, cosa sorprendente, a Chad Hamner. Chad era el «boyfriend» de Edén, y sin embargo Vera lo había invitado para presentarle al que ella esperaba que fuera a suplantarle, y lo esperaba basándose únicamente en que Franklin era el hijo y heredero de un vizconde (Vera había hallado esta información en la biblioteca pública), mientras que Chad era el vástago de una familia que no tenía títulos ni tierras. Vera no era una persona muy agradable, y algunos podrían decir que no tuvo más que su merecido, pero tanto sus ambiciones como su caída estuvieron llenas de patetismo.

Todos aceptaron su invitación. Como prácticamente no se podía comer carne y todas nuestras raciones juntas no hubieran bastado para alimentar a nueve personas, Vera se hizo con dos conejos, no de los silvestres sino de los que se crían en conejeras. Éstos eran de la raza Oíd English, blancos con manchas marrones, y Anne y yo les habíamos dado de comer pamplinas y cerrajas que recogíamos en el campo. Cuando protesté, Vera me dijo que no me portara como una

tonta sentimental, y los hizo asados con un acompañamiento de patatas también asadas, zanahorias cocidas en sidra y habichuelas, y de postre preparó una tarta de moras y un budín. Yo misma fui a coger las moras, y las legumbres las había cultivado la propia Vera en los recuadros del jardín donde antes crecían las rosas de la abuela Longley.

Como es natural, Franklin no apareció. Por entonces, como supimos más tarde, navegaba en alta mar escoltando con su barco a un convoy ruso, y en el transcurso del año siguiente perecería al hundirse su embarcación, que fue a sumarse a los miles de toneladas de buques perdidos por la armada británica. Desde la una hasta la una y diez, el general Chatteriss, mientras bebía el jerez que Chad había vuelto a sacar de Dios sabe dónde, no paró de mirar su reloj de pulsera y de comentar:

—El invitado se retrasa.

Y a partir de la una y diez hasta la una y media cambió la frase por:

—Ya no vendrá.

Chad sabía que aquello era obra de Francis. No lo supo desde el principio, pero sí a mediados de aquel triste aperitivo en el que pronto se terminó el Dry Fly y Vera se preguntaba, hecha un manojo de nervios, qué podría ofrecerle a Franklin cuando éste llegara.

O tal vez Chad lo había sabido todo el tiempo, pues Francis no había llamado desde una cabina, sino desde una casa particular, disfrazando o no su voz; de hecho, hubiera bastado con que su hijo le hablara en tono amable o afectuoso para que Vera no lo reconociese. Pero no creo que Chad tomara parte en la confabulación; no lo creí entonces ni tampoco lo creo ahora. Chad tenía buen fondo, y, aunque hubiera estado loco de amor, tan enfermo de amor que todas las estratagemas que favorecieran su pasión le parecieran permisibles, nunca habría cometido un acto de crueldad. Creo que a su manera quería también a Verá; todas las personas relacionadas con el objeto de su amor entraban dentro de la órbita de esa pasión y quedaban iluminadas por ella.

Finalmente nos comimos el conejo asado, que ya estaba seco y astilloso, y las zanahorias, que tenían un regusto a vino a medio elaborar. Antes de que aquella desgraciada comida llegase a su

término, Vera tuvo tiempo de obsequiarnos con no pocos estiramientos angustiados de sus manos entrelazadas y otras tantas contorsiones de sus músculos faciales. Después, todos se marcharon con notable rapidez.

Francis le descubrió toda la verdad a Vera del modo clásico tal como suelen hacerse esta clase de revelaciones, con una frase en la que imitaba la voz de la persona a la que había suplantado.

—En estos tiempos tan difíciles, estaría fuera de lugar que me quedara a comer, señora Hillyard...

MADAGASCAR es un nombre que divierte mucho a los niños. Entre otras cosas, va muy bien para jugar a las charadas, siempre que uno no tenga inconveniente en que la representación se componga de cinco actos. Sin embargo, como no creo que Vera y Gerald hubieran incluido esa palabra en su código para las zonas de guerra, seguro que durante el año 1942 pasaron meses sin que Vera tuviese la menor idea del paradero de su esposo.

En mayo las fuerzas británicas desembarcaron en la isla para tratar de arrebatarla a los franceses de Vichy. Al parecer, corría el rumor de que si no la invadían ellos lo harían los japoneses, que además disfrutarían de la colaboración de los de Vichy. Más adelante nos lo contó tío Gerald, cuando vino de permiso en la siguiente primavera, pero de momento le creíamos todavía en el norte de África. También Edén vino de permiso aquel verano, pero sólo pasó una noche con mis padres y conmigo, y, según explicó, debía ser únicamente una noche para no herir la susceptibilidad de Vera.

Edén estaba preciosa vestida de uniforme. Las Wren no llevaban gorras, sino sombreritos, y el de Edén resultaba muy favorecedor para su rostro de actriz de los años treinta. Había perdido peso, o, como decía mi madre, se había «estilizado», y su cara, con aquellos rasgos tan regulares y perfectos y aquellos enormes ojos de mirada soñadora y espiritual, hoy en día parecía demasiado bella e impecable. Era la primera vez que la veía fuera de su ambiente habitual de Laurel Cottage y al principio se mostró un poco envarada, sentada en el sofá con las rodillas y los tobillos muy

juntos. Nos había costado no poco decidir dónde la pondríamos a dormir. No sabíamos si ofrecerle uno de los dormitorios vacíos o instalarla en el refugio junto a mí, en cuyo caso hubiéramos gozado de una proximidad más bien embarazosa, muy diferente de la amplitud de que disfrutábamos en el dormitorio de Laurel Cottage, porque el refugio, hecho con sacos de arena y uralita, sólo medía dos metros y medio por uno cuarenta. Edén era miembro de las fuerzas armadas y, como mi madre recalcó, aunque no estaba en servicio activo, por lo menos estaría acostumbrada a los bombardeos y a los disparos de la defensa antiaérea. Pero mi padre, naturalmente, sólo seguía viendo en ella a su hermanita pequeña. Finalmente, quedó decidido que Edén dormiría en el primer piso pero con severas instrucciones de bajar al refugio al primer toque de la alarma.

Mi madre y yo la acompañamos a su habitación en cuanto llegó. No era propio de mi madre el preparar las habitaciones de los invitados para que quedaran acogedoras, pues no sólo no habría sabido hacerlo, sino que ni siquiera comprendía la necesidad de tanto detalle. Había puesto sábanas limpias, quitado el polvo y barrido la alfombra, ¿hacía falta algo más? Yo fui quien puso un jarro con flores, dejó la revista *Woman* y la novela *Rebecca* en la mesilla de noche, y comprobé que la bombilla de la lamparita no estuviera fundida. Edén dijo:

—Vaya, mira que ponerme aquí arriba mientras todos vosotros estáis ahí abajo bien protegidos y a salvo... Mirad ese gran ventanal; ya estoy viendo volar los cristales en pedazos.

—Hace semanas que no ha habido un ataque aéreo —dijo mi madre.

—No tientes a la providencia.

Cuando mi padre y Edén se estaban instalando para resolver el crucigrama, ella volvió a repetir su observación de que mis padres estaban a salvo abajo, y mi padre inmediatamente repuso que en tal caso él y mi madre dormirían también en el piso de arriba para que Edén se sintiera más segura. Harían la cama de su antiguo cuarto de matrimonio, lo airearían y dormirían allí.

—Entonces haz tú la cama y airéalo —dijo mi madre.

De hecho fue ella la que se ocupó de eso, aunque de mala gana. Creo que mi madre estaba sinceramente dispuesta a hacerle

agradable a Edén su corta estancia, pero las adulaciones que mi padre le prodigaba a su hermana y el respeto con que la trataba le fastidiaron mucho. Además, veía en la actitud de Edén hacia ella, ante cualquier detalle, una crítica sutil y silenciosa, y a veces su resentimiento estaba justificado. Edén se dejó una salchicha en el plato, escogió con remilgo las fresas, para las que mi madre había tenido que hacer cola, y les quitó las partes que le parecían un poco verdes, y desmigajó el pan pero no se lo comió. Cuando nosotras dejábamos algo, mi padre nos decía que debíamos pensar en el hambre que pasaban los rumanos (o griegos o yugoslavos), pero a Edén no le hizo ningún reproche.

Aunque Edén no mencionó al pobre Michael Franklin, que probablemente por entonces ya estaría muerto, habló mucho de las personas que había conocido en Portsmouth. Naturalmente, allí abundaban los oficiales de la Marina, y cualquier chica que no fuera un espantajo se lo podía pasar estupendamente. Los americanos ya habían entrado en guerra, pues el ataque a Pearl Harbour había tenido lugar en el mes de diciembre anterior, y a Edén le había sorprendido ver que los miembros de las fuerzas norteamericanas a los que conocía eran tan bien educados y civilizados.

—Me refiero a los oficiales, claro está —dijo Edén—, pues no sé nada con respecto a los rangos inferiores. Conozco a dos chicas que se han comprometido con oficiales americanos y no es de extrañar, dado el brillante porvenir que les espera.

Para mí era algo nuevo (aunque lo había leído en las novelas de la época victoriana) el que las mujeres pudieran casarse por dinero, buscando seguridad y posición. Edén habló mucho de seguridad y dinero, y de lo que una amiga suya, prometida a un tal comandante Wayne D. Lansky, le había dicho que le esperaba en Norfolk, Virginia, cuando terminara la guerra: coche propio, asalariados que le ayudarían en las tareas caseras y una casa frente al mar. Mi madre había salido del cuarto durante esta conversación, de modo que no fue mala intención sino un verdadero interés lo que la impulsó a interrogar a Edén acerca de Chad Hamner y a preguntarle cuándo pensaba verlo. Yo, naturalmente, les había hablado a mis padres de Chad, pues no suponía que fuera necesario guardar el secreto, ni siquiera bajo el punto de vista de los Longley. En 1942, el hecho de estar enamorado desembocaba en el matrimonio y

cuando una chica llevaba a su «boyfriend» a casa significaba que la boda no estaba muy lejos. Aunque el matrimonio podía estar basado en otras consideraciones (como un coche, sirvientes y una casa frente al mar), seguía siendo impensable que la consumación del amor no pasara por el trámite de la boda.

Edén pareció muy desconcertada y lo disimuló contestando con presteza:

—Oh, sí, seguramente lo veré; no dejará de pasar por casa cuando sepa que estoy de permiso.

Edén me echó un rapapolvo más tarde y, cosa absurda, su regañina tuvo lugar en nuestro refugio antiaéreo pues, por aquellas casualidades que tiene la vida, los alemanes decidieron bombardear Londres aquella misma noche, o por lo menos nos hicieron creer que se disponían a hacerlo. Yo no recuerdo haber oído disparos antiaéreos ni el tronar distante de las bombas, pero la alarma sonó a la una de la madrugada y cuando todos bajaron me desperté.

Pronto mi padre se volvió a la cama, y, mientras mi madre estaba en la cocina preparándonos una taza de té, Edén y yo permanecimos sentadas frente a frente, yo en mi camastro y ella sobre un cajón de naranjas vuelto al revés y cubierto con un almohadón. Su precioso rostro, en el que se mezclaban los rasgos de varias artistas de cine hoy olvidadas —Verónica Lake, Annabella y Alice Faye—, brillaba por efectos de una crema nutritiva que no había quedado encerrada en la oscuridad de aquel cajón de Laurel Cottage. Un pañuelo de gasa azul pálido envolvía su cabeza a guisa de turbante y vestía una bata de algodón con estampado de flores. Expresó su reprimenda de una manera curiosa.

—Me he llevado un gran desengaño, Faith, al saber que le has ido con cuentos a tu padre.

Yo no tenía la más ligera idea de a lo que se refería, y así se lo dije.

—No hagas ver que no lo entiendes. Creo que has estado chismorreando y ahora pretendes eludir tu responsabilidad. ¿Qué te hizo pensar que Chad Hamner era mi prometido?

—Yo nunca dije eso.

—¡Nada menos que Chad! Pobre de mí, creo que soy capaz de encontrar un partido algo mejor que él. Además, estoy segura de que Vera no te dijo que fuéramos novios; no llevo ningún anillo de

prometida, ¿lo ves? Bueno, pues, Chad no es más que un amigo, un amigo de la familia, no mío en particular. ¿Lo has entendido bien?

—Lo siento —dije—, él me dijo que era tu amigo.

—Oye, Faith, guapa, algún día comprenderás que lo que un hombre dice en estas circunstancias y lo que ocurre en realidad son dos cosas completamente distintas. Me imagino que a Chad le gustaría ser mi novio, ¿no crees que le gustaría?

Me mostré de acuerdo, con entera humildad. A mi juicio, todos los hombres, desde Gary Cooper hasta lord Louis Mountbatten pasando por el general Montgomery, habrían estado encantados de ser su novio. De nuevo Edén volvió a adoptar un tono amable y confidencial.

—Francamente, siempre pensé que Chad me traería problemas al respecto. Nos conocimos en un cóctel en casa de los Tregear, ¿sabes? —George Tregear era el abogado para el que ella había trabajado— y desde el primer momento Chad me estuvo mirando con ojos de carnero desde el otro lado de la habitación. Me persiguió constantemente con sus llamadas telefónicas (Vera y yo estábamos desesperadas) y creo que acabé saliendo con él únicamente para poner fin a aquellos timbrazos del teléfono.

Edén continuó haciendo comentarios del mismo estilo hasta que mi madre entró con el té; mejor dicho, se deslizó a través de un hueco entre los sacos de arena. Desde el principio me llamó la atención la disparidad entre la versión de Vera y la de Edén acerca de cómo se conocieron ésta y Chad. Vera había dicho que fue en el Tribunal, pero según Edén se vieron en una fiesta. Probablemente no tenía mayor importancia, y si bien me había acongojado la reprimenda de Edén, me sentía contenta de gozar de nuevo de su favor.

A la mañana siguiente, Edén se marchó, pero no para volver directamente a Great Sindon; eso tendría que esperar hasta últimas horas de la tarde. Primero iba a almorzar en el West End con un oficial del ejército norteamericano. Durante el desayuno habló de ello como si se tratara de una reunión de trabajo, una importante tarea de «enlace» entre representantes de las fuerzas británicas y norteamericanas. Mi padre pareció creérselo, olvidando seguramente que Edén no era más que una telegrafista, y yo me quedé sorprendida cuando Edén, al mencionar por segunda vez el

nombre del oficial americano, me tocó ligeramente el pie con el suyo por debajo de la mesa mientras su rostro seguía mostrando la misma expresión de seriedad.

Cuando se hubo marchado, mi madre entró en la habitación de Edén para quitar las sábanas. Dada su manera de ser, era más que probable que mi madre estuviera contemplando la posibilidad de no poner las sábanas a lavar, sino de aprovecharlas para la cama que compartían ella y mi padre. Pero lo que vio en aquella habitación la enfureció: Edén la había limpiado. Uno podría pensar que si una mujer no mantiene su casa impecable es porque no repara en la suciedad, pero no siempre es así. A veces es porque no quiere tomarse la molestia, juzga que basta con una limpieza moderada y que no hace falta eliminar cualquier mota de polvo por mucho que ésta se advierta a simple vista. Un poco de pelusa se había acumulado allí donde las patas de la cama de Edén tocaban al suelo, y Edén la había quitado, posiblemente con un paño húmedo. También la lámpara central, a cuya pantalla de pergamino mi madre dijo que llevaba semanas proponiéndose «pasarle un trapo», había sido cuidadosamente lavada con agua y jabón. Y en el cuarto de baño todavía era peor: al contrario que muchos invitados, que dejan un ruedo en la bañera, Edén no sólo había limpiado su propio ruedo y secado el lavabo y la bañera, sino que había quitado la borra grisácea que durante años se había acumulado en la maraña de cañerías medio escondida detrás del lavabo y del inodoro, dejándola sobre uno de los trozos de papel de periódico que mi padre usaba para depositar el jabón de su afeitado.

Ahora recuerdo que fue eso, y no algo que Vera pudiera haber hecho, lo que movió a mi madre a contarme la historia de Kathleen March. Claro que Edén no tenía nada que ver con aquel suceso pues ni tan sólo había nacido, pero creo que mi madre pretendía únicamente lanzar un ataque contra las mujeres Longley en general, exponer sus imperfecciones, o, por decirlo así, revelar que tenían los pies de barro.

—Nadie dice que Vera le hiciera nada a la criatura —recuerdo que me dijo— pero sí que debió de abandonarla. Seguro que no estaría vigilándola, tanto le importaba. Todas son así, sólo piensan en sí mismas y en causar buena impresión, sólo actúan de cara al exterior y de un modo superficial. Supongo que Vera estaría allí

junto al río o dondequiera que estuviese, y pasó aquella amiga suya que comenzó a adularla y a decirle lo estupenda que era o algo por el estilo, dándole coba, y Vera se olvidó de la niña que habían dejado a su cuidado. Estaba demasiado absorta en sí misma para advertir que aparecía un loco y se llevaba a la criatura.

Yo empezaba a saber qué era el tacto, empezaba a comprender que, si bien el hecho de «remover el asunto» comportaba pequeñas satisfacciones, también causaba muchísimos disgustos, de modo que no dije nada de los comentarios que Vera le hizo a Helen sobre el tema de los bebés. Pero mi madre, ya fuera por un sexto sentido o por la telepatía que a menudo se establecía entre nosotras, dijo que no le extrañaría que Vera tuviera más hijos una vez terminada la guerra.

—Ya verás como querrá aumentar la familia. Ahora que Edén ya no está en casa, Vera querrá tener otro hijo, a ser posible una niña. Lástima que no se puedan escoger estas cosas.

—¿No es demasiado vieja? —pregunté.

—¡Si es más joven que yo! —respondió mi madre, indignada.

Quitó las sábanas de la cama y las puso a lavar, alegando que en la funda de la almohada quedaban restos de «esa porquería con la que Edén se empasta la cara». A la mañana siguiente mis padres recibieron por correo una amable notita de agradecimiento, que Edén debió de escribir en el tren. Cuando volví a verla, estábamos ambas en el jardín de Helen, y entonces fue cuando Edén me contó cómo Vera le había salvado la vida.

Ayer Helen vino a casa a tomar el té. En realidad sólo nos entretuvimos diez minutos para tomar una galleta y una taza de té y enseguida pasamos a las bebidas, que es lo que a Helen le gusta. Le llama a eso «quedarse para el cóctel», y suele tomar jerez aunque también le gusta que le prepare dos martinis secos, bien revueltos pero sin agitar, con aceituna en lugar de limón, y que, con respecto a la cantidad de vermut que hay que echar, repita siempre el consabido chistecito de que basta con enseñarle la botella de martini a la de ginebra. Cuando Jamie estuvo empleado en un bar de Half Moon Street en la época que medió entre su salida del colegio y su ida a Bolonia (pues dijeron que dadas las circunstancias no parecía conveniente que ingresase en Oxford), ocurrió que, justo al día siguiente de empezar a trabajar, un americano entró en el bar

y pidió un martini seco. Jamie no tenía ni la más ligera idea de cómo se preparaba, pero sabía que el Martini era un vermut, así que hizo cuanto pudo. Al cabo de un momento, el americano se lo devolvió preguntándole si le había puesto ginebra.

—¡Claro que no! —contestó Jamie con indignación.

El americano se echó a reír y le enseñó a preparar un martini seco. Cuando se fue, le dejó a Jamie una propina de diez chelines, que en 1962 era una suma más que generosa.

Cuando murió el general, Helen le regaló Walbrooks a su hijo, que por entonces se había vuelto a casar y tenía una hijita. Es una casa realmente hermosa y el sitio es muy bonito; me divierte pensar que estuvo a punto de ser mía, aunque no me duele que no fuera así. Helen se fue a Londres y se instaló en un piso de Bina Gardens, cerca de Oíd Brompton Road. Creo que esperaba encontrar Londres igual que cuando ella había pasado allí un largo período: en 1918 había disfrutado de una única temporada londinense bajo la tutela de una prima de la anciana señora Richardson. Encontró la ciudad cambiada, pero se comportó como si nada fuera diferente: se vestía a la moda de aquellos días lejanos, iba a todas partes en taxi y amuebló su piso en una mezcla de estilos «art deco» y anglo-indio, con incómodos muebles blancos y objetos de latón Benarés, añadiéndole un toque de Syrie Maugham. Cada día toma el té a las cinco y se prepara un cóctel a las seis. Día sí y día no llama por teléfono a su hija, y los restantes días alternos telefonea a su hijo. Los dos van a menudo a verla a Bina Gardens, con los nietos. Helen lleva a los niños a comer a la Brasserie Claridges y toman el *smorgasbord* de precio reducido. Y además me tiene a mí, a un tiro de piedra en Vicarage Road.

Helen es mi tía, bueno, medio tía mía por ser hermanastra de mi padre, pero este parentesco a medias, que Vera prefería pasar por alto para poder decir que Helen era su hermana, me influye en el sentido de que no me siento ligada a Helen por ningún lazo familiar. Nunca la he llamado «tía» (por deseo suyo) y cuando la presento a alguien sólo digo su nombre, aunque a veces, raramente, le antepongo el apelativo de «mi amiga». Nunca he visto en ella una tía mía, como tampoco a aquella otra clase de allegada que en cierta época Helen fue para mí.

A pesar de sus ochenta y nueve años, se mantiene delgada,

incluso esbelta, pero padece de reuma y le crujen las articulaciones. Sigue gustándole vestirse con ropajes de gasa o de cualquier otro tejido transparente y que se pegue al cuerpo, y continúa llevando siempre sombrero. Pero por fin ha abandonado el estilo de los años veinte y ahora se viste de manera parecida a la de la Reina Madre, en color azul pálido y con grandes sombreros. Sus cabellos, antaño dorados, ahora son blancos como la nieve, pero sigue llevando el mismo peinado de Gertrude Lawrence en la primera versión de *Vidas privadas*.

Había pensado invitar asimismo a Daniel Stewart, pero cuando le pregunté a Helen lo que opinaba al respecto, puso fin a mi proyecto con una negativa férrea. Le llama el *bookmaker* en el sentido de fabricante de libros, aunque sabe perfectamente que un *bookmaker* es un corredor de apuestas.

—No me importaría hablar a solas con el *bookmaker* —me dijo, tomando asiento sin quitarse el sombrero, como hace siempre—. Bueno, claro que me importa, prefiero no hacerlo, no es divertido tener que hablar de la pobre Vera de este modo, pero me refiero a que podría soportarlo si estuviéramos el *bookmaker* y yo mano a mano, pero si hubiera una tercera persona, aunque fueras tú, querida, se convertiría en algo terriblemente público.

Le sugerí que tal vez podría hacerlo más adelante y prepararse para la confrontación compareciendo pertrechada con un tubo de Valium, por ejemplo; y que cuando se publicara el libro de Stewart no hacía falta que ella lo leyese. Helen me lanzó la misma mirada irónica con que contempla a sus acompañantes cuando hablan del porvenir, aunque sea el año próximo, y que significa que hay muchas probabilidades de que ella no llegue al año siguiente.

Hice el té y cada una de nosotras tomó una galleta *muesli*, denominación que venía escrita en el paquete. Helen fue mordisqueando la suya, con el rostro sombreado por el ala de su pamelita de seda azul cubierta con espuelas de caballero. Durante nuestros encuentros, tanto las veces en que viene a tomar el té y una copa a casa como cuando vamos juntas a visitar a Gerald, no es frecuente que hablemos de nuestra familia. De una manera o de otra, la familia es un tema doloroso para ambas, y sabemos que si somos amigas es a pesar de que seamos parientes y no gracias a ello. Pero no parecía haber otro tema de conversación y, además,

era el cumpleaños de Vera, que si estuviera viva cumpliría setenta y ocho años.

Hay un lugar común que dice que la gente, al envejecer, pierde su belleza, pero eso es sólo el inicio de una cadena. El siguiente eslabón es la pérdida del sexo: al llegar a cierta edad, quizá pasados los setenta y cinco, las mujeres sólo se distinguen de los hombres por sus ropas, sus faldas y sus peinados. Y más adelante llegan a un punto, del cual el Señor se digne librarnos, en que pierden toda humanidad y únicamente son simios vestidos de personas...

Es cierto que Helen, con su pecho plano y sus manos retorcidas, podría ser un viejo, pero está repleta de humanidad. Su voz cascada suena llena de vida y sus brillantes ojos azules reflejan energía. Y huele deliciosamente a un perfume llamado *Magie Noire*, algo que no le pasa a ningún viejo.

Yo, siguiendo el hilo de la investigación de Stewart, quería volver al año 1943, de modo que pregunté a Helen acerca del regreso de Gerald.

—Llegó de permiso aquella primavera, cariño, pero después estuvo un tiempo en el Ministerio de Defensa.

Me interesaba saber cómo y por qué volvió a casa, pues en aquella época yo tenía quince años y esas cosas no me las decían. Sólo sabía que había estado en el norte de África, luego en Madagascar (y por eso se libró de la batalla de El Alamein), y que a principios de 1943 regresó a casa. Para paliar mi ignorancia sobre aquella época leí los reportajes acerca del incidente en Madagascar y vi que los británicos habían llegado allí en mayo del cuarenta y dos y conquistado una base naval llamada Diego Suárez. Esperaban que el gobernador francés de Vichy se aviniera a un acuerdo y les entregara el resto de la isla, pero de hecho sólo estaba aguardando a que llegaran las lluvias de octubre, de modo que los británicos atacaron Antanarivo, la capital, y las fuerzas leales a Vichy se retiraron hacia el sur. Hubo nuevos avances y nuevas victorias, y en noviembre cesaron las hostilidades y el gobernador fue apresado e internado.

—Creo que en enero o febrero salimos de la isla —dijo Helen— dejando a un francés de gobernador, un partidario de De Gaulle. Bill Platt era el comandante de nuestras tropas, un hombre encantador, de los que cenaban. —Ésta era la expresión que Helen

empleaba para decir que el general sir William Platt solía venir a cenar con ella y su marido—. Él envió a Gerry a casa, en un bombardero, para que entregase un informe sobre nuestra situación en la isla a una persona situada muy alto, que tal vez fuera Churchill, o quienquiera que fuese el Ministro de Defensa. Si viviera mi querido general, te lo explicaría mucho mejor que yo, pero el asunto de la pobre Vera lo llevó a la muerte, literalmente lo mató.

Quizá sea verdad. Después de la muerte de Vera, Helen y el general se mantuvieron firmes en Stoke, pero fue muy duro para ellos. La gente les hizo el vacío, sin que importara el hecho de que Vera y Helen sólo fueran hermanastras. Helen, llena como siempre de generosidad, había proclamado que Vera era su hermana, y ahora que ésta había cometido el peor de los crímenes y acabado con la peor de las muertes, Helen no estaba dispuesta a negar su parentesco. De todos modos no le hubiera servido de nada, pues todos lo sabían; en los pueblos todo se sabe. El ostracismo a que fueron sometidos no consistió en que los despreciaran o se negaran a tratarlos, sino, sobre todo, en que la gente se sentía tímida y embarazada por no saber qué decirles a Helen y a Victor si se los encontraban. En los años siguientes yo tuve mucho trato con Helen y el general, claro que lo tuve, y me encontraba en su casa cuando éste tuvo su primer ataque al corazón. Nunca se recuperó del todo, y, cinco años después de la muerte de Vera, él también falleció en los brazos de Helen, como ella solía decir, a pesar de que dudo mucho que nadie muera en brazos de nadie.

—Gerry era muy inteligente —prosiguió Helen—, el general siempre lo decía, pero era muy rígido y taciturno. Imagínate lo que debe de ser estar casada con un hombre que nunca te haga reír. —Yo nunca hubiera creído que Victor Chatteriss fuera una persona entretenida y chispeante pero naturalmente no lo dejé entrever—. Para decirlo francamente, era un verdadero pelmazo. Claro que el general siempre decía que Gerry tenía virtudes escondidas que no se advertían a simple vista, y así debe de ser, pues lo que se advertía a simple vista era esa horrible mirada inexpresiva de sus ojos saltones que le daban aspecto de padecer la enfermedad... ¿cómo se llama?, la enfermedad de Bright. Era como uno de esos seres que tienen en las Antillas, bueno, que por lo menos salen en las películas cuya acción transcurre en las Antillas: un bongo o zobo o algo parecido.

—Un zombie —dije.

—Eso es, un zombie. El zobo es un cruce entre un yak y una vaca; los había en la India, pero Gerry no se les parecía en lo más mínimo. Bueno, como iba diciendo, era inteligente a su modo y por eso Bill debió de escogerle para realizar aquella información tan importante. Sería en enero de 1943, porque Vera, Edén y Francis habían pasado las Navidades con nosotros y Vera no tenía la menor idea de que Gerry estuviera a punto de llegar. Edén sólo pasó con nosotros unas Navidades y no pudo haber sido al año siguiente, ¿verdad?, y en el cuarenta y uno no las pasamos en casa, fuimos a casa de la hermana del general en aquel sitio horroroso de Gleneagles.

—Es curioso —dijo Helen— lo bien que recuerdo lo que ocurrió hace cuarenta años, y en cambio si me preguntas qué hice ayer soy incapaz de decírtelo. Dicen que es porque hay millones de células cerebrales que se destruyen o se caen o no sé lo que hacen (como mis cabellos, seguramente), y dejan al descubierto unas células de la memoria que han estado tapadas durante años. No importa mucho, ¿verdad? Da lo mismo tener recuerdos antiguos que recientes, en realidad es mejor, pues estoy segura que entonces lo pasaba mejor que ahora. Bueno —dijo recordando—, por lo menos hasta que ocurrió ya-sabes-qué.

Helen siempre llama a la ejecución de Vera «ya-sabes-qué»; el dolor de aquel suceso no debe expresarse sin el debido eufemismo. Me dijo en una ocasión que ni un solo día había dejado de pensar en ello y de preguntarse qué se sentía al ser ahorcado, qué sensaciones embargaban el cuerpo y la mente durante los últimos minutos.

—Vera y Gerald vinieron a vernos a Londres —dije—, pero no se quedaron a dormir. Se alojaban en uno de aquellos hoteles cuyos nombres hacían que la gente se riera con picardía: el Strand Palace o el Regent Palace. Gerry le dijo a mi madre que estaban pasando una segunda luna de miel.

—Cariño, estaban apareándose, eso es lo que hacían, o lo que hacía la pobre Vera; estaba utilizando al pobre tipo para tener otro crío.

Me levanté y empecé a preparar los martinis secos. Helen miró con desconfianza la botella de Cinzano seco.

—Por favor, límitate a enseñarle esta botella a la ginebra. Aquel verano, Gerry fue a Sicilia con el Octavo Ejército; claro, había estado en el Octavo Ejército antes de Madagascar. Los americanos también participaban en la operación, con su Séptimo Ejército junto a nuestro Octavo. Pero no puedo decirte la fecha exacta; sólo sé que fue antes de que el viejo Musso renunciara a su puesto.

—Era el nueve de julio —dije—, el nueve de julio del año 1943, lo he mirado. Y Gerry no regresó a casa hasta después del final de la guerra.

En ese momento entró mi marido, se acercó a Helen para darle un beso y preguntó si quedaba suficiente martini para que él se tomara una copita. Me alegró de que los dos se lleven bien y de que sean amigos cuando, dadas la circunstancias, lo más fácil sería que ocurriera lo contrario.

—Estamos hablando de Gerald —le dije.

—Pero hoy no es el día que os toca visitarlo, ¿no?

Lo negué meneando la cabeza. Gerald vive, hace ya años, en una residencia para oficiales retirados en Baron's Court, y Helen y yo vamos a visitarlo de cuando en cuando. Está sordo como una tapia y, aunque es más joven que Helen, parece mucho mayor.

—Estamos hablando de lo que él llamaría «su guerra» —expliqué.

—El general —dijo Helen— solía decir que, bien mirado, Gerry no lo había pasado mal durante la guerra, y yo decía que menos mal, porque nunca lo pasó muy bien en tiempos de paz. ¡Ah!, casi me olvidaba de decíroslo, ¿sabéis quién me encontré el otro día en casa de Lucy?

Lucy es su nieta; está casada con un diplomático y da grandes fiestas en uno de esos áticos con terraza de Hyde Park Gardens. Respondí que no lo sabía, y mi marido le sirvió el segundo martini, número máximo que Helen se permite tomar.

—¡A lady Glennon! ¿Qué os parece?

Nada, el nombre no nos decía nada.

—No frecuentamos estos círculos tan encumbrados, Helen —dijo mi marido.

—Bueno, pero supongo que recordaréis a Michael Franklin, ¿no? Lady Glennon es su cuñada; el hermano de Franklin heredó el título cuando él se hundió en su barco. Forzosamente tenéis que acordaros

de aquel día desafortunado con los conejos asados de la pobre Vera, y nuestra creciente convicción de que ningún Honorable Michael iba a aparecer. De no ser por aquel torpedo alemán, Michael sería el vizconde Glennon y todo hubiera sido diferente, y quizá habría sido Edén la lady Glennon que yo hubiera encontrado en la fiesta de Lucy.

—Edén apenas conocía a Michael Franklin —dije—. Sólo lo justo para decirle: «Aquí está el mensaje por triplicado, señor».

—Me pregunto si tendrás razón, pues Vera parecía tan segura... A veces creo que lo confundo con aquel otro oficial de

Marina de Edén. No pretenderás decir que nunca existió, ¿verdad?

Dije que no lo sabía: ¿cómo podría saberlo?

—Aquello ocurrió en septiembre de 1943, junto a las costas de Irlanda.

—¡Qué memoria tienes, Helen! Eres un verdadero ejemplo para todos nosotros —dijo mi marido.

—Ah, pero tú eres capaz de decirme lo que has tomado esta mañana para desayunar, cosa que yo no puedo hacer. Por cierto, la dueña del piso de abajo, la señora Anstruther, salió el otro día hablando por radio en *La hora de las mujeres*, acerca del diario de su abuela, que acaban de publicar. De hecho, tiene mi misma edad, me refiero a la señora Anstruther, no a su abuela, que si estuviera viva (que no lo está) tendría siglos más que yo. Antes de que empezaran... ¿cómo lo llaman?, a grabar, dijeron que tenían que comprobar el sonido y le pidieron que dijera algo por el micrófono. Claro, como es natural, la señora Anstruther no supo qué decir (nunca sabe qué decir en estos casos), de modo que el entrevistador dijo: «Diga simplemente qué ha tomado esta mañana para desayunar», y la señora Anstruther no pudo decirlo, no lo recordaba, y entonces dijo: «No puedo acordarme de lo que he tomado para desayunar» por el micrófono, y añadió: «Soy demasiado vieja», y todos se echaron a reír, aunque ella, desde luego, no había querido hacerse la graciosa.

—En aquel entonces, Edén estaba en Londonderry —continuó diciendo Helen—. La habían destinado allí en primavera. El barco llegó para ser reparado o algo así, y Edén salió disparada hacia Goose o Gander, o uno de esos lugares con nombre de ave, pero se

quedó a medio camino pues aquel verano Londonderry estaba llena de americanos. Todavía conservo por ahí una carta de Edén en la que me habla de lo estupendos que son los americanos, tan ricos, tan cargados de regalos. El general solía decir: «Desconfía de los americanos que llevan regalos». Se lo dijo a Patricia cuando ella vino a Walbrooks de permiso y se trajo a una amiga. La frase era de Virgilio, dijo el general, pues lo había estudiado en Eton, pero yo tenía mis dudas porque América no se había inventado en tiempos de los romanos, ¿no es verdad?

Mi marido la metió en un taxi que la llevó a su casa, no lejos de la nuestra. Yo seguí sentada sorbiendo el sequísimo martini, y me quedé pensando que a Daniel Stewart le interesaría tener aquella carta; pensando en aquel verano, el único de los diez veranos que no fui a Sindon para pasar las vacaciones. Tenía que haber ido, mi equipaje ya estaba dispuesto, pero a mi madre la operaron de urgencia, le practicaron una histerectomía; en aquellos tiempos era una intervención muy delicada, y durante las semanas siguientes se sintió muy débil e incapaz de hacer gran cosa. Yo me quedé en casa para cuidarla. Vera y Francis debieron de quedarse solos en Laurel Cottage durante aquellas largas vacaciones entre los trimestres escolares de verano y de otoño. Eran las últimas vacaciones largas que pasarían juntos sin la compañía de terceros.

Se ha perdido la carta que Vera le escribió a mi padre en otoño de 1943. Tal vez llegara demasiado pronto, antes de que tuviéramos encendido el fuego de la chimenea, pero el caso es que recuerdo que durante el desayuno me la leyeron, si no entera, por lo menos algunos trozos. Estaba fechada en el mes de octubre, y, cuando vi la letra de Vera en el sobre, me resigné a escuchar los reproches que con toda seguridad me dedicaba. Aquel mes de agosto yo no había ido a Sindon y, aunque la enfermedad de mi madre era una excusa más que suficiente y Vera lo sabía, pensé que era muy probable que se refiriera a mi deserción comentando, por ejemplo, que muy bien podía haber acudido mientras mi madre estaba en el hospital y en todo caso durante su convalecencia. La clase de observaciones que me temía era: «Faith no ha querido tomarse la molestia de venir», o bien «No creo que a Faith le apeteciera venir ahora que no está Edén», y mi padre hubiera reaccionado pidiéndome que le escribiera una carta «muy cariñosa» a Vera. Pero no hubo ningún

reproche y Vera sólo mencionó mi nombre junto con el de mi madre para enviarnos un abrazo. Mi padre me dijo:

—Vera está esperando un hijo.

Esa declaración hizo que me sonrojara, supongo que me causó cierto embarazo. Por suerte Francis no estaba presente para hacer que se fijaran en mí.

—¡Vaya! —dijo mi madre—. Ha tardado mucho tiempo, Francis ya debe de tener... ¿cuántos años?

—Cumplió los dieciséis en enero —dije.

—Oh, sí, aquí lo dice: «Francis cumplirá diecisiete años el próximo mes de febrero, de modo que, cuando el bebé nazca en abril, se llevarán muchos años de diferencia. Me gustaría que esta vez fuera una niña, pero estaré muy contenta sea lo que sea...»

Mi padre empezó a preocuparse por Vera. Su marido estaba lejos, en Italia (según se infería del código que empleaba el matrimonio), se hallaba en activo y corría gran peligro. Su hijo estaba en el pensionado y en mi opinión mi padre sabía tan bien como yo que Francis en ningún caso le serviría de ayuda o de consuelo a su madre. Edén se hallaba ahora en Londonderry, el puerto del que salían los convoyes del Atlántico norte; así que Vera estaba sola, embarazada, y probablemente seguiría sola (a menos que por un milagro se terminase la guerra) hasta que naciese el niño o incluso hasta mucho después. Con tanto preocuparse, mi padre se puso nervioso y finalmente decidió ir a verla, y no sólo ir a verla, sino también invitarla a venir a vivir con nosotros. Unos meses antes, eso hubiera sido impensable, pero el año cuarenta y tres había sido el más tranquilo desde el comienzo de la guerra y todos volvíamos a dormir en el piso de arriba. Muchos decían que la gente que seguía pasando las noches en las estaciones del metro de Londres lo hacía más por disfrutar de la compañía de «la luz y la alegría», que en aras de su propia seguridad. Todavía faltaban un par de meses para que en la primavera del cuarenta y cuatro comenzara el bombardeo que llamamos el «pequeño blitz». Así que teníamos la impresión de que en nuestro suburbio Vera apenas correría mayor peligro que en Great Sindon y estaría más acompañada.

Naturalmente, esta idea no le seducía a mi madre, que dijo que ese niño no era fruto de un accidente, sino que Vera lo había

planeado sabiendo muy bien a lo que se exponía. Desconozco lo que mi padre le dijo en privado; desde luego, delante de mí apenas comentó nada, pues no era propio de él tratar ante su hija quinceañera de la posibilidad de que un embarazo fuera accidental o no. Finalmente, mi madre accedió, de mala gana, a que invitásemos a Vera, pero de ningún modo quiso ir a Sindon con mi padre. Él y yo charlamos un poco en el tren.

—Por el tono de su carta —me dijo—, no parece que Vera se sienta... ¿cómo se diría? Inmensamente feliz.

—Pues una vez oí decirle a Helen que estaba deseando tener otro hijo.

—¿De verdad? —Mi padre pareció animarse—. Esto es un consuelo. ¡Con lo ilusionados y emocionados que estábamos cuando te esperábamos a ti! —Meneó la cabeza—. Éramos muy jóvenes, claro. ¿Así que crees que Vera se siente feliz?

¡Qué pregunta! ¿Alguna vez la había visto feliz? ¿De qué modo exteriorizaría su felicidad? Yo la había visto ocupada, atareada, histérica, llena de pánico, jubilosa, triunfante, defraudada, malhumorada, enfadada, pero nunca la había visto feliz.

—Le encantan los niños —dije con firmeza—. Deseaba tener un niño, y desde luego es muy feliz, aunque no se note en la carta.

Eso tranquilizó a mi padre, que lanzó un suspiro. El tren llegó con retraso y, como el autobús había partido, tuvimos que aguardar al siguiente durante un rato que nos pareció horas. Vera nos esperaba junto a la puerta del jardín escudriñando la calle hacia uno y otro lado, como lo hacía cuando buscaba a Francis y éste no aparecía a la hora de acostarse.

—Ya había perdido las esperanzas, pensaba que no vendríais. ¿Por qué os habéis retrasado? He preparado dos faisanes que ha cazado Richard Morrell, pero a estas horas ya estarán pasados, demasiado secos y quemados.

El embarazo no la había cambiado, es decir, su personalidad seguía siendo la misma, aunque físicamente parecía enferma. Toda su persona tenía un tinte verdoso; su cabello era exactamente del color de la cebada un mes antes de la siega y su tez mostraba una palidez amarillenta. A pesar de mi edad, yo ya había observado que en la mayoría de las mujeres el embarazo no se advierte antes de los cinco meses, pero a Vera ya se le había ensanchado la cintura. En

aquellos tiempos la ropa estaba rigurosamente racionada; teníamos derecho a un total aproximado de sesenta y seis puntos cada quince meses y un abrigo costaba dieciocho de ellos y un vestido unos once, de modo que nadie malgastaba sus cupones en comprar ropa especial para el embarazo. Y sin embargo pensé que Vera, antes tan cuidadosa con su atuendo, hubiera podido arreglarse mejor, pues llevaba un vestido viejo de *crépe georgette* con un dibujo rojo y blanco al que, para adaptarlo a su figura, había quitado el cinturón dejándole las trabillas, y cuyo ruego colgaba haciendo ondas irregulares. Sobre el vestido se había echado una chaqueta de punto verde, y, a pesar del frío de noviembre, no llevaba medias y se había calzado unas zapatillas.

Nos condujo inmediatamente a la mesa. Los faisanes, que yo probaba por primera vez, no estaban demasiado hechos, sino deliciosos, evidentemente. Vera continuaba siendo una excelente cocinera, de la categoría de la señora Marshall. Durante toda la comida no paró de hablarnos de Edén y de su ascenso (Edén era ahora jefe de las Wrens), de sus amigos, que eran todos oficiales británicos y americanos de alto rango, y de la bonita fotografía que le había mandado. Nos preguntó si no habíamos recibido una, pues Edén había prometido mandársela a mi padre. No obstante, Vera tenía dos, y ésta es la razón de que yo conserve en «la caja» aquel retrato de Edén con el peinado a lo Verónica Lake, hecho por el fotógrafo de Londonderry.

—Queremos que reflexiones acerca de si te conviene venir a vivir con nosotros por lo menos hasta que nazca tu hijo —dijo mi padre.

—No necesito pensarlo; ni hablar, es imposible, queda descartado. —Vera se mostraba inexorable y su cara, antes de tono amarillento, tomó un color encendido; pero, dándose cuenta de que debía mostrarse bien educada, dijo—: Es muy amable de tu parte, John, te lo agradezco. —Y añadió—: No creo que a Vranni pueda entusiasmarle la idea.

—Oh, sí, claro que le gusta. Piensa, como yo, que no deberías quedarte aquí sola en tu estado.

—Tengo amigos, y Edén vendrá de permiso, y Helen no vive lejos.

Tratamos de persuadirla, es decir, mi padre lo intentó. Yo lo

apoyé con bastante tibieza. Ahora que habíamos llegado al punto decisivo, no me apetecía en absoluto tener a Vera como huésped permanente. Después de comer se dispuso a realizar la tarea inevitable de tejer prendas de punto para el bebé. Para ello estaba deshaciendo un viejo suéter blanco de Edén e iba cardando la lana antes de lavarla para que quedara lisa. Había que enrollar la lana lavada el día antes y le sostuve la madeja a Vera mientras ella enrollaba el ovillo. Me comentó que Francis llegaba al día siguiente para pasar las vacaciones de la mitad del trimestre y me propuso que me quedara para verle.

Conseguí declinar educadamente la invitación y me encaminé por la calle del pueblo a ver a los Cambus. Entre Anne y yo existía esa clase de amistad que creo que suele ser corriente entre los adolescentes. A pesar de que los amigos que yo tenía en mi lugar de residencia eran mis compañeros asiduos y Anne era una amiga temporal, la necesitaba igualmente, porque ocupaba un lugar especial en mi corazón; lo iba a ocupar siempre y sigue ocupándolo después de cuarenta años. En aquellos días en que los niños éramos trasladados constantemente de un refugio a otro, estas amistades eran todavía más comunes que ahora. Parecíamos retomar el hilo de nuestra relación justo en el punto en que lo habíamos dejado seis meses o un año atrás. Nuestras ausencias nos ofrecían muchos temas de conversación y Anne me contó una cosa muy curiosa.

Una mañana de septiembre, iba ella camino del colegio, para lo cual tenía que pasar ante Laurel Cottage, cuando vio a Vera que salía corriendo de la casa con la cara cubierta de lágrimas y una expresión desesperada, y se dirigía a la rectoría. Anne sabía que los Morrell no estaban porque había muerto la madre de Richard y ambos estaban en Norwich para el entierro. Como había previsto, Vera tuvo que volver a su casa. Anne estaba ahora en la parada del autobús y la vio regresar dando tumbos; todavía lloraba y se cubría la cara con las manos.

—Francis —dije—. Debía de ser algo que Francis había hecho.

—Es posible, aunque apenas le vimos durante las vacaciones de verano; estuvo casi todo el tiempo lejos de su casa.

Aquella noche, en el dormitorio de Edén advertí huellas de su reciente estancia. Edén había estado de permiso, y el contenido de sus cajones había cambiado. De uno de ellos habían desaparecido

los productos de belleza para ser sustituidos por finas prendas interiores de seda: combinaciones y pantaloncitos de colores claros, albaricoque, tórtola y azul pálido, y medias de seda en sobres de papel fino. En otro cajón, junto a la crema nutritiva Biocel de Tokalon y a la «cera mercolizada» había un frasco de perfume Chanel n° 5. Yo había visto frascos de este perfume en fotografías pero nunca había tenido uno ante los ojos. Lo contemplé, me puse unas gotas en la muñeca y las olisqueé. Supongo que parecía un pobre salvaje que por primera vez tiene en sus manos un producto de la civilización.

Ésta fue la última vez que atisbé en los rincones secretos de Edén. Después de todo, yo ya tenía quince años y no podía hacer oídos sordos a la voz de mi conciencia, que ahora me remordía con más insistencia. Cerré los cajones y, echada en la cama de aquella habitación helada (en 1943 nadie encendía la calefacción en los dormitorios), observé la foto que Vera nos había dado de

Edén, en la que ésta tenía aspecto de Madonna, preguntándome si alguna vez yo podría llegar a ser tan bella y deseándolo con todo el fervor de mi alma.

Teníamos que regresar a casa al día siguiente después de comer. ¿Dónde estaba Francis? Vera dijo que no lo esperaba hasta la hora del té. Me pareció raro que volviera a casa un domingo por la tarde, para unas vacaciones cortas. ¿Por qué no vino el viernes? Las desapariciones de Francis siempre eran muy misteriosas.

Mi padre pareció contento de ver llegar a Chad Hamner el domingo por la mañana. Aunque mi padre era todavía joven, incluso muy joven para ser mi padre, pues no había cumplido los treinta y ocho años, sus ideas e ideales eran tan anticuados como los de un hombre de sesenta. Había disfrutado de una existencia protegida y tranquila, de una educación cuidadosa y severa, y se había casado a los veintiún años. Nada de lo que Edén nos contó en su visita anterior había disipado la creencia de mi padre (que yo le había implantado) de que Chad era el pretendiente oficial de Edén. En la utopía personal de mi padre, las mujeres, especialmente sus hermanas y su hija, debían tener un solo amor en la vida, un adorador con el cual primero se prometerían y luego se casarían para vivir siempre juntos. Serían o no felices, pero mi padre daba por sentado que en tales circunstancias la felicidad era cosa segura.

A sus ojos, Chad era el pretendiente, y por lo tanto interpretaba el hecho de que Edén negara con altivez esta relación como una muestra de pudor y de timidez digna de respeto. De modo que cuando Chad llegó estuvo contento; por lo visto, no le parecía nada raro que el hombre al que él creía enamorado de Edén viniera de visita cuando la propia Edén estaba a cientos de millas de distancia, en Irlanda del Norte.

Mi padre se refirió enseguida a Edén, es decir, en cuanto Vera le hubo dicho a Chad que debía alegrarse de conocer por fin a su hermano.

—Me temo que no somos más que unos pobres sucedáneos de Edén —dijo mi padre.

—Oh, Chad ya vio a Edén hace dos semanas, cuando ella estuvo aquí de permiso —dijo Vera—, y supongo que acabó algo harto de ella. —Era la primera vez que la oía referirse a Edén en un tono ligeramente despreciativo y me quedé atónita. No era que el mundo se hundiera ante mis ojos, pero sí lo vi vacilar un poco—. No, no he querido decir eso, me refiero a que tenemos que continuar con nuestras vidas rutinarias, a pesar de toda esta agitación que a veces nos llega del mundo exterior.

Era una observación digna de Vera por lo oscura. Recordé con desasosiego lo que la señora Cambus me había dicho el día anterior, algo que quizá no hubiera de haber dicho a una niña de quince años, pero era una chismosa y todo el pueblo lo sabía.

—Nunca le cuentes nada a mi madre —solía decirme Anne—, absolutamente nada.

Lo que la señora Cambus me había dicho era lo siguiente:

—Ese joven periodista siempre anda metido en Laurel Cottage y la gente lo comenta. No soy la más indicada para decírselo a tu tía, pero tu padre se lo podría insinuar.

No se lo repetí a nadie, pues era algo que me resultaba tan desagradable que, cada vez que pensaba en ello, tenía la sensación de que me rozaba un ser viscoso. Y lo mismo volví a sentir al contemplar a Chad sentado allí tan tranquilo, como si estuviera en su propia casa, dando por hecho que le invitarían a quedarse a comer (faisán frío aderezado con salsa enlatada llegada de América) y que, como sabía dónde se guardaban los cubiertos, él mismo pondría la mesa y nos serviría el vino de flores de saúco elaborado

por Vera. Y Vera no le quitaba la vista de encima, observándole como fascinada. Yo suponía que Chad se marcharía con nosotros y que el hecho de que nos acompañara a la parada del autobús significaba que también se disponía a tomarlo, pero cuando éste apareció en el horizonte y lo divisamos desde más de una milla de distancia, por la carretera de Sissington, Chad nos estrechó la mano a mi padre y a mí, diciéndonos:

—Vuelvo a casa a pasar una tarde apacible de «labor y costura».

Mi padre se quedó intrigado pero yo sabía a lo que se refería: Chad, a solas con Vera, se ocuparía en sostenerle la madeja de lana, en leerle en voz alta el *Sunday Express* mientras ella confeccionaba un amplio traje de embarazada con trozos de tres vestidos viejos, en encender el fuego y contarse secretos con la puerta cerrada. Hasta que Francis llegara y les interrumpiera. ¿O tal vez los dos estarían haciendo algo completamente distinto?

Aunque mis padres tenían teléfono desde 1937, nunca se habían acostumbrado a él. Era un instrumento sagrado ante cuyo auricular uno avanzaba los labios hasta que la respiración se condensaba en la bakelita, y pronunciaba cuidadosamente cada sílaba en un tono más alto que el de una conversación normal. Servía para hacer llamadas locales o en casos de urgencia, no para usarlo a la ligera o por capricho, y, desde luego, eran inconcebibles las llamadas de larga distancia, incluso las de la relativamente corta distancia de sesenta y cinco millas que nos separaba de Great Sindon. Mi padre y Vera se comunicaban por carta, como siempre habían hecho. Edén apenas escribía, como no fuera por Navidad y en nuestros cumpleaños, y sin embargo, cosa insólita, fue ella la que se encargó de enviarnos noticias acerca del bebé de Vera cuando la propia Vera decidió guardar silencio.

Al principio, la intención de Vera había sido tener al niño en casa, algo bastante corriente en aquella época. El que una mujer tuviera a su primer hijo en casa daba lugar a cierto fruncimiento de ceño, pero nadie lo censuraba con vehemencia ni estaba, como ahora, más o menos prohibido. Además, éste no era su primer hijo. Sin embargo, más adelante Vera cambió de idea y reservó una habitación en una clínica de Colchester. Todo eso lo supimos a través de Edén, que de vez en cuando nos llamaba desde Irlanda del Norte, causando el pasmo de mi padre con este acto que no le

parecía menos asombroso por el hecho de que la llamada la pagara el Gobierno. Las cartas de Vera, ninguna de las cuales ha sobrevivido, no eran más que crónicas ramplonas y poco frecuentes del estado del tiempo, de las enfermedades invernales de los vecinos y de su, por lo visto, constante buena salud. A veces mencionaba a tío Gerald, pero nunca para decir dónde estaba o dónde ella creía que estaba, sino como sujeto de especulaciones del género «me pregunto lo que Gerry pensaría de esto», o «Gerry no se lo iba a creer». Poco a poco, Vera fue inclinándose más y más hacia el secreto, tan caro a su corazón y elemento importante de su personalidad, hasta que este silencio y las cartas se interrumpieron. Del resto tendría que encargarse Edén.

Mi padre empezó a preocuparse. Pasó el mes de abril y a principios de mayo muchas tardes le oímos anunciar:

—Creo que tengo que llamar a Sindon —del mismo modo que hoy una persona, pero sólo una persona de escasos recursos y falta de mundología, podría decir que debe telefonar a Australia.

Naturalmente, mi madre jamás prestaba su apoyo a cualquier plan de mi padre que consistiera en mimar a sus hermanas. Comentaba lo caras que resultaban las llamadas o decía algo muy poco apropiado pero irrefutable, como por ejemplo:

—Haz lo que quieras, de cualquier modo no te lo van a agradecer...

Sabíamos que Edén pronto vendría de permiso, y cuando por fin mi padre le telefoneó se sintió muy reconfortado al oír su voz. Claro que primero tuvo que prepararse mentalmente y asegurarse de que todo estaba en silencio en casa, apagando la radio y cerrando las ventanas, antes de pedirle a la telefonista que le pusiera en comunicación con el número de Laurel Cottage. Vera estaba muy bien, muy bien, pero no, no había indicios todavía de que fuera a nacer el niño. Sí, ya pasaba de cuentas pero a menudo los niños se retrasan, ¿no?

—¿Y qué tal sigue tu pretendiente?

Edén debió de contestar con irritación: «No sé de lo que me estás hablando, John», porque mi padre se echó a reír y dijo que estaba seguro de que pronto sonarían las campanas de la boda, pero luego se puso serio al recordar las circunstancias y dijo que probablemente estaban esperando a que acabara la guerra, ¿no era

así?

Terminó diciendo en un tono bastante patético que nos mantuviera al corriente y que mandara un telegrama cuando naciera el niño.

Mis padres no fueron muy felices en su matrimonio, pues se habían casado muy jóvenes y provenían de ambientes muy distintos. Sin embargo, la gente joven de hoy en día, mis propios hijos, me comentan con aire triunfal:

—Pero su matrimonio duró, ¿verdad? Continuaron juntos. ¿No es esto una prueba?

No, no lo es. En aquellos tiempos, las personas de la clase media y no demasiado ricas continuaban viviendo juntas, porque de hecho no tenían otra posibilidad. Mis padres no habían cometido adulterio ni se trataban con crueldad, y ninguno de ellos abandonó al otro. Tenían una casa que habían montado juntos, tenían a su hija y se habían acostumbrado el uno al otro. Y si no eran compatibles, si no estaban unidos en cuerpo y alma,

si no se sentían felices cuando estaban juntos ni desgraciados al estar separados, ¿eran éstos motivos para disolver el matrimonio, con todo lo que ello implicaba de escándalo, estupefacción, mentiras y dinero? Dudo que a mis padres se les hubiera ocurrido siquiera pensarlo. Mi padre seguía sacando de quicio a mi madre con la tonta y soñadora adoración que sentía por sus hermanas, y con su manera de idealizar a las mujeres, tan anticuada, cortés, vacía y sin sentido. Por su parte, mi madre, a quien los celos volvían crítica, no perdía ocasión de rebajar a la familia de mi padre y de mofarse de sus miembros, y acababa redondeándolo todo con una censura generalizada de la burguesía inglesa.

Por casualidad oí que ella le decía:

—Gerald estuvo en el desembarco de Sicilia. Fue el nueve de julio del año pasado, el nueve de julio. No puedes negarlo, porque lo dice la historia.

Mi padre salió de la habitación con el rostro blanco y demudado. Yo también había estado haciendo las cuentas, ¿quién no lo habría hecho? Pensé para mis adentros que éste debía de ser el embarazo más largo nunca visto. El diez de mayo llegó un telegrama de Edén: VERA TIENE UN HIJO. AMBOS BIEN. BESOS. EDEN.

SE HA DICHO, que nuestros primeros recuerdos datan del momento en que aprendemos a hablar. Pensamos con palabras, de modo que la memoria opera con palabras y no recordamos nada de los dos o tres primeros años durante los cuales no sabíamos hablar. Por otro lado, hay una escuela de pensamiento que pretende que nuestros recuerdos pueden remontarse a la época en que estábamos en el útero materno. Jamie me ha dicho que no recuerda nada de lo que le ocurrió antes de cumplir los seis años (aparte de una cosa que no ocurrió en realidad), y afirma que ello es debido a que era muy desgraciado, y a que su psique se protege de ulteriores sufrimientos bloqueando los recuerdos. En cambio, yo recuerdo muy bien sus primeros años, o algunos episodios de ellos. Jamie no puede haber sido desdichado; ningún bebé, ningún niño necesita un cariño más fiel y constante que el que Vera dedicaba a Jamie.

Será tal vez que, sabiendo Jamie lo que ocurrió y cómo le utilizaron a modo de peón en un juego, cree que debió haber sido infeliz en su primera infancia. Eso debe de ser, porque estoy segura de que el cambio que se había producido en Vera me impresionó hasta tal punto aquel verano, que no he podido falsear el pasado. Ningún trauma ha deformado mis recuerdos y ninguna preferencia o temor ha alterado lo que vi u oí. Claro que mis propias emociones no estaban implicadas, a no ser que se considere implicación el hecho de que, al contemplar la maternidad, me preguntase de qué modo me afectaría ésta cuando llegase mi turno.

Jamie fue bautizado en agosto. Yo me quedé con Vera dos semanas y mi padre vino a pasar un día y una noche para asistir al

bautizo, y menos mal que estábamos nosotros porque no acudió ningún otro miembro de la familia, ni Edén, ni Francis ni Helen. Yo ya me había formado una imagen de cómo se comportaría Vera con el bebé. Pensé que seguiría una estricta rutina a toque de reloj, que le daría una importancia fanática a la higiene, que se dedicaría a planchar las sábanas de la cuna después de lavarlas, y no me hubiera extrañado que hiciera lo mismo con los pañales. Si bien el bebé no podría desaparecer a la hora de irse a la cama, mientras Vera lo buscaría por toda la casa y las calles adyacentes, le podría inculcar que las seis de la tarde era la hora crucial, el momento después del cual ningún bebé de buena crianza debería hallarse fuera de su cuna.

Pero no ocurrió nada de eso. Jamie era un niño precioso, un ángel rubio. Vera nos había dicho en una carta que sus ojos eran de un intenso azul oscuro, pero éste era el único punto en que su embelesada descripción no se correspondía con la realidad, pues sus grandes ojos claros de mirada inteligente tenían un curioso tono cambiante parecido al del ágata, como si el colorido azul que mostraban al principio fuera diluido en un agua de color ámbar. Todo en él —la cara, las mejillas, los miembros, las muñecas y los tobillos— era suavemente redondeado y tenía la textura del satén. Contaba tres meses de edad y había empezado a sonreír, y todas sus sonrisas eran para Vera.

Por primera vez, Vera no nos estaba esperando a la puerta del jardín para decirnos que llegábamos muy tarde, que ya había perdido las esperanzas, que pensaba que no veníamos. Nos recibió junto a la puerta de la casa llevando a Jamie en brazos y, cuando la seguimos hasta la sala, dejó al niño en el suelo sobre una manta para que pudiera revolcarse, flexionar brazos y piernas y patalear. No puedo asegurar que yo no hubiera reconocido a Vera si la hubiera encontrado por la calle, porque el contorno de su rostro y la rapidez de sus movimientos me eran familiares, pero se parecía a la Vera de las primeras fotografías, a aquella guapa chica rubia y delgada, y no a la rencorosa arpía de labios apretados y párpados arrugados. Estaba transformada por obra de la serenidad que la recubría como el más favorecedor de los vestidos y que prestaba un matiz rosado a sus mejillas. En sus ojos se leía que era consciente de su embellecimiento.

—Estás muy bien —le dijo mi padre, incapaz de dejar de mirarla.

La contemplaba con una expresión tal de admiración que no pude evitar el pensar con cierto rencor que nunca miraba a mi madre de aquel modo y que la pobre se habría sentido feliz con sólo ver una ínfima dosis de aquella admiración hacia ella en la mirada de mi padre.

—Hacía años que no me encontraba tan bien —dijo Vera— pero no hablemos de mí. ¿Qué os parece Jamie? ¿Verdad que es precioso y adorable? ¡Y pensar que yo quería una niña! No lo cambiaría por la niña más mona y más buena del mundo. Y no es que Jamie no sea bueno..., es perfecto, jamás da la más mínima molestia, ¿no es cierto, ángel mío, corderito?

Yo no estaba de acuerdo en que no diera ninguna molestia; me parecía que daba muchísimas y que era una fuente de engorros y de interminables esfuerzos, en su mayor parte agravados por la propia Vera, empeñada en tenerlo constantemente en brazos, en hacer que las tomas de alimento duraran una hora o más, y en acunarlo para que se durmiera en su regazo o contra su hombro. Se habían acabado la costura, los finos bordados, el descoser vestidos y el cardar la lana; ya no aludía constantemente a Edén para presumir de sus logros, y por lo visto tampoco se refería al ausente Francis con sus acostumbradas pullas vengativas. De hecho, tuvimos que preguntar por él.

—Oh, Francis no estará aquí; se siente muy celoso de Jamie aunque no quiera reconocerlo. Y en cuanto a venir para el bautizo, dice que no cree en Dios desde que cumplió los siete años. Entonces le pregunté en qué creía y dijo simplemente «en Mí», es decir en sí mismo. Es encantador, ¿verdad?

—Es una lástima que Edén no pueda venir —dijo mi padre.

—No esperarás que venga de Gourock, que está tan lejos, para un bautizo, ¿verdad?

—¿De Gourock? —repitió mi padre—. Yo creía que estaba en Irlanda del Norte.

Evidentemente, ése era otro secreto, un nuevo misterio... Vera apartó ligeramente la mirada y se sonrojó, pero, a pesar de que había sido sorprendida mintiendo o al menos tergiversando las cosas, no pareció alterarse ni disgustarse.

—Oh —dijo—, ¿qué puede importar dónde esté? Como suele decirse: «está por ahí, en Inglaterra». Y de todos modos, no tenemos que estar al corriente. —Y empleó la muletilla que todo el mundo usaba, desde los tenderos cuando se les pedía productos imposibles de encontrar, hasta las madres a quienes los suyos criticaban las poco apetitosas comidas—: ¿No sabéis que estamos en guerra?

Jamie nunca lloraba; Vera no se lo permitía, pues los niños que son llevados en brazos, acunados, y cuyas más pequeñas necesidades se ven atendidas, nunca lloran. Para el bautizo, Vera lo vistió con unas blancas mantillas de tul, como de velo de monja, con apliques del encaje hecho por la tía abuela Priscilla Naughton, que tanto Vera como Edén y mi padre, y sin duda también Francis, habían llevado el día en que fueron bautizados. Hacía un tiempo caluroso y sofocante, sin un soplo de viento, y el cielo estaba nublado. Por primera vez en mis numerosas visitas advertí que el jardín había sido descuidado; en los parterres crecían toda clase de malas hierbas; adelfas, ortigas gigantes y una planta enorme de dos metros de altura, cuyas hojas grises y capullos amarillos estaban llenos de agujeros producidos por las orugas. Fuimos andando a la iglesia, Vera no quiso llevar a Jamie en el cochecito alto y de un negro brillante que había sido de Francis, sino que transportó al bebé en brazos. Chad había llegado y se unió a nosotros, y juntos formamos una pequeña procesión que recorrió la calle principal y la vereda hasta la iglesia de St. Mary's. Las vacas y corderos que pacían en los campos cuando visité Sindon por primera vez habían desaparecido, y los prados habían sido arados para sembrar en ellos cereales y remolachas, alimentos necesarios en tiempos de guerra. Los faldones de las magníficas mantillas de Jamie tapaban a medias el vestido de Vera, viejo y raído, de seda de Macclesfield. Vera iba saludando con la mano a la gente que se hallaba en los jardines, algo que nunca le hubiera imaginado capaz de hacer.

El padrino de Jamie era mi padre, pero no había madrina. A mí me habría encantado serlo; sin embargo, nadie me lo sugirió y yo era demasiado tímida para atreverme a proponerlo. De todos modos, ésta es una relación inexistente, una función sin sentido, pues los padrinos se suelen escoger según sus posibilidades de hacer regalos generosos en Navidad y en el cumpleaños de los ahijados. Y en efecto, cuando llegó el momento, el hecho de que mi padre fuera

su padrino no le dio derechos de custodia sobre Jamie ni le convirtió en un padre suplente. Y supongo que tampoco mi padre recordó, cuando Jamie a sus catorce años estaba en el pensionado y pasaba las vacaciones con la Contessa, que su deber era llevar al chico a que le confirmara el obispo.

Jamie lloró un poco cuando mi padre lo aguantó en sus brazos, y otro poquito cuando notó sobre su frente los dedos mojados del señor Morrell. Mientras salíamos de la iglesia, pensé que Chad se iría a su casa, pero no fue así; volvió con nosotros a Laurel Cottage y se le notaba nervioso y preocupado, como si esperara que pasase algo o que alguien llegara. Mi padre se pasó el rato hablándole de Edén; y aunque no le llegó a preguntar cuándo iban a prometerse oficialmente, esa pregunta estaba implícita en cada una de sus frases. No me refiero a que tomara la actitud de un hermano ceñudo inquiriendo las intenciones de un pretendiente, sino que hablaba con tanto calor y entusiasmo como si supiera que aquél era el único tema de conversación que le interesaba a Chad. Comprendí que había sopesado en la balanza la candidatura de Chad en el papel de futuro cuñado y lo había encontrado más que aceptable. Finalmente Chad le dijo:

—John, tengo que decirte que no hay ninguna probabilidad de que Edén y yo nos casemos. Me parece que aquí hay un malentendido y puede que sea por mi culpa. Por descontado que esta suposición me halaga, y mucho, pero no va a realizarse.

Vera, que acababa de depositar a Jamie en el sofá, recostado en un nido compuesto de mantitas y cojines con bordados suizos, miró hacia otro lado y entrelazando las manos, extendió los brazos hacia abajo, estirándolos con fuerza. Era la primera vez que la veía hacer esto desde que llegamos. Mi padre palideció; se le veía turbado y preocupado, pero hizo un esfuerzo lastimoso por tomárselo a broma.

—Te ha dado calabazas, ¿no?

—Puedes decirlo de este modo, si prefieres.

—Un caballero apocado no obtendrá nunca la mano de su dama.

—Uno arrojado tampoco triunfará siempre.

Me pareció que Chad hablaba con una tristeza infinita.

—Existe una creencia muy extendida —continuó— de que si uno desea algo, con todas sus fuerzas, acaba por conseguirlo, que si

lucha lo obtiene... Pues no, no es verdad.

Chad era una de estas pocas personas, de hecho la primera de las escasas personas que he conocido, que pueden hablar libremente y sin avergonzarse de las emociones.

Si tomamos una escala imaginaria de capacidad para hablar con franqueza, mi familia se hallaría en el otro extremo. Cuando Chad nos dio esa explicación, casi era posible ver a mi padre enroscarse dentro de su concha y percibir en el rostro de Vera aquella expresión de enfado y fiereza a que me había tenido acostumbrada. Entonces Chad sonrió y aquella sonrisa le transformó en un hombre joven y guapo.

—Bueno, tengo que tomar el tren —dijo mi padre.

Chad se quedó y Vera nos sirvió uno de sus espléndidos téis, algo disminuido pero no malogrado por el régimen de austeridad imperante, pues los pasteles eran igualmente sabrosos a pesar de estar hechos con puré de patatas y huevos en polvo. Chad sacó de no sé dónde una botella de jerez y con ese vino humedecimos la frente de Jamie. Ya nadie hablaba de mandarme a la cama. Sin embargo, yo no podía olvidar lo que la señora Cambus había sugerido y me encontré vigilando a Vera y a Chad con ánimos de descubrir alguna señal de aquella relación a la que ella había apuntado. Yo no estaba muy segura de lo que podía ser exactamente esa relación, pues todo lo que sabía acerca de asuntos amorosos, fueran clandestinos o no, lo había aprendido en las películas, ya que era una ferviente aficionada al cine y al teatro. En los años cuarenta, el adulterio era un tema muy popular y casi inevitable; en realidad era el tema por excelencia, ya se tratase de un drama histórico, una comedia ligera o una tragedia de guerra. Pensé que si realmente existía «algo entre» (la frase es de la propia Vera) Chad y Vera, yo lo descubriría. Pensé que tal vez al entrar en un cuarto los encontraría fundidos en un estrecho abrazo y que al verme se apartarían de golpe con aire culpable. De lo único que estaba segura era de que yo era demasiado sofisticada para creer, como mi padre, que Chad se sentía atraído por Edén; ella no era más que un pretexto, una cortina de humo para sus constantes visitas.

El comentario de la señora Cambus me había producido una impresión desagradable que quizá se hubiera disipado un poco,

pero, aunque todavía me sentía culpable y avergonzada por albergar tales sospechas, no eran tan grandes la culpa y la vergüenza como para dejar de vigilarlos y hacer cábalas. Cuando por primera vez contemplé, y rechacé, la posibilidad de esa relación, Vera me pareció fea, vieja y agotada, pero ahora tenía un aspecto muy diferente, parecía años más joven, y aunque yo tenía unos patrones de belleza muy exigentes, basados en Edén y las estrellas de cine, ahora pensé que Vera era incluso atractiva, por lo menos en un grado suficiente. Pero si la pareja intercambiaba abrazos, besos o susurros, yo no fui espectadora de nada en absoluto. Y tampoco intentaron librarse de mí para quedarse a solas.

Helen y el general vinieron al día siguiente a comer. Ella era todo risas y alegría, pues aquella misma mañana se habían enterado de que su hijo único, Andrew, al que durante semanas habían dado por perdido desde que su avión había sido derribado en la región del Rin, estaba prisionero de los alemanes. Helen estaba medio histérica a causa del alivio y la felicidad que sentía. Así que ésta, y no otra más siniestra, era la explicación de la no asistencia de los Chatteriss al bautizo. Helen abrazó a Vera.

—Has sido un sol al no molestarte porque no viniéramos. Es estupendo que te comprendan los que te rodean. Pero me era imposible acudir al bautizo del hijo de otras personas cuando mi propio hijo... —Estalló en sollozos. Vera le sirvió un poco del jerez de Chad, y el general le dio unas palmaditas en los hombros delgados y temblorosos—. ¡Oh, qué alivio saber que está a salvo!

Helen también puede referirse con entera libertad a los sentimientos, pero sólo a cierta clase de sentimientos y de una determinada manera que todo el mundo acepta.

—Los hunos —dijo el general— tienen fama de ser unos caballeros.

Bajó la voz al decir esto; tal vez pensara que la frase entraba dentro de la categoría de «palabras imprudentes que pueden costar vidas». Sin embargo, como no éramos más que mujeres, no representábamos un peligro.

No sé por qué, Helen había traído consigo los álbumes de fotografías de sus hijos junto con algunas fotos sueltas; por lo visto, durante los últimos cinco minutos antes de salir de casa había cogido todo lo que había encontrado allí. Ahora, Patricia, que

siempre había pasado por ser el retoño favorito de los Chatteriss, había quedado en segundo plano, y no había más que retratos de Andrew: Andrew en el cochecito, en el regazo de su madre, en la playa, vestido con el uniforme del colegio y con su uniforme de oficial piloto, sonriente y juvenil, demasiado joven como para haber sido uno de aquellos pocos que hicieron tanto. Me gustaría poder decir que al mirar esas fotografías sentí cierta premonición o algo de emoción, o incluso alguna intuición de futuros acontecimientos, pero no sería verdad. Si tuve esa clase de pensamientos, fueron todos para Chad, que se había convertido en objeto de mi encaprichamiento en sustitución de Edén. Ésta se iba difuminando y no era más que una inmóvil fotografía sin voz con una larga cabellera de tono pálido.

Pero aquella tarde Vera y Helen hablaron de ella mientras el general dormía en un sillón y Jamie braceaba y pataleaba sobre la alfombra. Vera había cambiado de idea con respecto al porvenir de Edén desde la última vez que la oí referirse a eso. Entonces había dicho con tristeza que estaba segura de que Edén nunca regresaría a Sindon para quedarse.

Ahora era muy diferente. Dijo que Edén le había escrito anunciándole que le habían ofrecido su antiguo puesto de trabajo, y que si lo aceptaba, ¿en qué mejor sitio podía vivir que en Laurel Cottage? Ahora Edén se encontraba en Escocia; Vera se había enterado gracias al código que ambas usaban, parecido al que ella y Gerry habían inventado. Francis entró mientras Vera estaba hablando. Había llegado sin avisar, casi sin hacer ruido, y ante mi sorpresa se fue directamente hacia Helen y le dio un beso. Nunca le había visto besar a nadie. Por su parte, Helen le hizo una caricia con su fina mano delgada cuyos dedos de uñas rojas estaban cubiertos de anillos, y le habría contado enseguida lo de su hijo Andrew de no ser por Vera, que continuó hablando acerca de la actual ocupación de Edén y de su paradero, como si Francis no hubiera entrado. Éste oyó lo que Vera decía sobre el código y quiso hacer un comentario, aunque no en tono de burla como en una ocasión anterior.

—Os voy a contar lo que le ocurrió a un conocido mío del colegio. Su hermano se encuentra prisionero de los japoneses y les escribió diciéndoles que le guardaran los sellos para cuando él

volviera a casa, y que los despegaran con vapor. Bueno, así lo hicieron y debajo del sello el hermano había escrito: «Los japoneses me han cortado la lengua».

Helen lanzó un grito de horror y se llevó las manos a la garganta. Yo también pensé que era una historia horrible, y como ven no la he olvidado. Juro que Vera tenía la boca llena de espuma cuando le contestó a Francis.

—Puede que te interese saber que ahora tu primo Andrew es también un prisionero de guerra. Quizá esto te enseñe a pensar en los demás antes de hablar. Pídele inmediatamente perdón a tu tía Helen.

Por una ironía de la vida, ésta fue la primera y única vez que vi a Francis obedecer a su madre.

—¡Por favor! —exclamó Helen—. Francis no tenía mala intención, no podía saberlo.

—Helen, lo siento mucho, de veras —dijo Francis.

Lo mismo que yo, ya no le daba el nombre de «tía». Pero empeoró las cosas al continuar diciendo:

—Me cortaría la lengua. ¡Oh, Dios mío! —dijo—. Perdóname.

—Está en un campo de prisioneros alemán —dijo Helen.

Por entonces no sabíamos nada de los campos ni de las implicaciones del bombardeo aliado sobre Dresde. Todavía no había ocurrido lo de Hiroshima y éramos muy ingenuos. Francis, que se identificaba con Helen porque creía que su caso era la repetición del de ella, un eslabón idéntico en la cadena de actos de indiferencia o crueldad hacia los niños perpetrados por los Longley, estaba tan abatido que se le había demudado el semblante. Tenía un colorido extraordinario, más espectacular aún que el de Edén: la piel fina y de un blanco lechoso, el cabello dorado y los ojos de un azul intenso tirando a violeta. Unas minúsculas gotitas de sudor brillaban encima de su breve labio superior, ligeramente levantado. Sus rasgos eran los del David de Miguel Ángel, pero extrañamente coloreados.

Miró al niño tumbado en la alfombra como si tuviera ganas de patearle, y por un momento sentí verdadero miedo. Francis era tan raro, tan distinto de la demás gente, que podía imaginármelo matando a Jamie para luego informar tranquilamente a Vera de lo que había hecho. El general, que durante su sueño había logrado

taparse la cara con el *Sunday Express*, continuaba durmiendo. Jamie empezó a lloriquear y Vera lo levantó de inmediato, y lo apoyó contra su hombro; las dos mejillas, la redonda del niño y la delgada de la madre, se tocaban. Helen, tratando de cambiar, sin mucho acierto, el tema de conversación, dijo:

—Sabes, Vera, creo que Jamie acabará teniendo los ojos castaños. Será el primer Longley en tenerlos de este color.

Francis la observaba, inmóvil.

—No me acuerdo de si Gerry tiene los ojos castaños —continuó Helen—. ¿Verdad que resulta espantoso que no recuerde de qué color son los ojos de mi cuñado? Eso es por culpa de la guerra. Pero creo que son de color avellana, ¿tengo razón?

—Mi padre tiene los ojos azules —dijo Francis con una voz sin inflexiones.

Esa afirmación sonó como si se tratara de la primera frase de una pieza teatral, tal vez de una desconocida obra de Chéjov jamás representada.

El propio Jamie había cerrado los ojos y se había quedado dormido en el regazo de Vera.

Vera lo criaba al pecho. ¿Qué conclusiones sacaré de esto Daniel Stewart? El propio Jamie le ha dado demasiada importancia, le ha permitido en cierta manera fabricarse un mundo seguro, y rehuir la verdad (lo que él llama «enfrentar» la verdad) acerca de su madre. Naturalmente, Francis lo negó, dijo que recordaba cómo se hervían los biberones en la cocina, dentro de las grandes cazuelas de dos asas que Vera utilizaba para hacer mermelada. Y también yo lo recuerdo. Claro que nadie ha sugerido que Vera tuviera bastante leche como para poder alimentar a Jamie sin necesidad de un suplemento, y al bebé le daban asimismo biberones preparados con la leche en polvo del gobierno. En cambio, Edén hizo patente su incredulidad.

—¿Qué Vera crió a Jamie? —recuerdo que dijo—. ¿Te refieres de este modo? —Y con la genuina vulgaridad de las personas circunspectas, levantó las manos con las palmas hacia adentro, a unos centímetros de sus pechos— ¡Oh, no, es imposible! Pero si ni siquiera lo hizo con Francis...

Yo no había visto nunca a una mujer darle el pecho a un niño. En primer lugar, para que una persona hiciera eso delante de otra

que no fuera su marido o su madre, tenía que ser algo así como una gitana. Durante los años cuarenta las jóvenes madres no se levantaban la camiseta en el metro. Nunca me había dado por pensar en este tema, a pesar de que volvía a estar de moda, o empezaba a estarlo, el criar a los niños al pecho. Aquel día quería decirle a Vera que me iba a nadar con Anne, y cuando aquélla me dio permiso para entrar en su dormitorio y abrí la puerta, me quedé avergonzada por lo que vi. La escena tenía un aire tan crudamente terrenal que no parecía casar con los Longley. Yo ya había notado al llegar que Vera, que antes era una mujer de poco pecho, ahora tenía el busto más desarrollado. El blanco seno redondo del que Jamie se estaba alimentando, hubiera rellenado cumplidamente la delantera de un vestido junto con su compañero, el otro pecho, que, contrariamente a lo que se podía esperar conociendo lo pudorosa que era Vera, estaba también descubierto y con una gota de leche colgando del pezón.

Vera se hallaba sentada en una silla que yo no había visto nunca, una silla de madera con el respaldo alto, las patas cortas y el asiento redondo. Se trataba de una vieja silla tradicional para la lactancia, y de hecho había sido utilizada por mi abuela y por su madre para criar a sus hijos. Vera se sentaba muy tiesa, con las piernas separadas y la cabeza inclinada, mientras contemplaba al bebé que mamaba tranquilamente. Rodeaba al niño con un brazo y con la otra mano sostenía con cuidado su cabecita, cubierta de una pelusa dorada. Jamás le había visto a Vera una mirada tan joven, tan tierna, tan llena de infinita dulzura y adoración.

Ahora pienso que fue una lástima que no hablásemos de lo que estaba haciendo, pues eso hubiera aclarado las cosas, nos habría servido de algo. Pero no, Vera no dijo una palabra, tan sólo pareció querer ofrecerme el espectáculo de aquel acto intensa y profundamente físico y emocional. Pero yo era una niña tímida y aparté la vista.

—¿No te importa que vaya a nadar a la presa? —pregunté.

Me miró sonriendo e inclinó la cabeza. Cogí la bolsa de baño y bajé corriendo las escaleras; creo que seguí corriendo hasta llegar a casa de Anne, y no porque me sintiera muy azorada ni tampoco porque me hubiera sobresaltado, sino porque mi cuerpo estaba lleno de nerviosa energía que tenía que gastar de algún modo. Era

la primera vez que iba al río desde que mi madre me contara la historia de Kathleen March. Mientras no pude imaginarme a Vera con un bebé, esa historia no me había parecido real, pero ahora la veía muy auténtica. Mi madre no llegó a sugerir que la propia Vera había lastimado a la criatura, sólo dijo que había descuidado la vigilancia. Le pregunté a Anne si había oído hablar de aquel asunto, pero evité mencionar el nombre de Vera y sólo le dije que en aquella orilla habían dejado a una niña en su cochecito y que alguien la había raptado sin que nunca se hubiese vuelto a saber de ella.

Anne me dijo que había oído lo de la desaparición de una niña, pero que no sabía ningún detalle. Caminamos a lo largo de la ribera del río hasta el lugar donde, por algún motivo relacionado con una estación de bombeo, habían reforzado las orillas revistiéndolas de cemento y creando un profundo remanso. Entonces había allí muchos más animales e insectos que ahora, y proliferaban las flores silvestres, las mariposas y las libélulas. Entonces todavía no había empezado aquella operación de limpieza de los campos ingleses que los ha dejado esterilizados. Aún existían los setos, y las profundas vegas húmedas no habían conocido el arado. Un martín pescador descendió de pronto y le vimos lucir sus colores sobre el agua.

Sin saber por qué, dije de pronto:

—Vera está criando a Jamie con su propio pecho.

Me daba vergüenza decir «pecho» delante de Anne.

—Sí, ya lo sé —respondió Anne—, se lo ha dicho a mamá. Se lo cuenta a todo el mundo.

Eso me sorprendió porque sabía que a Vera no le gustaba la señora Cambus.

Nos quitamos los vestidos, debajo de los cuales llevábamos el traje de baño. Anne sabía bucear, aunque le habían dicho que no lo hiciera en el remanso. Salió a la superficie y dijo:

—Siempre se habla de niños, ¿no te parece? Primero hubo el niño de Elsie que no llegó a nacer, ahora está el de tu tía y antes hubo aquella niña que desapareció. ¿Habéis estudiado *Macbeth* en el colegio?

Era un libro de obligada lectura para obtener el Certificado Escolar, no sólo en mi colegio sino por lo visto también en el de Anne.

—*Macbeth* está lleno de niños y de leche —continuó Anne—. Dale una ojeada. Resulta raro que en una obra como ésta tan llena de horrores salgan tantas cosas de niños y de leche materna, ¿no crees?

Le pregunté si este comentario se le había ocurrido a ella o bien se lo había dicho su profesora de lengua, y admitió que había sido su profesora. Pero de todos modos le prometí que repasaría la obra, porque la historia de Vera también estaba llena de niños y de leche materna.

El día siguiente de llegar a casa estuve en el teatro, pues durante aquel año adquirí la costumbre de ir al teatro todos los sábados. Suena como algo magnífico, pero en realidad lo que hacía era ir a hacer cola a primera hora de la mañana para comprar un asiento de paraíso por media corona o tres chelines, precio que hoy día parece irrisorio, y a menudo asistía a dos representaciones, la de la tarde y la de la noche. Solía ir con una o dos amigas del colegio.

Ojalá pudiera estar segura de la obra que daban aquel sábado por la noche. Creo que era en el teatro Cambridge y que representaban una obra musical llamada *Canto de Noruega*. Daniel Stewart puede comprobarlo si cree que lo que tengo que decir acerca de aquella noche es importante. Vi muchísimas obras durante aquel año, así como durante el anterior, el año siguiente y el otro. En el New vi a Richardson y Olivier en el ciclo histórico de Shakespeare, en el Picadilly vi *Edipo Rey*, *El crítico* y *Un espíritu burlón*, y en el Fortune *Vidas privadas*. Pero sé que era una comedia musical lo que presencié aquella noche y además sé que fue en un teatro grande, cuyo paraíso estaba tan alto que daba vértigo asomarse a la barandilla, por muy bien sentada que una tuviera la cabeza. Tuvimos suerte porque nuestros asientos estaban en el centro de la primera fila.

Una de mis amigas citó una frase de *El rey Lear*, que habíamos visto hacía poco.

«Cuán sobrecogedor y vertiginoso
es bajar la vista a tales profundidades...»

Naturalmente, todas estábamos asomadas a la barandilla, desde donde divisábamos las coronillas de las personas sentadas en las butacas de la distante platea. Uno sentía la tentación de dejar caer

cosas sobre aquellas cabezas, con las pepitas de naranja como lo más típico, pero hacía años que no habíamos visto una naranja. Distinguí una cabeza dorada, y, mientras la observaba, su propietaria se volvió para mirar hacia lo alto, aunque no más arriba del anfiteatro. Era Edén.

Tuve una reacción bastante extraña: inmediatamente (y creo que con un respingo) aparté la vista y me recosté contra el respaldo de la butaca. Allá arriba sólo se podía mirar hacia el techo, adornado con la consabida mezcla de flores y querubines. Me obligué a mirar de nuevo hacia abajo y la cabeza seguía allí, vuelta hacia arriba con la barbilla levantada. No había duda que se trataba de Edén. Llevaba el pelo recogido en un moño alto (el moño había vuelto a ponerse de moda), una complicada estructura de rizos y bucles colocada en el hueco de una profunda onda, que parecía diseñada para ser vista desde el aire. Verónica Lake había sido sustituida por Alexis Smith. No pude ver cómo iba vestida, sólo sé que llevaba algo blanco y que la tela era suave y vaporosa; desde luego, no se trataba del uniforme del Servicio Femenino de la Marina. A su lado estaba sentado su acompañante; lo supe porque vi que él la tocaba. Probablemente, a Edén se le había metido una mota en su ojo: tenía la cabeza vuelta hacia él y los rostros de ambos quedaron muy juntos cuando él acercó un pañuelo a aquel ojo (un pañuelo de tan radiante blancura que pareció lanzar destellos entre los tonos oscuros, negros y dorados de la platea), y, sin duda con mucha destreza, le quitó la mota o la pestaña. Por esta única razón quedé convencida de inmediato de que se trataba de un médico. Llevaba un traje oscuro, tenía el cabello castaño y rizado y una pequeña calva en la coronilla.

Las luces perdieron intensidad, se apagaron, y seguidamente se levantó el telón. No me podía sacar de la cabeza a Edén y su amigo; ni la obra logró hacérmelos olvidar. Lo más extraordinario es que yo no quería que Edén me viera, pues intuía que ella no deseaba que nadie se enterara de su estancia en Londres y que le fastidiaría mucho que yo la viera. Se suponía que estaba en Londonderry o bien en Escocia. Hacía menos de dos semanas que Vera me había dicho que Edén se hallaba en Escocia y que, como acababa de disfrutar de un permiso, no era de esperar que le dieran otro de momento.

Hubo dos entreactos. Yo me sabía relativamente a salvo de ser vista, debido a que el público estaba muy segregado, pues la gente de la platea, primer y segundo piso se hallaba completamente separada de la del paraíso, que, ¡pobres de nosotros!, incluso teníamos que entrar y salir por una puerta distinta. A pesar de todo, temía toparme con Edén y su amigo el doctor, porque sabía que si esto ocurría Edén me llevaría aparte para contarme mentiras. No sé cómo lo sabía, pero estaba convencida de ello. Me pediría que no les dijera ni a Vera ni a mi padre que la había visto, inventándose un motivo para que yo guardara silencio, como por ejemplo que estaba en Londres por un asunto secreto relacionado con la guerra. Y eso me daba miedo, tal vez porque en mí subsistían restos de mi «pasión» por ella, y porque nadie va al encuentro de la desilusión total por mucho que en el fondo la esté deseando. En el segundo entreacto me quedé en la sala mientras los demás salían.

No sé por qué olvidé que el momento más peligroso vendría después, cuando saliera a la calle, pero lo olvidé. Sentí que había pasado el peligro cuando bajó el telón y nos pusimos de pie para escuchar el himno nacional, que entonces se tocaba siempre.

Quizá fuera en el Strand o en Shaftsbury Avenue o en Haymarket, pero más bien creo que fue en el cruce donde Charing Cross Road y Shaftsbury Avenue confluyen en Cambridge Circus. En aquella época la larga tiranía del oscurecimiento total estaba tocando a su fin y pronto se nos iba a permitir una relativa media luz; sin embargo, a finales de agosto el West End continuaba sumido en tinieblas y así iba a seguir durante unas semanas, debido a la escasez de bombillas y mano de obra. Aquella noche había luna llena, y su luz entonces no estaba oscurecida por el *smog* ni la contaminación. Mis amigas y yo andábamos con la muchedumbre por la acera, cuando de pronto los grupos se abrieron como siguiendo instrucciones u órdenes de un director, y ante mí apareció la pareja. Estaban junto al bordillo cogidos del brazo y se disponían a cruzar la calle. Hoy en día estarían esperando un taxi, pero entonces iban camino de una estación de metro, seguramente la de Leicester Square.

Sólo me separaban de ellos unos tres metros y estaba ya esbozando una débil sonrisa y preparándome para saludar con un «Hola, Edén», cuando mis ojos y los de ella se encontraron. Edén

sostuvo la mirada, de frente y con intensidad... y apartó la vista. En aquel momento se extinguió en mi interior todo el sentimiento que hasta entonces Edén me inspirara; me quedé atónita, pues a mis ojos ella era una persona adulta y yo seguía siendo medio niña, y también sentí vergüenza y consternación. No cabía duda de que me había visto, sabía que me había visto y reconocido. Nada mata tan deprisa como el desprecio, y junto con el desprecio sentí una oleada de calor que me sacó los colores a la cara, de modo que me tapé el rostro con las manos tratando de refrescarme con los dedos. Edén y su amigo cruzaron la calle y se perdieron entre la multitud, pero cuando cerré los ojos la seguí viendo. Ahí estaba, destacándose contra mi negra retina, con su cara de huesos finos como la de Francis, expertamente maquillada, y sus labios pintados de rojo sangre contrastando con su piel blanca, con aquellos ojos tan azules como las gencianas y aquellos cabellos tan dorados como los de un querubín en un artesonado. Llevaba un vestido blanco drapeado y cruzado, iba sin medias y calzaba esas sandalias blancas estilo Betty Grable con tacones altos que obligaban a caminar levantando los pies como un caballo de raza.

Si se lo hubiera contado a mi padre, me habría dicho que me equivocaba. Pensé mucho en ello, pensé que, de habérmelo preguntado, yo habría tenido que describírsela, y que al oír lo del vestido a lo túnica griega y el alto y complicado moño, mi padre hubiera exclamado:

—Esa no puede ser mi hermana, la habrás confundido con otra.

Claro que no me había confundido. Era Edén y estaba en Londres cuando todos la creíamos en Escocia. A los misterios y secretos tan amados por los Longley se había añadido un nuevo misterio y un nuevo secreto. Me pregunté si Edén pertenecería aún al Servicio Femenino de la Marina y si viviría en Londres o sólo estaba de paso. Y esta clase de cosas produce un efecto tan paranoico que incluso pensé que yo era la única excluida de aquel secreto y que incluso mi padre y mi madre estaban al corriente desde el principio del paradero de Edén y me habían ocultado la verdad por razones insondables; pensé que Vera ya lo sabía cuando un día le dijo a mi padre que Edén estaba en Londonderry y al día siguiente le dijo que estaba en Gourock. ¿Y qué pasaba con el pobre Chad, que, a mi parecer, había hablado con tanta tristeza de su

fracaso al no haber conseguido el amor de Edén por mucho que lo hubiera intentado?

Creo que a mi vez estoy creando misterios; no en vano soy una Longley. Naturalmente, estoy tratando de clasificar cronológicamente estos recuerdos míos, intento desenterrarlos con cierto orden. Pero no fue sino mucho más tarde, años después, cuando descubrí la verdad de este asunto: Edén había dejado el Servicio Femenino de la Marina. Ya no era la jefa Wren Longley estacionada en Londonderry, y de eso hacía nueve meses. Y en cuanto a Escocia, nunca había estado allí; estaba en Londres trabajando de secretaria acompañante de lady Rogerson, una anciana señora que vivía en Belgrave Square. Lo curioso es que había obtenido el puesto a través de uno de aquellos parientes de Chad que pertenecían a la aristocracia y que él le había presentado. Pero Chad no lo sabía. Edén se había valido de él para progresar en la vida, en su afán por lograr situarse, lo mismo que se servía de todo aquel que podía serle útil. Vivía en Belgrave Square y al cabo de un tiempo (como la propia Edén nos dijo una vez) lady Rogerson llegó a tratarla como a una hija..., bueno, como a una sobrina. El hombre del cabello castaño y rizado era una especie de primo de lady Rogerson y él también tenía un título, aunque no recuerdo cuál. De todos modos, no fue a él a quien Edén atrapó finalmente gracias a su estancia en Belgrave.

Y todo eso Vera lo había sabido durante todo el tiempo.

10

ESTABA tan acostumbrada a pensar que Laurel Cottage era la casa de Vera que me causó estupefacción oír a mi padre comentarle a mi madre que la iban a vender y que el producto de la venta se repartiría entre Vera, Edén y él. Desde luego, eso era lo que había dejado dispuesto mi abuela, pero mi padre había declinado hacer uso de sus derechos porque Vera necesitaba un sitio donde formar un hogar para Edén, y más tarde había estallado la guerra, desbaratándolo todo. Con suerte, la venta de Laurel Cottage podía reportar mil quinientas libras, y mi padre estuvo hablando mucho de cómo iba a emplear su parte proporcional de quinientas libras: agrandar la casa quizá, o trasladarse a otra, o bien comprar un coche, tal vez amueblar de nuevo la sala, o viajar a Suiza para visitar a los parientes de mi madre... En su imaginación se gastó varias veces aquel importe. Para ser director de banco, cargo al que había ascendido recientemente, era muy ingenuo en lo tocante al dinero.

Mi madre, que era más práctica y mucho más realista, no se hacía ilusiones con respecto a ese dinero. Era una persona que no tenía empacho alguno en decir: «Ya te lo dije», y otra de sus frases favoritas era: «Ya verás como tengo razón», y, efectivamente, por lo general la tenía.

—Cuando murió tu madre, te dije que vendierais la casa. Gerald habría encontrado otra para Vera y Edén podría haber venido a vivir con nosotros. De este modo las cosas hubieran sido muy diferentes.

Desde luego, lo hubieran sido.

—En primer lugar —prosiguió mi madre—, a Edén no se le habrían subido los humos a la cabeza. Trae malas consecuencias sentirse idolatrado.

Mi padre respondió con un tonillo desagradable que no había peligro de que eso ocurriera en nuestra casa. Me resultó entretenido especular acerca de cómo me habría sentido yo si hubiera tenido junto a mí a Edén en el papel de una especie de hermana mayor. No tenía ni idea de que hubiesen contemplado esa posibilidad. ¿Habría ello interferido en lo que George Eliot llama «la sigilosa convergencia de los destinos humanos»? ¿Habría alterado el curso de los acontecimientos, de modo que Vera hubiera podido celebrar su septuagésimo octavo cumpleaños tomando el té con Helen y conmigo la semana pasada? Y tal vez Edén habría estado con nosotras, hecha una señora de sesenta y tres años, vivaz y con el cabello teñido de rubio. Quizá Francis hubiera entrado con su andar indolente, para, según su costumbre, dejar caer unas palabras que habrían causado un desastre, igual que Ate hizo al lanzar la manzana de oro entre los invitados a la fiesta. También Jamie podría haber estado allí, tal como era, en lugar de convertirse en un exilado voluntario. ¿Quién sabe? Sin embargo, creo que teniendo en cuenta la guerra y la personalidad de los actores de aquel drama, las cosas habrían ocurrido casi de la misma manera.

Edén no escribía nunca, pero Vera sí lo hacía y continuaba afirmando que Edén estaba en Escocia en su calidad de miembro del Servicio Femenino de la Marina. Mi padre seguía fiel a su costumbre de leernos sus cartas en voz alta a la hora del desayuno, y a medida que me iban repitiendo detalles de la vida de Edén, aunque no llegué a poner en duda lo que habían visto mis ojos, empecé a pensar que Edén sólo era culpable de haber empleado un pequeño subterfugio para pasar en Londres un permiso sin venir a vernos ni ir a visitar a Vera. Las bombas volantes VI lanzaban sobre nosotros sus ataques, que sólo se interrumpieron cuando los Aliados ocuparon sus rampas de lanzamiento en el Paso de Calais. Sin embargo Ducan Sandys se precipitó un poco cuando dijo en septiembre que «la batalla de Inglaterra ha terminado excepto por unos cuantos disparos».

Ese mismo mes comenzaron los ataques de las V2, aquellas bombas volantes que iban a tal velocidad que uno no las oía antes

de que explotaran, y para entonces uno ya estaba muerto... o no, según los casos. Las llamábamos «cañerías de gas volantes», y a las V1, cuyo zumbido era más fuerte y cesaba antes de la explosión, las llamábamos larvas o bombas zumbadoras. Una de las últimas V2 que llegó a Inglaterra cayó en Colchester, justo sobre la clínica donde Vera había dado a luz a Jamie, causando más de cincuenta muertos y cientos de heridos. Mi padre comenzó a angustiarse terriblemente por la suerte que pudieran correr Vera y Jamie; temió que tal vez la guerra hubiese entrado en una nueva fase, y que los alemanes entonararan su canto del cisne desencadenando una ofensiva contra el este de Inglaterra.

Cinco meses más tarde, todo había terminado. Si Edén seguía en el Servicio Femenino de la Marina al final de la guerra, debió de contarse entre las primeras personas que fueron licenciadas de aquel total de cinco millones de hombres y mujeres que servían en el Ejército. Ernest Bevin anunció que las órdenes de desmilitarización comenzarían a despacharse el 18 de junio, y una semana después Vera nos escribió diciendo que Edén había sido licenciada. Incluso a mi padre eso le pareció raro. Gerald, en cambio, tuvo que esperar mucho más tiempo y no regresó a casa hasta el otoño de 1945. Por aquellas fechas, Francis estaba ya en Oxford y Vera había hecho una excepción para visitarnos.

Mi madre consintió de buen grado en esa visita porque le gustaba estar con niños pequeños, una cualidad más rara en las mujeres de lo que se suele suponer. Digan lo que digan, la gente se aburre en compañía de los niños. Mi madre, que era inteligente, rápida y casi brusca con los adultos, tenía una paciencia infinita con los niños. Decía que le gustaban porque aún no habían aprendido las mañas, astucias y amaneramientos de los adultos.

Jamie tenía entonces unos quince meses. Su colorido era muy curioso, muy atractivo pero poco corriente, pues tenía la piel de un tono aceitunado oscuro y el cabello de un rubio brillante. Sus ojos eran castaños, pero no de un matiz pardo, avellana o azul con reflejos dorados, sino verdaderamente marrones, un marrón tan oscuro como el de los ojos de un español o incluso de un hindú. Y no se parecía a ningún miembro de la familia. Ya saben lo que pasa con los niños: éstos «salen» a un tío o una tía o a algún antepasado, de modo que dan la impresión general de ser una copia de esta

persona, aunque si examinamos sus facciones de una en una, la semejanza desaparece. Yo solía estudiar durante horas los álbumes de fotografías de los Longley y los Naughton y comprobaba una y otra vez esta teoría: Vera, cuando niña, parecía por ejemplo, la reencarnación de la tía abuela Priscilla y mi padre hacía pensar inmediatamente en el viejo William, el zapatero. Como ya he dicho, Edén y Francis podían pasar por gemelos; en cambio, Jamie era único y sólo igual a sí mismo. Se parecía tan poco a los Longley (excepto por el pelo) como al tío Gerald, que tiene una cara muy larga y la cabeza casi puntiaguda, cosa que según Helen él solía atribuir, no sé con cuánta razón, a que su madre tenía la pelvis estrecha y el parto se había alargado desmesuradamente. Decidí que Jamie tenía que parecerse a algún antepasado de la rama Hillyard, pero no encontré ningún álbum de fotos de esa familia.

Jamie quería con devoción a su madre, cosa que era de esperar porque desde su nacimiento había vivido casi sin otra compañía que la de su madre. Sé que a mi madre le habría gustado jugar con él, hablarle o sentarle en su regazo, pero no tuvo ocasión de hacerlo. Jamie no lloraba, mas tampoco reaccionaba cuando alguien que no fuese Vera intentaba acercársele; se limitaba a continuar silencioso, sentado o de pie, con el pulgar en la boca. Ni aceptaba ni rechazaba los gestos amistosos. Si me lo ponía sobre las rodillas, aguantaba mis caricias, mis sonrisas y arrullos con tensa paciencia. Su cuerpo se iba poniendo rígido, hasta que finalmente se deslizaba al suelo y se dirigía hacia Vera con los brazos extendidos. Debo decir en honor de Vera que ella no le animaba a portarse de ese modo. Encontré que estaba más simpática que antes; en primer lugar, se mostraba más amable con mi madre y le decía a Jamie que fuera «con tía Vranni». (Desde que Helen hiciera aquellos comentarios, Vera no había vuelto a insinuar que empleáramos la palabra «tita».) Incluso estuvo de acuerdo en salir una noche con mis padres, dejando a Jamie a mi cuidado. Dijo, muy orgullosa, que ella había acostumbrado de tal modo al niño que éste sabía que su hora de irse a la cama eran las seis y por eso nunca le había dado una mala noche.

Aquel verano había gran afición a salir y pasear por Londres. Estábamos en plena época de austeridad y no teníamos nada que comer ni que ponernos encima, carecíamos de lujos e incluso de

comodidades, y había poca gasolina, pero tanto el teatro como el cine gozaban de su momento más esplendoroso. Y era deliciosamente embriagador pasear con toda libertad por las calles iluminadas sabiéndose a salvo y sabiendo que nada siniestro iba a caer del cielo. Vera comentó:

—Será mi primera salida nocturna en más de tres años.

Pero lo dijo casi en tono festivo, sin compadecerse de sí misma ni solicitar nuestra compasión.

Jamie se despertó diez minutos después de su marcha. Ahora tengo la convicción de que en cierto modo todos los acontecimientos de aquella velada habían sido planeados por Vera y Edén para llevar adelante sus propósitos, pero las cosas se torcieron. Habían escogido una noche equivocada, o por lo menos una de las dos se equivocó, seguramente Edén. Estos asuntos no son fáciles si uno se comunica sólo por carta. Vera había demostrado mucho interés en salir el viernes por la noche, no el sábado, de modo que me imagino que lo habían organizado todo para el sábado pero que Edén cometió un error. Ahora sé que pretendían dar una *demonstration* en presencia de mis padres, y también en la de Tony Pearmain. Querían mostrarles a esas tres personas, esas personas importantes (aunque me parece que yo no contaba mucho, pues sólo tenía diecisiete años), de qué manera habían dispuesto su vida y cómo deseaban que se las aceptara antes de pasar a la siguiente fase.

Cuando vi que Jamie se despertaba de pronto, me invadió algo parecido al pánico. Lo desconocía casi todo acerca de los niños pequeños y no sabía qué se tenía que hacer cuando lloraban. Mi primer impulso fue cerrar la puerta de la habitación donde estaba Jamie, y alejarme lo más posible de sus gritos, o bien meterme algodón en los oídos.

Naturalmente, no hice nada de eso; abrí con sigilo la puerta y me asomé para atisbar qué pasaba. Pero cuando Jamie me vio, sus lloros se convirtieron en gritos. Estaba en mi antigua cuna, y como se sentía enjaulado se había puesto de pie y sacudía los barrotes. Recuerdo que pensé que era muy raro eso de meter a nuestros bebés en jaulas, y que deberíamos idear una cuna que tuviera otro sistema de protección que no fueran barrotes. Fue el último pensamiento coherente que tuve durante mucho rato.

Jamie estaba asustado y en plena rabieta, y al principio no permitió que lo tocara. Cuando traté de cogerle se echó con fuerza hacia adelante y hacia atrás, al tiempo que me empujaba y golpeaba. Desde entonces he oído peores alborotos protagonizados por niños; mis propios hijos por ejemplo, pero recuerdo el escándalo que armó Jamie aquella noche como particularmente horrible, quizá porque se trataba de una expresión totalmente espontánea de verdadera angustia, verdadera pena y soledad. Con toda seguridad, Vera estaba convencida de que Jamie no se iba a despertar porque no lo había hecho durante meses enteros, y sé que ella no habría salido si hubiera pensado que el niño se despertaría. En cuanto a Jamie, jamás le había ocurrido despertarse y que su madre no estuviera a su lado, y ahora era peor porque en lugar de ella había otra persona. Jamie parecía presa de un terror y una aflicción sin límites. Por fin logré cogerle en brazos y bajar con él a la planta baja. Estaba todo él empapado en lágrimas, saliva, orina y sudor.

Yo no podía hacer nada para que dejara de llorar, entre otras cosas porque Jamie no tomaba biberón, ya que Vera, al dejar de darle el pecho, le había acostumbrado a beber en taza, y además, a ningún niño Longley se le había permitido nunca usar un chupete. Traté de que se metiera el pulgar en la boca, pero aún lloró con más fuerza, y más tarde me enteré de que Vera había estado poniéndole acíbar en ese dedo para quitarle dicha costumbre. Como me era imposible atajar sus berridos, dejé que continuara chillando mientras con manos inexpertas le cambiaba el pañal y el pantalón del pijama y le limpiaba la cara. A esas alturas yo ya estaba tan nerviosa como él. Jamie llevaba media hora gritando y tenía la cara amoratada y las venas de la frente hinchadas. Había oído decir que algunos bebés padecían convulsiones y tuve miedo de que Jamie fuera a tener una; de hecho, pensé que tal vez la estuviera teniendo en aquel momento, pues no me creía capaz de reconocer una convulsión aunque la viera con mis propios ojos.

Entonces le grité a Jamie:

—¡Nunca en mi vida volveré a ofrecirme para cuidar el crío de nadie!

Y casi he logrado mantenerme fiel a esta resolución hasta el día de hoy.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta.

A pesar de que acabábamos de vivir una época de violencia, una época de guerra, en aquellos tiempos nos sentíamos mucho más seguros que ahora. Si hoy me quedara sola con un bebé en una casa de los suburbios de Londres, me lo pensaría mucho antes de abrir la puerta, y, desde luego, antes de hacerlo preguntaría quién era. Pero entonces eso ni me pasó por la cabeza. Agarré a Jamie y me lo puse debajo del brazo, del mismo modo que, según había visto en las ilustraciones de los libros, los granjeros llevan al mercado a sus chillones cerditos. El niño seguía berreando y yo le grité que se callara. Después abrí la puerta... y me encontré de frente a Edén, acompañada por un hombre.

—¡Dios santo, niña! ¡En mi vida había oído tal alboroto! Se os oye desde el otro extremo de la calle.

—A lo mejor estabas intentando matarle y te hemos interrumpido —dijo el amigo.

Tal vez eso se le había ocurrido al ver mi manera de acarrear al pobre Jamie, por lo que enderecé al niño y lo apoyé en mi hombro, donde siguió sollozando.

—¿No piensas invitarnos a entrar? —dijo Edén.

Eso era típico de los Longley. La quintaesencia del espíritu Longley era hacer preguntas baladíes, retóricas y sin sentido, justo cuando uno se encontraba en una situación de lo más apurada. Abrí del todo la puerta y me hice atrás para dejarlos pasar.

Aunque me encontraba medio atontada por los aullidos de Jamie, conservaba la presencia de ánimo suficiente como para darme cuenta del aspecto de la pareja, que me causó no poco asombro. Junto al bordillo estaba estacionado un coche deportivo de color rojo. (¿Sería posible que Edén hubiera oído a Jamie desde el interior de aquel bólido?) Los dos iban vestidos como si fueran modelos de un anuncio para una revista cara, publicada quizá en Australia o Nueva Zelanda, dado que aquí no teníamos nada elegante, ni revistas ni ropa ni gente que la llevara; sólo las estrellas de cine ofrecían un aspecto tan radiante. También se les veía más limpios que nosotros, lo que no era de extrañar con la escasez de combustibles y de jabón que padecíamos. Edén llevaba un conjunto de lino azul, con un estampado de flores blancas, y su compañero vestía un *blazer* con distintivo que indicaba que había formado parte de cierto equipo de remo o de cricket, y una camisa de un

blanco resplandeciente, fresca y crujiente como un helado de Wall's. Se trataba de un hombre joven, incluso bajo mi punto de vista, pues tendría unos veinte y pico de años, y con su cara fresca y su cabello castaño se parecía mucho a Richard Burton, de quien nadie había oído hablar todavía.

Como era de esperar, Edén no hizo ademán de presentarnos, sino que se quedó mirando a su alrededor, inconsciente al parecer del estruendo que armaba Jamie. Observó nuestro desaliñado vestíbulo, en cuyo parket de roble eran visibles las señales del refugio antiaéreo que habíamos cerrado ya, y donde las negras cortinas para el oscurecimiento obligado todavía colgaban lánguidamente ante la ventana de la fachada.

—Soy Tony Pearmain —dijo el amigo—. ¿Cómo estás?

Yo me presenté a mi vez, aunque supongo que Edén ya le había explicado en el coche a quién iba a encontrar allí, dándole una versión poco halagüeña.

—Todos han salido —grité tratando de hacerme oír por encima de los chillidos de Jamie.

—¿Todos?

¿Cómo es posible que incluso entonces yo me diera cuenta de que Edén estaba haciendo comedia? Quizá porque no era una buena actriz.

—¿No sabías que Vera estaba aquí?

—¿Vera, aquí?

Era sorprendente, cierto, o más bien lo habría sido si Edén no hubiera estado enterada de antemano.

—Pues sí, claro, y éste es Jamie. ¿No lo reconoces?

—A esta edad cambian de día en día. ¿No puedes hacer que deje de berrear de este modo tan horroroso?

Tony Pearmain se acercó a mí y tomó a Jamie en sus brazos. El resultado pareció cosa de magia. No sé si era porque olía tan bien o porque irradiaba confianza en sí mismo, o tal vez porque de un modo misterioso en el que no intervenían los cinco sentidos, a través de sus poros o sus terminaciones nerviosas, Tony Pearmain le comunicó a Jamie que en sus brazos hallaría una sempiterna seguridad y afecto y bondad infinitos. Fuera lo que fuese, Jamie lo notó y se calló; puso su carita, de nuevo sudorosa, mojada y pegajosa, sobre el suave tejido del «blazer» y se fue tranquilizando,

emitiendo de cuando en cuando un suspiro mientras recuperaba el aliento. El pobre Tony tenía este don con los niños: lo querían porque él los quería y todos se acercaban a él como atraídos por un imán, y su sola presencia hacía que se estuvieran quietos y se portaran bien. La gran tragedia de su vida ha sido no tener hijos propios, y que la fuerza de las circunstancias le hiciera odioso ante el único niño que habría podido devolverle su cariño.

Aquella noche tuvo lugar el primer encuentro de Jamie con

Tony. Le he contado a Jamie de qué modo Tony lo sostuvo en brazos y lo tranquilizó, pero Jamie no quiso creerme; le molestaba oír eso y se empeñó en que yo debía de estar equivocada. Dijo que debía de ser otro amigo de Edén, no aquel «Pearmain» que se mostró tan frío y distante con él y que le mandó bien lejos en cuanto pudo (siguiendo, claro está, la tradición familiar de los Longley, que había empezado con Helen y continuado con Francis). Pero fue Tony, el propio Tony quien realizó aquel milagro en el vestíbulo. Me sentí tan llena de alivio y tanto saboreé aquella maravillosa paz, que durante un rato me olvidé de la presencia de Edén.

—¿Y adonde han ido?

—No sé, al West End, quizá al cine.

—¡Qué fastidio!

Les conduje al salón. Su apariencia tan joven y pulcra y su ropa nueva y elegante hacían resaltar los defectos de una casa a la que durante los seis años que duró la guerra no se le había dado una capa de pintura ni cambiado un solo mueble. La butaca en la que Tony fue a sentarse con Jamie en brazos tenía los muelles rotos, y el asiento descendió casi hasta el suelo. No teníamos ninguna bebida alcohólica ni café y quedaba muy poco té, e intuí que Edén de un momento a otro me preguntaría si no pensaba ofrecerles algo de beber. Lo único que podía darles era una naranjada muy sintética, y aunque me sentí tentada de proponerles el zumo de naranja de Jamie, que suministraba el gobierno, no lo hice por miedo a las iras de Vera. Desde luego, no teníamos nevera y la naranjada estaba casi tibia.

No eran más de las ocho y no había muchas probabilidades de que mis padres y Vera regresaran antes de las diez y media. Jamie se durmió y Tony lo llevó arriba pero no volvió a bajar enseguida,

sino que se quedó junto a la cuna para asegurarse de que el niño no se despertaba. Edén llevaba unos preciosos zapatos de cuero blanco muy escotados, abiertos por delante y con tacones altos. Los demás, la gente corriente, no teníamos más remedio que calzar zapatones con suelas de madera. Todavía no comprendo cómo y de dónde sacó aquellos zapatos, pues durante el año siguiente, mejor dicho, durante los dos o tres años siguientes, todavía teníamos que hacer largas colas para poder comprar un par de sandalias Joyce. Pero Edén siempre tuvo conocidos capaces de proporcionarle cosas, gente que estaba metida en el mercado negro, que entraba y sacaba cosas del país en valijas diplomáticas, que vendía cupones de ropa y que no tenía que hacer cola, o bien que le guardaba cosas en la trastienda, únicamente para ella. Sentada allí, en otra silla algo menos desvencijada, se contemplaba los zapatos mientras se acariciaba suavemente la pierna derecha que había cruzado sobre la izquierda. Ladeó un poco la cabeza para mirarse el zapato derecho, y un largo rizo dorado cayó hacia adelante. Se dirigió a mí sin levantar la vista.

—Es uno de «los» Pearmain, ¿sabes?

Yo no sabía nada, pero hizo que me sintiera consciente de mi vieja blusa blanca y mi falda ancha.

—¿Pero alguna vez irás de compras, no? —continuó Edén.

—¡Oh, «esos» Pearmain! —dije—. ¿Te refieres a Brewster and Pearmain?

Swan and Edgar, Debenham and Freebody, Marshall and Snelgrove, Brewster and Pearmain. Me sentí abrumada y llena de timidez ante Tony, cosa que no me pasaba unos momentos antes. Había pensado interrogar a Edén acerca de aquella noche a la salida del teatro, preguntarle por qué no había querido saludarme, pero me lo impidió aquella revelación de la categoría social de Tony Pearmain. Y Edén sacó partido de ello, pues como si de algún modo notara el pavor y respeto que había infundido en mi ánimo, aprovechó para añadir:

—Lo conocí en una fiesta en casa de lady Rogerson.

¿Tenía yo que saber quién era lady Rogerson? Quizá Vera me lo dijera al contarme que Edén había sido licenciada. Todo eso me hizo recordar lo poco que yo estaba integrada en su grupo.

—Para lady Rogerson soy casi como una hija. Naturalmente,

estuve con ella en Fontlands y volveremos allí para el doce.

Todo aquello me resultaba ininteligible; creo que tardé unos dos años en comprender que Fontlands era la casa de campo de los Pearmain (con un coto lleno de gallos lira) en Yorkshire, que lady Rogerson era la anciana señora para la que Edén trabajaba de acompañante, y que el doce era el doce de agosto, día en que se levantaba la veda de los gallos lira. Edén me preguntó a qué hora regresarían mis padres y cuando supo que aún tardarían dos horas dijo que no iban a quedarse para esperarlos. Tony bajó y dijo que «el pobre chiquillo» dormía profundamente y me preguntó si había oído la radio. Sacudí la cabeza: ya no había nada que oír.

—Hemos lanzado una especie de bomba nueva sobre el Japón —dijo Tony.

—¿Qué clase de bomba? —pregunté sin mucho interés—. ¿Una parecida a la V2?

—No, al parecer más potente —dijo—. En un sitio llamado Hiroshima o como sea que se pronuncie. Ya veréis cómo ahora terminará la guerra en Extremo Oriente. He dejado abierta la puerta del niño para que puedas oírle si Vuelve a llorar.

Y se fueron en el coche deportivo rojo. Lo único un poco ocurrente que jamás le oí decir a Tony fue aquella observación de si yo pensaba matar a Jamie. Su familia era propietaria de unos grandes almacenes y su hermano se había casado con una joven de la nobleza italiana. Tony era más soso que un boniato y tan rico como Creso, y además era guapo; el reverso de la medalla de Chad, que era pobre, no muy agraciado, y que cada vez que abría la boca era para decir algo interesante o divertido, o incluso provocativo. Cuando salió de casa, Edén parecía contenta de sí misma, sin ninguno de los síntomas de malhumor que había mostrado al descubrir que tanto Vera como mis padres habían salido. Pero, claro, seguramente incluso en su ausencia había conseguido todo lo que se había propuesto con aquella visita, y si nada se había hecho en favor de Vera, si las cosas tal vez habían empeorado para ella... bueno, *tant pis*.

Mi padre consideraba que él pertenecía a la clase media y siempre lo decía con una especie de orgullo mezclado con vergüenza. Lo que no decía nunca es que, independientemente de lo que pudiesen hacer la clase alta y la baja, la clase media no cometía

adulterio. Esta era una de sus creencias más enraizadas, y por lo tanto no se le habría ocurrido jamás que una hermana suya pudiera ser infiel a su marido. Asimismo, aunque mi madre y él no se llevaban bien, ni puedo decir que en el fondo se quisieran, porque estoy segura de que no era así, en vida de su esposa mi padre no habría tenido nunca nada que ver con otra mujer. Para él hubiera sido como robar o cometer un fraude en el Banco. Por eso, cuando Gerald regresó a casa y él y Vera se separaron casi de inmediato, mi padre no se preguntó el porqué ni llegó, como casi todo el mundo, a la conclusión de que Vera había tenido un lío con Chad Hamner, sino que le dio la culpa a Gerald. Sin embargo, al principio ni siquiera quiso reconocer que se habían separado.

Vera no le habló a mi padre de aquel asunto; ella no actuaba de ese modo. Para Gerald, que era militar de carrera, no se trataba de volver a la vida civil, pero todos pensamos que vendría a casa de permiso y que luego Vera lo acompañaría a dondequiera que lo destinaran, seguramente a Alemania, con el ejército de ocupación. Pensamos que venderían Laurel Cottage y que el producto de la venta se repartiría entre los tres hermanos. No obstante, Vera en sus cartas no mencionaba en absoluto que en otoño tuviera intención de marcharse con Gerald y su regimiento a las cercanías de Lübeck, ni tampoco dio ninguna razón o explicación para justificar su decisión de quedarse en casa.

Aquel invierno Edén vino a vernos bastante a menudo, generalmente sola, pero una vez trajo a Tony Pearmain para presentárselo a mis padres. Acerca del asunto de Vera y Gerald, Edén mantuvo un silencio preñado de misterio: daba la impresión de saberlo todo pero de no querer traicionarlos. Al fin fue Helen quien nos lo contó.

Ella y mi padre nunca se tuvieron mucha simpatía; a mi padre no le gustaba Helen. Casi llegó a reconocer que le molestaba que ella fuese más rica y ocupara una posición social más elevada que los hijos del segundo matrimonio de mi abuelo, y albergaba ese sentimiento a pesar de que si Helen tenía todas esas cosas era debido a que su propio padre la había rechazado. Mi padre solía decir que Helen era de una afectación insoportable, pero nunca dejaron de tratarse ni se pelearon abiertamente. Helen le escribió preguntándole si tenía algo que objetar a que la recepción después

de la boda de Edén se hiciera en su casa (la de Helen), y en la carta comentó la ruptura entre Vera y Gerald.

Por lo menos, mi padre ya sabía que Edén iba a casarse con Tony Pearmain; se lo dijeron en el último momento, pero se lo dijeron. Le llamó Edén para darle la noticia la noche anterior a que ésta apareciera en el *Times*. Si le costó tanto decírselo fue porque, a pesar de que Tony era un novio más que presentable, de hecho un magnífico partido que tenía todo cuanto pudiera desear el hermano mayor de la novia, no era Chad Hamner. Y mi padre hacía realmente mucho hincapié en este punto, se comportaba como si los seres humanos fuesen monógamos por razones biológicas, como si llevaran grabada la imagen de un único cónyuge, lo mismo que el ganso gris o el gibón. A sus ojos, el que uno escogiera una pareja y luego la cambiara por otra persona equivalía a desafiar a la naturaleza. Cuando colgó el teléfono se le veía abatido, y cruzó la habitación hacia nosotras, meneando la cabeza. En el fondo de mi corazón me compadecía de Edén, que había llamado llena de excitado entusiasmo y seguramente no se esperaba que su hermano se quedase tan horrorizado.

Por lo visto, él creía que Tony era un pariente de lady Rogerson (para entonces todos sabíamos lo de aquel empleo de Edén), y que algunas veces, Edén había trabajado de secretaria para él. Si se empeñaba, mi padre era capaz de convencerse de cualquier cosa que quisiera creer.

—No tenía ni idea —dijo, pasándose la mano por la frente con expresión de desconcierto—. Pensaba que Edén estaba comprometida con aquel simpático muchacho que vino al bautizo. No entiendo todos estos cambios y escisiones. Y a fin de cuentas, ¿qué es lo que no le gustaba de aquel periodista?

—Que no era lo bastante rico —dijo mi madre.

—Una persona no ha de quedar por fuerza ligada a otra para toda la vida —dije, previendo que más adelante yo también me toparía con dificultades en este campo. Cuando llegara el momento, no deseaba tener que enfrentarme a esas encuestas de mi padre—. Si dos personas se encuentran a los dieciocho años, no tienen por qué quedarse juntas toda la vida ¿no? —Me parecía espantoso—. De todos modos, no creo que Edén estuviera enamorada de Chad ni él de ella. No se trataba de esta clase de relación.

—¿Pues de qué se trataba? Porque él no iría a Laurel Cottage para ver a mi hermana Vera, ¿verdad?

Lo dijo en el tono mordaz de quien hace una suposición completamente absurda e indigna de ser tomada en serio. Resulta bastante inquietante asistir, como en aquel caso, a esa mezcla de sarcasmo e ingenuidad. Porque mi padre era muy ingenuo. Con aquel mismo tono hubiera sugerido que Chad iba a Laurel Cottage para hacer una propuesta de compra o para escuchar la radio de Vera que se oía mejor que la suya. No dije nada pero en los ojos de mi madre advertí un destello que indicaba que ella sí empezaba a comprender y la vi disimular una sonrisa.

Al día siguiente leímos el anuncio de la boda en el *Times*.

Anthony Fairfax Pearmain, único hijo de los señores de Oliver Pearmain, de Fontlands, Ripon, Yorkshire, y Edith Mary, hija menor de los difuntos Sres. de Arthur Longley, de Great Sindon, Essex, comunican su compromiso matrimonial. El enlace se celebrará próximamente.

La carta de Helen llegó unos días más tarde. No era una de aquellas que mi padre nos leía en voz alta a la hora del desayuno, pues después de leerla salió de la habitación llevándose la misiva. Luego volvió a entrar, muy trastornado y aturdido, y le entregó la carta a mi madre, tendiéndole primero la primera hoja, y después, de mala gana, la segunda.

—Es un bonito sitio para celebrar una boda —dijo mi padre haciendo un esfuerzo—. Tienen una casa muy hermosa.

Pareció recordar, cosa que acentuó su pesadumbre, cuánto le molestaba el hecho de que Helen fuese la propietaria de Walbrooks, aunque no creo que por mucho que lo intentara fuera capaz de convencerse de que algún otro miembro de la familia tuviese derecho a ello. Se volvió con malhumor hacia mi madre.

—Ya ves lo que dice esa tonta amanerada.

Mi madre sabía muy bien que no se refería a la boda, más para irritarle le respondió:

—¿Qué, lo de la boda?

—Claro que no, no me refiero a la boda. Lo de mi hermana Vera. Esa mujer no es más que una enredona peligrosa, porque es muy natural que Vera no quiera marcharse para vivir a una residencia de oficiales, nada menos que en Alemania.

Pero el daño estaba hecho, o la verdad había sido expresada. Mi

madre se limitó a mirarle del modo que solía últimamente cuando mi padre daba a entender, como ella decía, que sus hermanas eran «la doble reencarnación de la Virgen María». Ladeó la cabeza y, abriendo los ojos de par en par, enarcó las cejas lo más alto que pudo.

¿Qué fue exactamente lo que Helen sugería? Nunca llegué a leer aquella carta. Hace tiempo que se ha perdido, o quizá mi padre la hizo desaparecer aquel mismo día. Sin embargo, dudo que Helen se atreviera a expresar claramente lo que pensaba mi madre, aunque unos meses más tarde mi madre se lo dijo a mi padre durante una pelea surgida, como muchas otras, porque él la había comparado desfavorablemente con su hermana Vera.

—Gerald sabe perfectamente que Jamie no es hijo suyo —dijo—. Sabe que no puede serlo, porque por muy tonto que sea no ignora que un embarazo no puede durar diez meses.

Me sentí avergonzada de lo que acababa de escuchar por casualidad y deseé no saber nada más de todo aquel asunto. Tenía ganas de que llegase el otoño para marcharme a Girton y no tener que presenciar cómo se atacaban el uno al otro, hurgando siempre en las mismas heridas que no llegaban a cicatrizar. Hacía ya tiempo que yo había llegado a la misma conclusión que mi madre, había hecho las cuentas necesarias y deducido que la gestación de Vera se había alargado algo así como 312 días. También me había acostumbrado a la idea de que Vera y Chad eran amantes, y casi estaba persuadida de haber sido testigo de sus besos y abrazos. Me dije que mientras yo dormía en el cuarto de Edén, Chad debía de haber subido a hurtadillas la escalera hasta la habitación de Vera. Pero no le cuadraba nada hacer aquello, todo el asunto resultaba incongruente, pues Vera era mayor que él y parecía mucho más vieja. Además, no tenían en absoluto el mismo sentido del humor y sus gustos eran muy dispares. Pero para entonces yo ya sabía que el sexo es algo muy misterioso y que las razones subyacentes en una relación sexual no tienen explicación. Estaba claro que Jamie era el hijo de Chad y que por eso éste había venido al bautizo..., mientras que muchas otras personas no habían querido asistir. Jamie tenía los mismos ojos oscuros de Chad y su misma piel tostada. Supuse que Vera y Gerald se divorciarían y que Chad se casaría con Vera. Esta perspectiva me hizo sentir vagamente irritada y chasqueada.

En lo más íntimo de mi ser algo me decía que si Chad hubiera sido capaz de esperarme, yo podría ser suya.

Pronto se hizo evidente que Vera iba a vivir en Laurel Cottage por un tiempo indefinido. Creo que a propósito de eso entre mi padre y Edén se cruzaron algunas cartas y unas pocas llamadas telefónicas, y además se entrevistaron una vez. Aquella decisión no le causaba ningún perjuicio a Edén, porque, según me dijo Helen, la familia de su futuro marido poseía nada menos que cinco casas de campo, así que Tony y Edén podrían escoger en cuál de ellas deseaban vivir.

—¡Adiós casa nueva, coche nuevo y vacaciones en Suiza! —dijo mi madre.

—Tampoco íbamos a tener las tres cosas —dijo mi padre.

—Una sola de ellas ya hubiera sido estupendo.

Me hubiera gustado decirles que sin duda Chad les proporcionaría muy pronto una casa a su hijo y a la madre de su hijo, pero no lo hice. Para mi padre, Chad era aquel simpático muchacho que aún bebía los vientos por Edén. Y mi madre, para quien el hecho de que Jamie no pudiera ser hijo de Gerald constituía un motivo de satisfacción y casi de regocijo, nunca llegó a sugerir cuál podía ser el padre del niño, y hablaba como si Vera lo hubiera hecho nacer por partenogénesis y como si dicha inconveniencia la excluyera para siempre de la buena sociedad.

Durante el verano de 1946, Edén se casó con Tony Pearmain en la iglesia de St. Mary de Great Sindon. Era una hermosa jornada de domingo llena de sol.

¿ME CREERÁN si les digo que fui una de las damas de honor de Edén? Mi vestido no me costó ni un solo cupón de ropa, pues Edén hizo venir toda la seda de Hong Kong; se la trajo un conocido que trabajaba en la BOAC. Parte de los días anteriores los pasé en casa de Helen, y parte» con Vera en Laurel Cottage. Fue allí y durante la última semana antes de la boda donde Vera, Jamie y yo dimos aquel paseo que nos llevó a la casita donde Vera, cuando niña, encontró el cadáver de la vieja señora Hislop. Nunca había visto a Vera de un talante más expansivo, aunque no se mostró tan abierta como para hablar de la desaparición de Kathleen March.

Es curioso que haya llegado a este punto en mi tarea de recordar, en el repaso cronológico de mis recuerdos de Vera y Edén, de Chad, Francis y Jamie, justo cuando Daniel Stewart me escribe para relatarme su singular descubrimiento. La noche antes de recibir su carta incluso soñé con Kathleen March: yo era el espectador invisible que observaba a Vera y Mavis sentadas en la orilla del río mientras el cochecito permanecía sin vigilancia entre las adelfas y las reinas de los prados. El padre de Kathleen pasó muy cerca de mí al atravesar el puente; iba medio ciego a causa de su dolor de cabeza. Lo que me despertó fue el horror que surgió de aquellos prados risueños bajo el cielo azul, un monstruo negro cubierto de escamas y que no correspondía a la fantasía de una mujer de mi edad, pues parecía un ser salido de las ilustraciones de los cuentos de hadas escritos por Andrew Lang. El monstruo cogió a la criatura y me desperté al lanzar uno de aquellos gritos que el que sufre de pesadillas cree haber emitido aunque no pasan de ser una

mera intención. Durante la velada había estado leyendo un relato de M. R. James, *El grabado*, en el cual ocurría un incidente parecido.

En el correo de la mañana me llega un nuevo capítulo de la historia que escribe Daniel Stewart. Éste me dice que se trata de unos hechos que ha descubierto por casualidad y que está seguro que nadie más que él ha visto la relación que puede haber entre ellos; me pregunta mi opinión al respecto.

Entre los crímenes sin solventar que registran los anales (escribe Daniel Stewart), el caso de Kirby Theiston debe de ser el más extraño y asimismo el menos estudiado por los criminólogos. Quizá ello sea debido a que tiene muchos rasgos en común con el misterio de Constance Kent, o a que hasta hace muy poco tiempo los principales actores del drama seguían con vida.

Constance Kent vivía en el pueblo de Rodé, en Somerset, y era todavía una adolescente cuando fue juzgada por el asesinato de un niño pequeño, su hermanastro, y declarada inocente. May Durham, una chica de diecisiete años residente en Norfolk, en el pueblo de Kirby Theiston, fue arrestada acusada de haber asesinado a su hermanastra de dos años, pero la pusieron en libertad antes del juicio. Constance vivió siempre rodeada de recelo y de sospechas y acabó su vida en un convento. Más de medio siglo después, May Durham, igualmente condenada al ostracismo, fue exiliada por su propia familia a Australia en compañía de una tía, y a los cinco años murió allí de tuberculosis. En ninguno de los dos casos se descubrió al verdadero asesino.

Kirby Theiston es un pueblo de unos quinientos habitantes situado al oeste de Norwich. En el año 1922 estaba bastante más poblado y la amplia carretera que ahora divide su núcleo aún no había sido construida. Su iglesia es la de San Miguel y Todos los Santos, y la mansión principal, Theiston Hall, que anteriormente perteneció a una rama de la familia Digby de Holkham, estaba ocupada desde hacía veinte años por Charles Ethelred Durham y su familia. Theiston Hall es una hermosa casa de campo inglesa que data del siglo XV, pero que en su mayor parte fue reconstruida en el estilo barroco durante el XVII por Henry Dill, un discípulo de Archer. La fachada que da a poniente está rematada por un arco, el comedor tiene forma octogonal y en el techo del vestíbulo hay unos frescos pintados por Thornhill. Durham era nieto de un rico

fabricante de tejidos de algodón de

Rochdale, pero ni Charles ni su padre habían tenido otra ocupación que la de vivir como caballeros rurales. A finales del siglo XIX el jardín había sido diseñado nada menos que por el gran paisajista Loudon, pero Durham, que era un *dilettante* con aspiraciones artísticas, a poco de llegar a Theiston hizo arrancar los arriates de plantas, los parterres y los grupos de rosales para emprender la reforma de los jardines siguiendo el modelo de los que había visto en sus viajes por Italia en Bagnaia, Setignano y la Villa d'Este de Tivoli. Importó grandes cantidades de estatuas y todavía en 1922 había operarios construyendo las escalinatas, los estanques y templete necesarios para italianizar el jardín.

Durham tenía cuarenta y seis años y se había casado dos veces. Su primera mujer, Honoria Filby, murió cuando sólo contaba veintisiete años, dejándole un hijo y una hija; Charles, al que todos llamaban Charlie, y Mary, conocida por May. Siete años más tarde, en 1917, Durham se volvió a casar con la hija de un médico que poseía una próspera clientela en Norwich. Se llamaba Irene McAllister y en 1920 ya le había dado tres hijos: Edward, Julius y Sonia. Este último nombre se había puesto de moda alrededor de los años veinte, no debido precisamente a la influencia rusa, ya que la Revolución Rusa tuvo lugar en 1917, sino a causa de una novela de Stephen McKenna publicada aquel mismo año, cuya heroína y cuyo título llevan este nombre. Sin embargo, a la niña la llamaban siempre Sunny, porque tenía un carácter particularmente alegre y también porque su hermano Edward le había aplicado esta especie de diminutivo de Sonia.

Por consiguiente, en el momento del crimen eran muchos los habitantes de la mansión. La familia consistía en el señor y la señora Durham y sus hijos Charlie, May, Edward, Julius y Sunny, y además estaban los sirvientes: Thomas Chapman, el mayordomo; el ama de llaves, la señora Deedes; la cocinera, señora Brown; dos criadas, una camarera, una pinche, la niñera, Sarah Keringle y la ayudante de la niñera, Bessie Stonebridge. También había tres jardineros: el jardinero jefe, John Williams, y Thomas Pritchard y Arthur Bailey. La propiedad de Theiston Hall era muy extensa y llevaba aparejadas ciento veinte hectáreas de bosque y un coto vedado de caza de faisanes y perdices vigilado por el guardabosque

Robert Jephson. Él y John Williams, el jefe de los jardineros, vivían en dos casitas vecinas situadas en los terrenos de la propiedad. En el mes de mayo de 1922, el único que estaba ausente era Charlie, pues andaba por su segundo año de estudios en Oxford, concretamente en Worcester College. El número habitual de residentes en la propiedad se veía aumentado porque Jephson había invitado a su hermana, su cuñado y los dos hijos de éstos a pasar unos días en su casa, como siempre solía hacer por esa época. Aquella visita tenía una doble finalidad: los invitados disfrutaban de unas vacaciones y al mismo tiempo ayudaban a Jephson a realizar la lenta y delicada tarea de recoger los huevos de las aves de caza dispersos por el suelo y hacerlos incubar por gallinas cluecas o por faisanes que ya estuvieran incubando. En aquellos parajes los faisanes eran aves sacrosantas e intocables en todas las fases de su ciclo vital, de tal modo que unos años antes había ocurrido un incidente desagradable por este motivo: el predecesor de Jephson, un hombre de edad llamado Brimley, había matado de un tiro al gato de May Durham cuando un día lo encontró decapitando a unos pollitos de faisán. Charles Durham no llegó exactamente a despedir al guardabosque, pero lo jubiló con una pequeña pensión y le obligó a dejar la casita que durante cuarenta años había sido su hogar.

May Durham tenía a la sazón diecisiete años y nueve meses, y era una verdadera belleza, con unos bonitos ojos oscuros y una larga cabellera negra que le llegaba casi a los muslos pero que ella tenía ganas de cortarse «a lo garcon» para estar a la moda. Había sido educada en casa por una institutriz que había dejado su empleo en las pasadas Navidades al dar por concluido su trabajo. Charles Durham hubiese querido mandar a su hija a Francia, a una *finishing school*, pero May conoció aquella primavera a un joven arquitecto de Norwich, llamado Thierry Watkin, que la pido en matrimonio, y Durham no quiso aprobar un noviazgo oficial hasta que tuvieran tiempo de conocerse mejor. Por lo tanto, May continuó viviendo en casa sin más obligaciones que ir de visitas con su madrastra, arreglar ramos de flores y jugar al tenis. Al parecer, no tenía ningún *hobby* ni interés intelectual de ninguna clase, y, aunque se la consideraba una pianista consumada, en cuanto su institutriz partió no volvió a levantar la tapa del piano. Las relaciones entre ella y su madrastra eran bastante incómodas, a pesar de que May parecía

haberse sobrepuesto a aquel intenso y febril resentimiento que mostró al principio del segundo matrimonio de su padre. Era cariñosa con sus dos hermanastros varones, jugaba con ellos, los llevaba de paseo y estaba muy pendiente de ellos, de modo que los amigos de la familia, al verla tan maternal, consideraban con sonriente aprobación su proyectado enlace con Thierry Wattkin.

Sin embargo, dicen que a Sunny no la quería. Es difícil comprender que una joven de diecisiete años, guapa, sana y de buena posición, pueda sentir antipatía por su hermanastra de dos años, sobre todo cuando consta que la pequeña tenía buen carácter y un temperamento alegre. Pero por otro lado, si consideramos que May tal vez fuera una paranoica o al menos algo psicópata, había dos cosas en Sunny que pudieron haber provocado el odio patológico de May: la niña era el vivo retrato de su madre, Irene Durham, y su padre la adoraba de tal modo que quizá May se había visto desplazada por ella en el afecto de Charles Durham. Georgina Hallam-Saul, el único escritor que se ha ocupado a fondo del caso Kirby Theiston, propone una teoría muy curiosa. Dice que en la primera mitad del siglo XX, más concretamente desde 1910 a 1940, se consideraba que la belleza iba aparejada al cabello rubio, y por tanto una mujer morena despertaba menos admiración que una rubia por muy acreedores de hermosura que fueran sus rasgos, su figura o el color de sus ojos. Y se da el caso de que May Durham, como hemos dicho, tenía el cabello oscuro, la tez cetrina, casi olivácea, y los ojos castaños, pues se parecía a su madre. En cambio Charles Durham era más bien rubio, su segunda mujer tenía la piel y el cabello muy claro, y la hija de ambos, Sunny, era una rubita de ojos azules. Georgina Hallam-Saul sugiere que por este motivo May pudiera haber sentido envidia de su hermanastra, pero es que dicha escritora sustenta la teoría de que May fue la asesina.

Está claro que May no acostumbraba a salir al jardín o sus alrededores en compañía de la pequeña, mientras que le gustaba ir con los dos niños a pasear o a visitar a los animales favoritos de la familia Durham: un pony, un perro ovejero que tenía su perrera en el patio de las caballerizas, las gallinas de Guinea que andaban sueltas y los conejos de la raza Oíd English. No obstante, en la mañana de aquel martes de mayo del año 1922, cuando May Durham salió con Edward y Julius para mostrarles los gatitos que su

gata (la sucesora del minino que mató Brimley) había tenido la semana anterior, se llevó también consigo a Sunny. Era la segunda camada de la gata, y, lo mismo que la primera vez, el animal no quiso dar a luz en el nido que May le había preparado en su propio dormitorio, sino que fue a parir en el tronco vacío de un viejo roble.

Nadie sabe lo que ocurrió durante aquella visita, ni nadie lo sabrá nunca. La única explicación que dio May fue que había perdido a Sunny. La gata se mostró mansa con su propietaria, pero cuando Edward fue a tocarla le arañó, y ello motivó que durante los minutos siguientes May dedicara toda su atención al niño para consolarlo y restañarle la sangre con un pañuelo. El árbol donde estaban los gatitos se hallaba en la linde del bosque, no muy lejos de la casa, pero separado de ella por los establos y la explanada de los caballos. Según dijo May, ella creía que Sunny estaba sentada al lado de Julius sobre un tocón, pero cuando volvió a mirarles, Julius seguía allí y Sunny había desaparecido.

Julius Durham tiene ahora sesenta y seis años y no recuerda nada de lo sucedido, porque entonces sólo contaba tres años. Su hermano Edward es un año y medio mayor que él y recuerda algunos detalles de los sucesos de aquella mañana, aunque reconoce que muchos de sus «recuerdos» pueden ser reminiscencias de lo que oyó contar más tarde.

«La gata de May me arañó la mano. Este fue probablemente el primer dolor intenso que sentí en mi vida, y, a pesar de que no me parece haber visto sangre, recuerdo que May me abrazó y me dijo que fuera valiente. Yo, desde luego, no hacía más que llorar y gritar, mientras May me ataba su pañuelo alrededor de la mano. Luego creo que todos nos pusimos a buscar a Sunny pero, como ya sabe, no la pudimos encontrar.»

Por lo visto, May no pareció preocuparse mucho. Pensó que la niña había vuelto sola a casa, una conclusión bastante curiosa si se considera que Sunny acababa de cumplir dos años y en cuanto daba unos pasos pedía que se la llevaran en brazos. Y cuando llegó a la casa con los niños, May no preguntó por Sunny. Explicó este hecho a la policía diciendo que había visto a lo lejos, en el camino que iba desde el patio de los caballos a las casitas del jardinero y el guardabosque, a Bessie Stonebridge, la ayudante de la niñera, hablando con una mujer, y que junto a ellas había una niña a la que

tomó por Sunny. En realidad, la criatura era un niño, el sobrino del guardabosque, y la mujer era su madre. Ocurría que May era miope y si no llevaba gafas era por pura vanidad.

Por consiguiente, pasó más de una hora antes de que echaran de menos a Sunny. Aquella tarde, los Durham daban una merienda amenizada por varios partidos de tenis, en la que los jóvenes de la vecindad irían a jugar mientras sus padres harían de espectadores. Pritchard acababa de pintar las líneas de la cancha, y May y él estaban comprobando la altura de la red (el largo de una raqueta de tenis en posición vertical más el ancho de la pala puesta horizontal), cuando la niñera Sarah Keringle se acercó a May para decirle que Sunny tenía que ir a comer. May, horrorizada, explicó que creía que la niña estaba con Bessie, pero Bessie hacía media hora que se hallaba en el cuarto de jugar con los dos chicos.

Se organizó la búsqueda de Sunny, en la que al principio sólo tomaron parte Charles Durham, John Williams y Arthur Bailey, aunque después se les unieron la señora Durham y May. Nadie comió aquel día en Theiston Hall, excepto Edward y Julius, y Thierry Wattkin, el primer invitado en llegar, participó asimismo en la búsqueda. Sin embargo, al no encontrar a Sunny, Charles Durham telefoneó a la policía del pueblo y sobre Thierry Wattkin recayó la poco envidiable tarea de despedir a los invitados a medida que iban llegando.

La policía se presentó rápidamente; primero apareció un policía del pueblo y después un sargento de Norwich, y ambos comenzaron a entrevistar a todos aquellos que podían haber visto a Sunny. Empezaron con los sirvientes y otros empleados de Theiston Hall y continuaron con los habitantes del pueblo de Theiston Kirby, pero nadie reconoció haber visto a la niña a partir de las once de la mañana, de modo que los ocupantes de la mansión tuvieron que irse a dormir sin tener noticias del paradero de Sunny.

Al día siguiente, el perro de Jephson encontró el cuerpo de la niña a unos cincuenta metros del tocón en el que había estado sentada junto a su hermano. El cadáver había sido enterrado muy superficialmente bajo una capa de hojas y tierra que cualquiera hubiera podido excavar sin ayuda de ningún instrumento. Sunny había sido degollada.

No cabía duda que se trataba de un asesinato, pues el modo en

que se produjo la muerte excluía la hipótesis de un accidente.

La Brigada de Investigación Criminal de Norfolk, que acudió a continuación, comenzó a interrogar a May. Sarah Keringle les dijo que cuando la señorita May había ido a buscar a los niños llevaba un vestido de algodón azul estampado, pero que después se cambió, porque cuando comprobaba la altura de la red llevaba puestos una falda de hilo blanco y un suéter blanco y negro. La policía le preguntó por qué se había cambiado antes de verificar la altura de la red, en lugar de hacerlo después de comer y antes de la fiesta. May respondió que el vestido azul se había manchado con la sangre procedente de los arañazos de Edward. Entonces la policía condujo a May a la comisaría de Norwich.

May pasó la noche allí y la soltaron al día siguiente. Para entonces, el inspector jefe John Finch ya había comprobado que, efectivamente, la gata de May había arañado a Edward, y que el asesino o la asesina de Sunny no sólo tendría unas gotitas de sangre en la ropa sino que ésta presentaría unas manchas enormes. Él y sus hombres volvieron su atención al pueblo y al puñado de individuos que aparecían como menos respetables que el resto de los vecinos; uno de ellos, por ejemplo, había pasado una noche en la cárcel acusado de borrachera y desorden público, y otro era un cazador furtivo. Pero ni que decir tiene que en todo Kirby Theiston no había una sola persona susceptible de ser acusada de importunar a los niños, y mucho menos de asesinar brutalmente a una criatura.

Sólo en aquella fase tardía de la investigación comenzó la policía a interrogar a los parientes que Jephson tenía alojados en su casa. Un aspecto extraordinariamente curioso del asesinato de Kirby Theiston es que, a pesar de que, el mismo día en que descubrieron el cadáver de Sunny, Finch se enteró de que Jephson tenía a su hermana, su cuñado y su sobrino de dos años y medio alojados en su casa, el inspector jefe no demostró sentir el menor interés por ellos y no trató de hablarles hasta *cinco días después* de que Sunny desapareciera. Cuando fue a interrogarles su visita tocaba a su fin y se disponían a regresar a su casa de Sindon Road, en Essex.

El nombre de la hermana de Jephson era Adele, y estaba casada con Albert March.

Dos años atrás, los March también habían perdido a una hija, asimismo de dos años..., se llamaba Kathleen. Por lo que sabemos,

el inspector jefe Finch ignoraba este hecho y sus preguntas no lo sacaron a relucir. Georgina Hallam-Saul tampoco lo menciona al estudiar el caso de Kirby Theiston. Sólo menciona a la familia March en dos párrafos del capítulo dedicado a la personalidad y antecedentes de los empleados de Theiston Hall que no vivían en la mansión.

James Moore-Whyte, en su colección de historias de asesinatos reales, *Asesinatos en el este de Inglaterra*, otorga el puesto de honor al misterio de Kirby Theiston pero sólo se refiere a los March de pasada en el siguiente párrafo:

«El inspector jefe Finch le pidió permiso a la señora Jephson, la esposa del guardabosque, para registrar la casa. Buscaban ropa manchada de sangre y el cuchillo con el que se había cometido el asesinato. La señora Jephson le dijo a Finch que podía registrar cuanto quisiera porque su marido y ella iban a estar ausentes una o dos horas, ya que se dirigían a la estación de Norwich para despedir a su hermano y su cuñada que habían pasado unos días con ellos».

Entonces, ¿qué preguntas les había hecho Finch a Albert y Adele March? Al parecer, sólo si habían visto a Sunny o alguien de apariencia sospechosa merodeando por los alrededores. Respondieron a ambos interrogantes con sendas negativas, se marcharon y jamás se les volvió a entrevistar.

El asesino de Sunny Durham nunca fue descubierto. Irene Durham creía culpable a su hijastra, y aducía como motivo los celos irreprimibles que padecía May. Irene se hallaba al borde de un colapso mental (cuando tuvo lugar el asesinato de Sunny estaba embarazada y una semana después tuvo un aborto), de modo que cuando May trató de consolarla le dio un bofetón y le dijo a su marido que ella y May no podían seguir viviendo bajo el mismo techo. A pesar de que entre May y Thierry Watkin no existía un compromiso oficial, sí había un entendimiento tácito, pero Watkin no repitió su propuesta de matrimonio. Sólo volvió a visitarla una vez después de la tarde del tenis, y algo más tarde abandonó el lugar. Poco a poco se hizo patente que el pueblo entero creía que May había matado a su hermanastra y que no había sido llevada a juicio por falta de pruebas. Un día fue apedreada por un grupo de chicos del pueblo y tuvieron que darle unos puntos en la frente.

¿Creía su padre que May era culpable? En lugar de enviarla a un *finishing school* la mandó a Suiza, a un sanatorio en las cercanías de Brunnen, con el pretexto de que su salud se había resentido a causa de la tensión padecida. Antes de aquello, May jamás había mostrado ningún síntoma de que estuviera tísica, pero cinco años más tarde murió de tuberculosis, tras haber pasado los cuatro últimos años en Melbourne en compañía de la hermana de su padre, Mary Durham. ¿O tal vez la familia Durham; lograba encubrir lo que ocurrió en realidad, o sea que May cometió suicidio?

Charles Durham murió en 1939; su segunda esposa, Irene, en 1962, y su hijo, Charlie, cinco años después que su madrastra. El hijo que Irene tuvo en 1925 y al que pusieron de nombre Colin Jonathan, se mató durante una ascensión al Himalaya en el año 1964. Por tanto, los únicos supervivientes de la familia Durham de Theiston Hall son Edward y Julius Durham, cuya residencia se ha convertido en un centro donde se celebran conferencias. John Williams, el jefe de los jardineros, murió en 1932; Thomas Pritchard en 1942, Arthur Bailey en 1946, y Sarah Keringle en 1952. Bessie Stonebridge se casó con un tal Dryburgh, tuvo cuatro hijos, y ahora tiene ochenta y un años y vive con su hija casada en Aberdeen. De los restantes sirvientes sólo queda con vida la pinche, Margaret Otter, de ochenta años, que sigue soltera y vive cerca de Norwich. Robert y Kitty Jephson no tuvieron descendencia y murieron ambos en 1970 con pocos meses de diferencia. Adele March falleció a los noventa años, sólo un mes antes de que yo escribiera este relato. Vivió cincuenta y cinco años más que Albert, su primer marido, y dieciséis más que el segundo, William Bacon.

Kathleen March tenía dos años cuando desapareció, y Sonia «Sunny» Durham tenía esa misma edad. Ambas estaban al cuidado de una muchacha, y aquellas dos jovencitas llevaron un estigma durante el resto de su vida, pues quienes las rodeaban expresaban con susurros la creencia general de que eran asesinas de criaturas. Pero, probablemente, el común denominador de ambos casos sea Albert March, que como se sabe atravesó el puente de Sindon Weir alrededor de la hora en que desapareció su hija y estaba asimismo en Theiston Hall el día en que desapareció Sunny Durham. En los diez años transcurridos entre 1910 y 1920, es decir, desde el año que siguió a la boda de Albert March hasta el año en que murió, no

menos de cinco niñas de edades comprendidas entre los dieciocho meses y los cinco años desaparecieron en la región del norte de Essex y el sur de Suffolk. Durante la guerra del 14, March había recibido una herida en la cabeza mientras luchaba en Francia, herida que le dejó como secuelas unos terribles dolores de cabeza con todas las características de las migrañas. ¿No sería posible que aquella herida hubiese causado un daño adicional a su cerebro, de modo que cuando sufría aquellos dolores de cabeza casi insoportables se veía impulsado a cometer unos actos de los que no era responsable y que olvidaba en cuanto desaparecía la migraña?

Cuando dejé estas páginas manuscritas me hallaba tan conmovida e impresionada que pensé que Daniel Stewart había logrado lo que se proponía, aunque no por las razones que él esperaba. Es cierto que he comprendido lo esencial de su tesis, es decir, que toda la evidencia inducía a pensar que Albert March era el culpable del asesinato de Kathleen y que por lo tanto Vera quedaba libre de toda sospecha, pero eso me ha dejado indiferente porque nunca había creído a Vera capaz de matar a una criatura.

Lo que me ha producido un escalofrío helado, lo que me ha, obligado a dejar las páginas y a quedarme inmóvil, sumergida en, mis recuerdos, ha sido el nombre de Jonathan Durham. Un tal Jonathan Durham fue el testigo de boda de Tony Pearmain y más tarde se casó con una de las damas de honor que, junto conmigo, componía el séquito de Edén; eso es lo que al parecer se espera del testigo del novio, que se case con una dama de honor, pero lo hace raras veces. ¿Se trataría del mismo Jonathan Durham? Con toda seguridad, porque recuerdo que era un escalador y que vivía en el condado de Norfolk, y su edad también cuadraba. Desde luego, ése era un ejemplo de la sigilosa convergencia de los destinos humanos. Recuerdo perfectamente a Jonathan Durham, tan bien como recuerdo lo ocurrido aquel día, el día de la boda de Edén.

Los vestidos de las damas de honor estaban confeccionados en la gama de colores de los guisantes de olor, y el mío era de un púrpura apagado. El de color rosa lo llevaba una chica llamada Evelyn no sé qué más, y ella fue la que más adelante se casó con Jonathan. Edén se había negado a ponerse un vestido de novia de satén brillante, como mandaba la moda, y se había hecho hacer uno lleno de frunces (nos lo dijo a Vera y a mí) con veinte metros de tul blanco.

Pasó la noche antes de la boda en Laurel Cottage, y Vera fue la primera que la vio ataviada con aquel traje de asombrosa hechura, cuerpo y mangas ajustados y falda amplísima. Una chica que trabajaba en la peluquería del pueblo (y que vivía con sus padres en Inkerman Terrace, justo al lado de la casa que había sido de los March) vino a las nueve de la mañana para peinar primero a Edén y luego a Vera. A mí no me hacía falta porque llevaba el pelo liso y muy largo. La noche anterior todo fue como en los viejos tiempos: Francis durmió en el cuarto de enfrente, al otro lado del rellano, y yo compartí la habitación de Edén, cuyas camas seguían colocadas lo más lejos posible una de otra. Cuando Edén abrió el cajón del tocador en busca de unas pinzas para depilar, me sentí muy culpable y me pregunté si alguna vez ella habría notado mis incursiones en su intimidad, si no me habría dejado un largo pelo castaño o las huellas de los dedos sucios de mis doce años. Pero pronto se me hizo patente que Edén se había deshecho de todos los cosméticos y perfumes que contenía el tocador. Ahora había subido de categoría y sólo utilizaba productos de belleza franceses, y de lo más exquisito. Pero su sofisticación no llegaba a incluir los adornos de la habitación. Antes de meterse en cama, descolgó de la pared la fotografía de la estatua de Peter Pan.

—Tengo que acordarme de llevármela —dijo—. Es mi estatua favorita, ¿sabes, Faith? Fue estupendo estar en Londres y poderla ver cada semana.

Entonces me vino a la memoria que ella estuvo en Londres y que me había visto, pero por una razón que yo ignoraba había pasado de largo sin saludarme.

—Supongo que esta habitación será la de Jamie —dije.

—La verdad es que no he pensado en ello —respondió—. Tendrás que preguntárselo a Vera.

A Edén no le gustaban los niños, o por lo menos así me lo parecía después de verla con Jamie. No le hacía ningún caso, excepto para decirle que se estuviera quieto; más exactamente, que no tocara ninguna de las cosas que le pertenecían a ella. Edén se sentó en la cama y se cambió el anillo de prometida, que llevaba día y noche, de la mano izquierda a la derecha. Era una sortija espectacular, pues no constaba de un mero grupito de diamantes, sino que éstos formaban una semiesfera sobre un fino aro de

platino. Al día siguiente, Edén me dijo que no había pegado un ojo en toda la noche y quizá fuera verdad, pero como yo sí que había dormido no tenía modo de saberlo.

Edén tenía cara de cansada y los ojos hinchados. Yo estaba intentando reunir la energía suficiente para levantarme e ir a tomar un baño, pues el baño era cosa obligada y, como yo era la persona de menor importancia, tenía que bañarme la primera, a las siete y media, para que el agua del calentador tuviera tiempo de volver a calentarse.

Edén me dijo:

—Espera un momento.

Y me dejó asombrada al hacerme la primera confidencia que jamás me hiciera. ¡Y qué confidencia! Aunque por entonces yo ya no me sonrojaba tan fácilmente, sentí que me ardían las mejillas y miré hacia otro lado, rehuyendo la mirada de ella.

Las palabras le habían salido de sopetón, incontenibles.

—¿Va a notar que no soy virgen?

—No lo sé —respondí—. ¿Cómo voy a saberlo?

Los seis años que nos llevábamos quedaron borrados por el fuerte parentesco que unía a tía y sobrina; no obstante, el profundo embarazo que me embargaba sofocó en mí cualquier otro sentimiento. No fue sino más tarde cuando reparé en lo incongruente que resultaba que la chica que me hacía esa pregunta fuera la misma que había tronado contra mi padre porque yo no le había escrito una carta de agradecimiento, y que también fuera la misma que había simulado no verme por la calle.

—Pero es que no lo soy —continuó—. Y dicen que los hombres lo notan.

—Sólo si se han acostado con muchas chicas —dije, habiendo recuperado el sentido común—. ¿Tú crees que ha conocido a muchas?

Dijo que no lo sabía y se sentó, rodeándose las rodillas con los brazos. Llevaba el cabello revuelto en un pañuelo de gasa y parecía aquella pintura que representa a la Esperanza sentada sobre el mundo. La abuela Longley la tenía, reproducida en un grabado de color sepia que desapareció cuando Vera tomó posesión de la casa.

—¿Por qué me lo preguntas a mí? —dije—. ¿Por qué no se lo preguntas a Vera? Es más lógico que ella lo sepa.

—No puedo —dijo, resuelta y desesperada—. Es imposible.

—He leído en alguna parte —dije, (toda mi experiencia estaba sacada de los libros)— que esto también te puede pasar si montas a caballo. ¿Tú has montado a caballo?

Edén sacudió la cabeza.

—Esta es otra de las cosas que tendré que decirle, que no he montado nunca a caballo. El cree que sí, porque nunca ha conocido a nadie que no supiera montar.

Me costó trabajo mantener la seriedad.

—Bueno —dije— pues sobre todo no vayas a decírselo. No me refiero a lo de montar a caballo, sino a lo otro. Recuerda lo que le pasó a Tess de los Uberville.

Pero Edén no había oído hablar de Tess en su vida. Mientras me daba el baño estuve especulando de con cuál de sus admiradores habría perdido Edén la virginidad. ¿Con Chad? Seguramente no, si era cierto que se trataba del amante de Vera y padre de Jamie. Todo aquel asunto me causaba desazón. ¿El oficial de la Marina, aquel aristócrata que pereció ahogado? ¿El hombre que la acompañaba aquella noche en el teatro? Tal vez todos ellos habían sido sus amantes... Me sentía intrigada y un poco escandalizada. Estábamos en el año 1946, y aunque el hecho de que una mujer tuviera amantes ya no era algo terrible y horroroso ni tampoco constituía una osada prerrogativa de la clase alta, seguía siendo escandaloso a los ojos de la gente mayor. En cuanto a mi generación y a la de Edén, considerábamos que era una cuestión acerca de la cual había que mostrar discreción y reticencia. Pensé que tal vez por eso Edén no había querido consultar a Vera, ya que ésta tenía casi cuarenta años y cuando ella era joven todo debía de ser muy diferente. No entiendo cómo me las arreglé para conciliar esta idea con la creencia de que Vera había sido infiel a Gerald y tenía un asunto amoroso con Chad, pero conseguí creer ambas cosas.

Es el único caso que conozco en el cual la novia ha ido al altar acompañada por su sobrino. Desde luego, a mi padre le dolió que Edén no le pidiera que hiciera este papel en la boda, aunque ella le dio (por teléfono) la típica excusa Longley, y digo excusa porque no puede decirse que fuera una razón. Después de colgar el teléfono, mi padre se dirigió adonde estábamos mi madre y yo; el pobre trataba de poner buena cara cuando nos explicó:

—Dice que no estaría bien que lo hiciera yo, porque yo tengo a mi propia hija. Dice que otra cosa sería si ya te hubieras casado y yo te hubiera llevado al altar.

—Como comprenderás —dijo mi madre—, Faith no puede casarse sólo para darle gusto a ella.

Francis fue el encargado de acompañar a Edén al pie del altar. Bajó a desayunar vestido con los pantalones rayados del chaqué y la camisa blanca del conjunto, pero sin corbata. Vera hizo muchos aspavientos, diciendo que se podía manchar de huevo, y Francis, por descontado, lo aprovechó para mortificarla como ya se lo había visto hacer en una ocasión anterior: se levantó de la mesa para sentarse en un sillón y colocar en el brazo de éste una taza llena de té con su correspondiente platillo. Claro está que yo nunca había visto que Francis actuara de manera desmañada, pues tenía unos gestos elegantes y gran destreza manual, de modo que, de no ser adrede, jamás dejaba caer ni manchaba nada. Y si yo sabía esto, mucho mejor debía saberlo Vera, pero ella nunca escarmentaba. Francis se esmeró en fomentar la inquietud de Vera: gesticuló con el brazo hasta hacer que su codo pasara a unos milímetros de la taza; se desplazó en el asiento para que el sillón se moviera, y después de llevarse la taza a los labios la volvió a poner en el borde del platillo, dejándola en equilibrio inestable. Si la taza se hubiera volcado, el té le habría manchado los pantalones y probablemente también las mangas de la camisa, o quizá hubiera caído sobre Jamie, que había escogido aquel rincón para sentarse a jugar con una pila de viejos bloques de madera, un juego de mi padre cuando era pequeño.

Vera no tenía más que quitar a Jamie de allí, y lo hizo, pero el niño empezó a lanzar berridos hasta que lo volvió a dejar en el mismo sitio. A Francis, Vera no le podía hacer nada excepto pedirle que retirara la taza del brazo del sillón, pero además le colocó a su lado una mesita auxiliar, no sin antes desembarazarla de todas las chucherías de que estaba cubierta. Francis reaccionó colocando sobre la mesita el periódico, junto con sus cigarrillos y un encendedor de oro que tenía todo el aspecto de ser muy caro. Apenas había probado el té.

—Se ha quedado frío —dijo—, me serviré otra taza.

Tiró el té frío, volvió a llenar la taza, y la colocó de nuevo sobre el brazo del sillón.

¿Por qué una mujer realmente hermosa vista en *deshabillé* puede estar más horrorosa que otra mujer corriente y normal? Es algo que he comprobado repetidas veces. Supongo que será porque las guapas creen que no tienen que preocuparse de su aspecto, ya que los hombres suelen decirles que estarían igualmente preciosas vestidas con un saco... Y es posible que les sentara bien, ya lo creo, pues un saco es una prenda que puede resultar bastante favorecedora. Sin embargo, no estamos tratando ahora de sacos, sino de una vieja bata de franela azul que llevaba Edén, así como de un pañuelo manchado y raído que envolvía sus cabellos y de unas sucias chinelas de marabú. Estaba sentada a la mesa con ese atuendo, la cara grasienta y las uñas a medio despintar, y aunque no comía nada, entre los dientes delanteros tenía atrapado un trocito de piel de cereza, resto de la cena de la víspera. Jamie, que empezaba a independizarse y ya no consideraba que Vera fuese la única persona del mundo, se acercó a Edén con un coche de juguete en la mano. Ella le miró con una expresión de impaciente desespero y, aunque no le apartó de un empujón, tuvo el mismo gesto de rechazo que solemos hacer cuando un gato o un perro que no nos pertenece nos está molestando... Fue un ancho y enérgico movimiento del brazo para indicar al niño que se alejara.

Vera nunca le echaría nada en cara a Edén, y a pesar de que ahora parecían estar menos unidas que antes, esa regla todavía estaba en vigor. Sin embargo, pareció muy apenada, y le tendió los brazos a Jamie diciéndole:

—Ven con mamá, cariño —dijo.

Entonces ocurrió una cosa extraordinaria: Francis, habiendo decidido seguramente que la taza de té había servido ya a sus propósitos, fue a dejarla y, acercándose a Edén, la ayudó a levantarse y la envolvió en un estrecho abrazo.

—¡Ánimo, amor mío! —le dijo.

Edén escondió el rostro en el hombro de Francis y siguieron así abrazados, de pie y oscilando ligeramente. Yo permanecí sola, sentada ante la mesa, mientras a un lado Vera abrazaba a Jamie y al otro Francis abrazaba a Edén. Al principio me sentí un poco harta de ellos pero luego me invadió aquella antigua sensación de no pertenecer a su grupo.

Vera se dirigió a ellos con una voz monótona y sin expresión

para decirles:

—La peluquera llegará dentro de diez minutos.

Edén lanzó un gritito y se apartó de Francis.

—¡Pero si tengo que hablar contigo! —exclamó.

—¿De verdad, amor? —dijo Francis—. Creo que podremos arreglarlo. Mi tiempo te pertenece; puedes disponer del día entero.

Adiviné que Edén le quería preguntar lo mismo que me había preguntado a mí. Y de alguna manera sabía que Francis le daría la solución. Era de la clase de personas que siempre saben este tipo de cosas.

—Ve a bañarte —siguió diciéndole Francis—, y después nos soltaremos el pelo y nos bajaremos las bragas o lo que sea que hagan las chicas cuando están charlando a solas.

—¡Francis! —gritó Vera, estrechando fuertemente a Jamie como si alguien lo amenazara. Pensé que iba a reñir a Francis por haber mencionado lo de las bragas, que le rogaría que no dijera «cosas verdes», pero no lo hizo—. ¿A qué te refieres con eso de «charlar»? ¿Y de qué tenéis que charlar? La boda es al mediodía.

Tuve la rara impresión de que, a pesar de que Vera se dirigía a Francis en un tono de bravata que jamás habría utilizado con Edén, era a Edén a quien estaba hablando. Creo que Vera estaba pálida y parecía asustada, pero tal vez lo recuerde así porque la memoria nos juega malas pasadas. Seguramente. A continuación, Vera le dijo a Francis:

—¡Te prohíbo que preocupes a Edén!

Fue una ocurrencia estúpida y Francis se echó a reír. Entonces la peluquera llamó a la puerta y yo fui a abrirle.

Por alguna razón, tal vez porque veía en él al sucesor de Gerald, pensé que Chad acudiría a Laurel Cottage en el transcurso de la mañana, pero no vino y nadie mencionó su nombre. Mis padres se alojaban en un hotel de Sudbury, y el novio y su familia en otro más elegante de Dedham. A la boda iban a asistir doscientos invitados. Más adelante, Helen me contó que Edén había querido pasar su última noche de soltera en casa de los Chatteriss y casi lo daba por seguro, pues quería impresionar a su familia política con una cena por todo lo alto. Desde luego, Helen hubiera estado encantada de preparar aquel banquete, pero le daba lástima (así me lo dijo) la pobre Vera.

—Piensa en la pena que le causarías a Vera —le dijo a Edén—. Quédate esta última noche con ella, te lo ruego. Tú tienes tanto, y, si lo piensas bien, ella tiene tan poco...

Y Edén, asintiendo de mala gana, había dicho de un modo incomprensible:

—Pues yo me imaginaba que Vera tendría que estar muy harta de mí.

Cuando fui a vestirme, pasé ante la puerta abierta del dormitorio de Vera y vi que le estaba poniendo a Jamie unos pantalones cortos de color azul y una blusa de seda blanca. La última vez que los había visto allí juntos, Vera estaba amamantando a Jamie con la misma expresión radiante de entrega y adoración que tenía ahora. Chad me dijo una vez que, para que un personaje de ficción resulte simpático, hay que hacer que quiera a alguien: a su anciana madre, a su perro de aguas, e incluso, en un momento de apuro, bastará con su periquito. Siempre me había desagradado Vera, pero es imposible sentir rechazo hacia una mujer que quiere tan profundamente a un niño como Vera quería a Jamie. Él la había transformado, la había suavizado y dulcificado. Para decirlo con una palabra no muy bonita, durante todo aquel proceso, Jamie la había ablandado.

—Y nosotros que pensamos que podrías ser el paje de tía Edén, ¿verdad, guapo? —estaba diciendo Vera—. Pero a tía Edén no le gustó esta idea, porque cree que los niños pueden causar molestias. La verdad —añadió en tono razonable— es que resulta muy comprensible.

¿Qué habrá sido de las fotos de la boda de Edén? Supongo que Tony aún las guarda, aunque lo más probable es que las haya tirado hace ya tiempo. No se ha vuelto a casar y la mayor parte del tiempo lo pasa en el extranjero, en el Lejano Oriente. Es cierto que en «la caja» hay un retrato de Edén vestida de novia, pero quizá hoy día ya no quede constancia de la pareja que hacían Edén y Francis. Éstos parecían dos maravillosos gemelos rubios o unos novios hollywoodienses de los tiempos en que las estrellas de cine eran personas de gran hermosura, cuando las películas se hacían con pulcritud y esmero, y la gente estaba obligada a ataviarse con elegancia antes de asistir a cualquier acto social. También tenían un aspecto algo irreal en aquella sala de estar de Vera, mientras

esperaban de pie para que Edén no arrugara al sentarse su vestido de tul. Con sus rostros suaves y sus cabellos brillantes podían pasar asimismo por dos figuras de cera, dado el lustre de sus atuendos y la rigidez de sus dedos; eran como los facsímiles de dos personas que alguien hubiera construido a propósito, sabiendo que un día el museo de Madame Tussaud desearía poseerlos. Pero es únicamente Vera la que está en este museo: su efígie es más rechoncha y llamativa de lo que era en realidad la mujer de carne y hueso; sin embargo, ya sea por una grotesca casualidad, ya sea intencionadamente, lleva el mismo vestido que lucía en la boda de Edén, de color azul oscuro con un pañuelo de seda azul moteado de blanco rodeándole desmayadamente el escote.

Cuando caminaba por el pasillo de la iglesia detrás de Edén y junto con las otras tres damas de honor (Evelyn, la que se casó con Jonathan Durham, Patricia Chatteriss, y una prima de la rama Naughton llamada Audrey), vi a Chad sentado en el primer banco. Aunque estaba en el lado de los invitados de la novia, se encontraba muy lejos de Vera, correctamente situada con Jamie entre Helen y mi madre. Al otro lado de Helen, entre ella y el general, estaba sentado Andrew, el hijo de ambos, que había tomado parte en la batalla de Inglaterra en su calidad de piloto de un Hurricane y después fue prisionero de guerra. Andrew era mi primo, pero sólo a medias, pues no teníamos cuatro abuelos comunes sino únicamente dos. Tenía el cabello más oscuro que el resto de los Longley y presentaba por entonces, con su cara chupada y sus mejillas hundidas, un aspecto algo cadavérico. En el campo de concentración había perdido mucho peso y no lo había vuelto a recuperar, y a mí aquella apariencia se me antojaba de lo más romántico y no poco heroico. ¿Qué debió de sentir cuando vio que su avión se desintegraba y emprendió aquel terrible descenso entre los disparos de las baterías antiaéreas? ¿Qué sentía mientras bajaba flotando bajo el firmamento nocturno, hacia un país enemigo donde nadie sabía lo que le esperaba? Le miré de hito en hito, y él, sin sonreírme, me guiñó un ojo. Más adelante comprendí que aquel guiño iba dirigido a su hermana, pero en aquel momento pensé que era para mí.

Chad estaba mirando a Edén con una expresión peculiar de intenso sufrimiento. Me hizo sospechar que tal vez sólo se había

dirigido a Vera después de verse rechazado por Edén, pero aparté de él la vista y la fijé en el velo de Edén para que más tarde Vera no pudiera acusarme de haberme comportado de un modo poco acorde con la dignidad propia de una dama de honor. ¿Qué puede decirse de una boda? Todas las bodas son iguales: todas las novias son preciosas, los arreglos florales son los más bonitos que uno ha visto, y la música es la mejor que uno ha oído... hasta la siguiente ceremonia nupcial. Excepto en *Jane Eyre*, nadie se pone nunca de pie para denunciar que existe un impedimento, y en el presente caso no había ninguna razón que justificara tal acción, pese a las circunstancias curiosas que rodeaban la boda de Edén, y pese al comportamiento extraño y algo paranoico que tuvieron ella y Vera. Lo que había ocurrido no constituía ningún impedimento legal, pero sí hubiera sido un impedimento a los ojos de Tony Pearmain.

¿Quién escogió la Marcha Nupcial de *Las bodas de Fígaro* para acompañar la salida de los novios? Seguro que no fue Edén, que apenas había oído hablar de Mozart, sino Tony, o su testigo, o su madre. Era un valiente intento de aparentar originalidad, que falló porque esta marcha fue compuesta para ser interpretada por una orquesta y no se adapta bien a los arreglos para órgano. La organista (hermana de la señora Deliss de la Abadía) hizo lo que pudo, pero como el órgano jadeaba, soltando las notas a martillazos y con ritmo desigual, ninguno de nosotros logró caminar al ritmo que marcaba y acabamos adoptando una especie de paso de ganso. Advertí que algunos de los fieles torcían el gesto al mirarnos; incluso Chad, quien pensé que se pondría del lado de Edén, se estremeció y luego comenzó a apretar los labios y a hacer una serie de muecas que indicaban que estaba conteniendo la risa. Por fin se tapó la cara con el pañuelo, fingiendo que se sonaba.

Jamie se mantuvo tranquilo durante toda la ceremonia y llegó tranquilo y pasmado a casa de Helen, pero allí cayó en manos de la servidumbre alquilada para la ocasión, concretamente de las camareras, quienes se lo llevaron a la cocina y, después de cubrirle de servilletas, le obsequiaron con grandes cantidades de helado. Se sirvió un refrigerio en el comedor, cuyas puertas y ventanas daban al jardín y estaban abiertas. Pero como estábamos en 1946 la comida fue bien pobre: poco menos que nada aunque aderezado con buen humor. Por fortuna, el servicio de plata de los Richardson y

las flores contribuyeron a que tanto la mente como el paladar olvidaran aquel pollo con Spam, los *vol-au-vent* de conejo y el sucedáneo de crema. Era uno de aquellos maravillosos pero escasos días del verano inglés, calurosos, claros y soleados, en los que ninguna calina empaña el cielo. No sé de qué manera, los Chatteriss habían conseguido, sin ayuda de nadie, mantener el jardín rozagante a lo largo de toda la guerra. Helen, cuyas manos no parecían haber hecho trabajo más pesado que bordar o lavar porcelana fina, había pasado gran parte de los días faenando en el jardín durante el tiempo en que a Andrew se le daba por desaparecido. Ella solía decir que era el mejor medio de lograr un poco de paz para el espíritu. Aunque no sabía nada de jardinería, había copiado los arriates que viera en Glyndebourne, en el transcurso de una visita que hizo allí antes de la guerra, y para ello fue cortando gajos y esquejes de los jardines de sus vecinos. Ahora aquellos arriates, que en tiempos de los Richardson no tenían más que rosas y matas de espliego, presentaban largas y prietas franjas de todos los colores, llenos como estaban de astilbes con sus agujas de tono marfil y carmesí, de agapanthus, cardos azules, de nepetas que formaban una niebla azulada, de artemisias y cinerarias con sus reflejos plateados, de *abrotano* y de *Alchemilla mollis*. El césped descendía hasta un remanso de agua poco profundo cubierto de nenúfares que Helen denominaba «balsa» y que Vera, cuando hablaba con sus conocidos, llamaba «el lago». Yo estaba de pie junto al borde del agua sosteniendo una copa de algo parecido al champán, mientras sentía bajo las plantas de los pies, a través de mis finos zapatitos salón (unos zapatos de satén de mi madre de los años veinte teñidos de púrpura), los restos callosos y duros como el hierro de aquel gran tocón sepultado bajo el prado, y se me ocurrió preguntarle a Andrew si habían mandado traer los cisnes especialmente para la boda. Éstos pasaban nadando, con una dignidad que estaba muy por encima de todos aquellos observadores humanos, por entre las redondas hojas de los nenúfares, planas y de color de bronce, y bajo los sauces que dejaban caer sus ramas de hojas blanquecinas en el agua cristalina.

—Llegaron ayer —me contestó—. Estamos muy contentos de tenerlos porque, desde que mataron a tiros a la última pareja, no ha habido cisnes en Walbrook.

—¿Alguien disparó contra los cisnes? —dije.

—¿No conoces la historia?

—Nunca sé ninguna historia —dije—. No sé lo que ocurre, pero lo cierto es que todo el mundo sabe lo que ha pasado menos yo. Tampoco sabía lo de que Vera le había salvado la vida a Edén debajo del árbol que estaba aquí mismo, hasta que me lo contaron hace tres años.

—¡Oh, aquello!

Eso lo dijo Francis. Nadie sabía expresar tanta burla y tanto desprecio como él. Se había aproximado con Chad y ambos estaban detrás de mí.

—Bueno, pues ocurrió de verdad —dije.

—Vera siempre tuvo vocación de jefa de exploradoras.

—Cuéntame lo que pasó con los cisnes —le dije a Andrew.

—Mis bisabuelos, los abuelos de mi madre, vivían aquí y tenían un niño que se llamaba Frederick y hoy contaría setenta y siete años. Pero mis bisabuelos perdieron a sus dos hijos, al chico cuando tenía tres años, y a la chica, que fue la madre de mi madre, cuando tenía algo más de veinte. La cosa es que había una pareja de cisnes que estaban criando aquí en esta balsa. Frederick tenía una niñera que era una ignorante, muy corta y supongo que algo retrasada. Se llevó al niño a la balsa para enseñarle los cisnes, y el macho lo atacó y... bueno, lo golpeó con las alas hasta matarlo.

—¡Qué horrible! —exclamé.

—Sí. Despidieron a la niñera. Mi bisabuelo cogió la escopeta, bajó hasta aquí y mató al macho, a la hembra y a sus crías. Supongo que estaría fuera de sí a causa de la impresión y el dolor. Pero ahora, después de setenta y cinco años, los cisnes han vuelto.

Francis dijo con indolencia:

—¿Creéis que éstos pueden haber escondido a sus crías entre los juncos? Tal vez podamos lograr que una de las camareras, la que ha dejado caer la botella de jerez, traiga a Jamie hasta aquí.

Hubo un silencio horrorizado y luego Chad dijo:

—No has estado muy gracioso, amigo.

—Eso depende del gusto de cada uno —dijo Francis—. Resulta que tengo una idea extremadamente sofisticada de lo que es entretenido. Por ejemplo, a menudo he pensado que habría disfrutado mucho con los juegos circenses de los romanos. Me

hubiera gustado hacer lo que Wilde dice que hacía Domiciano, contemplar a través de una clara esmeralda la roja carnicería del Coliseo.

Andrew no dijo nada pero tenía una expresión de severa reprobación. Chad se echó a reír y empezó a contarnos que su abuelo no le había permitido a su madre, que entonces contaba veinticinco años, tener en casa la obra *Dorian Grey*. Pero de pronto se calló y, con un tono de voz realmente distinto, citó las siguientes palabras:

—«No hay un solo nombre, por mucho que lo repitan con acentos de apasionado amor, que no se convierta finalmente en un débil eco». —Parecía dirigirse a los cisnes—. Y demos gracias a Dios por eso —añadió.

El y Francis se alejaron, seguramente para chancearse a costa de otras personas.

—Me ha parecido muy poco oportuno —dijo Andrew— que hablaran de Oscar Wilde de este modo y que además lo citaran delante de ti.

Yo estaba encantada al ver su comportamiento tan caballeroso, por no decir cortesano, y tan emocionada que me abstuve de comentar que la cita no era de Wilde sino de Landor.

—¡Qué pareja tan extraordinaria! Me cuesta creer que Francis sea primo mío.

—¿También te resulta difícil creer que soy tu prima? —pregunté, envalentonada por aquel falso champán.

—Creo que me costaría tratarte así; como si fueras mi prima, quiero decir. ¿Te gustaría que lo hiciera?

—¡Oh, no!

Me miró con curiosidad. Patricia, Evelyn y Jonathan se dirigían hacia nosotros a través del prado.

—Francis está estudiando en Cambridge, ¿verdad? —preguntó.

—En Oxford —corregí.

—La verdad es que resulta un alivio, porque yo me voy a Cambridge en octubre.

No le dije que yo también iba a estudiar a Cambridge. ¿Por qué decirle algo que le gustaría más descubrir de otra manera?

—Seré un principiante algo maduro —añadió, e interrumpió la conversación para presentarme a Jonathan.

Ahora me pregunto qué habría ocurrido si Andrew no nos hubiera contado la historia del niño Richardson y los cisnes hasta que Jonathan se hubiera unido a nosotros. ¿Habría hablado Jonathan de su propia hermanita, asesinada a esa misma edad? Y si al hacerlo hubiera mencionado a Jephson, ¿habría yo relacionado aquellos casos cuarenta años antes de que Daniel Stewart hiciera el mismo descubrimiento? Pero la historia de los cisnes había sido ya contada y Jonathan no la había oído, y al cabo de un rato Edén y Tony salieron para pasar la luna de miel en una casa que unos amigos les prestaban en Debyshire. ¿Por qué será que a los novios de las clases altas, o por lo menos a los ricos, desde la familia real hacia abajo, sus parientes les dejan una casa de campo para pasar la luna de miel, mientras que el resto de los mortales vamos a otros lugares más divertidos e interesantes, como Brighton, París o Capri?

Vera, Jamie y yo regresamos a Laurel Cottage. Era un gesto de puro altruismo por mi parte y me sentía muy orgullosa de aquella decisión, pues cuando mis padres volvieron a Londres, Helen me había invitado a quedarme en Walbrooks «con el resto de la gente joven». A mí me habría gustado mucho, muchísimo, porque pensé además que sería más diplomático dejar que Vera pasara la velada, y quizá la noche, a solas con Chad. Pero ella había dicho, con una nota de malhumor:

—Entonces Jamie y yo estaremos mano a mano.

Me pareció bastante improbable, porque Francis seguramente iba a estar allí. Mientras Helen, Vera y yo hablábamos de esto, Francis se hallaba con nosotras en la habitación, un poco apartado pero escuchando de aquel modo que le hacía asemejarse a un personaje de un drama jacobino, a Bosola, por ejemplo, recogiendo migajas de información para utilizarlas con fines maliciosos, o eso pensé yo. Perú dije que me iría con Vera, pues tal vez sentí que hoy ella había perdido a Edén para siempre. Por eso me sorprendió que tanto durante el viaje a casa en el coche del señor Morrell como después mientras acostaba a Jamie, Vera se mostrara alegre y contenta del modo más natural.

—Todo ha ido muy bien, ¿verdad? —dijo metiendo a Jamie en la bañera, rodeado de su flotilla de juguetes—. El tiempo no podía ser mejor y la ceremonia ha sido preciosa. ¿No te ha gustado la música?

—Bueno —dije—, en realidad no me ha entusiasmado la marcha que han tocado cuando salían. Sonaba como si el órgano tuviera algo roto por dentro.

—Bendito sea —dijo Vera— aquel que no se aposenta en su asiento mirando con desdén a los demás.

Era una cita de la Biblia que les gustaba mucho a ella y a mi padre, y también a Edén. La habían aprendido de su madre, pero, considerando la actitud que los tres tenían ante la vida, la frase constituía un ejemplo inmejorable de la expresión inconsciente de la propia debilidad. Yo ya tenía que saber que me estaba prohibido criticar a Edén. Cuando Vera dijo lo del desdén hacia los demás, los rasgos de su cara se inmovilizaron, adoptando una expresión de dureza. En el labio superior ya se le estaba formando aquella arruga vertical que a la mayoría de la gente no les sale hasta pasados los cincuenta años. Pero mientras jugaba con Jamie volvió a transformarse en una persona joven, con el mismo rostro inocente y falto de experiencia del retrato que estaba en «la caja».

Sin embargo, me sorprendió al hablar de Edén de un modo que jamás hubiera creído posible; supongo que porque empezaba a considerarme lo suficientemente adulta para ello. Hasta entonces sólo se refería a Edén para alabar algo que ésta había hecho o para jactarse de los amigos y de la posición social de su hermana.

—O mucho me equivoco (ésta era otra frase típica de los Longley) o Edén tendrá un bebé antes de un año porque, como puedes suponer, tanto el marido como el suegro querrán tener un heredero.

Me pareció una actitud tan feudal que preferí no hacer ningún comentario.

—Sí, querrán tener un hijo. Claro que a Edén le gustan mucho los niños, los adora.

No era ésa la impresión que me había dado Edén aquella mañana cuando la vi apartar a Jamie, ni todas las otras incontables veces en que la había visto hacer oídos sordos cuando el niño se dirigía a ella.

—Edén querrá tener seis hijos, puedes estar segura, y como no les falta dinero, no hay razón para que no tengan una familia numerosa. O mucho me equivoco, o el próximo acto al que asistiremos será el bautizo del hijo de Edén. Va a ser un niño muy

afortunado. —Ahora se dirigía a Jamie, que, una vez bañado y cubierto de talco, se caía de sueño—. Tendrá todo lo que se puede desear en la vida, pero lo que es seguro, ¿verdad, precioso mío?, es que no tendrá tanto amor como tiene mi niño. Eso es algo que no se compra con dinero.

Francis no había hecho el viaje de vuelta con nosotros y ahora, dos horas más tarde, aún no había aparecido. Vera dejó a

Jamie en la camita, remitió bien las sábanas y, mientras se alzaba después de besarle, comentó:

—Pensar que son tan encantadores cuando son pequeños y cuando llegan a ser mayores no son más que gente. Ni son como tú ni actúan como tú, y además se portan contigo peor de lo que harían con su mayor enemigo.

Yo la escuchaba, fascinada y asombrada ante aquella inesperada sensibilidad. Esperaba oír algo más, pero, naturalmente, quedé defraudada.

—Pero Jamie no será así, ¿verdad que no, amor mío? Lo malo de Francis, ¿sabes? es que estuvo siempre con otras gentes, primero con su aya y luego en el colegio, de modo que casi no me conocía. Lo mejor para los niños pequeños es estar siempre con su madre. Eso se ve en las imágenes de las tribus primitivas, los salvajes y aborígenes y demás: las madres siempre llevan a sus hijos en la espalda. Voy a hacer lo posible para que Jamie y yo nunca estemos separados.

Chad tampoco apareció. El sol se puso alrededor de las seis (si yo fuera aficionada al engaño sentimental, diría que se puso cuando Edén se marchó) y el largo atardecer de verano se nos hizo aburrido y triste. Sea como sea, hay algo muy deprimente en la tarde que sigue a una boda, porque uno se siente excluido, y la verdad es que todos están excluidos excepto los dos protagonistas del acto, pues nadie puede acompañarlos en la singladura que acaban de emprender. Es como si uno fuese a ver una ópera campestre, tomara el té en la tienda de los refrescos, paseara alrededor del lago, bebiera una copa de champán y, justo cuando se levantase el telón, tuviera que volver a casa. Esto se lo podía haber dicho a Anne Cambus, a Chad, tal vez a Andrew Chatteriss, pero no a Vera. Así que estuvimos sentadas en un silencio relativo, ella tejiendo un jersey para Jamie, con unos puntos muy complicados, y yo leyendo

hasta que nos faltó la luz. Hacía tiempo que Vera había desistido de enseñarme a tejer, coser o hacer ganchillo y parecía resignada a verme leer, aunque creo que estimaba que la lectura era una terrible manera de perder el tiempo. Sin embargo, aquella noche tenía sobre mí la ventaja de que, por haber llegado a una parte fácil del jersey, podía hacer el punto liso sin mirar la labor. Siempre tardaba mucho en encender la luz, supongo que para ahorrar. Aquella noche aún lo retrasó más que de costumbre, y cuando le pedí que encendiéramos tan sólo la lámpara de la mesa para que yo pudiera ver, reaccionó como solía hacerlo la Vera irritable de mi infancia.

—La habitación se llenará de insectos y entrarán todas las polillas.

Era imposible convencerla de que no todas las mariposillas nocturnas son polillas de las que se comen la ropa; de hecho la gran mayoría no lo son. Y ese error de Vera constituía una ironía del destino, pues más tarde su hijo iba a convertirse en un eminente entomólogo.

—Se nos comerán las polillas —continuó—. Creo que por una vez no nos hará ningún daño estar así, sentadas en la penumbra, ¡es tan reposante!

Y en la penumbra nos quedamos, mientras los dedos de Vera se movían de una manera mecánica y las agujas, unas agujas de madera que se usaban durante la guerra, hacían un suave clic-clic-clic. ¿En qué pensaba yo entonces? Me temo que en la noche de bodas de Edén, pues en aquellos tiempos los jóvenes éramos más dados a sentir cierta libidinosa curiosidad por todo lo erótico, quizá porque accedíamos más tarde a la experiencia sexual y ésta era menos variada. Sobre todo me preguntaba cómo habría evitado Edén, si es que lo había evitado, que Tony descubriera que él no era el primero. Desde luego, en aquel momento me habían interesado muy poco las observaciones anteriores de Vera acerca de lo mucho que le gustaban los niños a Edén y de la numerosa prole que iba a tener, y ahora me sorprende lo bien que lo recuerdo. Es muy probable que mi memoria no sea muy exacta, aunque estoy segura de que me ha quedado la esencia y el sentido más profundo de aquellas observaciones, y he pensado a menudo en ellas.

Quizá Vera ya estuviera asustada entonces. Tal vez sus

Euménides ya se hubieran reunido y esperaban, sentadas como cuervos en los árboles que rodeaban el césped que se iba oscureciendo, o agitaban sus alas contra el vidrio de las ventanas como las polillas que tanto le desagradaban... Estoy casi convencida de que era así; creo que los acontecimientos futuros ya tendían sus sombras, como las sombras reales que de pronto se extendieron en largas franjas sobre el prado cuando el sol volvió a aparecer un instante, antes de ocultarse definitivamente.

A lo mejor son imaginaciones mías, pero tengo la impresión de que Vera pensaba que ya había pagado; había abonado un precio muy alto: su marido, su libertad, un porvenir sin preocupaciones económicas, lo poco bueno que tenía Francis y que ella hubiera podido salvar, y el cariño de Edén. Había entregado ese enorme rescate a las furias, seguramente esperando que con ello las mantendría alejadas. Los dioses sólo tenían que concederle una gracia muy pequeña, ¿por qué no iban a otorgársela? Se la daban a la mayoría de las mujeres, a veces demasiado a menudo, de modo que en lugar de una bendición era una maldición. Así que ¿por qué no a ella, por qué no en este caso? También podría decirse de Vera que lo único que deseaba era que la dejaran en paz. Cuando dijo que deseaba seguir sentada bien tranquila en la penumbra, lo decía en más de un sentido. No creo que le gustaran las noticias que le llegaron en cuanto Edén volvió del viaje de novios, a pesar de que entonces la familia pensó que aquellas nuevas eran estupendas para Vera. ¿Le dio un vuelco el corazón? ¿Se vio atrapada? Sin duda, rezó para que la carta siguiente le trajera la noticia que tanto esperaba, o para que una noche sonara de pronto el teléfono...

Aquel crepúsculo me oprimía. Dije que tenía ganas de ir un rato a casa de los Cambus. Vera pronunció mecánicamente su frase acostumbrada —«¿A esta hora?»— pero no puso ninguna otra objeción. En aquella época creo que Vera todavía no había conocido a la nueva señora Cambus, la que más adelante sería su íntima amiga y defensora (en el juicio fue el testigo principal de la defensa), o por lo menos aún no la conocía muy bien, porque cuando me dijo adiós no mencionó a la señora Cambus, sino que tan sólo me recomendó que cerrara la puerta con llave después de entrar. Desde luego, yo había hecho muchos progresos en mi ruta hacia el estado de adulta desde aquellos días en que mi hora de

acostarme eran las ocho de la tarde..., o quizá fuese Vera la que había avanzado en tolerancia... Pero Vera no pronunció el nombre de Josie Cambus, como sin duda habría hecho de haber tenido lugar aquella visita dos o tres meses más tarde, cuando me hubiera llenado de recados y de recuerdos para la señora Cambus.

La madre de Anne había muerto de cáncer y seis meses después su padre se había vuelto a casar. Mi marido dice que Donald Cambus y Josie eran amantes desde hacía mucho tiempo, y creo que Anne lo sospechaba y por eso la presencia de su nueva madrastra la ofendía más de lo que lo hubiera hecho de no haber existido aquella sospecha. Anne creía que Josie, que era una viuda con dos hijos, había estado deseando que muriera la esposa de su amante, impaciente por ocupar su puesto, y que se había alegrado de su muerte, pero a mi modo de ver eso no estaba en consonancia con la manera de ser de Josie. Llegué a conocerla bien, más adelante la conocí muy bien, y acabé comprendiendo que el rasgo principal de su personalidad era su instinto maternal. Era de esas personas cuya misión en la vida consiste en cuidar a los demás y, por consiguiente, cuando vino a Sindon dejando su puesto de secretaria y su casa suburbana en Londres, actuó impulsada tanto por el deseo de salvar el hogar de Donald Cambus y de ocuparse de sus hijos, como por la necesidad de estar siempre con él.

Pero aquella noche Josie y Donald habían salido y Anne y yo pasamos un par de horas juntas, hablando desde luego de la boda y de la pregunta que con tanta inquietud me había hecho Edén por la mañana (y que debo confesar que le repetí sin vacilar), y luego Anne comenzó a lanzar venenosos ataques contra la pobre Josie y lo que ella llamaba sus perversos tejemanejes... Dijo que estaba deseando marcharse a una escuela a hacer prácticas de magisterio para no volver más a casa de su padre.

Para regresar a Laurel Cottage tomé el camino posterior, cosa que muy raras veces solía hacer de noche. En la cerca posterior del jardín de los Cambus había una puerta que daba a un estrecho sendero; éste atravesaba el lindero de un campo, cruzaba la esquina de un corral y finalmente, después de hundirse entre altas paredes de piedra, bordeaba la parte trasera del jardín de Laurel Cottage. Siempre evitaba tomar ese camino porque me daba miedo el perro del granjero, un chucho negro de raza Labrador y con muy malas

pulgas, pero aquella noche acerté a ver, desde la ventana del salón de los Cambus, que el granjero se llevaba de paseo al animal, debidamente atado con una correa, así que encendí mi linterna y tomé el sendero. Era un poco más de las diez y media.

Estaba muy oscuro y a esas horas ya hacía frío, pues la noche era húmeda y pegajosa, con un cielo sin luna. Sólo puede saber lo que es la oscuridad quien haya vivido en un pueblecito inglés cuyos habitantes se oponen tenazmente a que se instalen faroles en sus calles. Esa noche no se distinguía nada, excepto una tenue claridad en las alturas y un espesamiento de las tinieblas allí donde había un seto, una pared o un árbol, pero con la ayuda de la linterna no me fue difícil encontrar el camino. Cuando llegué a la puertecilla de la cerca de Laurel Cottage, divisé las primeras luces desde que saliera de casa de los Cambus. Se veía una luz en la habitación de Vera y un sutil destello o resplandor que salía de «la barraca».

Aquella caseta seguía existiendo y, aunque seguía amenazando ruina, todavía no había empezado a derrumbarse. Había sido «la casita de Wendy», donde Edén se había dedicado a jugar con sus muñecas, a lavarlas y a remendar sus vestiditos, y, con toda seguridad, a meterlas en la cama a las seis. Debajo de aquel techo de ramas y barro, Anne y yo habíamos representado una y otra vez la tragedia de María Estuardo, despidiendo a lord Darnley y escondiendo en vano a Rizzio detrás de las faldas de la reina. Al acercarme a la ventana rota de la casita, vi el súbito fulgor de una luz vacilante. ¡Cuánto puede iluminar la llama de una simple vela! Así brilla una buena obra en nuestro mundo corrompido.

Ellos no me vieron; estaban ocupados en otra cosa más importante y no tenían ojos para quienes pasaban. Sólo habían encendido una luz (una vela en un plato, sobre la mesa de patas arqueadas) para verse el uno al otro. Yo apagué la linterna para no ser descortés, y si con ello les doy la impresión de que estaba de vuelta de todo, es una impresión falsa, porque estaba escandalizada, horrorizada, estupefacta y trastornada hasta lo más profundo de mi ser. Pero la cortesía no me abandonó, y también me ayudó el deseo de que no supieran que los había visto.

Sólo los miré una vez y seguí avanzando hacia la casa. Chad y Francis estaban haciendo el amor, practicando una innegable y tenaz sodomía (todo eso lo capté al verlos trabados en su bifurcada

desnudez) en el suelo de la barraca.

12

EDEN podía haber escogido cualquiera de las casas de los Pearmain, pero en lugar de eso decidió comprar Goodney Hall. Mi padre estuvo encantado y también se mostró encantada Helen, ya que ahora ella y Edén estarían muy cerca, y además, como el regalo de bodas de Tony a Edén había sido un coche, ambas podrían verse dos o tres veces por semana.

La gente dijo que era una muestra de cariño y consideración por parte de Edén el irse a vivir cerca de su hermana, pero más tarde muchos dijeron que lo había hecho por pura malignidad. Sin embargo, no creo que la bondad o la malignidad tuvieran nada que ver en ello. Vera le había enseñado a Edén a ser una esnob y a ese respecto la alumna había aventajado a la profesora. Creo que durante toda su vida Edén había ansiado ser rica y tener el poder que da el dinero, pero mientras que Vera demostraba franca y honestamente que se vanagloriaba del prestigio de Helen, disfrutando de él por persona interpuesta, y que se sentía orgullosa sólo con ser su hermana y poder pronunciar el nombre de Helen delante de la gente, Edén envidiaba a Helen y sentía rencor hacia ella. Algo de eso le ocurría también a mi padre. Pero ahora Edén podía tomarse el desquite frente a Helen. Después de todo, aunque Walbrooks fuese una casa magnífica, no era más que una granja. En cambio, Goodney Hall, en Goodney Parva y junto al Stour, era lo que mi abuela Longley llamaba una «mansión señorial», y en realidad era algo más que eso pues había sido diseñada en el año 1786 por Steuart, que es el arquitecto de Attingham Park en Shropshire y de St Chad's Church en Shrewsbury. Tenía un pórtico

con columnas inmensamente altas, un salón chino, y el dormitorio principal solía describirse como etrusco. En conjunto, me recordaba el Pavilion de Brighton. Pero era exactamente lo que Edén deseaba, porque le daba ascendiente sobre Helen y sobre casi todos sus demás conocidos. La vez siguiente que mi padre escribió a Vera, le dijo lo muy satisfecho que estaba, pero en su respuesta Vera no mencionó a Edén ni a su nueva casa. Tampoco Edén le contestó a mi padre cuando éste le preguntó en una carta si no creía que, ahora que ella estaba en tan buena posición y tan bien instalada, sería conveniente que ambos hicieran donación a Vera de la parte que les correspondía de Laurel Cottage. Y menos mal que no le respondió, porque sólo con oír mencionar ese proyecto mi madre montaba en cólera y se organizaban unas peleas terribles entre ella y mi padre.

—Te juro que si haces eso, te dejaré —le decía—, y entonces no podrías ir regalando casas porque tendrás que buscar una para mí.

Mi padre esperaba —y nunca dejaba de expresar esta confianza— que Gerald y Vera superarían sus diferencias y volverían a vivir juntos. No estaban divorciados ni tenían posibilidades de estarlo, pues en aquel tiempo el divorcio no era el fácil trámite en que se convirtió a principios de los setenta. Uno de los motivos legales era el adulterio, pero, a la luz de lo que sabía, empecé a dudar que hubiera existido algún adulterio. Y aunque son muy contados los embarazos de diez meses, hay constancia de unos cuantos; asimismo, los padres de ojos azules pueden tener un hijo con ojos castaños siempre que en la familia haya un antepasado de ojos oscuros. Tal vez Gerald sabía todo esto, sabía que Vera no había cometido adulterio, pero se habían separado porque él y Vera habían dejado de amarse, porque sentían mutua indiferencia o porque preferían la vida solitaria que la guerra les había impuesto. Pero una cosa era segura: Chad Hamner no era el amante de Vera ni lo había sido nunca, y Jamie no era su hijo.

Como resultado de lo que vi aquella noche a la luz de una vela, en la barraca del fondo del jardín de Vera, muchas cosas se me habían hecho comprensibles, muchas cosas habían cambiado. Sin embargo yo no era, como ocurría en *El mensajero*, un testigo traumatizado por una escena primitiva, pues aunque es cierto que dormí muy poco aquella noche, que lo que vi me trastornó,

fue más bien un trastorno interesante y fascinante que una impresión desagradable. Aquella visión explicaba muchas cosas, daba algunas razones que en cierto modo eran lisonjeras para mí y constituían un alivio.

Al principio, yo había considerado la posibilidad de que Chad llegase tal vez a ser mi amante, pero eso quedó descartado cuando se convirtió (es lo que yo creía) en el amante de Vera. Y una vez fue propiedad de Vera, yo no cometí la estupidez de seguir deseando o esperando su amor, pero sí me dolió que me hubiera postergado en favor de Vera; me sentía desilusionada. Y antes incluso de eso yo había pensado que a quien quería era a Edén, y que ese cariño era una especie de ensayo preparatorio para sentirse atraído hacia mí. En mi opinión, Chad tenía que haberme esperado, pero, a causa de cierta impaciencia o debilidad de su carácter, se había vuelto hacia Vera. Me quedé muy aliviada cuando comprendí que ninguna de aquellas elucubraciones era cierta. Comencé a repasar mis recuerdos, tan intrigada que deseché toda posibilidad de dormir o de pensar en otra cosa mientras se iban revelando y clarificando tantísimas acciones y palabras de los últimos años.

Aquellas inexplicables visitas de Chad en ausencia de Edén, que siempre tenían lugar la víspera del día en que esperábamos la llegada de Francis o una llamada telefónica de su padre, ahora quedaban explicadas. Ahora yo ya entendía aquellas declaraciones de Chad referidas a su amor sin esperanza, la observación que le hizo a mi padre en el sentido de que no siempre triunfa el corazón arrojado y perseverante, su mirada en la iglesia, dirigida, no a Edén como pensé, sino a Francis, que la acompañaba. Y también comprendía el comportamiento pródigo en coquetería de Francis, su afectación y sus alardes de ingenio en presencia de Chad. Además, tenía el convencimiento, sin saber muy bien por qué, de que aquél no era un amor feliz, una relación hecha de deseo y cariño mutuos, sino un sentimiento unilateral: que en la pareja uno quería y el otro se dejaba querer, y que de vez en cuando, quizá cada vez con menos frecuencia, Francis se dignaba a otorgar sus escasos favores con la intención de ejercer mayor dominio sobre el otro.

Y también percibí otra cosa, aunque no aquella noche, sino años más tarde, cuando me hice más versada en estos asuntos: había sido Edén quien había presentado a Francis y a Chad. ¿De qué otro

modo podían haberse conocido? Entonces Chad trabajaba en el diario de Colchester y Edén lo hacía en el bufete de un abogado, pero después Chad se marchó porque logró un puesto en el Oxford Mail para estar en la misma ciudad que Francis. ¿Qué importancia tenía que Chad y Edén se hubieran conocido en el tribunal de justicia o en un cóctel, o en el despacho del abogado? Lo importante es que se habían conocido y que Edén le había presentado a Francis. Eso significa que ella lo sabía, significa que a los dieciocho años, cuando Francis sólo tenía trece, Edén estaba al corriente y había permitido y sin duda fomentado un asunto amoroso que en 1940 era un crimen y que la mayoría de la gente consideraba repugnante, monstruoso e indeciblemente antinatural. En otras palabras, había introducido en el hogar de su hermana a un hombre que se sentía atraído por los chicos y le había presentado al hijo de su hermana para que fuese su efebo. Había hecho pasar a Chad por su novio, o mejor dicho su pretendiente, para que éste pudiera dedicarse a seducir (aunque con escaso éxito y sin obtener de ello mucha felicidad, dada la personalidad de Francis) a un chico todavía impúber.

Conociendo a Francis como le conocía, no vi en ello el menor ultraje, pero en cambio me sorprendí porque no imaginaba a Edén capaz de aquello. ¿Por qué lo había hecho? ¿Qué ventajas sacaba de ello? No lo supe nunca ni lo sé ahora; sólo puedo hacer conjeturas. Para Edén, la sal de la vida la constituían los secretos, el tenerlos, crearlos, guardarlos y guardarlos a medias, y aquél era un secreto que ella había podido albergar a espaldas de Vera. O tal vez hubiera existido una razón más práctica y menos neurótica. Puede ser que en aquellos días, antes de que Edén se alistara en el Servicio Femenino de la Marina, cuando ofrecía a todo el mundo aquella hermosa imagen de inocencia juvenil, cuando era la efigie de una muchacha en un bosquecillo verdeante, el concepto casi Victoriano de la perfecta doncellez, la joven discreta, sumisa, pura e intachable, estaba de hecho liada con un hombre del todo impresentable. Era un comportamiento muy propio de Edén: encontrarse en secreto con un hombre vulgar, o simplemente casado, en cualquier caso alguien que no habría sido aceptado por Vera, Helen y mi padre, mientras Vera la creía a salvo en compañía de Chad. Y Chad, para lograr sus propósitos particulares, se habría

confabulado con ella de buen grado, y por su parte Francis habría observado este juego con cierto regocijo, dignándose jugar una mano o dos cuando le daba el capricho. ¡Pobre Vera, yo que pensaba que ejercía el control de todo, que era la autoridad en funciones! Ahora empezaba a ver que ella era la víctima, que había sido engañada por todos. Naturalmente, ninguna de esas descripciones es la verdadera, pues Vera había desempeñado alternativamente ambos papeles.

Y ahora Edén estaba instalada, como una castellana, en Goodney Hall, «a un tiro de piedra de Great Sindon», según decía mi padre, aunque en realidad estaba a diez minutos de coche, pues se hallaba en el extremo del valle del Stour, que pertenece a Suffolk, allí donde las Weeping Hills, esas colinas ondulantes, enlazan el valle con el de Dedham. Yo no vi la casa de Edén hasta un año más tarde, pues el otoño siguiente a la boda fui a Cambridge y cuando volví a aquellos parajes, a aquella vecindad, para pasar las vacaciones de verano, no me quedé en casa de Vera o Edén, sino con los Chatteriss.

En esa época, la gente comenzó a salir de nuevo al extranjero durante las vacaciones. Tony llevó a Edén a Suiza, a la ciudad de Lucerne, y ella mandó a Helen una postal que representaba al monte Pilatus, en cuya cumbre hay un lago que, según las leyendas, es una de las siete entradas del infierno y junto a cuya orilla Pondo Pilato está eternamente sentado lavándose las manos. En la postal que recibió Vera, se veía un telesquí de los de silla, y Vera parecía exageradamente contenta de aquel recuerdo, tanto que incluso se trajo la postal consigo al día siguiente, cuando vino con Jamie a comer en casa de los Chatteriss.

—Supongo que estarán disfrutando todo lo que puedan de este viaje —dijo Vera—, ya que será el último que podrán hacer durante una larga temporada.

—Edén tendrá una niñera para el pequeño —dijo Helen—, de modo que su vida y la de Tony apenas cambiarán.

Para mí ésa fue la primera noticia de que Edén esperaba un bebé. Todavía no estaba embarazada de dos meses, pero Vera estaba tan entusiasmada que no podía hablar de otra cosa. Decía que había empezado a preocuparse porque Edén llevaba ya más de un año casada, y sabiendo cuánto deseaba tener niños, ella, Vera, se

preguntaba si no pasaría algo malo, pero ahora todo estaba bien. Vera siguió haciendo especulaciones acerca del sexo del niño, del nombre que escogerían, a quién se parecería, sobre cuándo nacería y qué clase de parto tendría Edén. Y continuó en ese tono durante toda la comida. Helen, siempre amable, no demostraba ninguna impaciencia mientras escuchaba y respondía a Vera, pero el general, Andrew y yo estábamos aburridos y nerviosos, y Patricia, que estaba pasando allí el fin de semana, preguntó francamente (aunque en vano) si no se podría cambiar de tema.

—Fui la primera en saberlo —dijo Vera—. ¿Sabéis? Edén me dijo que sospechaba que estaba embarazada antes incluso de decírselo a Tony. Me dijo: «Creo, espero, estoy casi segura de que estoy esperando un hijo y quiero que seas su madrina». Me sentí tan feliz que me eché a llorar.

Jamie tenía tres años y hablaba bastante; era un niño bueno y tranquilo que todavía hacía la siesta por las tardes y se iba a dormir a las seis y media. Se expresaba de un modo algo rebuscado, pero ello resultaba natural y atractivo, y era curioso en un niño tan pequeño. Por ejemplo, decía «adultos» en lugar de «personas mayores» y no se equivocaba en los tiempos de los verbos irregulares: no decía «ponido» por «puesto» ni «cabo» por «quepo». Y además era un niño feliz; entonces era muy feliz, soy testigo de ello. No sé si Jamie recordaría aquella visita a Walbrooks cuando me dijo más tarde que él era una visión italianizada de los Richardson. Después de comer, Helen nos enseñó a todos la «sorpresa» que el general le había regalado por su cumpleaños: era un retrato, pintado por Augustus John, de una mujer de expresión sencilla y amable, vestida con un traje negro con un cuello de encaje. Era la abuela de Helen, que en el retrato tendría unos cuarenta años o algo más. Cuando los viejos Richardson murieron en los años veinte, esa pintura fue vendida por el abogado que administraba los bienes de Helen, la heredera, pues no sabía que ésta quería conservar todos los objetos que le recordaran a Mary Richardson. Pero el retrato había vuelto a salir al mercado y el perspicaz general lo compró y ahora estaba colgado en el salón de Helen.

Helen no hablaba casi nunca de los años difíciles de su infancia, de cuando su padre la abandonó poco después de que perdiera a su

madre; nunca les dio a aquellas carencias la importancia que Francis daba a las suyas. Pero siempre hablaba de su abuela con un cariño apasionado, y ahora, mientras contemplaba el retrato, fijando la vista en aquellas manos enlazadas, cuya izquierda lucía en el dedo medio una gruesa alianza de oro y una sortija de prometida, de rubíes y con una incómoda montura victoriana, los ojos de Helen se llenaron de lágrimas.

—Me gusta esta señora —dijo Jamie—. Si estuviera aquí, me sentaría en su falda.

Esa era desde luego una gran concesión, porque Jamie no se sentaba en el regazo de nadie que no fuese Vera.

—¿De verdad, cariño? —Helen estaba encantada—. Te diré que era una señora muy buena y amable y te habría llamado «cielo mío».

—Me gustaría que me llamaras cielo mío —le dijo Jamie a Vera.

Y entonces, claro está, Vera tuvo que hacerlo y Jamie se lo recordaba cada vez que a ella se le pasaba por alto.

También durante aquellas vacaciones fuimos todos a ver a Edén. Fue un acontecimiento extraordinario, dramático e inquietante. Nos trasladamos allí en el coche del general, un Mercedes Benz del año 37 que durante la guerra había permanecido escondido en uno de los establos de Walbrooks, porque el general dijo que la gente del pueblo tiraría piedras a un coche de fabricación alemana. Y añadió que reconocía haber obrado muy mal al comprar un coche alemán, aunque fuera de segunda mano, que debía de estar majareta porque con ello no hacía más que regalarle marcos a Hitler para la industria de guerra. Al pasar recogimos a Vera y a Jamie, vestidos con trajes nuevos hechos por Vera. Ésta había cortado las viejas mantas de la cuna para hacerse una chaqueta y coserle chaquetas y pantalones a Jamie. En el año 47, quien no quería llevar ropa confeccionada en serie tenía que hacérsela. Vera había utilizado la falda de un antiguo traje de noche de *crêpe de Chine* para confeccionarle un vestido a Helen, y yo llevaba la falda de un viejo conjunto de algodón con un suéter asimismo de algodón que mi madre me había tejido. Describo todos estos detalles como contraste con lo que vestía Edén y con todo lo que se había traído de Suiza.

¿Que cómo era la casa, Goodney Hall? Bueno, era, y espero que siga siéndolo, una casa de campo sólida y elegante del siglo XVIII,

no demasiado grande; y, como no me dejo impresionar fácilmente, diré que hay muchas de su estilo en Inglaterra. El jardín estaba lleno de parterres y arriates, y paseos que se entrecruzaban, además de unos rododendros que se habían hecho famosos y de un invernadero repleto de flores de lo más llamativo.

Pero el interior de la casa no tenía mucho carácter, no mostraba el sello personal de sus nuevos propietarios. Más adelante supe que Tony la había comprado amueblada, como suelen decir, «con todo puesto», y tal vez no pudo añadir ni cambiar muchas cosas más. Ni él ni Edén sabían nada de antigüedades, y resultaba imposible meter en Goodney Hall muebles hechos en serie. Según lo que recuerdo, la casa de Edén estaba decorada toda ella en rosa y verde, aunque desde luego debo de estar equivocada. Seguramente el salón chino sería amarillo, y el dormitorio etrusco tendría toques de color rojo, pero si era así yo no lo recuerdo. Lo que sí recuerdo son las alfombras de tono verde guisante y los muebles de estilo francés con asientos de seda rosa, enormes jarrones chinos de tono rosado con dibujos borrosos, unos cuadros muy aburridos, en su mayoría grabados que representaban ciudades del norte de Europa y navíos en mares tormentosos, y cortinas de terciopelo verde con pesadas borlas de un dorado mate.

Pero era evidente que Edén se sentía muy orgullosa de todo ello, y también que era enormemente feliz. Y también se la veía cambiada. No me refiero a que tuviera un aspecto lozano, porque no lo tenía; estaba más delgada y pálida y tenía la cara más chupada. Pensé que ello se debía a su embarazo, pero en realidad presentaba la apariencia «diferente» que tienen todas las mujeres ricas. Parafraseando aquel intercambio entre Hemingway y Scott Fitzgerald, podríamos decir que los ricos parecen diferentes porque tienen más campo de acción. En este sentido, Edén parecía incluso distinta de Helen (Vera y yo estábamos fuera de concurso), pues ésta al fin y al cabo llevaba un vestido hecho en casa y se había lavado el pelo ella misma, mientras que todo lo de Edén era lo mejor, lo más caro y lo de la máxima categoría. El cabello se lo había cortado el mejor peluquero de Londres e iba maquillada con los productos más prestigiosos del mercado. Llevaba su enorme sortija de prometida y otro anillo que Tony le había regalado hacía dos semanas, cuando ella le hizo saber que estaba embarazada.

Lucía un vestido de bordado suizo; se había traído de Suiza una docena de ellos y los había expuesto sobre la cama que llamaban etrusca antes de que llegáramos. También los suizos eran diferentes: no padecían ninguna clase de austeridad ni tenían productos de baja calidad. Edén nos dijo que allí las tiendas estaban llenas de ropa, de vestidos y trajes y zapatos, y ropa interior y medias de seda. Dijo que había comprado montones de cosas, todo cuanto pudieron (pensé que diría «permitirse») transportar.

Vera se mostró exageradamente agradecida por su regalo, que era un broche en forma de edelweiss, me imagino que de hueso o de cuerno, pero que parecía hecho de plástico. Era un broche bastante asquerosillo y muy mal hecho. Al parecer, Edén había comprado una gran cantidad de chucherías, de adornos en forma de genciana o edelweiss, todos destinados a ser regalados a sus conocidas, y a la hora de repartirlos no había hecho diferencias entre su querida hermana, que le había hecho de madre, y la asistenta que venía del pueblo para encargarse de los trabajos más pesados. Luego Edén sacó de un cofrecito de madera tallada y colocó encima de la cama una docena de animalitos labrados en madera, un trabajo exquisito como sólo los suizos saben hacer, de modo que el San Bernardo parecía a punto de levantarse y echar a andar y no nos hubiera sorprendido que el gato siamés se hubiera estirado y hubiera empezado a relamerse los bigotes.

Como es natural, Jamie se mostró muy excitado, aunque al principio se quedó mirándolos pasmado, porque nunca había visto nada parecido. Entonces a mí no me gustaban mucho los niños — nunca fui de esas chicas que adoran a las criaturas y enseguida quieren cogerlas en brazos para llevárselas y cuidar de ellas—, pero de todos modos me emocionó la expresión que vi en el rostro de Jamie cuando éste levantó la cara para mirar a Vera. Estaba tan extasiado, tan arrebatado y maravillado ante aquellos objetos que eran la representación exacta de unos animales en miniatura, que primero sonrió y después lanzó una risa llena de alegría.

—¡Mira, mamá! —exclamó— ¡El perro, y el gato! ¡Y este otro es un oso! ¡Mira, mamá!

Era un niño cuidadoso y alargó con suavidad la mano para acariciar el lomo del perro que parecía cubierto de pelo de verdad.

—¡No, por favor, no lo toques! —dijo Edén con cierta

brusquedad.

Entonces no había juguetes en las tiendas. La mayoría de los niños nacidos durante la guerra o un poco antes nunca habían tenido un juguete digno de este nombre; algunos los habían heredado de sus hermanos, y otros, más afortunados, tenían parientes que sabían coser o tejer muñecas o tallar carros y caballos de madera. Pero Jamie no era de estos últimos. Los juguetes que había podido tener Francis (naturalmente que debía de haberlos tenido, por muy difícil que fuera imaginarlo) se habían perdido o regalado hacía tiempo. Jamie había tenido que conformarse con aquel viejo juego de construcción de mi padre, con el antiguo osito de peluche de Vera, desgastado y medio calvo, y con otros objetos, como utensilios de cocina. Pero Jamie no hizo caso de la advertencia de Edén, cogió el perro y lo levantó con ambas manos acercándoselo a la cara.

—¡Déjalo, no es un juguete! —Edén le arrebató el animal y se volvió hacia Vera—. ¿Por qué le dejas hacer esto? Creí que habías dicho que era un niño obediente.

Recordé aquella carta que años atrás le había escrito a mi padre: «Creo que deberías enseñarle buenos modales a tu hija...». En ese momento sentí compasión por Vera, aunque no me ocurría muy a menudo. Vera no le replicó ni salió en defensa de la criatura para quien aquellos objetos eran una fuente de asombro y de deleite. El amor le había enseñado mansedumbre y humildad, de modo que, sin decir nada, tomó a Jamie en sus brazos y el niño se echó a llorar sobre su hombro. Lo más curioso era que su llanto no fue el normal y espontáneo, compuesto de vagidos y sollozos, de un niño a quien le han quitado una cosa que estaba deseando tener, sino que fue un llanto uniforme y continuo, más parecido al dolor de una persona adulta. Y sin embargo tuve la impresión (más tarde Andrew me dijo que a él le había pasado lo mismo) de que Jamie, incluso en medio de su sufrimiento, sentía que Vera era como una roca para él, que casi le causaba placer refugiarse en aquellos brazos y aquel hombro y escuchar aquellos susurros. Por otro lado, también para Vera la desdicha de Jamie constituía una especie de sustento porque veía que tan sólo se confiaba a ella, que sólo ella podía consolarle y apoyarle, que para él ella era la única representante de la humanidad.

Tuvimos que visitar la casa y el jardín. Vera lo estuvo alabando todo de una manera excesiva, dándole una coba absurda a Edén, felicitándola como si ella en persona hubiera plantado y podado los rosales, hubiera cultivado los frambuesos, bordado en *petit point* los asientos de las butacas y pintado las flores de loto y los dragones en las porcelanas. Era como uno de aquellos aduladores que rodeaban a la nobleza en el siglo XVIII, como el señor Collins con lady Catherine de Bourgh. Edén aceptaba todos aquellos cumplidos con una sonrisa afable, pero no tenía buena cara, parecía cansada y se movía con languidez. No obstante, cuando llegamos a la habitación que iba a ser la del niño, Edén volvió a animarse, a mostrarse llena de entusiasmo y tan excitada como hacía unos momentos ante el botín que trajo de Suiza.

La habitación estaba en un extremo de la casa y formaba esquina, de modo que sus ventanas daban unas al oeste y otras al sur. Se veía que anteriormente, tal vez en tiempos lejanos, había sido un cuarto infantil porque el papel de la pared tenía unos dibujos desteñidos que representaban unas hadas de Arthur Rackham, y entre dos ventanas había un manchado caballito gris cuyas patas terminaban en balancín, con una silla y unos arneses muy gastados. Tengo un recuerdo muy claro y vivido de los instantes pasados en aquella habitación llena de sol, del sol brillante y suave de agosto, que trazaba manchas redondas y cuadradas en la alfombra rosa adornada con una cenefa de campanillas blancas entrelazadas con una hiedra increíblemente pálida. El empapelado me hizo pensar en el cuadro que Edén consideraba su favorito, el de la estatua de Peter Pan, y me pregunté si lo colgaría en aquel cuarto. A través de las ventanas orientadas hacia el oeste se divisaban las Weeping Hills, esa cordillera amable hecha de depresiones, declives y elevaciones cubiertos de bosques que tan poco casan con el paisaje de Suffolk, mientras que las ventanas que daban al sur se abrían sobre una amplia extensión de prados rodeados por árboles majestuosos. Abajo había una terraza en cuyos bordes se erguían, a intervalos regulares, unas urnas de piedra adornadas, al igual que la urna de Keats, con muchachos, doncellas y otros personajes que se dirigían a algún festival, así como sacerdotes misteriosos y terneros que mugían hacia los cielos, y atrevidos amantes a punto de besarse. Vera, la cobista, se encargó

de decirnos qué clase de flores crecían en esas urnas: lirios azules llamados *Agapanthus africanus* y *allium*, blancos y púrpura, de las más raras variedades. Vera se apoyó en el antepecho de una de aquellas ventanas y comenzó a alabar la vista. Helen parecía un poco harta, o por lo menos todo lo harta que su amabilidad dejaba entrever. Jamie, naturalmente, se montó en el caballito y esta vez Edén no se lo impidió porque nos estaba explicando de qué modo pensaba decorar y amueblar la habitación y que iba a instalar a la niñera en el cuarto contiguo. Además, el caballo estaba viejo y deslucido; sin duda, Edén iba a tirarlo junto con la mesa y las sillitas de madera y con el armazón de latón de la cama, así que no importaba que Jamie jugara con él.

—Deberías tener pavos reales, Edén —dijo Andrew—. Una pareja de pavos reales paseando por la terraza.

—No sé dónde iban a encontrar pavos reales, cariño —dijo Helen—. La anciana señora Williams no logró hacerse con un loro cuando se le murió su Bobby.

Edén se volvió hacia nosotros.

—Jamás se me ocurriría tener pavos reales —dijo con súbito malhumor—. Son unos animales odiosos. ¿Habéis oído el jaleo que arman? ¿Los habéis oído gritar? —Vi que los labios le temblaban y no pude comprender por qué razón asumía esta actitud—. No quiero que me despierten a las cuatro de la madrugada.

—Entonces harás muy bien en tomar una niñera.

Edén pasó por alto esa pulla de Andrew y nos dijo:

—¿Vamos a tomar una copa antes de comer?

De nuevo el pobre Jamie tuvo que abandonar un juguete que le cautivaba, pero esa vez no lloró; se agarró de la mano de Vera y caminó a su lado a través del largo pasillo, bajando por la escalera adornada con una balaustrada. En aquel momento apareció Tony. Éste iba a trabajar a Londres tres días por semana, y, aunque aquél no era uno de esos días, había estado fuera hablando con la persona que debía encargarse de limpiar el sotobosque. Enseguida comenzó a servirnos las bebidas, y, siendo como era un hombre amable, bien intencionado y sociable pero aburrido y del todo insensible al estado de ánimo de los demás, así como a las diferencias entre ellos y entre sus gustos y los propios, al tiempo que nos atendía nos dedicó una minuciosa explicación de dónde y cómo había obtenido

la ginebra, el whisky y el jerez, y de dónde creía poder sacar las próximas botellas. Había una gran variedad de copas de todas las formas y tamaños, y Tony consideraba de máxima importancia saber utilizar la copa apropiada para cada clase de bebida. Incluso aseguró que para el jerez seco y el semi-seco debían usarse dos copas distintas, cosa que jamás he vuelto a oír.

—¿Y qué le daremos a este hombrecito?

Vera dijo que Jamie tomaría un zumo o el jugo de naranja «del Gobierno» que ella había traído consigo.

—Vamos, vamos —dijo Tony—, podemos darle algo mejor. En mi opinión, los niños deben acostumbrarse a beber vino desde pequeños. Eso es lo que mi padre hizo conmigo y nunca he tenido que lamentarlo.

—Pero seguramente no a los tres años —observó Andrew.

—No estoy muy seguro, pero no debía de tener muchos más. Mi padre estaba empeñado en que yo entendiera de vinos y dijo que nunca era demasiado pronto para empezar.

—Supongo que te reservó un tonel de Montrachet, ¿no? —dijo Andrew con mucha seriedad.

No alcancé a oír la respuesta de Tony. Sólo sé que pensé que Andrew no tendría que meterse con Tony porque era lo mismo que meterse con Jamie. Entonces levanté la vista y, al coger mi copa de jerez, miré hacia donde estaba Edén y vi que por la pierna le corría un hilo de sangre.

Aquello me dejó helada. Mis dedos acababan de tomar contacto con la copa y allí se quedaron, en la fresca superficie dura, resbaladiza y redondeada; mejor dicho, la agarraron con fuerza mientras mis ojos se clavaban en la pierna izquierda de Edén, que estaba de pie.

La mujer de servicio, que tenían fija y que era la esposa del chófer y hombre para todo, acababa de entrar en la habitación con dos bandejas de canapés, unas tostaditas redondas cubiertas de huevo revuelto, trocitos de queso y pepinillos. Edén le quitó las bandejas de las manos y se las ofreció a Helen. Para ello tuvo que inclinarse un poco y la amplia falda de su vestido blanco se levantó unos centímetros dejando al descubierto la parte alta de sus pantorrillas. Ninguna de las mujeres presentes llevábamos medias, porque había que adquirirlas a cambio de cupones y aun así eran

difíciles de obtener, pero Edén lucía unas medias muy finas y claras, sin duda alguna suizas, y el hilo de sangre oscura y espesa le resbalaba por la parte interior de la pierna; ya había sobrepasado la rodilla y la pantorrilla y se acercaba al tobillo y a la delgada correa de su sandalia blanca.

Por extraño que parezca, no pensé en lo que eso significaba; sólo pensé en la menstruación y en las muchas veces que me habían ocurrido o habían estado a punto de ocurrirme cosas parecidas. Sobre todo pensé que Edén se sentaría después de haber pasado los canapés, y que se iba a manchar de sangre aquella preciosa falda blanca como la nieve y llena de bordados. Pero no sabía qué hacer, porque si mientras Edén se mantenía frente a mí con la bandeja le hubiera susurrado que saliera conmigo un instante porque tenía que decirle una cosa, estoy segura que se hubiera reído y, dirigiéndose a los demás, les habría preguntado que qué demonios podía tener que decirle que no pudieran oírlo ellos, y qué sería lo que quería mantener en secreto entre ella y yo.

Edén era así, era su modo de ser. Por lo tanto, rechacé con un movimiento de cabeza los canapés y tuve la presencia de ánimo de captar la mirada de Helen con tal expresión de súplica que Helen, que era la inteligencia, el tacto y la intuición personificada, se levantó al instante y le dijo a Edén que antes de comer tenía que ir al baño y que quizá yo querría acompañarla.

Por aquel entonces, las mujeres no hablaban de la menstruación, o por lo menos no mucho, tal vez sólo con las de su edad y mediante eufemismos, pero en cuanto nos hallamos al otro lado de la puerta le conté brevemente a Helen lo que había visto. Dije «la regla», expresión que era bastante mejor que la que solía emplear Vera, que lo llamaba «tener una visita».

Helen me puso la mano en el brazo.

—Pero, cariño, no puede ser. Edén está embarazada.

—¡Santo Dios! Lo había olvidado.

—Me refiero a que, si es cierto lo que has visto, se ha terminado su embarazo.

Y así era, aunque nosotras no tuvimos que decírselo, pues cuando regresamos a la habitación (aquel salón chino diseñado por Steuart, que en mis recuerdos veo decorado en tonos rosas y verdes pero que seguramente era de color amarillo), Edén ya no estaba,

Andrew parecía perplejo y Tony, que era quien hubiera debido estar perplejo por no decir inquieto, seguía perorando acerca de cómo enseñarles mundología a los niños y en aquel momento había llegado a la ciencia de fumar habanos. Nos sentamos allí y nos quedamos a la espera. Jamie dijo que tenía hambre y que no le gustaban las tostadas frías con un huevo revuelto y pepinillos, y debo decir que interiormente le di la razón.

—¿Edén se encuentra bien? —preguntó Vera de pronto.

—Oh, muy bien, por supuesto —dijo Tony—. Sólo ha salido un momento para empolvase la nariz.

Ahora todo el mundo dice «por supuesto», pero entonces nadie lo decía y Tony no paraba de repetirlo.

Vera se fue arriba, pero tuvo que llevarse a Jamie porque el niño no quiso quedarse ni separarse de ella. La señora King, el ama de llaves, vino a decirnos que la comida estaba dispuesta y Tony respondió que muy bien, que enseguida pasaríamos al comedor. Y él también salió, pero no para averiguar lo que le pasaba a Edén, como yo creía, sino para abrir una botella de vino que tenía que «reposarse».

—Edén está abortando —le dije a Andrew.

—¡Dios mío!

En aquel momento oímos que el teléfono que había en el salón emitía una especie de tintineo, señal de que alguien estaba llamando desde el aparato de arriba, y todos adivinamos que era Vera avisando al médico.

—¿No creéis —dijo Helen— que ha llegado la hora de que nos vayamos? Tal vez podríamos llevarnos a Jamie y dejar a Vera con Edén.

—No nos llevemos a Jamie —dijo Andrew—. Por favor, puede ser peor que los pavos reales. Pero nosotros podemos marcharnos si queréis.

—De cualquier modo, no podría comer nada —dije yo.

Fue sorprendentemente difícil transmitir esa información a Tony. Naturalmente, fue Helen quien se encargó de hacerlo, de explicárselo, pero nosotros estábamos delante oyéndolo todo y nos resultó increíble comprobar lo obtuso que era. Se obstinaba en decir que debía de tratarse de una broma, de un intento de Edén para divertirse a costa de él y hacer que se inquietase (¿qué clase de

matrimonio sería el suyo?) y que seguramente ella y Vera estarían arriba contándose secretos como suelen hacer las chicas. Entonces apareció Vera que venía del primer piso, blanca como el papel y con una expresión sombría. Llevaba en brazos a Jamie, medio echado sobre su hombro.

—He avisado al doctor. Edén tiene una hemorragia muy fuerte y me imagino que ha perdido el hijo.

El único que comió aquel día fue Jamie, pues a pesar de que Vera parecía muy alterada, abatida y preocupada, para ella lo primero seguía siendo el niño. Se llevó a Jamie a la cocina y allí le preparó algo de comer, leche y un emparedado de pollo. Helen, Andrew y yo regresamos a Walbrooks, y supongo que después, a última hora de la tarde, Tony acompañó a casa en coche a Vera y a Jamie. El doctor había aconsejado que ingresaran inmediatamente a Edén en el hospital.

Nunca he sabido lo que le ocurrió allí a Edén. Sin duda Tony lo sabe, suponiendo que sea capaz de recordar, pero si lo recuerda, ¿querrá hablar de ello conmigo? ¿Querrá contárselo a Daniel Stewart? Seguro que no. Edén abortó y tuvieron que operarla. Andando el tiempo se me ha ocurrido que lo que ella tuvo fue un embarazo extra uterino, en que el feto queda implantado en una de las trompas de Fallopio. Al crecer el embrión, puede romperse la trompa, en cuyo caso éste debe extirparse o si no la madre puede morir. También es posible que el feto se desprenda por sí mismo y sea expulsado sin causar lesión alguna a la trompa. Lo único que sé es que después del aborto corrieron rumores en la familia de que Edén no podía o no debía tener más hijos, bien porque un nuevo embarazo fuese un peligro para ella, o bien porque (ésta era la versión alternativa) le sería imposible quedarse embarazada. Mi madre comentó:

—Me temo que eso le viene a Edén a causa de la vida que llevó en el Servicio Femenino de la Marina.

No supe lo que quería decir, y mi padre tampoco. Los dos pensamos que mi madre no hacía sino reflejar un resto pertinaz, medio inconsciente y supersticioso, de gazmoñería victoriana, pero lo que sugería era muy posible; de hecho, era muy exacto desde el punto de vista médico. Mi madre había deducido que Edén, al acostarse con muchos hombres, había contraído gonorrea, y una de

las secuelas de esta enfermedad es producir una obstrucción de las trompas. Dicen que antiguamente ésta era la causa de que muchas familias tuvieran un hijo único, pues el marido contagiaba a la joven esposa en el momento de la concepción, de modo que el primer hijo nacía normalmente. Pero luego la enfermedad iba produciendo sus efectos, obstruía una trompa o las dos e impedía que la esposa volviese a concebir. De ser cierto que a Edén le había contagiado la gonorrea uno de sus amantes, el resultado podría muy bien traducirse en un embarazo fuera de sitio.

En realidad, no había ninguna razón que apoyara esa teoría, pues es sabido que, después de ciertas intervenciones quirúrgicas en el abdomen, pueden quedar obstruidas las trompas de Fallopio, y a Edén le habían extirpado el apéndice cuando era pequeña. O también podía tratarse de una simple e inexplicable mala suerte. Lo que era irrefutable es que Tony Pearmain se había quedado sin heredero y sin ninguna probabilidad de tenerlo.

13

UNOS QUINCE AÑOS después de que esto ocurriera, Chad Hamner me contó la historia de su vida mientras tomábamos el té en el Hotel Brown. Me lo encontré por casualidad en Bond, cuando salía de cortarme el pelo en Vidal Sassoon. Tomar el té en el Hotel Brown constituye una ceremonia muy civilizada. En cuanto te has instalado en tu butaca, el camarero te trae un bollito tostado de confección propia, que te sirve con unas pinzas. Se sobreentiende que uno se lo ha de comer porque es lo que la gente bien de Inglaterra Suele tomar con el té. Los demás pasteles llegan más tarde en una bandeja de plata de tres pisos, pero son opcionales y en cualquier caso se consumen después; están allí con aspecto apetitoso, pero el bollito debe comerse primero... como les dicen a los niños a la hora de la merienda.

En aquel ambiente, tal vez Chad y yo estuviéramos fuera de lugar. No se nos veía desplazados, claro está; teníamos el mismo aspecto que todos los demás, elegantes y urbanos, yo con mi corte de pelo y Chad más delgado y con el cabello un poco canoso. Fue el primero de mis conocidos que cambió la americana *sport* por una chaqueta más informal de cremallera. Nos tropezamos en la acera delante de Asprey, él me tendió los brazos y yo me arrojé en ellos. Lo curioso es que anteriormente nunca nos habíamos abrazado ni besado, ni siquiera nos habíamos rozado las manos, pero ahora estábamos ligados por un extraño vínculo. No hay muchas personas cuyo nexo de unión sea una mujer ahorcada.

No sé por qué fuimos al Hotel Brown; desde luego no era porque Chad se alojase allí o se hubierauelto rico, ni tampoco porque

tuviera la costumbre de tomar el té allí. Chad era un periodista independiente, tenía un piso en Fulham (que en 1963 no se había puesto de moda, ni era un lugar interesante ni constituía «una etapa en el ascenso social») y no creo que su economía fuese muy próspera. Había arruinado su vida por Francis, por él había destruido todas sus posibilidades de éxito. Me dijo todo esto mientras comíamos nuestros bollitos, dijo que durante mucho tiempo había considerado que valía la pena desechar todo lo que ofrece el mundo a cambio del amor, pero lo malo es que el amor no dura y entonces uno se da cuenta de que el mundo sigue ahí y ya es tarde para recuperarlo.

Chad no me hubiera hablado de ese modo si yo, llevada por un impulso emocional y deseosa de hacerle confidencias y de contárselo todo, no le hubiera explicado lo que vi aquella noche después de la boda de Edén. No se lo había dicho a nadie, ni siquiera a Andrew, ni a Louis. Chad clavó sus ojos en los míos con una mirada serena y firme, realmente inesperada después de lo que le acababa de contar.

—Estaba enfermo de amor —dijo—. Esto es lo que de hecho dice el Cantar de los Cantares de Salomón, enfermo de amor. Me enamoré de Francis cuando él tenía trece años. Es algo bastante clásico, ¿no crees? El emperador Adriano y Antínoo; un viejo poco agraciado y un hermoso muchacho.

—No eras viejo, tenías treinta años.

Chad se encogió exageradamente de hombros, a la francesa, como era su costumbre.

—La edad es un estado de espíritu, y yo cuando estaba con Francis me sentía viejo y feo. Lo que hice aquella noche es algo que incluso hoy la mayoría de la gente considera abominable, pero no lo hice muchas veces porque él no me dejaba. Tampoco fui yo el primero, ¿te sorprende? Me dejaba hacer el amor con él sólo unas tres veces al año. El año cuarenta y cinco fue quizá mi año de suerte (tal vez Francis quisiera celebrar el final de la guerra) porque me dejó hacerlo cuatro veces. No es de extrañar que me tuviera loco.

—Francis hace quedar en ridículo a Freud, ¿verdad? —dije—, porque la pobre Vera no era exactamente una madre posesiva y dominante.

—Sí, pero Francis no era marica de verdad, como lo soy yo, no

hasta el fondo. Francis podía ser cualquier cosa para un hombre o una mujer, según le apeteciera. A menudo me preguntaba a mí mismo por qué Francis me soportaba y encontré dos respuestas, que sigo creyendo acertadas. La primera es que es maravilloso que te adoren..., quiero decir que imagino que debe de ser maravilloso, porque nunca he sido adorado. Debe de ser maravilloso que alguien te adore y saber que, pese a que no le hagas caso, a que le trates con indiferencia o con franca crueldad, va a seguir adorándote.

—¿Y cuál es la otra respuesta? —pregunté.

—Que a Francis le gustaba hacer aquello que él y los demás creían que estaba mal hecho, le gustaba hacerlo por el placer de obrar mal, y esto es algo muy poco corriente, mucho menos frecuente de lo que podrías pensar. Incluso los grandes pecadores que han existido, digamos Hitler o Stalin o ciertos criminales en gran escala, creían que lo que hacían estaba bien o por lo menos que el fin que perseguían era bueno. Casi nadie se pone a hacer el mal como el Lucifer de Milton, y por otra parte, éste no es nada convincente, porque resulta un tipo simpático. Y tampoco era el caso de que dijera «el Mal será mi Dios», porque Francis quería que el mal siguiera siendo malo, fuera su mal particular y por lo tanto le resultara siempre deseable. Pero nada de eso hacía que yo lo quisiera menos; le hubiera seguido hasta los confines del mundo.

Aquella frase me trajo a la mente el empleo que Anne y yo le dábamos a la barraca en los días lluviosos, y el uso que hicieron de ella Chad y Francis en las noches de niebla.

—Como María Estuardo —dije— siguiendo a Bothwell en su traslado.

—En mi caso yo iba detrás de unos calzoncillos —dijo Chad—, pero muy pocas veces me permitió llegar tan lejos. No sabes la cantidad de buenas oportunidades que me dejé perder por estar con él. Yo colaboraba en un periódico de ámbito nacional y cuando me ofrecieron un puesto en la redacción lo rechacé porque, aunque tal como estaban las cosas sólo podía ver a Francis durante las vacaciones escolares, si hubiera trabajado en Fleet Street no lo habría visto nunca. El trabajo que me propusieron en el *Oxford Mail* me pareció un regalo del cielo, pues me permitía verle cada día, aunque no llegara a hablarle. Y entonces me despidieron; unos seis meses después de que nos vieras aquella noche me pusieron en la

calle. Y de nuevo a causa de Francis; no me refiero a que fuera su culpa (no lo fue, fue por culpa mía), pero ocurrió a causa de él.

»Una noche tenía que cubrir para el periódico la cena anual de un club de tenis en Headington. Nadie suele ir a estos actos; uno se hace con la nota de prensa que entregan de antemano, en la cual explican el programa general, y luego le saca el resto a la secretaria o a alguien por el estilo. No tenía ninguna intención de asistir a aquel acto porque había invitado a Francis a cenar e iba a ser la primera vez que estaría a solas con él en todo un mes. ¿No has oído decir que todo el mundo tiene una vivencia cumbre en el transcurso de su vida? Dicen que durante un día, o tan sólo unas horas, uno disfruta de una felicidad tan alta y tan perfecta, tan parecida al éxtasis, por decirlo así, que no volverá a sentir nada igual en toda su existencia. Bueno, pues eso es lo que me pasó aquella noche; lo comprendí así entonces y nada de lo que me ha ocurrido después me ha hecho cambiar de opinión. Francis vino a mi casa, hicimos el amor y él se mostró muy cariñoso. Yo me sentía tan enormemente feliz que realmente fue mi experiencia cumbre. También fue la última vez que fui feliz durante mucho tiempo, es decir, que hasta pasado mucho tiempo no me sentí moderadamente contento. Escribí el reportaje del club de tenis sacándolo de la nota de prensa, sin hacer ninguna comprobación, y salió publicado en el diario. Al poco rato me hallaba ante el director que me preguntaba que por qué no se me había ocurrido mencionar que el invitado de honor a la cena, un personaje importante de la localidad, había caído muerto mientras pronunciaba el discurso. De modo que me despidieron y volví al norte de Essex, un lugar poco interesante, pero desde el cual por lo menos tenía más ocasiones de ver a Francis que en otro sitio, y, como uno de los empleados se había despedido, me dieron mi antiguo puesto.

Chad me contó muchas cosas más aquella tarde, me contó que había seguido a Francis a Londres y como en Fleet Street ya no lo quisieron, se había puesto a trabajar de reportero para un pequeño periódico del noroeste de Londres llamado *The Willesden Citizen*. Francis se había cansado por fin de él y le había golpeado, haciéndole caer a lo largo de tres tramos de la escalera que conducía a su salón-dormitorio en Bondesbury Park. Había cosas aún más penosas: Francis se valió del talante afectuoso de Chad, un

talante que seguía conservando ahora, para hacerle objeto de bromas más sutiles, y, en su empeño por librarse de Chad, llegó a humillarle en público con tácticas más inteligentes y tortuosas de las que cuando niño había empleado con Vera. Así que aquella relación terminó cuando Francis tenía más de veinte años y Chad más de cuarenta. Chad ya no se encontraba muy bien y no estaba lo suficientemente fuerte como para desempeñar el papel de reportero en un suburbio inhóspito de la zona norte.

—Me parezco a Adriano en muchos aspectos —dijo Chad, indicándome el pliegue que cruzaba en diagonal sus lóbulos.

Por lo visto, éstos se dan en personas predispuestas a las enfermedades coronarias; es un hecho que está científicamente probado, no se trata de cuentos de viejas. Sabemos, por los bustos de Adriano y su efigie en las monedas, que tenía esas arrugas en los lóbulos y que murió de un ataque al corazón.

Pero antes de contarme todo aquello me habló del invierno de 1948, el invierno en que Vera cayó enferma. Chad trabajaba en Essex, en su antiguo empleo, e iba a menudo de visita a Laurel Cottage. No se le había ocurrido que la gente pudiera insinuar que era o había sido el amante de Vera, y no había pensado en ello porque la posibilidad de ver en las mujeres una pareja sexual le era totalmente ajena. Pero cuando se lo dije fue toda una revelación. No, dijo, no lo sabía, no se le había pasado por la cabeza. Vera le gustaba y hacía buenas migas con ella únicamente porque era la madre de Francis y porque su casa estaba impregnada de la presencia de Francis. La iba a visitar sólo para hallarse en el hogar de Francis y poder hablar de él si se le presentaba una oportunidad, lo mismo que a lo mejor Adriano se dejaba caer en casa de la madre de Antínoo allá en Bithinia. Chad creía entonces que el hecho de convertirse en un amigo de la familia le aseguraría la posesión eterna de Francis, porque era un medio para seguir en contacto con él desde lejos y a través de otros, y, aunque no lo viera durante años, de seguir poseyéndolo mínimamente; pensó que era mejor, infinitamente mejor, tener la seguridad de recibir aquellas migajas de noticias, de oír pronunciar casualmente su nombre por mucho dolor que eso le causara, que la otra alternativa, que era no tener nada.

—Querías poner un pie en la puerta para impedir que se cerrara

—le dije.

—Sí, en parte sí, porque nuestra relación (¡vaya palabra!, la odio, pero ¿de qué otro modo puedo llamarlo?), bueno, nuestra lo que sea, era tan tenue, arriesgada y quebradiza... Bueno, quebradiza para él; para mí era frágil. Pero de ese modo al menos podía imaginarme que durante los próximos veinte años yo iría envejeciendo al lado de Vera junto a su chimenea, y que ella me hablaría con toda confianza, me contaría dónde estaba Francis y qué hacía, me comentaría sus éxitos y publicaciones. Pensé que si no podía tener nada más, por lo menos tendría eso, y era algo que nadie me podría quitar si tenía la constancia suficiente para disponer las cosas de esta manera. Lo único que debía hacer era seguir yendo a casa de Vera, y existía además la posibilidad de que Francis estuviera allí, porque en teoría seguía viviendo en casa. Francis me había dicho que pronto llegaría el momento de marcharse de casa para siempre, que no volvería nunca más, pero no le creí del todo. Sea como fuera, aquel momento aún no había llegado y yo vivía en el presente, cosa que, según la psicología moderna, es muy buena, casi un ideal. Resulta extraño, porque la verdad es que se vive en el presente sólo cuando el pasado es demasiado triste para querer recordarlo y el futuro se ve demasiado negro.

Aquel invierno, una semana después de Navidad, Chad se acercó a Laurel Cottage con la esperanza de encontrar allí a Francis. Pero Francis no estaba porque se había marchado a Escocia para pasar el Año Nuevo en casa de unos conocidos, y, como es natural, no se acordó de decírselo a Chad. El viaje de Francis fue para Chad una terrible desilusión y un golpe muy amargo, pues sabía que Francis iría directamente a Oxford sin pasar por casa, de modo que estaría cuatro meses sin verle. Todo aquello le dejó tan aturdido que hasta pasado un rato no se dio cuenta de que Vera estaba enferma. En realidad no lo vio hasta que Vera le pidió que la perdonara por no ofrecerle una taza de té, pero que se encontraba demasiado débil para levantarse de la butaca. Entonces Chad advirtió que estaba muy pálida y con los ojos cargados, y cuando le puso la mano en la frente, la notó cubierta de sudor.

Aquél fue el principio de los acontecimientos que Chad me relató en el Hotel Brown. Chad acabó diciendo que desde entonces

se había preguntado muchas veces si él no habría servido de instrumento impulsor de los hechos posteriores. Pero, aun suponiendo que hubiera hecho lo que Vera le pedía que hiciese (y dadas las circunstancias resultaba irónico que aquella petición se la hiciera, precisamente a él, la madre de un niño de corta edad), ¿acaso no habría tenido lugar esa terrible convergencia de los destinos humanos? ¿Hubiera ido todo bien? No lo creo; creo que Edén hubiera encontrado un modo de salirse con la suya y que Vera hubiera acabado perdiendo. Se lo dije a Chad, le dije que tuviera la conciencia tranquila, pues, aunque él las conocía, yo las conocía mucho mejor porque eran mi familia. Chad y yo nos separamos para no volver a vernos ni a saber el uno del otro hasta que Daniel Stewart entró en nuestras vidas.

Pero le hice una última pregunta, y tal vez obré mal porque no era asunto mío.

—¿Por fin se ha vuelto débil el eco?

Aparentó no comprenderme.

Y ahora tengo ante mis ojos, extendido ante mis ojos y sobre la mesa, exactamente tal como lo he sacado del sobre, el relato de Chad acerca de lo que ocurrió en víspera de Año Nuevo cuando fue a visitar a Vera. Lo ha escrito para Stewart a petición del propio Stewart, porque los demás han muerto y Chad es el único que sabe lo que pasó, que estaba allí y fue testigo de todo. Chad, a pesar de sus setenta y pico de años, a pesar de los estigmas de aquellos lóbulos semejantes a los de Adriano, está en buena forma, se le ve *compos mentís*, pero, en cambio, ¿qué se ha hecho de aquel estilo suyo tan lúcido, elegante y agradable? Supongo que lo perdió y sacrificó por el amor de mi primo Francis. Stewart quiere que lea el relato para que se lo confirme, pero eso no puedo hacerlo porque yo no estaba allí; estaba en Londres o en Cambridge, o a veces en Stoke-by-Nayland, y las únicas noticias que tuve de la enfermedad de Vera venían de una carta que ella le mandó a mi padre. Pero de cualquier modo voy a leer lo que dice Chad. Tengo curiosidad por saber el resto, la parte que no me contó en el Hotel Brown.

Voy a intentar describir los hechos (dice Chad) sin dejar que los acontecimientos posteriores falseen mis recuerdos ni alteren mis convicciones. Trataré de escribir lo que en aquel entonces me pareció real. En el año 1948, para ser más exactos en el último día

de 1948, yo no sabía que hubiese ningún misterio alrededor de la persona de James Ricardo, que entonces se apellidaba Hillyard y al que todos llamábamos Jamie. Me constaba que era el hijo de Gerald Hillyard y jamás se me había ocurrido ponerlo en duda, pues atribuía a otra causa la separación que había tenido lugar entre el señor y la señora Hillyard. Tampoco estaba enterado de que hubiera habido ninguna ruptura de relaciones entre Vera Hillyard y Edén Pearmain; yo siempre las había visto unidas por un lazo más fuerte, por así decirlo, que el que existe entre dos hermanas, y creía que esto seguía igual, cosa que hasta cierto punto incluso entonces era cierta.

El 31 de diciembre de 1948 era viernes. Por la mañana yo tenía que cubrir una encuesta judicial para mi periódico, pero una vez escrita la reseña me quedaba el resto del día libre. Como habíamos medio planeado que pasaría la velada de fin de año con la familia Hillyard, al volver a casa desde Colchester pasé por Great Sindon y me paré en Laurel Cottage para confirmar aquel programa.

Eran tiempos más seguros, y durante el día Vera nunca cerraba la puerta de entrada, de modo que entré y la llamé. El pequeño Jamie salió corriendo, pero Vera estaba sentada en un sillón y no se levantó al verme. Sin embargo, tardé un rato en darme cuenta de que algo le pasaba, pues achaqué su abatimiento al hecho de que Francis, su otro hijo, había decidido que no vendría a pasar el Año Nuevo con nosotros. Entonces Vera me dijo que creía tener la gripe, que acababa de tomarse la temperatura y estaba a 38. Le pregunté si quería que llamase al médico, pero me respondió que lo único que haría éste sería mandarle guardar cama, ¿y cómo iba a quedarse en cama teniendo a Jamie a quien cuidar?

Yo me encontraba en un dilema. Veía que Vera estaba enferma y que empeoraba, pues advertí que la cara se le cubría de sudor y que comenzaba a temblar. Me pidió que le trajera una manta. Me parecía mal dejarla, pero por otra parte no podía hacer nada por ella y no tenía ganas de pillar la gripe. Una cosa sí podía hacer por ayudarla: le dije que me llevaría a Jamie un par de horas, para que ella pudiera descansar, y estuvo de acuerdo. Me llevé al niño a mi casa y preparé la comida para él y para mí; después escribí mi reseña mientras él jugaba con unas fichas viejas de mah-jong, y a eso de las cuatro lo llevé de nuevo a su casa.

Vera se encontraba mucho peor. Estaba en cama, o, mejor dicho, se había echado vestida sobre la cama, y, como le costaba respirar, daba vueltas de un lado a otro apretándose el pecho con las manos. Esta vez no vacilé en llamar al doctor y le pedí que viniera en cuanto pudiese. En aquellos tiempos, era factible llamar al médico y hablar directamente con él; uno no se tropezaba con una recepcionista o, peor aún, con un contestador automático. Y el doctor venía a visitar al enfermo a casa como la cosa más natural. No sé cómo se llamaba aquel médico, no lo recuerdo, pero vivía en Great Sindon y llegó antes de que hubiera transcurrido media hora.

Es posible que cuando Vera se tomó la temperatura tuviera 38 grados, pero cuando el doctor le puso el termómetro estaba a 40. Tenía la gripe y el médico temía que la cosa pudiera degenerar en pleuresía. Le dijo que se quedara en cama, bien abrigada, que bebiera mucho líquido y que tomara aspirinas. Añadió que volvería a visitarla el día siguiente por la mañana, y que era una suerte que yo estuviese allí para cuidarla. Seguramente me tomó por su marido. Yo le desengañé rápidamente, pero prometí quedarme toda la noche a su lado. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Una vez se hubo marchado el doctor, le pregunté a Vera si quería que telefonara a Edén, pero no quiso de ningún modo; dijo que no debía molestar a Edén, y menos aún en Noche Vieja. Lo que me preocupaba de verdad era Jamie, porque me veía capaz de cuidar a Vera durante un par de días, pero no de atender asimismo a una criatura de su edad (¿tres años, casi cuatro?). Sin embargo, conseguí meterlo en cama y cuando Vera se durmió llamé por teléfono a Edén. Contestó el ama de llaves, la señora King, diciendo que los señores habían salido y recordándome que estábamos en Noche Vieja. Aquella noche dormí en la habitación de Francis Hillyard y puse el despertador a las dos y luego a las cinco, para ir a ver cómo estaba Vera.

No voy a decir que Vera deliraba porque la palabra «delirar» me parece demasiado fuerte, pero tenía una fiebre muy alta que le hacía estar muy excitada. La segunda vez que fui a su habitación me cogió la mano y, sin soltármela, empezó a hablarme a toda velocidad y en un tono de voz agudo. Entonces pensé que se trataba de un revoltijo de palabras sin sentido, aunque también le oí decir, con bastante lucidez, que la vida sin los hijos no tendría sentido, y

luego, de pronto, me recitó unos versos.

Nunca imaginé que Vera tuviera aficiones literarias, pero supongo que esta poesía la recordaba de sus tiempos de colegio debido seguramente a que entonces le causó una gran impresión. *

*No hay amiga mejor que una hermana
en la negra noche o la alegre mañana.
Ella te anima cuando estás triste
o te encamina si te perdiste;
ella te ayuda a levantarte,
siempre te apoya y está de tu parte.*

Me volví a la cama y Jamie me despertó hacia las siete. Quería estar con su madre, pero no le dejé porque temía que ella le contagiara la gripe. Cuando vino el médico, dijo que Vera podía quedarse sola siempre que tuviera a una persona que pasara a visitarla dos o tres veces al día, pero que bajo ningún concepto el niño debía quedarse a su lado. De nuevo telefoneé a Edén y de nuevo había salido, pero el ama de llaves me dijo que volvería a las doce porque esperaban invitados a comer, y que diría a la señora que me llamase al mediodía.

La respiración de Vera seguía siendo irregular y la voz le salía con dificultad. Me senté en el borde de su cama y le repetí las palabras del doctor. Le dije que yo me tenía que ir, pero que había hablado con Josie Cambus y que ésta había prometido venir un rato al mediodía y otro por la noche. Añadí que, no obstante, pensaba quedarme por lo menos hasta que llamara Edén porque debíamos tomar medidas y decidir quién iba a ocuparse de Jamie.

A pesar de lo enferma que estaba, al oír esto Vera reaccionó como impulsada por una descarga eléctrica. Se sentó de golpe en la cama y me cogió con fuerza la mano entre las suyas. No puedo recordar sus palabras exactas, pero me suplicó que me llevara a Jamie a mi casa, que me encargara yo de él y que lo cuidara.

—¡Llévatelo tú, Chad! Él te conoce, contigo estará bien. Me quedaría más tranquila y podría dormir bien si supiera que está contigo.

Dijo que pronto se encontraría mejor, que su enfermedad no iba a durar más de un día o dos. Comentó que no había estado enferma ni un sólo día desde aquel problema que tuvo en su adolescencia,

cuando Edén era un bebé, y aquello seguramente fue anemia, que se hubiera curado si hubieran tenido el buen sentido de hacerle tomar hierro. Siguió divagando de ese modo, dando vueltas hacia uno y otro lado, cogida de mi mano. Me pidió que le prometiera que me quedaría con Jamie hasta el lunes, sólo hasta el lunes, porque para entonces ella ya estaría mejor, se encontraría perfectamente. Jamie no me causaría ningún problema, pues comería lo mismo que yo, y nunca se despertaba por las noches. Toda la ropa limpia del niño estaba en la cómoda de su cuarto, Vera dijo que ella misma la empacaría si yo le traía la maleta.

Ni por un momento se me ocurrió asentir a su propuesta, que me parecía ridícula dirigida a mí, un hombre soltero que vivía en un pisito que constaba únicamente de un salón-dormitorio y una cocina. ¿Qué sabía yo de las necesidades, los gustos y caprichos de un niño pequeño? Además, aunque el día siguiente era domingo, por la mañana tenía concertada una entrevista con el jefe de policía local, que sólo podía verme ese día, y el lunes debía empezar mi trabajo a las nueve de la mañana, de modo que ni siquiera consideré la posibilidad de hacer lo que Vera me pedía. Entre otras cosas, no creía probable que Vera estuviese bien el lunes, por consiguiente le dije que Jamie tenía que quedarse con una mujer, con Edén por ejemplo.

Se incorporó de un brinco en la cama como si hubiera visto entrar un fantasma. Se quedó mirando fijamente en mi dirección como si percibiera algo espantoso detrás de mí, un espectro que hubiera penetrado en la habitación y estuviera allí de pie, tendiéndole los brazos. Y Vera en cierto modo había visto aquella aparición, que de momento resultaba invisible para todos los demás. Me agarró con más fuerza la mano, como si quisiera mantenerme prisionero.

—¡Por favor, Chad, quédate con Jamie!

Era una verdadera súplica, una imploración, y pensé que la altísima temperatura que tenía la había trastornado; no creí que hubiera nada más.

—No puedo —dije—, sé razonable, sabes que no puedo.

—Nunca te he pedido nada, y nunca volveré a pedirte que hagas otra cosa por mí. Por favor, Chad.

—No es posible, Vera —dije.

—Entonces convence a Josie para que se quede con Jamie; aunque él no la conoce como te conoce a ti, sé que es una buena mujer y que lo tratará con cariño. Prométeme que hablarás con Josie.

Le dije que se lo pediría a Josie, que haría cuanto estuviera en mi mano. Oí sonar el teléfono en la planta baja y cuando bajé a contestar, claro, era Edén. Dijo que el ama de llaves le había comunicado que Vera estaba enferma y pensaba venir en cuanto acabaran de comer, sin esperar a que se fueran los invitados, que se quedarían con Tony. Vendría a buscar a Vera y a Jamie para llevárselos a Goodney Hall.

¡Qué alivio! Se me quitó un peso de encima porque vi que ésa era la solución de nuestros problemas. Josie llegó mientras colgaba el teléfono, traía comida para Vera (que ésta desde luego no pudo probar), y como era una de las pocas poseedoras (en aquel tiempo) de una máquina de lavar, se llevó un montón de ropa sucia de Vera y Jamie para lavarla en su casa. Cuando le dije a Vera que Edén vendría enseguida, tuvo una reacción muy curiosa.

Me miró con ojos de loca pero no se puso histérica, ni siquiera me pareció que estuviera delirando, pues pronunció el siguiente ruego en un tono de voz tranquilo y cargado de emoción:

—Jamie suele dormir la siesta después de comer. Enciérrale con llave en su cuarto, Chad, y dile a Edén que Josie se lo ha llevado.

¿Qué podía decirle? ¿Qué se puede responder a una propuesta aparentemente tan desatinada? Le seguí la corriente y le dije que lo haría. Que Dios me perdone.

No seguí leyendo el relato de Chad porque lo encontré extrañamente perturbador; sabía que todo aquello había sido muy desagradable y estaba enterada del desespero de Vera, pero ignoraba que había sido tan siniestro. Y en cuanto a verificar la exactitud del relato, tampoco podía hacerlo, lo único que podía hacer es buscar la carta que Vera le escribió a mi padre una semana después de aquel sábado. Lleva la fecha del 6 de enero de 1948 y es una de las raras cartas invernales que mi padre conservó. Lo importante en esta carta no es lo que dice sino lo que no dice.

«Querido John:

Debería haberte escrito antes para darte las gracias por el giro

postal que tú y Vranni le habéis mandado a Jamie por Navidad. Por desgracia me he pasado toda la semana en cama con gripe. Ha sido un ataque muy fuerte con complicaciones de pecho y garganta, pero todo el mundo me ha ayudado mucho y ha sido muy amable. Josie y Thora Morrel venían a verme cada día y Helen se ha portado como un verdadero sol, leyéndome en voz alta durante horas enteras y mandándome comida desde Walbrooks.

Jamie está con Edén. Me preocupaba pensar que Edén no se sintiera todavía lo suficientemente fuerte para cuidar de Jamie, pero ella me aseguró que estaba del todo repuesta. En realidad es donde mejor podía estar Jamie, en esa casa tan bonita, y la semana próxima ya estaré en condiciones de volver a tenerle a mi lado. Edén vino a buscarlo en cuanto supo que yo estaba enferma...»

Naturalmente, mi padre nos leyó esta carta en voz alta a la hora del desayuno, y mi madre lo escuchó con su expresión habitual de irónica exasperación.

—Me alegro de que el niño esté con su tía —dijo mi padre—. Eso me quita un peso de encima, no podría estar en mejores manos porque Edén con él será la amabilidad en persona, casi igual que si fuera su madre.

—Pues no veo que eso cambie mucho las cosas —dijo mi madre con aquel tono suyo sin inflexiones.

Yo pensé que con ello quería dar a entender que en su opinión tanto Vera como Edén serían igualmente odiosas con cualquier niño dejado a su cuidado. Mi padre pensó lo mismo porque dejó bruscamente la carta y le preguntó qué quería decir. Mi madre le contestó de una manera indirecta.

—Ya sabes lo que pienso, te dije en su momento que era una buena cosa que Edén hubiera abortado porque no le gustan los niños. No tiene paciencia, eso se nota sólo con mirarla.

Estuvieron un rato discutiendo sobre ese tema. Mi padre repetía que sus dos hermanas tenían un instinto maternal muy desarrollado, que lo habían heredado de su madre. Pero la mía no había olvidado aquel incidente en que Edén había limpiado el polvo de su dormitorio cuando vino a pasar unos días con nosotros, y estuvo despotricando acerca del egoísmo de Edén, su falta de reflexión y su talante ambicioso. Yo por mi parte recordaba aquella mañana anterior a la boda de Edén cuando ésta había hecho un gesto con el brazo para rechazar a Jamie y le habría golpeado si el niño no la

hubiera esquivado. Recordaba que nunca le dirigía la palabra al pequeño si podía evitarlo y con los ojos de la mente volví a ver a Jamie sosteniendo al perro suizo tallado en madera y a Edén echándosele encima:

«¡Déjalo, no es un juguete!».

Mi padre se levantó para dirigirse al trabajo y, como si nada hubieran dicho al respecto durante la discusión, concluyó:

—Realmente creo que es el mejor sitio para Jamie. En ningún lado estará mejor que con su tía.

—Si lo hubiera sabido habría estado encantada de tenerlo aquí en casa —dijo mi madre.

Nadie mencionó ni una sola vez a la persona que por ser la más cercana parecía la más indicada para cuidar de Jamie y atender a Vera. Supongo que se debía al hecho de que hacía años que todos habíamos comprendido que no se podía esperar ninguna ayuda de Francis porque no era un ser que quisiera ser útil ni era un miembro de la sociedad como los demás. Ya casi no le considerábamos un miembro de la familia. Por lo que Chad ha escrito se infiere que Vera nunca sugirió que se hiciera venir a Francis de las Highlands donde estaba pasando el Hogmanay o Noche Vieja. Mis padres habían olvidado su existencia, y yo (que si hubiéramos estado hablando de cualquier otro grupo familiar habría preguntado por qué no llamaban al hijo de la enferma), ni siquiera pensé en Francis para cumplir esa función. Volví a leer el relato de Chad para ver si éste se refería a Francis en relación con su madre pero fue en vano. Lo único que me llamó la atención fue que Chad había pasado dos noches en la habitación de Francis, sin duda en su misma cama, y me pregunté qué sensación le habría producido esto, si sintió éxtasis o dolor, o si experimentó ambas cosas a la vez.

No encerré a Jamie en su cuarto (continúa escribiendo Chad); sólo lo dejé encima de la cama con sus juguetes con la esperanza de que se durmiera durante un rato. Edén llegó a eso de las tres. Usted me pide que le cuente todo lo que ocurrió, todo lo que pueda recordar, de modo que le diré que Edén había estado bebiendo pero no llegaba a estar borracha; el aliento le olía a vino. Madame de Pompadour dice que el único vino que una mujer puede beber sin dejar de estar guapa es el champán, así que supongo que Edén había tomado champán, entre otras cosas, y desde luego no debiera

haber conducido. Se dirigió directamente al cuarto de Jamie y metió toda la ropa del niño en una maleta; luego se fue a ver a Vera.

No oí nada de lo que hablaron las hermanas porque Edén había despertado a Jamie al entrar en su habitación y éste estaba lloriqueando, de modo que le di un poco de zumo de naranja y una galleta. Para entonces yo ya estaba deseando marcharme. Oí que Edén me llamaba y cuando subí al primer piso encontré a Vera en el suelo del rellano. Al parecer, se había desplomado allí mismo y, aunque no estaba inconsciente, se hallaba demasiado débil para poder levantarse. Pensé que había intentado ir al cuarto de baño, eso lo pensé entonces, pero más adelante llegué a otra conclusión. Edén también estaba en el rellano con los guantes puestos y el bolso debajo del brazo. Según creo, Edén le había dicho adiós a Vera y había salido de la habitación, y entonces Vera se había levantado para ir detrás de ella, tal vez corriendo, y por estar tan débil se había caído cuan larga era. La cogí en brazos y la llevé de nuevo a su cama, donde se recostó contra las almohadas con los ojos cerrados. Abajo, Jamie empezó a llorar.

Vera murmuró:

—Jamie, por favor, Chad...

Vi que las lágrimas le resbalaban por las mejillas, y pensé que serían lágrimas de debilidad, o causadas por la fiebre.

—Mejor será que la dejemos para que duerma un poco —dijo Edén con una dicción ligeramente gangosa, pero que sólo era perceptible para quien conociera, como yo, su voz normal.

Los dos bajamos a ver a Jamie, que estaba llorando porque se había derramado la naranjada por encima. Lo limpié y le di un poco más de zumo. No hablamos de si Edén se iba a llevar a Vera y a Jamie a su casa, ni yo le recordé lo que había dicho anteriormente, pues tal como estaba Vera, era impensable trasladarla a ningún sitio. El propio médico había dicho que debía quedarse en cama sin salir de la habitación, y ya habíamos visto lo que ocurrió cuando Vera trató de andar. Me estaba preguntando si me atrevería a dejarla sola cuando apareció Josie Cambus con su labor de punto y un libro de la biblioteca pública; venía preparada para quedarse durante el resto del día, y también por la noche si hacía falta.

Había llegado el momento. Edén dejó a Jamie en el asiento

trasero del coche, puso la maleta en el maletero y arrancó. Le dije ' a Josie que el lunes llamaría a Vera para saber cómo estaba, y yo también me marché. No obstante, el lunes ya no fui a trabajar porque estaba enfermo, tenía la gripe y tuve que quedarme en casa durante toda aquella semana y parte de la siguiente. Cuando al fin telefoneé a Vera, Josie me contestó que Vera se encontraba mucho mejor, pero que en aquel momento estaba durmiendo. Estuve mucho tiempo sin hablar con Vera y cuando lo hice las cosas habían cambiado mucho. Nunca volví a ver a Edén Pearmain, la última vez fue aquel día cuando la vi instalarse ante el volante del coche, y las últimas palabras que le oí decir iban dirigidas a Jamie para advertirle que no se pillara los dedos en la puerta.

Vera estuvo enferma mucho tiempo. Cuando volví a verla aquel mes de febrero, su aspecto me impresionó y pensé que tenía razón Helen al decir que Vera todavía no estaba lo suficientemente recuperada para tener a Jamie consigo. Yo había llegado el viernes por la noche con Andrew a Walbrooks para pasar allí el fin de semana. No sé si mi padre había tenido noticias de Vera o Edén durante las últimas semanas, pues sólo me pasó la información de que la convalecencia de Vera iba a ser larga. Cuando llegué a Stoke-by-Nayland no me preocupaba mucho Vera; sólo tenía unos ligeros remordimientos de conciencia a su respecto. Las razones de que al venir a aquellos parajes yo no me instalara en casa de Vera, sino en la de Helen, debían de ser evidentes para todo el mundo, incluso para la propia Vera y Edén. Vera sin duda lo comprendía, pero de todos modos yo la había abandonado.

—Pero, cariño —me dijo Helen—, ella no habría querido tenerte en casa. Bueno, no quería decirlo así; me refiero a que no se encuentra nada bien, todavía no se ha repuesto de aquella gripe. Mañana iremos a verla y lo comprobarás por ti misma. Quiere recuperar a Jamie, quiere que todos vayamos a buscarlo a casa de Edén, pero no sé qué hacer, ya la verás.

Vera estaba tan delgada que tuve que hacer un esfuerzo para no seguir mirándola, y tenía aquel aspecto ajado y marchito que algunas mujeres rubias adquieren con la edad y que las hace semejantes a una hoja seca. La piel se le había arrugado y tenía muchas canas; los huesos de sus muñecas y rodillas sobresalían como protuberancias nudosas, y cuando sonreía parecía una

calavera. Pero, a pesar de todo eso, a pesar de su palpable debilidad, se había pasado la semana pintando el dormitorio de Jamie. Todos tuvimos que subir para admirar su trabajo: Helen, el general, Andrew y yo. Aquélla era la habitación donde yo había dormido y había visto a Edén ponerse crema en la cara, y donde yo misma había hecho experimentos con su maquillaje. Pero ahora el cuarto parecía transformado. Vera había pintado las paredes de blanco y el maderaje de color azul pálido; le había hecho a Jamie una alfombra retalera con retazos de tela de colores azul y blanco, había recortado ilustraciones de los libros de Beatrix Potter y las había enmarcado poniéndoles un *passe-partout*.

—¡Es maravilloso! —dijo Helen—. A Jamie le va a encantar, pero, oye Vera, ¿estás segura de que te encuentras bastante fuerte como para cuidar de él?

Vera nos dirigió una sonrisa parecida a la de una calavera.

—Claro que estoy bien, no habría podido hacer todo esto si no lo estuviera, ¿verdad? Además, no creo que Edén quiera tener por más tiempo a Jamie, pues eso sería pedir demasiado. Lleva una vida social muy intensa y me imagino que está ya un poco harta de él y que se pondrá más que contenta si se lo quitamos de encima.

Lo dijo con tanta animación, con tanta confianza y tal vez con tanta desesperación...

—Yo podría quedarme con él una temporada —dijo Helen sin mucho entusiasmo, aunque todos sabíamos que lo ofrecía de corazón, que se llevaría a Jamie si Vera lo quería así—. Lo haré con mucho gusto, cariño —continuó—, si tú no te sientes con fuerzas y Edén desea descansar.

Vera no dijo nada, me pareció que estaba asustada. ¿O me lo parece ahora, debido a todo lo que sé? Es posible que entonces sólo me fijara en su delgadez y su cansancio, y en que sacudió la cabeza mirando a Helen con una sonrisa de agradecimiento, pero también de rechazo. Nos metimos todos en el coche y nos fuimos a Goodney Hall. Una larga avenida de tilos conducía hasta la mansión y había montones de nieve junto al tronco de los árboles y esparcidos por el césped del parque. El cielo amenazaba nieve. Estábamos en la mitad del invierno, en lo más crudo de esta estación, que es la peor época del año, mucho peor que diciembre, y, aunque las tardes se iban alargando, después de las cinco ya había oscurecido.

La hermosa casa diseñada por Steuart se mantenía distante y aislada sobre la elevación a base de terrazas, balaustradas y escalones sin que ninguna conífera ni ningún árbol de hoja perenne rompiera la monocromía de grises que formaban la casa y el cielo. Eran las tres de la tarde y en las ventanas no se veía ninguna luz encendida. Cuando el coche enfiló la avenida de grava que conducía hasta la terraza, ocurrió una cosa curiosa: Edén apareció en la esquina de la casa, caminando despacio, y se paró al lado de una urna de piedra situada en el ángulo de la balaustrada. Colocó las manos en el pedestal y se quedó mirando primero hacia el parque y luego en nuestra dirección. Iba envuelta en un abrigo de pieles, con un cuello que se había levantado de modo que le enmarcaba el rostro. Estoy segura de que no nos esperaba, que no sabía que íbamos a ir y que al vernos se sintió desagradablemente sorprendida.

No lo pudo disimular del todo. No había crecido rodeada de aquel estilo de vida, ni había sido educada para seguir una tradición de elegancia en el trato social, que consiste en saber disimular los sentimientos y en acoger a la gente con aparente buena cara. Bajó la escalinata con una expresión de enfado que cambió por otra de resignación. Llevaba el cabello oculto bajo un turbante de punto, y entre eso y el cuello rojizo de piel de zorro, nadie se atrevió a besarla; no hubo pues intercambio de besos. Edén dijo:

—Bueno, caramba, me alegro de veros a todos. ¡Vaya sorpresa!

—Te dije que vendríamos el sábado —dijo Vera.

—Creo que hace dos semanas dijiste algo de que vendríais este fin de semana.

Ambas daban la impresión de que si Vera hubiese tratado de quedar citadas en firme, Edén se hubiera negado a ello. Entramos en la casa y la encontramos helada, más fría que el colegio mayor, que Walbrooks y que la casa de mis padres. Yo esperaba que el interior de Goodney Hall estaría caldeado, pues aunque había escasez de combustible, lo mismo que la había de todo lo demás, pensaba que Tony y Edén tendrían medios para arreglarlo. En el salón etrusco funcionaba una pequeña estufa eléctrica, pero todos seguimos con el abrigo puesto y tal vez por eso nadie hizo ademán de sentarse. Edén dijo que era el día de salida de la señora King, pero que de todos modos era demasiado temprano para tomar el té.

Añadió que Tony también había salido.

Vera dijo, con una voz que se había vuelto extrañamente tímida:

—Jamie está todavía durmiendo la siesta?

—Jamie? —preguntó Edén, como si se tratara de una persona cuyo nombre hubiera oído en un pasado lejano y que ahora recordara vagamente—. Jamie? Sí, supongo que está durmiendo. La verdad es que no lo sé.

Nadie hizo el menor comentario. Más tarde, Andrew me dijo que por un momento había tenido la extraña sensación de que el niño no se hallaba en la casa porque no era Edén quien había estado ocupándose de él. Que era Vera la que había cometido un error al imaginarse que el niño estaba al cuidado de Edén, cuando en realidad estaba con Josie o la señora Morrell. Pero fue una falsa impresión por parte de Andrew, porque Edén se quitó el abrigo de zorros y, dejándolo caer en una butaca, dijo con un efecto igualmente arrollador:

—¿Le digo a la niñera que baje a Jamie o subimos nosotros a verlo?

Un poco de color asomó al rostro consumido de Vera; parecía como si un insecto la hubiera picado en ambas mejillas, sobre los pómulos.

—¿La niñera?

—Sí, eso es lo que he dicho —respondió Edén con un tono amable.

—¿Tienes una niñera para cuidar a Jamie?

—Pensamos que lo más sensato era contratar a una profesional que conociera su obligación, en efecto.

Después, Andrew me dijo que Edén hablaba como si Jamie fuese un niño autista o retrasado o delincuente.

—¿Está arriba, en aquella preciosa habitación que vimos? —preguntó Helen con entonación simpática y alegre—. Me gustaría verlo en aquel ambiente.

Edén se encogió de hombros.

—Vamos, pues.

El general rehusó, porque era el típico representante de una generación, tal vez la última, que creía que los papeles masculino y femenino eran por completo diferentes; que los hombres no debían poner el pie en el cuarto de los niños ni hablar con las niñeras.

Como los sultanes, los hombres no tenían nada que ver ^k con los niños, aunque fueran varones, hasta que éstos alcanzaran la edad de la razón. El general cogió el *Daily Telegraph* (advertí que Edén había hecho a medias el crucigrama) y se sentó en el sofá, como diciendo que el papel del hombre era conducir el coche y que él lo haría en cuanto llegara el momento. Sin embargo, Andrew vino con nosotras y cuando subíamos la escalera le cogió la mano.

Una vez se hubo quitado el abrigo, Edén quedó vestida de dueña de casa solariega: llevaba una falda plisada de *tiveed*, un conjunto azul pálido de jersey y chaqueta, un collar de perlas de varias hileras y el vistoso anillo regalado por Tony. Se había hecho cortar muy corto el brillante cabello rubio y, gracias a la permanente, lo llevaba peinado en pequeñas ondas. Nos condujo por el largo pasillo hasta la esquina de la casa, donde se hallaba el cuarto de Jamie. En el corredor hacía tanto frío que los dientes me empezaron a castañetear; no obstante, dentro de la habitación se estaba muy bien. En mi primera visita, no me había fijado en la chimenea, pero ahora sí la vi, porque en ella ardía un fuego generosamente alimentado con teas en lugar de troncos y su rojo resplandor emitía un fuerte calor que sobrepasaba el emanado por una estufa eléctrica colocada entre las dos ventanas. Estas estaban empañadas por el vapor, porque afuera el aire era helado. La última vez que yo había visto ese cuarto, los rayos del sol formaban dibujos sobre la alfombra adornada con una cenefa de hiedra y campanillas. Pero ahora la alfombra había desaparecido y en su lugar había una moqueta de color beige claro; también había cortinas de reps beige, pero la mesita y las sillas seguían allí, lo mismo que el caballo con patas de balancín. Una chica algo mayor que yo, tal vez de la edad de Edén, estaba poniendo en la mesa unos platos, una taza de té con su platillo y una jarrita en forma de conejito. Llevaba un vestido gris que no era exactamente un uniforme, pero que era lo bastante severo como para parecerlo. Jamie estaba montado en el caballito y por lo visto había estado columpiándose con fuerza. Cuando entramos, dejó de empujar hacia adelante y hacia atrás, pero, naturalmente, el caballo continuó balanceándose. Jamie nos miró y luego volvió bruscamente la cara en otra dirección.

Edén se acercó a la niñera y le murmuró unas palabras que no pudimos oír. Inmediatamente, como si Edén hubiera apretado un

botón o bajado una palanca, la niñera dijo:

—Dile hola a mamá, Jamie.

Tenía un fuerte acento de Suffolk, de modo que la orden (que no fue obedecida) sonó con una cadencia extraña.

Vera tuvo la sensatez de no demostrar su desilusión, que debió de ser amarga. Hasta ese instante no me había dado cuenta de que ella y Jamie no se habían visto desde el primero de enero; hacía seis semanas, y seis semanas es un período muy largo en la vida de un niño de cuatro años. Jamie se bajó del caballito, se acercó a la niñera y se quedó a su lado.

—Vamos, no te portes como un bebé —dijo la chica.

En el rostro de Jamie se dibujó una mueca y el niño rompió a llorar. La niñera lo cogió en sus brazos, en mi opinión con bastante poca soltura. Edén se quiso desentender del pequeño drama que se estaba desarrollando, y para ello se acercó a la chimenea y se enfundó un guante especial en la mano derecha, que lucía el anillo y unas uñas primorosamente cuidadas, después de lo cual empezó a remover el fuego con un pequeño atizador de latón.

Incapaz de contenerse por más tiempo, Vera corrió hacia Jamie y le tendió los brazos. Como todo el mundo menos ella podía prever, esa acción tuvo el efecto de que Jamie se agarrara con más fuerza al hombro de su niñera, musculoso y cubierto por la bata de algodón, y escondiese en él la cara. Vera dio un grito lastimoso y la niñera reaccionó tendiéndole al niño. Fue penoso contemplar la escena subsiguiente, pues estas escenas, que suelen ocurrir cuando una madre y su hijo han estado separados durante mucho tiempo, siempre resultan penosas. Jamie se puso a gritar y patalear, luchando por salirse de los brazos de Vera, y cuando lo consiguió corrió hacia su niñera y se agarró llorando a las rodillas de ésta. Y durante todo ese rato Edén siguió atizando y removiendo las brasas. En el exterior había empezado a nevar, y a través de los cristales empañados se veía caer una densa cortina de copos de nieve, gruesos y esponjosos. La niñera se sentó acunando a Jamie, pero Vera siguió de pie con los puños apretados. Helen le dijo:

—Cariño, es natural que al principio esté un poco nervioso. No te preocupes. ¿No crees que lo mejor sería que lo abrigáramos bien, que recogiéramos las cosas y nos fuéramos?

Edén se acercó.

—¿No pretenderéis llevároslo?

—Claro que sí, cariño, creía que ya lo sabías.

—En absoluto. De todos modos, eso queda fuera de lugar; mirad cómo nieva. Jamie acaba de pasar un fuerte resfriado y desde luego sería una locura sacarle con este tiempo, ¿verdad, *Nanny*?

Creo que a todos nos chocó lo incongruente que resultaba tomar a aquella chica como oráculo, y desde luego la niñera no contestó a la interpelación de Edén. Con su expresión algo vacuna, se limitó a colocarse a Jamie en su cadera y hacerle dar saltitos balanceándose de un lado a otro mientras se apoyaba alternativamente en uno u otro pie. Seguramente, todos pensamos también que si había que consultar a alguien con respecto a la salud de Jamie, ese alguien debía ser Vera. Jamie se desasíó de los brazos de su niñera, se sentó en la alfombra y empezó a chuparse el pulgar. Vera dijo:

—Nunca dijiste nada de un resfriado.

—No, bueno, pero he estado diez días sin hablar contigo, ¿no? Pues durante ese tiempo se ha resfriado.

—He llamado montones de veces y nunca te he encontrado; me contestaba esa mujer, el ama de llaves.

—Vera —dijo Edén con paciencia—, no voy a quedarme todo el día en casa por si se te ocurre llamar.

—Entonces, ¿cuándo podré llevarme a Jamie? —dijo Vera con el tono de una niña pequeña a quien se le hubiera negado un capricho y tratara de que sus padres le prometiesen otra cosa—. ¿Cuándo podré llevármelo?

Andrew estaba empezando a enfadarse y el tono humilde con el que Vera formuló su ruego todavía agravó más su enfado. Aunque estaba estudiando como yo, era mucho mayor que yo, mayor que Edén, pues casi tenía treinta años; además, había luchado en la batalla de Inglaterra, había sido prisionero de guerra y hacía tiempo que no pertenecía al grupo de los «niños» de la familia, entre los cuales yo me contaba.

—Puedes llevártelo cuando quieras, Vera, porque este niño es tuyo. Lo abrigaremos bien y estará perfectamente. Hemos venido a buscarlo y nos lo vamos a llevar. —Se dirigió a la niñera en un tono digno de un descendiente de los Richardson, que eran gente noble y rica—. Prepare las cosas de Jamie, ¿quiere?

Me admiró su soltura, pues aunque me consideraba una chica

emancipada e incluso defendía los derechos de la mujer, seguía creyendo que era cosa de hombres saber «tomar el mando». También Helen parecía encantada, si bien unos momentos antes la había visto consternada ante la actitud despótica de Edén. Pero ocurrió algo asombroso: las objeciones partieron de la propia Vera, que por lo visto estaba decidida a aplacar a Edén, a pesar de que ésta se mostraba más resuelta que enfadada.

—Si realmente crees que puede serle perjudicial, Edén...

—Sí que lo creo, ya os lo he dicho.

Edén se acercó a una de las ventanas y levantó el visillo, aunque la tormenta era perfectamente visible sin necesidad de ello. Andrew dijo lo que sin duda todos estábamos pensando:

—Si aparcamos el coche justo delante de la puerta, Jamie sólo estará diez segundos al aire libre —y añadió en tono mordaz—; no se trata de que tenga que ir andando dos millas hasta la estación.

—¿Por qué no lo dejamos para el próximo fin de semana y quedamos citados en firme? —dijo Vera, y nos pareció que expresaba su proposición de un modo muy curioso—. ¿Qué te parece el sábado que viene, Edén?

—Será mejor que te asegures de que mi padre estará libre el próximo sábado —dijo Andrew bastante fríamente.

—Josie tiene un coche y me puede acompañar. ¿Digamos el sábado próximo, Edén?

Edén no respondió enseguida. Jamie seguía sentado ante la chimenea con el pulgar en la boca (aquella terapia de untarle el dedo con acíbar había sido olvidada) y el fuego se estaba extinguiendo. Edén se calzó el guante protector, puso dos trozos de carbón en la hoguera y colocó un guardafuego de rejilla ante la chimenea. Cuando terminó esa operación, se quitó el guante y con un ademán distraído avanzó la mano y despeinó ligeramente los cabellos de Jamie. El niño ni se movió.

—Puedes venir el sábado próximo si quieres —dijo Edén.

—Entonces vendré por la mañana y me lo llevaré, ¿te parece bien?

—Sí, ven por la mañana.

La niñera volvió con té para todos en una bandeja. Edén parecía fastidiada y cuando la chica quiso servirle el té en su taza dijo que no con la cabeza. Vera se sentó en una de las sillitas de madera;

daba la impresión que de no haberlo hecho se hubiera desmayado. Hubo un rato de silencio hasta que Helen comenzó a hablar de la nieve y a contar anécdotas relacionadas con la nieve y de cuando era una niña y estaba en Walbrooks. Mientras lo hacía ocurrió una cosa muy rara y también terriblemente angustiosa teniendo en cuenta lo que más tarde sucedió: Jamie se levantó de la alfombra y, acercándose a Vera, se quedó de pie junto a su silla. De nuevo Vera se comportó con mucha sensatez, sin demostrar la emoción que estoy segura que sentía. Le tendió los brazos, o más bien las manos, con aquel gesto amoroso con que uno le ofrece su ternura a un niño si éste la desea. Evidentemente, Jamie la deseaba porque trepó a su regazo, y habló por primera vez desde que llegamos.

—Edén me va a comprar un perro —le dijo a Vera.

—¿De verdad, guapo? Es muy amable.

—Un perro grande, pero al principio será pequeño.

—Oh, Dios mío —dijo Vera—, no esperaba tener un perro, pero si lo has prometido, Edén...

Jamie hizo un gesto de afirmación con la cabeza.

—Lo ha prometido.

Rodeó el cuello de Vera con sus brazos y se apretó contra ella.

—Se te va a enfriar el té —dijo Edén con una entonación con la que estoy convencida que trataba de imitar exactamente el modo de hablar de mi abuela Longley, cuya voz me pareció oír aunque pensaba haberla olvidado.

La nieve nos obligó a marcharnos, pues, a pesar de que la ventisca había amainado, era evidente que volvería a nevar y los caminos se pondrían intransitables. Como Andrew dijo más tarde, vernos constreñidos a pasar la noche en Goodney Hall hubiera sido un destino peor que la muerte.

Vera parecía mucho más feliz ahora que Jamie se había acercado a ella para demostrarle su afecto. Yo creía, como a buen seguro también lo creían Helen y Andrew, que lo único que le pasaba a Vera era que le había afectado mucho la indiferencia del niño. Era evidente, además, que Jamie estaba resfriado porque le destilaba la nariz y de cuando en cuando emitía unas toses perrunas. En su cuarto hacía mucho calor y sin duda habría sido una imprudencia hacerle salir y exponerle al frío, aunque sólo hubiera sido durante diez segundos. Bajamos todos a recoger al

general, bastante satisfechos con el arreglo que se había previsto.

Jamie se había despedido de Vera con un beso y nos había dicho adiós con la mano desde los brazos de su niñera en la puerta de la habitación, al parecer muy contento. Y Edén también le dio un beso a Vera —de hecho nos besó a todos— y luego, temblando a causa del frío y de la nieve, nos pidió que la llamáramos por teléfono en cuanto llegáramos a casa para hacerle saber que estábamos sanos y salvos.

Aquel fue el único fin de semana en todo el trimestre que pasé lejos de Cambridge, y el tema no me interesaba ni preocupaba tanto como para preguntar lo ocurrido el sábado siguiente. Si alguna vez pensaba en ello, daba por seguro que Jamie estaba de nuevo en Laurel Cottage con Vera. Recuerdo que me preguntaba cómo demonios se las iba a arreglar Vera con un perro grande cuando ninguno de los Longley, al decir de los más viejos de la familia, había tenido nunca un animal doméstico.

Hasta llegado el mes de abril no me enteré de que Jamie no había vuelto a casa de Vera sino que aún estaba viviendo en Goodney Hall, al parecer con el beneplácito de Vera.

AL PRINCIPIO, Daniel Stewart da la impresión de ser un hombre muy joven, y lo primero que uno piensa es que se trata de un jovencito, casi de un niño. Esto ocurre porque es delgado, tiene la espalda muy recta, lleva el pelo largo y no presenta indicios de calvicie. Helen sostiene la teoría de que si las mujeres quieren ofrecer el mejor aspecto posible (y los hombres también, seguramente) deben vestirse como si tuvieran diez años menos, exactamente diez años. Pero Stewart se viste como si fuera veinte años más joven y eso es demasiado; resulta casi absurdo, pues al cabo de cierto tiempo uno no puede dejar de fijarse en los surcos que tiene en la cara, tan penosos cuando sonrío, y en sus canas, que el tinte no ha tapado tan bien como los otros cabellos, de modo que aparecen unas hebras de color cobre entre las de color castaño.

Pero todo esto no hace al caso, porque Stewart es simpático, un poco zalamero e inteligente. Está sentado en mi salón, rodeado de montones de libros que tratan de los hongos, mientras esperamos que llegue Helen. Le dejo hablar al tiempo que escucho, intentando captar el ronroneo de un motor diésel, señal de que se acerca el taxi de Helen.

—Quiero aclarar una cosa —dice—. ¿El veneno que utilizó Vera Hillyard es el mismo que mató a aquella anciana a la que encontró muerta Vera en la casita?

—La señora Hislop —le digo—. ¿A mí me lo preguntas? Ni siquiera sabía que había muerto envenenada, pero sí sabía que le gustaban las setas y que ella misma se las cocinaba y me parece que no despreciaba los hongos venenosos.

—El veredicto de la encuesta judicial fue «muerte por causas naturales», y el certificado de defunción decía «infarto de miocardio», que es un ataque al corazón. En otras palabras, murió porque le falló el corazón, que es de lo que todos morimos. Cuando le hicieron la autopsia le encontraron los riñones muy dañados, pero la cosa quedó así, sin más comentarios. Al fin y al cabo, la señora Hislop tenía casi ochenta años, y en su casa encontraron una cesta de setas y una cacerola con una especie de estofado de setas, aunque al analizarlas, todas resultaron ser setas comestibles.

Le pregunto si en la autopsia encontraron señales de setas venenosas en el cuerpo de la señora Hislop. Pensaba que esas cosas no me interesaban (por ejemplo, nunca leo novelas policíacas) pero mientras hablamos se va despertando mi curiosidad.

—No había ninguna señal y por eso el veredicto fue el que fue. Pero durante la encuesta se habló mucho de setas venenosas, debido principalmente a que todos sabían que la señora Hislop era aficionada a ellas. Naturalmente, Vera Hillyard testificó en la encuesta, pero eso ya lo sabías.

—No, no lo sabía —digo muy sorprendida.

Recuerdo que Vera me contó de qué modo había encontrado a la señora Hislop pero no me dijo que ella hubiera estado en la encuesta. Y sin embargo, eso debió de causarle bastante impresión, siendo como era una niña de catorce años que llevaba una vida muy resguardada. No se me escapa lo que implica que Vera no me dijera nada al respecto: en la encuesta se enteró de muchas cosas acerca de los hongos que se guardó para sí y sobre las que más tarde debió de reflexionar.

—A pesar del veredicto —dice Stewart—, estoy convencido de que la señora Hislop murió a causa de un veneno que tienen las setas y que ése fue el mismo veneno que utilizó Vera Hillyard casi treinta años después. Nadie sabe con certeza de qué clase de veneno se trataba y ya nadie lo sabrá. Lo único que se puede hacer es intentar deducirlo a partir de los síntomas, es decir, hacer una suposición inteligente basándonos en lo que sabemos.

—Como las orejas del emperador Adriano —le digo.

Stewart prefiere pasar por alto mi observación.

—Tal vez el causante de las muertes sea un veneno llamado *orellanin* —dice—, y que se halla en una especie de hongos llamada

cortinarius. Durante mucho tiempo los *cortinarius* fueron considerados inofensivos hasta que en 1962 un polaco, llamado Grzymala, descubrió las propiedades de los *Cortinarius orellanus*. Éstos atacan a los riñones y pueden causar la muerte en los niños al cabo de unos días, y en los adultos después de semanas o meses. Los riñones ya no les funcionan.

—La señora Hislop siempre comía toda clase de setas extrañas —le digo—. Tú afirmas que la autopsia reveló que tenía los riñones dañados, y Vera me dijo que cuando la encontró estaba toda ella hinchada. Podían haber pasado meses desde que la señora Hislop comiera esas setas que dices, *orellanus*. —Cojo su guía de campo para setas y otros hongos, y, al recorrer las secciones pertinentes, veo enseguida las objeciones que hay en contra de mi teoría—. Sí, pero fíjate: aquí dice que el *orellanus* no se encuentra o es muy raro en Gran Bretaña, y Vera, desde luego, no se fue a buscar setas a Polonia. Y el otro, el *turmalis*, tampoco existe aquí o es muy raro.

—Ya lo sé —me dice Stewart—, no me ha pasado por alto. Pero ¿qué me dices del agárico purpúreo que ni siquiera sale en el libro? Aquí está.

Me entrega un librito delgado que el entonces Ministerio de Agricultura y Pesca publicó unos diez años antes de que Vera comenzara su carrera de envenenadora.

—*Cortinarius purpurascens* —dice—. Al parecer, es bastante corriente, y en el libro pone que está registrado como comestible, pero ello solamente significa que los que lo han comido no han manifestado sufrir trastornos.

Yo he visto ese libro antes de ahora, y, a pesar de saber que antes de utilizar un cuchillo, Vera había intentado usar el veneno, siento aquella curiosa sensación que expresamos diciendo que el corazón nos da un vuelco. El libro (cuyo título es *Boletín n.º 23, Setas comestibles y venenosas*) es delgado, de color verde oscuro, y en la portada muestra un níscolo dorado como los que suelen vender en los mercados franceses. La fecha de publicación es 1940 y el precio media corona. En el texto que acompaña al dibujo a la acuarela de un agárico purpúreo hay una nota que explica que esta especie es difícil de reconocer incluso para los expertos, y que aconseja no hacer pruebas con ella. Sin embargo no menciona el *orellanus*. Justo cuando se lo empiezo a comentar a Stewart,

recuerdo que me ha dicho que sus propiedades no fueron descubiertas hasta veintidós años después de la publicación de este *Boletín* n.º 23.

—Pertenece a la especie de los *cortinarius* —me explica— y probablemente contiene *orellanus*, que tanto daña el riñón.

Mientras contemplo la ilustración me asalta el recuerdo vivísimo de haber visto setas de color púrpura en los bosques de Sindon. Mis estancias en aquel sitio siempre tenían lugar a fines del verano, ¿no es cierto?, durante mucho tiempo sólo fui a Sindon a finales del verano o principios del otoño. Anne y yo solíamos pasear juntas por los bosques. Y fue precisamente cerca del «baño», allí donde el río formaba un vado y habían construido un puente de madera, allí donde una tarde Vera estuvo charlando con su amiga del colegio y Kathleen March fue sacada de su cochecito, donde, justo allí, yo había visto los *cortinarius*. Éstos crecían arracimados en el suelo cubierto de hojas, tenían un color oliváceo parecido al de los dátiles (tal como dice el libro), glutinoso y opaco, y un sombrero ancho con un anillo más elevado de un tono violeta oscuro, y su micelio era pálido y fibroso. En la parte inferior, hecha de apretadas estrías, presentaban una tonalidad azulada, que al tocarla se volvía canela y luego violácea, y la carne interior era azul celeste.

En este momento entra Helen. Estoy muy contenta de verla, porque ya empezaba a sentir náuseas al recordar aquellos espantosos detalles. Helen me abraza y le da la mano a Stewart.

—Me he traído el Valium, señor Stewart, de modo que si piensa hablar acerca de lo que usted sabe, avíseme, por favor, para que tenga tiempo de tomarme una pastilla.

Pero Stewart sólo le pide que le describa cómo era Goodney Hall, porque la gente que ahora lo ocupa no le deja visitarlo. Le pregunta si eso puede trastornarla y Helen lo niega con la cabeza. Lleva un sombrero de ala ancha que tiene el mismo tono violeta amarronado del agárico purpúreo y aquella convexidad lila oscura; me siento aliviada cuando se lo quita y descubre su cabeza blanca, pequeña y con el cabello esponjado.

—No me tomaré el Valium, pero ¿no podrías servirnos el jerez un poquitín antes, cariño?

A veces, cuando me dejo llevar por la exageración, pienso que me casé únicamente para tener una suegra como Helen. O quizá no

fuera esa la causa, sino el único buen resultado. Me casé con quien me casé seguramente porque yo era joven e ignorante y no tenía experiencia y por lo tanto me temía que si no me casaba con alguien de la familia, nadie fuera de ese círculo querría unirse a mí. Pensaba que nadie que no perteneciera a la familia querría casarse con la sobrina de una mujer que había sido ahorcada.

Helen puede recordar mejor que yo lo que sucedió hace treinta y cinco años. En mis recuerdos, el salón de Edén era rosa y verde, toda la casa era rosa y verde, pero Helen dice que había tonos carmesíes y amarillos; ella recuerda que el empapelado con dibujos de Arthur Rackham del cuarto de los niños fue sustituido por uno liso de color azulado que hacía que la habitación pareciese fría incluso en verano, o cuando un hermoso fuego ardía en la chimenea. Y también recuerda el nombre de la niñera: June Poole. Es muy sorprendente que yo lo haya olvidado, porque éste es precisamente el nombre de la enfermera y guardiana de la esposa del señor Rochester. Claro que la situación era muy diferente, pues Jamie no era un enfermo mental ni una mujer, ni constituía un secreto aunque durante mucho tiempo estuvo prisionero, pero en este drama no había lugar para una Jane Eyre.

June Poole era una muchacha del pueblo de Goodney Parva, y todos sus méritos (tal vez suficientes) para convertirse en la niñera de Jamie consistían en que era la mayor de siete hermanos. Durante su corta existencia no había hecho otra cosa que cuidar niños, y si eso le gustaba o no era harina de otro costal. ¿Llegó June a tomarle cariño a Jamie? Helen no habla de esto; veo que le resulta doloroso hablar de Jamie cuando éste tenía cuatro o cinco años. Le he servido a Helen el jerez y está charlando acerca del jardín de rododendros de Goodney Hall, que se hizo famoso en todo el condado y que aquella primavera Edén abrió al público, cuando entra mi marido.

Me encanta observar lo bien que se llevan él y Helen, cómo se saludan con un beso y lo cómodos que están juntos; les parece la cosa más natural del mundo. Sin embargo, todavía no me he acostumbrado a ello. Creo que a mi marido no le gusta Stewart, ni el libro que éste tiene intención de escribir.

—Espero que no deje nunca de tener presente la ley contra el libelo, señor Stewart —le dice mi marido, y me guiña el ojo por

detrás de la espalda de este viejo con apariencia juvenil.

Aquella época estuvo regida por las enfermedades; primero fue Vera quien estuvo enferma, luego Jamie y finalmente Edén. Nunca supe cuál fue la dolencia de Jamie, tal vez la difteria, aunque era un poco mayor para eso, o bronquitis, o pleuresía, no lo sé. Pero fue esa enfermedad la razón que dieron para no dejarle volver a su casa de Sindon. Aún existe la carta que Vera escribió a mi padre, fechada el 30 de marzo de 1949.

«... Edén ha tenido la amabilidad de invitarme a pasar un par de semanas en Goodney Hall, y Tony me va a enviar uno de los coches para llevarme allí mañana...»

¡Pobre Vera! Incluso en lo más agudo de sus temores no podía evitar ser una esnob, aunque en ese caso el esnobismo provenía de algo que era propiedad de otros.

«Jamie ya lleva casi tres meses allí, pues desde que a mediados de febrero cogió aquel fuerte resfriado que trajo complicaciones, su estado no nos permitía trasladarlo. Como puedes imaginarte, lo echo terriblemente de menos, pero he tenido que aceptar lo que es mejor para él; y desde luego, mientras el tiempo fuera tan frío no se podía ni hablar de trasladarlo o sacarlo de casa. Edén ha estado cariñosísima, aunque convendrás conmigo en que cualquier otro comportamiento por su parte hubiera sido impensable. Edén ha colmado a Jamie de cuidados y cada día me mantenía al corriente de sus más pequeñas mejorías. Será estupendo estar bajo el mismo techo que él, ¡pero seguramente tendremos que volver a acostumbrarnos el uno al otro! Creo que en el transcurso de dos semanas ya estará bastante fuerte como para regresar conmigo a Laurel Cottage...»

Estas líneas constituyen una verdadera obra de arte en cuanto a lo bien que llegan a esconder los hechos y sentimientos reales. Quizá sean también una ofrenda hecha a la Providencia o un intento de aplacar a las Furias, algo así como «si adopto una actitud valiente y hago ver que todo está bien, todo irá bien». Sin embargo, yo, Faith, sé muy poco y en este mundo ya no queda nadie que sepa más que yo. Por ejemplo, no sé si por entonces habrían tocado Vera y Edén el tema del porvenir de Jamie... o de su pasado. No sé si

Edén le había hecho a Vera una declaración de intenciones o si la pobre Vera (cosa mucho más probable) estuvo todos aquellos meses con el alma en vilo, porque acerca de esta cuestión no sabía más que lo que nos dijo aquel día nevoso % de febrero, ni más de lo que le escribía a mi padre, pero estaba terriblemente asustada porque se temía lo peor...

A la luz del relato de Chad y de mis propios recuerdos, creo que Vera era consciente de que algo la amenazaba desde el día de la boda de Edén y tal vez desde antes de eso: desde que Edén anunció su compromiso. Y cuando Edén tuvo un aborto, los temores de Vera se tornaron reales y concretos, ya no fueron simples quimeras.

Desde entonces, me he preguntado a menudo de qué hablarían las dos hermanas cuando se encontraban a solas durante aquellas dos semanas de abril. Tony iba a Londres en tren, desde la estación de Colchester, por lo menos tres veces por semana.

Sin duda, las amigas de Edén venían a verla de cuando en cuando, y había la presencia esporádica de la señora King y de June Poole. Además, Jamie se hallaría junto a ellas mientras paseaban o estaban en el jardín o durante las comidas. Pero ¿qué ocurría durante las largas horas en que se quedaban mano a mano, una frente a la otra?

¿Discutirían largamente la situación, tratando de llegar a un compromiso y de crear un porvenir compartido, una vida comunitaria? ¿O tal vez Vera suplicaba y Edén se mantenía inflexible? ¿Hablarían de la identidad del padre de Jamie? Conociendo a las dos hermanas, me inclino a creer que nunca discutieron abiertamente acerca de estos temas, que jamás dijeron lo que sentían o pensaban hacer, sino que hablaron con medias palabras y medias verdades. Edén probablemente seguiría manteniendo que Jamie estaba «delicado» y que no era un niño muy fuerte, y Vera, aterrorizada, se guardaría mucho de ponerse a malas con ella.

Sin duda no se entretendrían en recordar el pasado, pues eso habría resultado demasiado doloroso. No era el momento de volver la vista atrás hacia aquel pasado distante en que Vera le había salvado la vida a Edén, que era un bebé; en que había rechazado a su propio hijo para poder hacerle de madre a Edén, y había llorado amargamente cuando la guerra alejó a Edén de su lado...; hacia

aquella época en que ambas se habían querido tiernamente, en el lejano, lejano pasado.

Aquel verano pasé parte de las vacaciones en Walbrooks con Andrew. Naturalmente, me casé con él, pero eso fue más de un año más tarde, después de hacer nuestros exámenes finales, que Andrew pasó con sobresaliente y yo con un decepcionante aprobado. Entonces ni siquiera nos habíamos prometido, pero yo estaba enamorada de él y el enamoramiento me duró varios meses. Sin embargo, como yo no era Desdémona, no podía seguir queriéndole por los peligros que había pasado, y esos peligros comenzaron a aburrirme mortalmente, hasta el punto de que temía oír de nuevo las palabras «la batalla de Inglaterra». Si Vera no hubiera sido ahorcada por asesina, yo habría roto con Andrew del modo más elegante posible para tratar de volver a nuestra relación de simples primos.

Pero ésta es la historia de Vera, no la mía. Y yo ni entonces ni nunca fui nada más que una figura en los sueños de Vera, un aliado potencial contra Edén, al igual que todos los demás.

Vera pasó la mayor parte de aquel verano en Goodney Hall. A veces se iba durante una semana o unos días a Laurel Cottage, pero Jamie nunca la acompañaba. Ahora el niño tenía cinco años, los había cumplido en mayo, y se acercaba el momento de mandarle al colegio. Naturalmente, todos dábamos por sentado que iría a la escuela del pueblo de Sindon y que seguiría allí hasta los once años. Vera no haría con Jamie lo que tuvo que hacer con Francis; no se separaría de su amado Jamie para enviarlo a un pensionado privado. No creíamos que Gerald fuera a intervenir en eso, pues era una decisión que incumbía a Vera y sólo a ella. A mi juicio, ninguno de nosotros seguía pensando (aunque nunca llegamos a hablar de ello) que Gerald era el padre de Jamie, y como Jamie por fuerza había de tener un padre y su padre no era Chad, Vera debía de tener otro amante. Yo estaba entonces convencida (aunque nunca se lo comenté a nadie, ni siquiera a Andrew) de que un antiguo novio de Vera, al que ella conoció antes que a Gerald, había venido a Inglaterra de permiso y ambos se habían encontrado por casualidad; y luego, ayudados por un sentimiento de frustración y de nostalgia, y quizá por una botella de vino de estraperlo, ocurrió entre ellos lo que ocurrió. Eso no cuadraba mucho en la idiosincrasia de Vera,

pero la vida sexual de la gente raras veces parece estar de acuerdo con su manera de ser.

Entonces Vera nos pidió a Andrew y a mí que la ayudáramos a secuestrar a Jamie.

Andrew y yo habíamos ido a Bury St. Edmunds en el viejo Mercedes, y al regresar entramos en Essex atravesando el Stour, en Sudbury, y pasamos por el pueblo de Great Sindon. Es posible que fuera aquel día cuando descubrí que los agáricos de color púrpura crecían en la tierra cubierta de hojas muertas, pues bajamos al vado y me interné en el bosque de Sindon para recoger pifias con destino a la chimenea de Helen. Desde luego, según el libro de Daniel Stewart, los *Cortinarius purpurascens* abundan en julio y agosto, y estábamos en julio. O también es posible que eso ocurriera otro día, muchos años antes, cuando Anne y yo solíamos pasear por el bosque de Sindon, o incluso años después, cuando volví sola a aquellos parajes.

No me gusta pensar que si hubiéramos hecho lo que Vera nos pedía se habría evitado el asesinato. De todos modos, no sería cierto porque, de haber aceptado, aquel desastre no habría tenido lugar únicamente en el caso de que nuestros esfuerzos conjuntos se hubieran saldado con un éxito... Y sabemos, por los acontecimientos posteriores, que nuestros esfuerzos nunca habrían logrado su propósito.

Vera no nos esperaba. De hecho, estuvimos a punto de no verla, porque yo pretendía que Andrew atravesara el pueblo sin pasar por delante de Laurel Cottage para no tener que pararnos. Pero Andrew dijo que quedaríamos muy mal si nos viera alguien del pueblo y se lo dijese a Vera. Andrew siempre fue muy riguroso en lo tocante a guardar las apariencias.

Vera estaba acompañada de Josie Cambus. Seguramente, fue entonces cuando oí hablar por primera vez del hijo que Josie tenía de su primer matrimonio, porque cuando entramos ella estaba hablando de ese chico y de sus estudios de Derecho. Vera estaba tan delgada y tan vieja como la última vez que la habíamos visto, aunque pareciera haber recuperado algo de su nervio y su fuerza. Durante todo el tiempo que estuvimos allí se mostró muy agitada: pellizcaba continuamente el ribete de los brazos de su sillón, y una o dos veces hizo aquel gesto de extender hacia abajo las manos

unidas y apretar como si manejara un taladro, con el rostro contraído.

Cuando Josie se marchó, al cabo de cinco minutos, Vera nos preguntó:

—¿Habéis venido en coche?

¡Como si fuera posible llegar a Sindon a media tarde por otro medio de locomoción, cuando el autobús del mediodía se había marchado hacía dos horas y el de la hora del té no pasaba hasta las cinco!

Pareció dudar de la veracidad de nuestra respuesta porque se acercó a la ventana para contemplar el Mercedes, estacionado junto al seto de fucsias, e hizo un ademán afirmativo con la cabeza. A sus cuarenta y dos años, Vera era un espectáculo patético: flaca y demacrada, daba la impresión de tener diez años más. Aunque tenía la boca vacía, movía las mandíbulas como si masticara chicle.

De pronto dijo algo que no tenía nada que ver con lo que estábamos comentando, como si continuara una conversación que estuviese manteniendo desde semanas atrás. Y en cierto modo eso era cierto, pues más adelante me enteré de que había acudido con el mismo ruego a Josie, a los Morrell e incluso a Helen, aunque Helen no nos dijo nada.

—Si ahora fuésemos allá —dijo Vera—, Tony no estaría en casa, lo sé con seguridad. Y June tiene la tarde libre. He vivido allí tanto tiempo que sé muy bien cómo funciona aquella casa. Con Edén sólo estará la señora King, que no es muy fuerte, porque por lo menos tiene sesenta años. Lo podríamos hacer fácilmente; yo lo haría si mientras tanto entretuviérais a Edén. Sería fácil.

Las personas que tienen una obsesión están tan inmersas en ella y sólo en ella, que creen que los demás saben de lo que están hablando sin necesidad de ponerles al corriente. Y eso es lo que le pasaba a Vera. Ahora me parece extraño que yo no tuviera la menor idea de a lo que se refería, y lo mismo le ocurría a Andrew.

—Llevarnos a Jamie, claro —dijo Vera con impaciencia—. Traerlo a casa, sacándolo de allí a la fuerza. Es la única manera.

Después descubrimos que en aquel momento los dos pensamos que Vera se había vuelto loca. Andrew dijo, hablando con cautela pero también con cariño:

—¿Es que Jamie no quiere volver a casa, Vera? ¿Se trata quizá

de eso?

—Claro que quiere. Sólo tiene cinco años, ¿no? ¿Qué sabe él? Es Edén la que no lo deja, todo el mundo lo sabe. Edén quiere quedarse con él porque no puede tener hijos.

—Oye, Vera, espera un momento. —Andrew parecía tan horrorizado como horrorizada me sentía yo—. Eso no puede ser verdad. Estás un poco sobreexcitada, no tienes buen aspecto, pero no debes exagerar. ¿No será tal vez que Edén te ha estado presionando para que le permitas adoptar a Jamie?

—¡Presionando! —exclamó Vera, y, después de lanzar una espantosa carcajada gutural, se adelantó hasta el borde de su asiento y empezó a retorcerse las manos.

—Porque no tienes más que negarte. No te pueden quitar al niño; la ley no lo permite, ¿verdad que lo sabes?

Vera hizo un movimiento de impaciencia sacudiendo violentamente la cabeza de atrás para delante.

—Tenéis el coche —nos dijo—, sois dos y ambos sois jóvenes y fuertes. Podríais enfrentaros a Edén. Podríais encerrar a la señora King en su habitación y Faith podría darle conversación a Edén mientras yo sacaba a Jamie de su cuarto; y si Edén nos descubriera antes de que hubiéramos salido, tú, Andrew, podrías sujetarla mientras Faith y yo nos escapábamos.

—No sé conducir —dije.

Andrew me lanzó una mirada feroz, porque supongo que parecía que me tomaba a Vera en serio.

—Mira, Vera —dijo Andrew—, creo que debería verte el médico y recetarte algo para los nervios. —Entonces la gente hablaba de nervios y no de neurosis—. Échate a descansar tranquilamente y reflexiona un poco. En cuanto tú quieras que Jamie vuelva a casa, te lo traeremos, ¿de acuerdo? Cuando tú quieras, no tienes más que decirlo. —Sentí que lo quería más por decir esto. Se estaba portando como un hombre fuerte, como el hombre que yo creía que era—. Díselo a Edén y mantente firme, pero al mismo tiempo debemos ser civilizados, ¿no?

Vera le miró con un desprecio indecible.

—¿Es que nadie va a ayudarme?

—No necesitas ayuda, Vera, no de esta clase. Si me lo preguntas, te diré que necesitas la ayuda de un médico.

—No te lo pregunto, y la única ayuda que te pido, no quieres dármela.

Creo que a ambos empezaba a desagradarnos profundamente todo aquel asunto, pero no nos parecía bien dejarla en aquel estado. Pensábamos que lo comprendíamos, ¿saben?, pensábamos que comprendíamos que existían ciertas presiones y ciertas resistencias. Le propusimos que volviera con nosotros a Walbrooks junto a Helen, y que se quedara unos días para que pudiera visitarla el médico de Helen, pero no quiso oír hablar de ello. Dijo que si tenía que ir a algún sitio sería a casa de Edén, para estar al lado de Jamie.

—Pero ¿es verdad que Edén quiere adoptarlo? —le pregunté a Helen aquella noche.

—Eso parece, cariño. No puede tener hijos, nunca podrá tenerlos, y al parecer lleva tres meses intentando convencer a Vera de que le deje adoptarlo legalmente, ella misma me lo ha dicho. En cuanto a retenerlo a su lado y apartarlo de Vera por la fuerza, eso son tonterías.

—¿Estás segura de que son tonterías? ¿Qué pasará si Vera dice que quiere a Jamie ahora mismo y que se lo va a llevar? Ella no tiene coche. ¿Crees que Edén retendría físicamente a Jamie, que lo encerraría en su habitación? A lo mejor, Tony y June Poole le ayudarían.

—Ya veo que te ha estado convenciendo.

—No, no lo ha hecho —protesté—. O por lo menos no me ha dicho nada de esto.

—De hecho, cariño, creo que lo que ocurre es que Vera no quiere jaleos, no quiere enfrentarse abiertamente con Edén. Y es muy natural, hemos sido siempre una familia muy unida.

Yo no lo veía de ese modo y se lo dije. Arthur Longley no se había sentido unido a Helen cuando ella era muy pequeña y él se volvió a casar. Gerald y Vera no habían permanecido unidos y Francis nunca había estado unido a nadie. A las dos hermanas nunca les había gustado mi madre y viceversa, y mi padre y ella misma no se llevaban bien. Ésa era toda la unión que había. Lo que Andrew dijo a continuación me dejó muy sorprendida.

—No os lo toméis a mal, pero ¿no creéis que a la larga lo mejor para Jamie sería que Edén lo adoptase? Últimamente, Vera no

parece estar del todo en sus cabales. Está sola y no en muy buena posición económica. Es como para preguntarse si es en realidad la madre ideal.

—¿Por qué hay que preguntarse nada? —dije. Odio esta clase de expresiones—. ¿Cuál es la madre ideal? El caso es que ella es su madre y, por lo que sabemos, es el único progenitor que tiene Jamie. —Helen se sobresaltó al oír esto, y cuando digo que se sobresaltó me refiero a que demostró su sorpresa a su manera, abriendo la boca en forma de «o» y levantando las cejas—. Parecéis no entender que Vera lo quiere mucho, lo quiere con pasión,

¿no crees, Helen? Y tú, Andrew, seguramente no los has visto juntos porque de lo contrario no estarías preguntándote cuál es la madre ideal.

—Sólo pienso en el niño —dijo Andrew—. Pienso en las ventajas que tendría. Tendría un padre y una madre, ambos jóvenes, una casa preciosa y dinero para sufragar su educación. Todo lo que hace falta.

Me sentí asqueada.

—Edén odia a Jamie —dije—; odia a todos los niños.

—No, cariño —dijo Helen—, yo los he visto juntos, los vi la semana pasada, y Edén está ahora tan cariñosa con él como Vera.

Aquella noche empezaron a formarse los dos bandos. Nadie lo expresó abiertamente, nadie tuvo el valor de decir que el niño tenía que quedarse con Edén o volver con Vera, pero en nuestro interior tomamos partido. Y, cosa curiosa, Andrew, a pesar de sus anteriores afirmaciones, se puso de parte de Vera, me imagino que por la única razón de que no le gustaba Edén y quería que tuviera su merecido. El general estaba al lado de Vera porque tenía unas ideas muy sentimentales acerca de la maternidad. Pero Helen me dejó atónita al mantener la postura que antes había defendido Andrew. Ella creía que el hecho de que Tony y Edén adoptaran a Jamie le reportaría al niño innumerables ventajas, y que, además, de ese modo sería más fácil que la familia se mantuviese unida porque Vera pasaría la mitad de su tiempo en Goodney Hall para estar cerca de Jamie, mientras que si ganaba Vera, Edén no le volvería a dirigir la palabra. Me acordé con asombro de aquel profundo cariño que en una época existía entre las dos hermanas,

—Fue una lástima que Vera padeciera aquella gripe —dijo Helen

como si todo hubiera ocurrido por culpa de esa enfermedad. Pero era lo que todos pensábamos por entonces.

No quiero dar la impresión de que el asunto de Vera, Edén y Jamie nos tenía tan ocupados que olvidábamos todo lo demás. Es cierto que pensábamos y hablábamos mucho de ello, pero asimismo teníamos otros intereses. Sobre todo Andrew y yo teníamos otros intereses, porque nuestra amistad y nuestra relación de primos se estaba convirtiendo en una relación amorosa. También Patricia estaba pensando en casarse, y se trajo al joven con quien vivía en Londres a pasar dos semanas en Walbrooks. Claro está que ningún miembro de la generación anterior sabía que vivía con él, pues esto era algo que nadie reconocía sin rebozos en 1949, y cuando llegaron a casa de Helen les asignó diferentes dormitorios como cosa de rutina. Durante aquellas noches de agosto se oyeron muchas pisadas furtivas en los pasillos de la vieja mansión de los Richardson.

Alrededor de una semana después de nuestra visita a Laurel Cottage, Edén se dejó caer por casa una mañana. Vino sola, porque había dejado a Jamie con June Poole y la señora King. Dijo que se dirigía a recoger a Vera que iba a pasar con ella el resto del mes en Goodney Hall. Me imagino que Helen debía de estar preocupada por el tema de Jamie o sino no lo hubiera mencionado así, de sopetón, delante de todos nosotros y del amigo de Patricia, Alan. Fue como si no hubiera podido contenerse.

—Cariño, no es justo para la pobre Vera que continuéis de ese modo. Debes decidir de una vez lo que quieres hacer y ponerlo en práctica. Y ese pobre pequeño, ¿cuáles deben de ser sus sentimientos?

Edén se mostró muy tranquila y distante. Llevaba un vestido de fino algodón indio a grandes cuadros difuminados de colores azul marino y amarillo, con un gran cuello muy escotado y adornado con volantes de encaje. La falda era amplia y larga, y en aquel tiempo la moda era tan protocolaria, incluso para viajar en coche por el campo durante las mañanas, que Edén llevaba medias de nilón con costuras oscuras y unas espigas bordadas en los costados, y unos zapatos de charol azul marino de tacones muy altos y abrochados con una tira en el tobillo. Se había pintado los labios y las uñas de color carmesí e iba perfumada con un aroma muy

penetrante, el de *Emeraude* de Coty.

—Ya he tomado una decisión, Helen —dijo—. Tony y yo sabemos exactamente lo que queremos: queremos a Jamie. Por nuestra parte no existe ninguna dificultad; es con Vera con quien tienes que hablar.

—Si Vera no está de acuerdo contigo, jovencita —dijo el general—, tendrás que desistir de tus propósitos. Lo sabes, ¿verdad?

Me di cuenta de que a Edén le molestaba oírse llamar jovencita tanto como me molestaba a mí cuando eso me ocurría. El general solía usar este apelativo para dirigirse a Patricia, a Edén o a mí cuando estaba disgustado con nosotras.

—No deseo hablar de cosas íntimas delante de todo el mundo —dijo Edén.

—Oh, cariño, ¡delante de todo el mundo! ¿Cómo puedes decir eso? Si aquí todos somos de la familia...

Edén no consideraba que Alan fuese de la familia, pero no se atrevió a decirlo.

—De todos modos —continuó—, es algo privado entre Vera y yo

—No lo es, si perturbas a tu hermana —dijo el general.

No quedó claro si por «hermana» se refería a Vera o a su propia esposa.

Entonces el diablo me tentó, porque, aun sabiendo que de todas las intervenciones la mía sería la que peor le podía sentar a Edén (bueno, la de mi madre todavía le habría fastidiado más), le dije:

—¿Por qué no adoptas un niño? ¿Por qué no te diriges a una de esas sociedades para la adopción? Lo lógico sería que quisieras tener un bebé, y Jamie ya ha cumplido cinco años.

—Sé muy bien la edad que tiene Jamie, Faith. Muchas gracias por meter cucharada, aunque no sé muy bien qué pintas tú en todo esto.

—¡Por favor, no os peleéis! —exclamó Helen—. Comprendo que quieras tener a tu propio sobrino, Edén, lo comprendo, porque además es un niño encantador, es un sol... ¡y podrías mandarlo a Eton!

Esto era tan absurdo que nos hizo reír a todos y la tensión se relajó un poco. Edén dijo, todavía sonriendo:

—Ya que habéis sacado a relucir este tema, más vale que os diga que todo está arreglado, aunque no lo quería anunciar hasta que no

quedara ningún cabo suelto. Vamos a quedarnos con Jamie, va a ser nuestro hijo; para eso sólo faltan unas cuantas formalidades. Y, desde luego, Vera podrá estar con nosotros todo el tiempo que quiera hasta que se adapte a la nueva situación.

Todos nos quedamos pasmados, pues fuera cual fuera el lado en que estuviéramos, ninguno de nosotros había previsto que algo semejante pudiera ocurrir tan deprisa. Entonces recordé a Vera suplicándonos que raptáramos a Jamie; sólo hacía una semana que se había dirigido a Andrew y a mí para pedirnos que la ayudáramos.

—Pero Vera quiere a Jamie —dije—; él lo es todo para ella.

En aquel momento Edén me odiaba, y eso me infundió valor.

—Pues con más razón —me contestó Edén—. Vera ha de desear todo lo mejor para él.

—Sabes que la cosa no funciona así —le dije—. Nadie puede sacrificarse hasta ese punto.

—No pienso discutirlo contigo, Faith; eres demasiado joven para entenderlo. Por lo que a mí respecta, sigues todavía en el colegio.

—Sé distinguir un amor de verdad cuando lo veo —dije—. La semana pasada Vera nos pidió a Andrew y a mí que le ayudáramos a quitarte a Jamie, e insinuó que lo retenías a la fuerza.

—¡Oh, Faith! —exclamó hielén.

Entonces Andrew me defraudó porque no dijo una palabra. Su padre le preguntó si eso era verdad y él se limitó a encogerse de hombros. De todos modos, aunque me hubiera apoyado, aunque les hubiéramos convencido a todos, ¿qué se habría podido hacer? Patricia dijo:

—Vamos, Alan, salgamos al jardín.

Y abandonó la habitación llevándose consigo a Alan.

—¿De veras pensáis —dijo Edén con un desprecio infinito— que Vera vendría a pasar temporadas conmigo, que yo iría a buscarla ahora, si ella se opusiera a que adoptáramos a Jamie? ¿Creéis que nos lo permitiría? Podría coger a Jamie y salir andando de la casa con él de la mano. ¿O quizá Faith piensa que lo mantengo prisionero?

Esas preguntas no tenían respuesta. Pronto se marchó Edén, después de despedirse con frialdad. El general estaba enfadado conmigo y, cuando Edén hubo salido, me llamó agitadora. Tuve una

pelea tremenda con Andrew, en la cual le obligué finalmente a reconocer que Vera nos había pedido que raptásemos a Jamie. Conseguí asimismo que se lo dijera a sus padres; no obstante, Andrew dulcificó bastante lo sucedido y dio una versión atenuada de la verdad, presentando a Vera como una histérica que necesitaba ponerse en tratamiento.

Eso inquietó desmesuradamente a Helen. Entonces la gente no asumía las enfermedades mentales como lo hace ahora; siempre se defendía diciendo que nunca había habido un caso de esos en su familia. Y esto fue lo que dijo Helen; sin embargo, al tiempo que se mostraba horrorizada ante la posible perturbación mental de Vera, parecía deseosa de achacarle todo lo ocurrido a esa enfermedad. Pero dijo que pensaba comprobarlo por sí misma, que iría a Goodney Hall dentro de uno o dos días y que hablaría a solas con Vera.

Me habría gustado ir con ella, pero no me lo permitió. No me lo dijo así de claro, pero me dio a entender que sólo lograría soliviantar a Edén. Como los Chatteriss no tenían la manía de economizar en las facturas del teléfono, llamé a mi padre y le hablé de Vera y Jamie. Él no era muy ducho con ese aparato pues había empezado a utilizarlo siendo ya adulto, de modo que tendía a dirigirse al micrófono en lugar de hablar tranquilamente con la persona que estaba al otro lado del hilo. Pronunciaba las palabras como si todo lo que decía estuviera siendo grabado para el uso de personas desconecedoras del idioma inglés. Este detalle, unido al hecho de que me consideraba demasiado joven para inmiscuirme en ese asunto, y al mismo tiempo muy presuntuosa en mi papel de sobrina, hizo que nuestra conversación fuese muy poco satisfactoria. Mi padre no cesaba de repetir que no entendía nada de nada, pero que seguramente Vera y Edén sabrían lo que hacían, y que lo más importante era que yo no me pusiera a malas con mis tías.

Helen regresó con un aire muy alegre, diciendo que Vera estaba perfectamente normal y que no entendía qué había querido insinuar Andrew. Cuando ella llegó a la casa, Vera y Jamie habían salido juntos a dar un paseo hasta Goodney Parva. Eso ponía fin a la teoría de que Jamie estaba prisionero, ¿no? Vera regresó con Jamie y, después de mandarlo arriba con June Pool, empezó a contarle a

Helen que el niño pronto iría al colegio, que a partir de septiembre asistiría a la escuela del pueblo de Goodney Parva.

—Le he preguntado si ella seguiría viviendo allí con él, pero me ha dicho que no, que a fines de agosto se volvía a Laurel Cottage. Entonces me he lanzado y le he preguntado si era verdad que Edén y Tony iban a adoptar legalmente a Jamie, y ha dicho que en cuanto a «adoptarlo legalmente» no sabía nada pero que se iban a quedar con él, que el niño viviría con ellos. Le he preguntado por qué y no ha contestado, sólo ha hecho una mueca. Estaba bordando una de esas ridículas fundas para almohadón; ya sabes de qué modo trabajan ella y Edén, cariño, como si necesitaran... ¿cómo se llama?, terapia ocupacional, así que ha continuado cosiendo sin mirarme.

—Pero, ¿has ido al grano? —dijo el general—. ¿Le has preguntado si es eso lo que ella quiere?

—Sí, cariño, no me interrogues. Me ha dicho con mucha tranquilidad que es exactamente lo que desea y que no siguiéramos hablando de ello. No creo que esté nada chiflada, Andrew, de verdad, parece más bien algo letárgica.

Mi padre me escribió una carta en la que me decía que confiaba por completo en que sus hermanas harían lo más conveniente y que antepondrían el deber a cualquier interés personal; que habían sido muy bien educadas y que eso nunca caía en saco roto. Proseguía diciendo que en nuestra familia no había habido nunca un caso de trastornos mentales, ni un solo caso, y que deseaba que le creyera, pues semejante cosa debía ser la última de mis preocupaciones. Sin embargo, él pensaba que, probablemente, la antipatía que mi madre sentía hacia sus hermanas (y que él atribuía a la envidia) podía haberme influido y predisposto en contra de ellas. Le causaría un gran pesar enterarse de que alguien hubiese intentado echar por tierra el afecto y admiración que él sabía que yo sentía hacia Vera y Edén. Y así sucesivamente. Luego me preguntaba si no me gustaría ir a pasar unos días con mis tías antes de volver a casa. Después de todo, no tenía necesidad de prolongar mi estancia en casa de Helen que, al fin y al cabo, sólo era medio tía mía.

Nada podría haberme inducido a quedarme en Goodney Hall, incluso suponiendo que me hubieran invitado, y como es natural Edén no me invitó, pues siendo ella como era, sin duda habría

esperado que le mandara una carta de excusas, aunque sólo fuese para invitarme a tomar el té. Me quedé en Walbrooks unas tres semanas y luego regresé a casa de mis padres, no sin antes prometer que volvería a Walbrooks en septiembre para ir con Andrew a Cambridge al comienzo del curso. Resultaba imposible hacerle comprender a mi padre por qué no había querido yo quedarme con Edén y Vera. Empezaba a cansarme de dar explicaciones, sobre todo porque había adivinado que Vera y Edén sabían cosas que los demás ignorábamos, y que era inútil actuar sin estar al corriente y era inútil hacer suposiciones. Vera mandó una carta que ha desaparecido, y no sé por qué razón, ya que desde luego no encendíamos la chimenea en el mes de septiembre. En ella Vera le decía a mi padre que volvería a Sindon para el fin de semana (ya que se había quedado quince días más de lo establecido) y que Gerald quería divorciarse, pues había conocido a una mujer con la que deseaba casarse. Él se encargaría de suministrarle a Vera un pretexto legal. En aquellos días, la mujer, para obtener el divorcio, tenía que probar que había existido una ofensa matrimonial: adulterio, abandono o crueldad. No era suficiente que el matrimonio se hubiese roto.

—Es mejor que se vea libre de él —dijo mi padre—. La ha tratado monstruosamente mal.

Edén cayó enferma en un mal momento de la vida doméstica de Goodney Hall. June Poole estaba disfrutando de una semana de vacaciones y Tony estaba en Yorkshire, porque su padre había sufrido un ligero ataque al corazón. Nada de esto podía haber sido amañado, se trataba de puras coincidencias. La carta no especificaba cuál era la dolencia de Edén y por lo tanto creaba un nuevo misterio. No era un resfriado ni la gripe, y nos preguntamos si no sería otro aborto. Cuando volví a Walbrooks habían ingresado a Edén en un hospital.

Vera se quedó en Goodney Hall, sola con Jamie, con el ama de llaves, la señora King, y una mujer del pueblo que iba a hacer la limpieza allí dos veces por semana. La propia Vera me contó lo ocurrido, una tarde lluviosa, dos días antes que yo regresara al colegio mayor, pues, por seguir a medias las indicaciones de mi padre, pasé dos noches con ella, aunque no en Walbrooks sino en Laurel Cottage. Jamie estaba dormido arriba, en su habitación

recién decorada, y Francis iba a presentarse a cualquier hora de la noche. Éste, ante el enfado y la consternación de Vera, había aprovechado su ausencia para disfrutar en su casa de unos días de luna de miel con una chica que, según Vera, era una camarera que Francis había conocido en Ipswich. El pueblo entero se había estremecido al enterarse de semejante escándalo y deshonra. La chica ya se había marchado y Francis pensaba partir al día siguiente, pero esa noche todavía la pasaría en casa y Vera creía que sin duda vendría a altas horas de la madrugada.

—El doctor dijo que, si Edén no ingresaba en el hospital, él no se hacía responsable de lo que pudiera ocurrirle —me contó Vera, bajando un poco la voz y mirando a su alrededor, como si la casa estuviera llena de gente que pudiese sentirse asqueada al oír los siguientes detalles—. Y es que Edén no podía orinar y retenía hasta el agua. El doctor dijo que algo, fuese lo que fuese, le había afectado el riñón. A mi juicio padecía las secuelas de lo que le hicieron cuando perdió el niño. De todos modos, es mejor que dejemos ese tema; no debiera hablar de estas cosas contigo.

«Llamamos a una ambulancia y telefoneé a Tony a casa de su padre. Jamie estaba en el colegio; ya hacía dos semanas que iba a la escuela. Sin decirle nada a la señora King, metí en unas maletas mis cosas y las de Jamie (no puedes imaginarte la cantidad de cosas que habíamos acumulado, es increíble) y las dejé en el vestíbulo junto con una nota para la señora King, en la que le pedía que nos las hiciera enviar. Me fui a pie hasta el pueblo, recogí a Jamie en la escuela y nos escapamos juntos con toda tranquilidad. Fue muy divertido y nos reímos mucho, lo pasamos tan bien como unos niños haciendo una diablura. Desde luego, si uno no tiene coche es casi imposible trasladarse de Goodney hasta Sindon; tuvimos que tomar tres autobuses diferentes y cuando llegamos a casa eran casi las ocho. Y entonces, como sabes, encontré a Francis aquí y la casa hecha un verdadero desastre. Yo estaba exhausta, pero no me importaba; metí a Jamie en la cama y una hora más tarde me deslicé entre las sábanas a su lado y dormimos así toda la noche. Fue una pura felicidad.

Al día siguiente, Tony se presentó en su casa y le dijo a Vera que no comprendía por qué no se había quedado en Goodney Hall. Vera le contestó, con un carcajada, que no pensaba volver allí ni Jamie

tampoco y que si él se imaginaba que iría a visitar a Edén al hospital, podía esperar sentado, porque ella no tenía la menor intención de salir para darle la oportunidad de que viniese a quitarle a Jamie. Tony debió de quedarse horrorizado, él que era una persona tan rígida y convencional. Pero además, no sabía de qué le estaba hablando Vera; entonces no lo sabía, porque Edén no le había dicho nada, excepto que quería adoptar a Jamie. Y él había aceptado, seguramente para apaciguarla.

Todo esto Vera me lo contó con los ojos brillantes y riendo de cuando en cuando para celebrar su propia astucia al haber sabido burlar a Edén. Yo me sentía incómoda porque tenía la convicción de que se estaba volviendo loca y no era agradable hallarse en su compañía. Pero entonces yo no tenía la menor idea, ni la tenía nadie, de que Vera era la responsable de la enfermedad de Edén. Yo estaba segura de haberlo comprendido todo: que Edén había presionado a Vera para que ésta le permitiera adoptar a Jamie aduciendo que era por el bien del niño; y que Vera, a pesar de sentirse destrozada por lo mucho que quería a Jamie, había consentido al principio, pero luego se lo había pensado mejor y había aprovechado la ocasión. Lo que nunca se me ocurrió considerar fue el efecto que todo eso podía causarle al niño, supongo que porque yo era demasiado joven.

Al día siguiente vi a Francis. En aquella época él vivía casi siempre con su padre y estaba a punto de empezar el curso para postgraduados en la Universidad de Londres. Francis había invadido de aquel modo Laurel Cottage porque su padre nunca habría consentido que llevara a la chica a dormir a su casa. No sólo las relaciones de Gerald con su nueva mujer eran bastante circunspectas, sino que además Gerald se disponía a pagarle a una chica para que ésta colaborara en la prueba de culpabilidad necesaria para obtener el divorcio por adulterio. Yo no había visto a Francis desde el día de la boda de Edén, cuando, avanzando por la oscuridad, le sorprendí junto con Chad a la luz de una vela. Sentí un profundo embarazo.

—Tendrían que declararla loca —dijo Francis—; está haciendo con este niño lo mismo que hizo conmigo.

—Creo que te equivocas —dije—. Al parecer, a ti te alejó de casa y ahora, en cambio, está luchando por recuperar a Jamie.

—Todo eso es sintomático. Es una esquizofrénica paranoica.

Jamie se hallaba con nosotros, y estaba muy quieto. Ya me había dado cuenta de que se había vuelto muy quieto y muy «bueno», pues por la noche dormía desde que Vera lo acostaba a las seis hasta entrada la mañana; hoy mismo se había despertado después de las nueve. Cuando entró en la habitación llevaba en la mano un pequeño tractor de orugas con ruedas de goma y enseguida lo hizo andar por todo el cuarto, en el respaldo de las butacas, en los estantes y las repisas de las ventanas. Lo manejaba despacio, y aparentaba estar profundamente concentrado en lo que hacía.

—¿Y a mí qué? —dijo Francis—. Ese crío no me gusta, así que ¿por qué no iba a sufrir él también? Eso no hace al caso. Ella está desquiciada; tiene perturbadas las facultades mentales. Me gustaría poderla hacer encerrar. Sería una cosa bastante horrorosa, ¿no crees?, meter a tu propia madre en un manicomio.

Francis ya no me intimidaba; ni siquiera me importaba lo que pensara de mí. Tan solo me inspiraba una mezcla de indiferencia y repulsión.

¿Por qué ibas a tomarte esta molestia? —le dije— ¿Y qué sacarías con ello? Al fin y al cabo, no te importa Jamie ni su porvenir,

—Te diré cuál será su porvenir. Edén se pondrá bien, vendrá aquí y se lo llevará otra vez, y *ella* no va a poder hacer nada, ya lo verás.

—No lo veré, en primer lugar porque no estaré aquí. Pero te equivocas: Vera no va a dejar que se lo lleven, pues nunca lo pierde de vista durante más de cinco minutos. Dentro de un momento vendrá para vigilarlo.

Francis sonrió meneando despacio la cabeza. A mi primo Francis los párpados le recubren los ojos como si fueran capuchones, de veras es así. A medida que iba dejando atrás los veinte años, esa peculiaridad suya iba en aumento porque parecía que los glóbulos oculares fueran sobresaliendo cada vez más y que los párpados se estiraran para cubrirlos, al tiempo que adquirían un tinte purpúreo y cárdeno como de sombra de ojos. Los capuchones descendieron y Francis sonrió.

—Te digo que ella no podrá hacer nada, y que Edén vendrá a buscar al niño en cuanto salga del hospital. —Miró a Jamie, le

dirigió una mirada penetrante, pero Jamie continuó haciendo rodar el tractor a lo largo de la repisa de la ventana y del marco de la puerta—. Lo llevaría a Goodney yo mismo, si no pensara que Tony es tan tonto que no sabrá retenerlo.

—¿Lo harías? —le pregunté.

—Eres tan ingenua...

Todos lo éramos. Llegué a pensar que la familia estaba a favor de que Edén se quedara con Jamie porque todos, secreta o abiertamente, creíamos que Vera estaba mentalmente desequilibrada, y ello me parecía injusto, porque Vera no podía ser más cariñosa con Jamie ni cuidarle con mayor dulzura y esmero. Pero hasta que no volví a Cambridge y un día me puse a pensar en Vera y sus problemas, preguntándome en qué pararía todo aquello, no me di cuenta de que Jamie no había ido al colegio durante el tiempo que estuve en Laurel Cottage. Claro que solo pasé allí dos días y dos noches, pero el curso ya había empezado en la escuela del pueblo. ¿No me habían dicho que Jamie había ido dos semanas al colegio de Goodney Parva, antes de que Vera se lo llevase a su casa? Pero tal vez lo que había ocurrido era que Vera no había logrado inscribirlo en el colegio de Sindon.

Mientras estaba allí, tuve ocasión de tratar de nuevo a Josie Cambus. Anne estaba en Londres, estudiando en la Escuela Normal de Magisterio, pero nos habíamos visto un rato la semana anterior y me dijo que había acabado por querer a su madrastra. Vera nunca tuvo una amiga tan íntima como Josie Cambus; con la señora Morrell, por ejemplo, era distinto, porque se llamaban mutuamente señora Hillyard y señora Morrell, y en cuanto a Chad Hamner, él le había ofrecido su amistad con fines interesados. Pero Josie y Vera se veían casi a diario y se tenían una enorme confianza, aunque, según me enteré más adelante, ésta no era ilimitada. Sin embargo, Josie era la única persona a quien Vera era capaz de confiar a Jamie. Vera ponía mucha pasión en sus afectos, que eran pocos, y parecía haber transferido a Josie el cariño que antes derramara sobre Edén. Se mostraba orgullosa de Josie y de sus logros, mientras que denigraba al pobre Donald Cambus, al que tachaba de desagradecido y totalmente indigno de su segunda mujer. Josie era una excelente cocinera (un *coron bien* según Vera), cantaba en el coro de la iglesia, pintaba acuarelas con bastante talento e impartía

clases de yoga antes de que nadie hubiera oído hablar del yoga. Vera presumía sin cesar de lo que sabía hacer su amiga. Nunca supe lo que Josie veía en Vera y, aunque después tuve amplia oportunidad de preguntárselo, nunca lo hice. A pesar de que no llegué a querer a Josie como quería a Helen, Josie me gustaba mucho y me llevaba bien con ella. Pero sólo hablé de Vera con ella en una ocasión, y mi padre estaba presente. Todos habíamos bebido demasiado, lo habíamos hecho adrede (¡extraño trío de bebedores!) para no sentir demasiado dolor, demasiada vergüenza y sufrimiento al escuchar de labios del único testigo lo que había ocurrido al final.

Josie testificó en el juicio de Vera, pero yo no asistí a él, y, como entonces no leía los periódicos, gracias a la copia de lo que se dijo en la audiencia me acabo de enterar de lo que pasó.

Josie murió hace diez años. Cuando la conocí era una mujer alta y corpulenta, de unos cincuenta años, con pelo negro, pues no empezó a encanecer hasta pasados los setenta. Tenía una voz preciosa (me refiero a cuando hablaba, porque nunca la oí cantar) y era una de esas personas con las que uno se siente tranquilo y a gusto, en cuya compañía uno puede relajarse porque sabe que no esperan más de lo que uno buenamente puede hacer o dar. Su hijo menor ha heredado estas dos cualidades, así como su morena belleza hispánica, a pesar de que, al igual que su madre, es inglés al cien por ciento.

Josie tenía coche y se ofreció a llevarme a Stoke-by-Nayland la tarde antes del día señalado para que Andrew y yo regresáramos allí. Josie invitó a Vera a venir con nosotras, pero ésta se negó a acompañarnos, diciendo que la carretera de Stoke pasaba a través de Goodney.

—Está bien —dijo Josie—; no iremos por ese camino, daremos una vuelta.

En aquella época aún no habían sido contruidos los cinturones de ronda que han convertido en carreteras muchos caminos vecinales para permitir que los pueblos continúen sumidos en su placidez, y, por consiguiente, si no se quería pasar por Goodney había que dar un rodeo de muchas millas a través de Langham y Higham.

Vera señaló ese particular.

—De todos modos, vería el letrero señalizador —dijo, dándonos

a entender con ello que la sola vista del nombre de Goodney Parva podía trastornarla—. Pero vosotras quedaos a tomar el té con Helen; me gustaría que vieras a Helen, Josie.

Esto era muy típico de Vera, que no es que deseara que Josie viera a Helen sino que Helen viera a Josie, del mismo modo que antes le gustaba hacer gala de Edén y últimamente de Jamie.

¿Por qué, en el coche, no hablamos acerca de Jamie y su porvenir? No lo hicimos, a pesar de que ese tema debía de ocupar un lugar primordial en nuestro pensamiento. Tal vez Josie me considerase demasiado joven, no para hablar de ello, sino para que el asunto me interesara, así que me preguntó acerca del que iba a ser mi último año en el colegio mayor y de lo que yo pensaba hacer después. Sólo cuando llegamos a Walbrooks y vimos a Helen que bajaba hasta el jardín para recibirnos, Josie se decidió a decirme:

—No sé lo que daría por saber si los Pearmain adoptan finalmente la decisión de emigrar a África del Sur.

—No sabía que pensarán hacerlo —dije.

—Oh, sí, pero me temo que ahora ya no.

Y acto seguido se dirigió hacia Helen y ambas se saludaron estrechándose la mano.

Justo después de Navidad, mi padre recibió una carta de

Vera en la que le pedía permiso, como propietario de la tercera parte de la propiedad, para vender Laurel Cottage e instalarse en otro lugar. Esta carta no se ha conservado, y únicamente recuerdo de ella lo fundamental. Durante el otoño, mis padres habían pasado un fin de semana en casa de Vera y habían aprovechado su estancia para ir a ver a Edén al hospital. Edén estuvo en el hospital semanas enteras, incluso meses, mientras los médicos trataban de averiguar lo que tenía. No sé lo que sucedió durante aquel fin de semana: ignoro si Vera acompañó a mis padres en su visita al hospital, o si ellos vieron a Tony, y tampoco sé si hablaron acerca del porvenir de Jamie. Mi madre me escribió diciendo solamente que habían estado en casa de Vera y que había llovido durante todo el final de semana, que habían ido al hospital y que Edén debería quedarse en él por lo menos durante otro mes. Seguramente, mi madre había declarado una tregua temporal para poder estar con Vera y visitar a Edén, pero ahora, con la llegada de aquella carta de Vera que volvía a soliviantar los ánimos, la guerra prosiguió su curso.

—Si esta casa se vende, nos quedaremos con nuestra parte y que Vera se compre otra casa con la parte que le toque.

De inmediato mi padre puso objeciones.

—Pero ¿qué va a poder comprar la pobre Vera con cinco mil libras?

—Pues entonces que el resto se lo dé Edén, que tiene el riñón bien cubierto. ¿Por qué ibas a tener que sufragar a tu hermana, cuando su marido está ganando un buen sueldo en el Ejército y su hijo es lo bastante mayor para mantenerla, mientras que yo ni siquiera tengo una nevera?

A su manera, mi padre también se oponía a que Vera se cambiase de casa; por lo menos en esto los dos estaban de acuerdo. Dijo que Vera había vivido toda su vida en Sindon (se olvidaba de los años que ella había pasado en la India) y que allí tenía todos sus amigos. Por «sus amigos» se refería a Josie, y, desde luego, me pregunté qué sentiría Vera al tener que dejar a Josie. Mi padre no cesaba de repetir:

—¿Por qué querrá marcharse de allí?

Mucho me temía que la respuesta era «para poner a Jamie fuera del alcance de Edén». Edén seguía en el hospital, aunque estaba mejor y pronto podría volver a casa. Aunque nunca descubrieron lo que les había ocurrido a sus riñones, ahora ya estaba casi repuesta, pues Edén era una persona fuerte y sana. Y una vez de nuevo en casa, ¿sería posible que fuera a hacer lo que pronosticara Francis, ir a Laurel Cottage, tal vez con una escolta de apoyo formada por la señora King y June Poole, y llevarse de nuevo a Jamie? Parecía algo irreal, un acto ilegal y antediluviano comparado con el robo de ganado, aunque cuando estuve en Essex alguien me contó que justo antes de la guerra unos cuatreros habían robado ganado en la granja vecina. Por lo tanto, ¿por qué no iba a haber un rapto?

—¿Por qué querrá marcharse de allí?

—¿No lo dice en su carta? —preguntó mi madre.

Mi padre había abandonado su costumbre de leernos en voz alta las cartas de Vera, vencido finalmente por los incesantes sarcasmos de mi madre.

—Dice que necesita un cambio.

Pero Edén debía ser consultada porque suya era la tercera parte de Laurel Cottage. Edén disponía de una habitación particular en el

hospital y mi padre podía haberle telefoneado, pero, como era de esperar, no lo hizo, y en cambio le preguntó su opinión por escrito. Fue Tony quien nos llamó por teléfono diciendo que Edén estaba ya en casa, que la había trasladado aquella misma tarde y que ahora estaba sentada a su lado haciendo el crucigrama del *Daily Telegraph*... En febrero pensaba llevarla a Mallorca para que se repusiera. Ahora parece un tópico, porque es el lugar adonde va todo el mundo que no puede permitirse un sitio más caro, pero en 1950 Mallorca era una isla del Mediterráneo prácticamente desconocida y que todavía conservaba todo su encanto; hasta hacía poco, yo no había oído hablar de ella. Tony y Edén iban a residir en Formentor, refugio de las estrellas de cine. En cuanto a la casa de Vera, o mejor dicho Laurel Cottage, ellos no tenían ni idea de que Vera quisiera venderla. Edén se puso al teléfono y lo primero que hizo fue preguntarle a mi padre la solución de una palabra del crucigrama. Luego dijo que a su juicio Vera no debería vender la casa y que ella quería pensárselo. Que le diría a Vera que se lo pensara mejor y que hablarían de ello cuando ella, Edén, regresara de Mallorca.

—Ahora que es rica no quiere atormentar su linda cabecita con los asuntos de su hermana —dijo mi madre.

Lleno de rabia, mi padre hizo una bola con la carta y la echó al fuego. Por eso no se ha conservado.

Esa conversación telefónica me tranquilizó un tanto con respecto a cómo estaban las cosas. No debo dar la impresión de que estaba constantemente preocupada por Vera y Jamie, pero sí que a veces me asaltaba cierta inquietud al recordar su situación. Entre otras cosas, yo no quería que Francis pudiera ver cumplida su profecía, y ahora parecía en efecto que no se iba a cumplir, pues si Edén se dispusiese de veras a formular de nuevo sus exigencias relativas a la adopción de Jamie, no estaría casi un mes entero mano sobre mano en casa mientras planeaba tomarse unas vacaciones que durarían otro mes más, ni se ausentaría durante todo ese tiempo. Ése fue mi razonamiento. Pero había olvidado que el cazador abandona la madriguera cegada para consumir tranquilamente su almuerzo, y que el ratón puede dejar sin vigilancia el agujero ratonil mientras sea de día.

15

DE VEZ EN CUANDO Helen y yo vamos juntas a ver a Gerald. Este tiene siete años menos que Helen, pero es un pobre viejo decrepito que babea y no puede mantener una conversación a pesar de su aparato auditivo; está siempre sentado en su silla de ruedas. Helen, en cambio, entra con paso ligero en la habitación donde se halla Gerald. Sus movimientos siguen siendo ágiles y elegantes, y tiene el oído muy fino, pero sus ojos están algo velados y por consiguiente debe acercarse mucho a las personas para identificarlas. La última vez, Helen estuvo hablando unos momentos con otro anciano al que había tomado por su cuñado.

Aún no sé por qué voy a verle, pues le traté muy poco mientras estuvo casado con mi tía. Gerald no llegó a casarse con aquella señora que mencionaba en la carta que escribió a Vera para pedirle el divorcio. Probablemente, aquella señora no pudo superar el que ahorcaran a Vera, no pudo superar aquel proyecto de matrimonio con el viudo de Vera Hillyard. Ninguno de nosotros lo pudimos superar: yo me precipité al matrimonio impulsada por el pánico, el novio de Patricia se esfumó, al general (según dice Helen) le mató el bochorno, y lo que quedaba del matrimonio de mis padres acabó de derrumbarse, convirtiéndolos en dos extraños que apenas se hablaban. Pero Helen nunca perdió el contacto con Gerald. Naturalmente, ella lo había conocido cuando aún era un oficial subalterno, antes de su relación con Vera. Y como ambos eran, hasta cierto punto, unos exiliados, solían verse de cuando en cuando en Londres. Cuando Gerald cedió a Francis la casa que había comprado en Highgate y se recluyó en la Residencia Baron's

para oficiales retirados, al principio Helen lo iba a ver cada semana. Gerald escogió la Residencia Baron's porque ésta se halla en Baron's Court, no muy lejos de Kensington, donde tiene el piso Helen. Ahora, ella no va tan a menudo a verle porque es muy anciana y quizá la razón de que yo la acompañe resida en que no me parece bien que una persona de noventa años viaje sola por Londres.

La casa donde está la residencia es victoriana, de ladrillos rojos revestidos de blanco, y resulta ruidosa al estar situada en una de las calles de dirección única por las que se canaliza todo el tráfico que se dirige al sur para cruzar el río. La fachada tiene los vidrios dobles más gruesos que he visto en toda mi vida, y en la parte posterior hay un gran jardín cercado junto a cuyos muros crecen unas magníficas higueras que parecen prosperar con la contaminación y los gases. Los internos son hombres en su mayoría, aunque también hay mujeres, cosa que no deja nunca de sorprenderme. Naturalmente, ya sé que en la Segunda Guerra Mundial hubo mujeres oficiales en las Fuerzas Armadas, pero sigo encontrando raro que dos de ellas hayan acabado aquí, entre veteranos del desierto occidental y héroes del desembarco de Normandía. Todos ellos pasan la mayor parte del día en la gran sala de estar con puertas y ventanas que dan al jardín de las higueras. La televisión está siempre encendida, aunque nadie parece mirarla excepto de un modo intermitente; sin embargo, si una pasa frente al aparato o trata de cambiar el canal, se eleva un murmullo de protestas. Nada en la habitación indica que estas personas sean viejos soldados (ex marinos, ex aviadores), pues no hay un mapa ni un cuadro ni un libro que recuerde la guerra. Nadie lleva la corbata del regimiento, y mucho menos una medalla. Uno de los ancianos tiene la Victoria Cross, pero es el más bajito y tímido de todos ellos, y una vez le vi levantarse y salir a hurtadillas cuando en la televisión dieron la película *Un puente lejano*.

Gerald sigue siendo delgado, pero ahora tiene un aspecto apegaminado, con la piel arrugada como si hubiera pasado mucho tiempo bajo el agua. Está senil; lo ha olvidado todo, y no sólo las cosas recientes, sino también los sucesos más lejanos. Seguramente, es lo mejor para él. Según dice la encargada de la residencia, a Gerald le encanta vernos y nuestras visitas son los acontecimientos estelares de su vida. Pero él no da ninguna muestra de que así sea,

pues nunca sonrío y mantiene la vista fija en la televisión durante todo el rato que pasamos con él. Cuando entramos, espera a que estemos junto a él, casi tocándole, para mirarnos y brevemente y decir:

—¡Ah, Helen!

A mí no me reconoce; al principio, tampoco me reconocía. Me toma por una hija de Helen, pero no Patricia, sino otra cuyo nombre ha olvidado. Antes yo le decía cosas, pero ya he desistido, porque lo que más le gusta es que le coja la mano. Pone la mano derecha con la palma hacia arriba en su regazo, toma mi mano con la otra y la coloca sobre su palma, y finalmente me la aprieta con fuerza. Y así seguimos sentados con las manos juntas, a lo largo de toda nuestra visita. No pronunciamos palabra porque sería poco delicado que Helen y yo habláramos una con otra. Gerald está sentado frente a la televisión, a menudo con los ojos cerrados. Yo contemplo, a través de las puertas y ventanas, la parte posterior de las casas situadas al fondo y los estrechos pasos que las separan y que permiten ver cómo cruza de vez en cuando un autobús rojo; contemplo asimismo los jardines donde sólo crecen plantas y árboles lo bastante feos y resistentes como para aguantar los gases de plomo y de gasolina, la suciedad y la deshidratación. A media visita traen el té para los residentes, pero, por una razón misteriosa, a nosotras no nos ofrecen los pasteles o galletas; sólo nos sirven una taza de té.

Ayer, justo cuando llegó el té y nos acababan de entregar nuestras tazas con un terrón de azúcar envuelto en cada plato, un hombre entró en la sala y se quedó mirando a su alrededor. Luego resultó que estaba buscando a Gerald, pero tardó un poco en darse cuenta de que éste era el ocupante de la silla de ruedas situada entre dos mujeres. Cuando lo vio se acercó a nosotros, tan serio como su padre. Era Francis. Hacía veinticinco años que yo no le veía y la última vez lo encontré por casualidad con su esposa y sus hijos, Giles y Elizabeth, en el teatro al aire libre de Regent's Park. Volví a ver a Liz y a los niños, pero no a Francis, porque, poco después de aquel encuentro en Regent's Park, él los dejó para irse a América del Sur en busca de bichos. Francis ha publicado dos libros de divulgación acerca de la vida de los insectos. Le escribí para felicitarle por el éxito de uno de ellos, con cuya lectura yo había

disfrutado mucho, seguramente porque en él no había nada que pareciera propio de Francis, pero no me contestó.

Ahora se parece a Vera; aquel aire de Anthony Andrews se ha evaporado y el ambiente a lo Sebastian Flyte que le rodeaba ha desaparecido. Está tan delgado que parece demacrado (¿cómo iba a estar con los padres que tiene?), y tal vez porque es entomólogo se me ocurrió compararlo con una mantis religiosa. Francis tiene un aspecto reseco, marchito y como desgastado, y su tez parece haber sido decolorada hasta adquirir un color gris, como esos árboles muertos que han perdido la corteza y van sufriendo la erosión de la lluvia, el sol y el viento. Creo que si le reconocí fue porque aquel visitante no podía ser otro más que él.

Helen se cambió a una butaca vacía para que Francis pudiera ocupar el asiento al lado de su padre. Francis le dio un beso a Helen y mantuvo su cara junto a la de ella más rato de lo que suele ser habitual en un saludo de cumplido. Recordé que siempre le había tenido simpatía a Helen. Francis es de esa clase de personas que, si se encuentran con dos conocidos, son capaces de saludar a uno con un beso y limitarse a mirar con indiferencia al otro, por más que le conozca como al primero. Llevaba un traje de pana gris muy viejo y arrugado, con una camisa carísima que parecía nueva, una corbata Per Spook (eso supuse) y zapatos de Tricker's. Daba toda la impresión de ser un hombre próspero y de que aquel traje no era más que una de esas excentricidades propias de los ricos. Más tarde, Helen me dijo que Francis se había vuelto a casar, esta vez con la viuda de un millonario, un miembro del Parlamento que fue asesinado en Irlanda. Le pregunté a Helen por qué no me lo había dicho antes y me contestó que lo había olvidado. Que había olvidado el nombre de esa nueva esposa y todos los demás detalles, pero que si en vez de esto le hubiera preguntado el nombre de la primera mujer y dónde se habían casado y cuándo...

—¿Cómo estás, Francis? —dije.

—Estoy bien.

No sé por qué queda tan afectado eso de decir simplemente «bien» sin anteponerle un adverbio como «muy» o «bastante», pero queda afectado. Si Francis escribe cartas, seguramente no las empieza con un «querido», sino directamente con el nombre. Francis no me preguntó qué tal estaba yo. Se sentó al lado de su

padre y, ante mi enorme sorpresa, le tomó la otra mano.

¿Será ésa una costumbre de Gerald? ¿Cogerá siempre la mano a todo el que se le acerque y tenga menos de noventa años?

A Helen nunca le toma la mano. O tal vez sea que Francis, que a mí me parecía incapaz de querer a nadie y a quien Chad Hamner creía capaz de amar sólo la maldad, quiere de veras a su padre. Las personas son un misterio, un enigma. Gerald nunca se cambió el apellido, pues Hillyard era su apellido, no el de Vera, y por lo tanto continuó llevándolo; pero Francis, a quien parecía tenerle sin cuidado la opinión de los demás y que se reía del mundo entero, se hizo llamar Hills desde el día que arrestaron a su madre, porque, tal como era él, preveía lo peor; de modo que ahora da conferencias en la universidad, escribe libros y colecciona insectos bajo el nombre de profesor Frank Loder Hills.

Estuvimos allí sentados, Francis y yo cogidos de la mano con Gerald mientras éste nos agarraba con fuerza, pues es eso lo que suele hacer: cerrar la mano cada vez con más fuerza en torno de los dedos que mantiene prisioneros hasta que el dolor creciente le indica a uno que ha llegado la hora de levantarse e irse. Ahora que Gerald tenía también cogida la mano de Francis, no aflojó la presión que ejercía sobre la mía, sino que me la apretó con más fuerza, de modo que, a pesar de estar tan débil, Gerald parecía apoyarse en nuestras manos con el fin de tomar impulso para saltar de la silla de ruedas. Me acordé de Vera y de aquel gesto tan curioso que hacía inclinándose hacia delante y empujando y aplastando algo invisible hacia abajo, como si quisiera impedir que el dolor se derramara. No sé si Gerald pensará alguna vez en ella. Quizá Francis se la haya recordado, porque él también es rubio, está arrugado y reseco, y tiene los mismos ojos azul celeste. Es posible que Gerald, incluso ahora, piense cómo le endilgó Vera el hijo de otro, un niño de piel tan morena como su padre puertorriqueño. Me había olvidado de los ojos de Gerald, había olvidado que en mi adolescencia había tratado de descubrir de qué color eran los ojos de Gerald. Pero cuando Daniel Stewart empezó su libro lo recordé, y en mi siguiente visita a Gerald, la de ayer, me cercioré: son azules, de un azul más oscuro que los de Francis, un azul intenso como el de los ancianos.

Salimos los tres juntos de la Residencia Baron's para oficiales

retirados. Helen y yo queríamos tomar un taxi que nos llevara a casa, y Francis se dirigía a un aparcamiento cercano, en el que había dejado su coche. Mientras caminábamos, se puso a charlar con Helen, pero no acerca de la familia ni de su padre, sino nada menos que de una película rusa de ciencia ficción que estaban dando en nuestro cine de barrio, el «Paris-Pullman». Al y parecer, también es su cine, porque él y su mujer se han comprado una casa en Cresswell Place.

Yo no tomé parte en la conversación y me dediqué a buscar un taxi. En el otro lado de la calle divisé a un viejo que estaba parado ante la puerta de una de esas tiendas en las que entran pocos clientes; ésta tenía expuestas en el escaparate unas baldosas de cerámica. Aquel hombre parecía estar mirándonos con fijeza, o más bien estar mirando a Francis, que en este momento se estaba riendo, con la cabeza echada hacia atrás, de algo que Helen había dicho. Era un hombre bajito, de pelo gris, e iba cubierto con una gabardina muy larga y sin cinturón. Su cara era muy corriente pero, incluso a esa distancia, sus ojos parecían llenos de tristeza. Sentí como si algo me atenazara el corazón, porque eso significaba que el eco todavía no se había debilitado ni la voz había enmudecido...

Francis se dirigió a mí.

—Me han dicho que estás colaborando con Stewart en su libro.

—Sí.

—Su propósito es algo totalmente vulgar e improcedente.

—Puede que sea vulgar pero no improcedente; una editorial le ha pedido que lo escriba.

—Si emplea mi nombre, es decir, si descubre mi identidad, pienso ponerle un pleito, puedes decírselo.

—¿Que yo se lo diga?

—Eso es lo que he dicho. Atraería sobre mí mucho odio y desprecio y me cubriría de ridículo. Las tres cosas son buenos motivos para ponerle un pleito por libelo. Tu marido es abogado, ¿no? Pregúntaselo a él.

—En los últimos cinco minutos me has asignado dos tareas, Francis o Frank, o como te hagas llamar —dije—. Menos mal que sólo nos vemos una vez cada veinticinco años.

Un taxi se paró ante nosotras, y mientras Francis ayudaba a Helen a entrar en él, yo miré una vez más hacia el otro lado de la

calle y vi que una mujer se acercaba al hombre de la tienda y que, después de besarse, los dos se alejaban cogidos del brazo en dirección a Blythe Road. Debió de ser mi atracción por los dramas románticos, aun de índole trágica, lo que me indujo a creer que aquel hombre era Chad Hamner, pues en realidad no se le parecía en lo más mínimo; no era posible que los estragos del paso del tiempo le hubieran conferido aquel aspecto. Me convencí de que si aquel individuo hubiera pasado por mi lado, le habría visto los lóbulos de las orejas tan lisos como los de un niño.

Y de repente, aunque esa convicción no guardaba relación con la anterior, supe con seguridad que el acontecimiento que Francis contemplaba con tanta ira que los ojos se le oscurecían de rabia al mirarme, jamás tendría lugar.

—No te preocupes —le dije—, Stewart no escribirá ese libro.

—¿Por qué lo dices?

—Porque cuando yo termine de colaborar con él, como tú dices, ya no querrá escribirlo.

La última vez que Francis puso los pies en Sindon fue cuando llevó a aquella chica a Laurel Cottage, en ausencia de Vera. A mí me parece muy raro que un futuro entomólogo como Francis demostrara, cuando niño, (por lo menos que yo supiera) tan poco interés por los insectos. Ni siquiera les arrancaba las alas a las moscas, que era lo que se podía esperar de él. Cuando se fue a seguir el curso de postgraduado en la Universidad de Londres, Francis le volvió la espalda a Sindon para siempre, dejando tras de sí, según me enteré más tarde, una gran cantidad de pertenencias, algunas de ellas bastante valiosas, entre las que se encontraban ciertos regalos de Chad. Y el propio Chad, quien (por más que pretenda que si lo hizo fue sin darse cuenta) utilizó a Vera para hacerla servir de tapadera haciendo creer a mucha gente que mantenían una relación sentimental, nunca volvió a Laurel Cottage una vez que Francis se hubo marchado. Aquella visita que hizo por Año Nuevo, cuando Vera cayó enferma, fue casi la última. Francis se fue a Queen Mary College y Chad lo siguió apenas pudo, dedicándose a informar sobre asociaciones ciudadanas y tómbolas benéficas en Willesden y alojándose en aquella habitación del ático desde la que Francis le expulsó a empujones por la escalera.

Vera estaba sola, pero tenía a Josie, tenía a Jamie, y bastante a

menudo tenía también a Helen. Mientras Edén estaba en Formentor, mi padre fue de visita a Sindon y se quedó una noche, con la intención de convencer a Vera para que no se cambiara de casa. Desde luego, ella no podía hacerlo sin su consentimiento y el de Edén, pero mi padre quería que la decisión pareciese salir de Vera. Ella le dijo con tristeza que en el fondo nunca había * creído que él y Edén se lo fueran a permitir; sabía, desde luego, que Edén no se lo permitiría, pero lo intentó porque valía la pena hacerlo.

Mi padre le repitió esta conversación a mi madre, que me la repitió a mí en los días que mediaron entre el arresto y el juicio de Vera. Mi padre le había preguntado a Vera por qué quería mudarse de casa, pero ella no quiso darle otra razón que la de que estaba harta de Sindon. Él sabía que estaba ocultando sus verdaderos motivos.

—Vera pensó que podría huir de Edén —dijo mi madre—. Pensó que se podría escapar con Jamie, pero, ni aunque se hubiera ido al otro confín del mundo, lo hubiera conseguido, al menos mientras Edén tuviera el dinero de su parte.

—Y el derecho también, me imagino —dije.

Después de haber fracasado con Edén y mi padre, como ya se lo temía, Vera intentó que Gerald les comprara a los dos su parte de la propiedad. Le dijo a mi padre que lo intentaría y seguramente lo hizo. Dijo que si Gerald quería el divorcio, tenía que pagar por ello; que si no había compra, no había divorcio. Creo que mi padre debió de quedarse estupefacto al oír hablar de ese modo a una de sus hermanas, a las que tenía por unas perlas de virtud e integridad. Por lo menos, eso es lo que dijo mi madre, pero era de esperar que lo dijera, ¿no?

Mi padre le dijo a Vera que si Gerald le ofrecía comprarle su parte, él se la vendería, pero que no podía responder por Edén. Vera le agarró del brazo y gritó:

—¡Tienes que obligarla! ¡Tienes que obligarla!

Pero luego se apartó de él diciendo que era demasiado tarde, demasiado tarde para todo. Según mi madre, Vera le dijo a mi padre una cosa misteriosa que él, naturalmente, no entendió, aunque más tarde a nosotras nos pareció entenderlo.

—¿Por qué lo hice de este modo? —dijo—. Podía haberlo hecho yo misma en cualquier momento.

Edén y Tony se quedaron en Mallorca mucho más tiempo de lo que todos esperábamos, pues habían planeado pasar allí un mes y estuvieron tres, seguramente porque justo cuando iban a marcharse empezó a hacer calor y la isla resultó más bonita y entonces se quedaron un día y otro día más. Nos mandaron postales, a nosotros y a Helen; sin embargo, a decir de mi madre (¿cómo podía saberlo?), Vera no recibió ninguna. Tony y Edén volvieron a mediados de abril, mientras yo estaba en Walbrooks. Sin duda estaban exhaustos después de un viaje semejante: habían volado de Palma a Barcelona, tomado el tren de Barcelona a París y de París a Calais; después fueron en barco hasta Dover, donde tomaron el tren hasta la Estación Victoria, y, después de atravesar Londres, tomaron por fin en Liverpool el tren que los condujo a Colchester. Pero el lunes por la mañana Edén ya estaba en Sindon, y se presentó en Laurel Cottage dispuesta a llevarse a Jamie.

Vera no había tenido noticias de la llegada de Edén, y si supo que ésta y Tony estaban ya en casa fue porque Helen (por lo que he oído) la llamó para decírselo, mostrándose muy sorprendida de que Vera no estuviera al corriente. De todos modos, Vera tuvo un día entero para prepararse; bueno, en realidad había tenido meses. He dicho anteriormente que Josie era la única persona a quien Vera confiaría a Jamie, pero la verdad es que Vera apenas perdía de vista al niño. Seguramente, Josie se quedó tan sólo una vez a cuidar de Jamie durante el último año y medio, y eso fue cuando Vera asistió en Naughton a la boda de un pariente.

Vera le mintió a Josie cuando le pidió que se llevara a Jamie a su casa, porque le dijo que esperaba la visita de un abogado con el que tenía que hablar del divorcio. No sé si Josie se lo creyó, pues su propio hijo ejercía la abogacía y ella debía de saber que, por regla general, los abogados no suelen recorrer millas para ir a visitar, a las nueve de la mañana, a un cliente sin importancia que reside en un pueblo. Porque era a esa hora temprana cuando Vera esperaba a Edén y para entonces ya había llevado a Jamie a casa de Josie. Cuando me enteré de esto, me acordé de la madre de Moisés escondiendo a su hijo entre los juncos, pero miré este pasaje en el Éxodo y resultó que la historia no iba así, que la madre le tejió una cesta de juncos y la escondió entre las espadañas de la orilla; supongo que las espadañas serán una especie de lirios. Sin embargo,

eso no tenía nada en común con la manera en que fue escondido Jamie, entre otras cosas porque Jamie tenía cinco años y ya no era un bebé, aunque tenía tanta necesidad de Vera como una criatura pequeña. Hacia el mediodía se puso a llorar y a llamar a su madre, y Josie, preocupada, llevó al niño a su casa, pensando que, si realmente existía ese abogado y había * llegado a las nueve, con toda seguridad se habría ido ya a las doce.

Pero Vera había calculado mal, seguramente porque para Edén resultaba muy natural levantarse tarde ya que no debía de tener gran cosa que hacer, y, en lugar de llegar a las nueve, llegó a las once. Incluso hoy me disgusta pensar en lo que tuvo que ser el estado de ánimo de Vera durante aquellas dos horas. Pero por lo menos Jamie no estaba allí, y no resulta difícil imaginar lo que seguramente dijo Vera, siempre que se la conozca como yo.

—¡Lo he escondido en un lugar donde jamás podrás encontrarlo!

Y entonces llegó Josie. Halló a Vera y a Edén solas en la casa; ambas estaban sentadas frente a frente en la sala de estar, con todo el aspecto de estar dispuestas a esperar cuanto fuera necesario, como en un estado de sitio. Cuando Vera vio a Jamie, le abrió los brazos y el niño fue a refugiarse en ellos. Edén lanzó una risita burlona y dijo:

—Supongo que habréis estado ensayando esta escenita dramática.

Sé estos detalles porque Josie telefoneó en cuanto Edén se hubo marchado. Josie estaba muy enfadada y alterada, tanto que me contó parte de lo ocurrido (yo había atendido la llamada) antes de que Helen se pusiera al aparato. Dijo que Edén por fin se había marchado, pero que había prometido regresar.

Por lo visto, al ver a Josie, Vera le había rogado que la ayudase a repeler, físicamente, los intentos de Edén de llevarse a Jamie. Por esta época, vera parecía considerarlo todo bajo un aspecto físico, como si el actuar y el gastar energía fueran a arreglar las cosas, mientras que resultaba inútil argumentar y razonar, y en cierto modo tenía razón.

—Yo cogeré a Jamie mientras tú la echas fuera —nos contó Josie que había dicho Vera.

Josie, horrorizada, le dijo a Vera que se negaba en redondo a colaborar en nada semejante, que no podía ser cuestión de que Edén

se llevara a Jamie lejos de su madre. Dijo, y sin duda era verdad, que nunca había oído nada semejante, y le preguntó a Edén con dureza y brusquedad (por lo que he oído) que por qué se imaginaba tener derecho a separar a Jamie a la fuerza de su madre y a sacarlo de su casa.

—Porque aquí no está bien cuidado —dijo Edén—. No tiene amigos de su edad y vive aislado como un ermitaño. Casi tiene seis años y sólo ha ido quince días al colegio, mientras vivía en mi casa. Ella descuida al niño, ¡fíjate en sus zapatos!

El hecho es que Vera era pobre, pues aparte de una escasa pensión semanal que le pasaba Gerald, no tenía nada más. No sé lo que les ocurría a los zapatos de Jamie, pero sería tan sólo que no eran los adecuados para la estación o que el color de los cordones no casaba con el del calzado, estoy convencida de ello. Vera jamás lo desatendió; muy al contrario, pues si no hubiera estado tan encima de él, habría sido mucho mejor para el niño. De todos modos, Josie no hizo ningún caso de aquel comentario, y dijo que el que Edén adoptara o no a Jamie debían decidirlo los abogados en el Tribunal y que no se solventaba peleando de aquella manera.

—Haz que se vaya —dijo Vera abrazando a Jamie.

—Ya lo ha oído —le dijo Josie a Edén—, es mejor que se vaya.

Josie le contó a Helen que el odio entre las dos hermanas impregnaba la atmósfera como un gas venenoso. Más adelante, a esa clase de cosas le dimos el nombre de «vibraciones». Josie dijo que era terrible ver a dos hermanas tan resentidas la una contra la otra. ¿Qué habría dicho si hubiera visto, como yo, la clase de relación que tenían antes?

—Me marchó, pero pienso volver —dijo Edén.

Josie la veía por primera vez, y no se sentía nada intimidada por su riqueza ni por lo que Vera llamaba su «poder», así que le contestó:

—Si esto vuelve a suceder, avisaré a la policía.

La reacción de Helen fue hacer que Andrew la acompañara en coche a Laurel Cottage para recoger a Vera y a Jamie y llevárselos a Walbrooks. Una vez allí, trató de que Vera se lo explicara todo y en presencia de todos, pues el asunto se había puesto tan serio que no era cuestión de guardar las apariencias o de excluir a nadie por razones de edad.

Para entonces, Vera se había calmado y parecía casi tranquila. Creo que en Walbrooks se sentía a salvo, y eso fue lo que hizo que los acontecimientos subsiguientes le resultaran aún más penosos. Hacía un día precioso, caluroso para abril, y nos sentamos en el gran salón donde se había celebrado la recepción de la boda de Edén, con las puertas y ventanas abiertas al jardín y el sol entrando a raudales. Alrededor del césped que llegaba y hasta el lago crecían grupos dispersos de narcisos, y más arriba, junto a la casa, había escilas azules y esos tulipanes pequeños de color escarlata que son más hermosos que las orquídeas.

—Si le dices a Edén con firmeza que abandone cualquier idea de adoptar a Jamie, tendrá que desistir —le dijo Helen a Vera—. Tal vez sea mejor que le escribas, cariño. Podemos redactar una carta ahora mismo, una carta muy intransigente; tú la escribes y Faith y Andrew nos harán el favor de ir andando hasta el pueblo para echarla al correo, ¿verdad, queridos míos? Así, Edén la recibirá mañana por la mañana.

Vera no pareció muy entusiasmada con ese plan y dijo que no solucionaría nada, que no haría más que empeorar las cosas.

—Pero ¿por qué, Vera? —dijo Helen—. ¿No será que, cuando estuviste enferma, le prometiste de alguna manera a Edén que podría tener a Jamie y ahora no te atreves a romper tu promesa? ¿Es eso? Porque si lo es no debes tomarlo en consideración, tienes que olvidarlo.

—Claro que no le prometí nada de eso —dijo Vera—. ¿Creéis que le iba a prometer una cosa así?

El general odiaba a Edén y en su opinión debíamos recurrir a la ley.

—Si llamo a mi abogado —dijo—, ya sé lo que hará: nos citará a todos en el despacho del juez para que éste emita un veredicto. Nos conseguirá un interdicto que prohíba a esa arpía acercarse a menos de una milla del niño o de ti.

—Vamos, general —protestó Helen—, que también es mi hermana...

—Sólo a medias —dijo el general, olvidándose seguramente de que eso mismo podía aplicársele a Vera.

Sin embargo, aquel día no ocurrió nada ni tampoco el siguiente. Edén había vuelto a caer enferma, aunque no como la otra vez, pues

no tenía nada en los riñones. Durante el juicio, el fiscal dijo que aquel lunes por la mañana, en Laurel Cottage, Vera había tratado por segunda vez de asesinar a su hermana echándole una sustancia nociva en la taza de café. A mí me parece que hay dos objeciones a esta teoría: que esta vez Edén tuvo mareos y diarrea, lo que al menos indica otra clase de veneno, y que no resulta plausible que Edén accediera a comer o beber nada en aquellas circunstancias.

Nos enteramos de la enfermedad de Edén porque Helen la llamó para «hablar sin rodeos» con ella, pero no pudo hablar de ninguna manera. La señora King contestó al teléfono y dijo que Edén estaba en cama y que habían llamado al doctor. Cuando Helen se lo comunicó a Vera, ésta dijo, con cierto aire de loca, que no era posible burlar a Dios. Aquellos días solía decir esta clase de cosas y hablar con frases inconexas que no tenían respuesta, al estilo de Ofelia. Durante el tiempo que estuvo en Walbrooks, su comportamiento osciló entre una pasividad casi cataléptica y estallidos de energía excitada y frenética. Yo tenía que marcharme al cabo de pocos días y Andrew iba a acompañarme para pasar conmigo el resto de las vacaciones. Éste iba a ser nuestro último trimestre y los exámenes finales se acercaban, amenazadores. Pero yo sentía por primera vez unas ganas enormes de abandonar Walbrooks e ir a Londres. Una de las cosas que hizo Vera durante aquellos accesos de energía fue proponerle a Helen alargar las cortinas de la cocina que no habían sido lavadas debidamente y se habían encogido, una tarea ingente porque la cocina de Walbrooks tiene cinco ventanas. Desde entonces, la vista de una mujer cosiendo un gran trozo de tela con la ropa extendida como un tapiz en su regazo, la cabeza inclinada y los dedos doblados que van y vienen, me hace pensar en Vera. Quizá sea ésta la razón de que yo no cosa nunca ni jamás se me haya ocurrido confeccionar cortinas para mis sucesivos hogares.

La mañana del viernes, Andrew y yo partimos hacia Londres en el coche de quinta mano que Andrew se había comprado, un viejo Morris Ten. Helen nos dijo que no esperásemos a Vera, pues ella y el general la acompañarían a casa. Dijo que tenía el presentimiento de que Edén ya había dejado a un lado sus pretensiones de quedarse con Jamie, que aquello había terminado, que no había sido más que un intento, y que probablemente el general había dado en el clavo

al referirse a unas posibles promesas que Vera pudo haber hecho cuando estaba débil y enferma.

Y nos fuimos así, tranquilizados, aunque no existía razón alguna para sentirnos tranquilos. No le conté nada de aquello a mi padre y Andrew tampoco tocó el tema sin que nos hubiéramos puesto de acuerdo en evitarlo. Ahora creo que ambos sentíamos, al igual que los demás espectadores, que allí había muchas más cosas de las que se percibían a primera vista, que había tantos secretos sumergidos que agravaban el asunto, tantos detalles que se nos habían ocultado deliberadamente, que nos habríamos puesto en ridículo si hubiésemos dado nuestra opinión o aconsejado una línea de conducta. Durante aquellos pocos días tampoco hablamos de ello entre nosotros, pero en el viaje de regreso a Cambridge estábamos solos en el vagón del tren y de pronto Andrew me dijo, como si me estuviera haciendo una confesión:

—Hay una cosa que no te he dicho ni se la he dicho a nadie porque no quería preocuparos, pero que después de tanto hablar de abogados e interdictos me pesa en la conciencia. El último día que estuvimos en casa vi a June Poole en lo alto de la trocha.

«Trocha» es el nombre que le dan a un camino en esta comarca, y ese camino era una bajada que iba desde la carretera hasta la casa de Helen, pasando delante de varias casitas, delante de una casa abandonada desde hacía veinte años y frente a varios graneros y establos.

—A lo mejor había ido a una de las casitas —dije—. Puede que tenga allí a alguna tía o prima; siempre he pensado que en ese pueblo todos son más o menos parientes.

—Aunque se estaba alejando de espaldas a mí —dijo Andrew—, tuve la impresión de que había estado plantada junto a la cerca, esperando algo, y que al verme se dio media vuelta.

Le pregunté que cómo podía tener la seguridad de que era ella. ¿A qué distancia estaba? Andrew, encantado de poder aferrarse a esa escapatoria, dijo que por lo menos a unos noventa metros, si no más. Si tuviera que jurar que se trataba de ella... bueno, no, no podría hacerlo. De hecho, nunca llegó nadie a pedirle que lo hiciera, pero con su dramática declaración se arriesgó aquel día, mucho más de lo que se imaginaba, a verse obligado a hacerlo, pues me preguntó:

—Entonces ¿no crees que deba decírselo a mi padre?

—¿Y de qué iba a servir? —le contesté.

Ahora todo eso me trae a la mente a Sunny Durham y el asesinato de Kirby Theiston, aunque no sé muy bien por qué, ya que tienen pocas similitudes, pero entonces pensé en Kathleen March, escamoteada mientras estaba al cuidado de Vera y luego asesinada. Aquella mujer que vio Andrew, ¿realmente sería June Poole y estaría esperando una oportunidad para raptar a Jamie?

Nunca volví a ver a Vera. Aquel viernes por la mañana, le di el obligado beso de despedida, o, mejor dicho, ambas acercamos nuestras mejillas y lanzamos un beso al aire.

—Dale recuerdos a tu padre —dijo—. A lo mejor, ahora que hace buen tiempo le doy una sorpresa y le hago una visita en Londres.

Fueron las últimas palabras que me dijo en su vida, aparte de adiós. ¿He dicho ya que los Longley siempre decían un adiós muy formal? Decían *goodbye*, nunca *bye-bye*, como si sobre esta última fórmula pesara una prohibición tan rígida como la que impedía comer con la mano derecha.

—¡Adiós! —dijo Vera, de pie en el camino junto a Helen y agitando la mano.

—¡Adiós! —dijo Jamie.

El niño nos saludaba con ambas manos levantadas y abriendo y cerrando los dedos; hacía el mismo gesto con el que un profesor americano, durante una conferencia, quiso explicar que una cosa iba entre comillas. Cuando me volví a mirarlos por última vez, él y Vera se dirigían a casa cogidos de la mano.

El resto lo he sabido a través de Helen y Josie. Aquella tarde, el general llevó en coche a Vera y a Jamie a Laurel Cottage, pues entonces estaba ya convencido de que casi todo lo ocurrido había ocurrido solamente en la imaginación de Vera, y quizá también en la de Josie. Se quedó allí media hora y volvió a su casa. Al día siguiente Helen llamó a Vera y la encontró tranquila y animada; después telefoneó a Edén, que estaba mucho mejor, esperaba a seis personas a comer, y se negó a hablar del porvenir y la tutela de Jamie. Dijo que no había nada que decir al respecto, que eso ya estaba resuelto. Helen creyó entender que Edén se había dado por vencida, pero que precisamente se mostraba altanera para no

reconocer su derrota.

El domingo no pasó nada. A veces he tratado de imaginarme cómo transcurrirían los días de Vera y Jamie cuando estaban juntos en aquel período, y me cuesta porque nunca llevé una existencia semejante, sola en un remoto villorrio, con pocos amigos, sin coche y sobrellevando con elegancia la pobreza. Aunque hubiera querido, Vera no habría podido tener seis invitados a comer. ¿Qué hacían los dos? Sin duda levantarse pronto, Vera para realizar las tareas domésticas, quitar el polvo y frotar como se lo vi hacer siempre que estuve en Laurel Cottage, y Jamie para entretenerse con sus juguetes. Después Vera leía el *Sunday Express* y quizá daba un paseo, y luego comían siempre lo mismo: un trozo de carne asada, un trozo minúsculo que en 1950 era la ración de una semana entera, patatas asadas, budín de Yorkshire, verdura, y de postre tarta de mermelada o bizcocho de crema. ¿Y después, qué? ¿Otro paseíto, la siesta, escuchar la radio? Desde luego, Vera cosía o tejía, y seguramente le leería un cuento a Jamie, o varios cuentos, hablaría y jugaría con él. Pero aun así resulta difícil llenar con la imaginación aquellas largas horas, sobre todo cuando hacía frío o llovía, u oscurecía pronto. Vera nunca leía, a no ser libros de cuentos; prueba de ello es que en la librería de la sala de estar no había más que una colección de esos tomos que nunca abre nadie, libros de texto y otros volúmenes seguramente regalados por alguien con poco tino.

Si cierro los ojos puedo ver aquella librería, puedo ver a Jamie haciendo caminar su tractor de juguete por el estante inferior y por los lomos de los libros. No creo que entonces estuviera allí el *Boletín N.º 23, Setas comestibles y venenosas* porque recuerdo qué libros había allí: *Querida ruina*, *Anthony Adverse*, *Sésamo y lirios* (que era un premio escolar), *El tesoro de Black Bart-lemmy* y el *Libro de las mariposas de Gran Bretaña* de Frohawk... ¿Me equivoqué, pues, al decir que Francis no demostraba ningún interés por la entomología cuando era niño? ¿Sería de Francis ese libro? Entonces también podría ser que el libro de las setas fuera suyo y que en esa época estuviera arriba, en la librería de su habitación. *Cumbres borrascosas*, *La historia de míster Polly*, *Cuentos de Lamb...* y ese lomo oscuro que está a su lado ¿no será tal vez el *Boletín n.º 23*? No puede haber estado en dos lugares al mismo tiempo, tal vez incluso

no se hallara entonces en la casa, pero sé que una vez lo vi allí, en la librería de la sala de estar de Vera. Era de color verde oscuro, en la portada tenía un niscallo dorado y en su interior encerraba todo aquel fascinante saber micológico.

El domingo en cuestión (no recuerdo si hacía buen tiempo o no) yo estaba en Cambridge. Era la época en que estaba empezando a «despegarme» de la familia, y lo hacía a saltos y a tirones; como persona que pronto iba a ser independiente, me proponía no tener futuros tratos con las hermanas de mi padre, y al mismo tiempo contemplaba con pesar que sería inevitable dejar de ver a Helen si rompía con Andrew. Seguramente estaría pensando en esto (dedicaba mucho tiempo a pensar en este tema) aquel domingo cuando dejé el libro que estaba releendo —*Faerie Queen*, de Spenser— y me dispuse a salir con Andrew. No creo que me imaginase a Vera abatida por el sufrimiento ni hundida en la peor convergencia posible de los destinos humanos. Al igual que los demás, creía que ella y Edén habían solventado sus diferencias, y además, como entonces me tomaba por una intelectual enérgica y feminista, probablemente me consideraba muy por encima de sus mezquinas disputas.

Pero fui castigada por pensar así, porque un asesinato alcanza a todos los miembros de la familia, imprimiendo en una docena de frentes la marca de Caín, y aunque esta marca es más pálida cuanto más lejano sea el parentesco, está presente y penetra hasta el cerebro. Una pregunta, una palabra dicha al azar la descubre de nuevo, lo mismo que la tinta simpática va quedando revelada si se la acerca al resplandor trémulo de un buen fuego.

Sólo el tiempo llega a decolorar estas marcas, ofreciendo la posibilidad de recordar el pasado con cierta inquietud de espíritu.

Llegó el lunes, Vera estaba pensando en huir de allí, pues por la tarde le dijo a Josie que había estado acariciando la idea de escaparse, e incluso había empezado a recoger las ropas de Jamie y unos cuantos de sus libros y juguetes para meterlos en una bolsa. Se veía a sí misma como una refugiada (aunque anteriormente éramos muy ignorantes, en los últimos años habíamos aprendido lo que era un refugiado) que huía ante el invasor, sin pensar en lo que dejaba detrás y llevándose su única y más preciada posesión. Pero ¿adónde podía ir y cómo iba a vivir? No tenía dinero ni medios para ganarlo,

ni nada que vender...

A las once llegó Edén con June Poole y la señora King. June llevaba el mismo vestido gris que ya le habíamos visto y un sombrero gris de fieltro, el atuendo requerido en una niñera, y la señora King llevaba una caja de bombones de chocolate Black Magic. Las golosinas y los dulces todavía estaban racionados en la primavera del año 1950 (y siguieron racionados unos años más), de modo que aquellos bombones podían considerarse un espléndido trofeo, aunque no resultaron un soborno demasiado adecuado para un niño de seis años. Era una mañana cálida y soleada, y encontraron a Jamie jugando en el jardín posterior de Laurel Cottage, en un recuadro de arena que Vera le había dispuesto junto a la casa. En mi infancia y en la de Edén, el recuadro de arena se encontraba en el fondo del jardín, cerca de la barraca que ahora estaba irrevocablemente unida en mi mente a los amores de Chad y Francis; pero aquello quedaba demasiado lejos para Vera, que necesitaba tener a Jamie al alcance de la vista.

Vera se dio cuenta enseguida de lo que ocurría, porque estaba haciendo la colada en la cocina, como hacía habitualmente todos los lunes. A pesar de que aquél iba a ser el día más terrible de su vida, y creo que ella lo sabía, también era lunes y por lo tanto día de la colada. Desde la ventana, Vera vio lo que ocurría: June Poole, con su uniforme gris, se había sentado en cuclillas en el borde del cuadrado de arena y rodeaba con un brazo los hombros de Jamie mientras la señora King, inclinada hacia el niño, le enseñaba los bombones. ¿Cómo se las habría arreglado Edén para reclutarlas en su ejército particular? Seguramente, convenciéndolas de que su causa era justa.

En aquel primer momento, Vera no vio a Edén. Salió corriendo de la casa con las manos chorreando para ir a caer literalmente en brazos de Edén que se hallaba en el camino que conducía a la puerta de detrás. Edén la agarró por los hombros y le dijo:

—Por favor, Vera, has de ser sensata. Sabes muy bien que al final tendrás que ceder, así que, ¿por qué no lo haces ahora, en vez de dar una escena?

Vera lanzó un grito, forcejeó, y, agachándose, escapó por debajo del brazo de Edén. Se precipitó hacia donde estaba Jamie, pero June había cogido al niño en brazos y se lo llevaba por donde ellas

tres habían venido.

—¡Muy bien, June, por ahí! —dijo Edén—. Mételo en el coche enseguida y saldremos de inmediato.

En ese momento llegó Josie. Solía pasar muchas mañanas por si Vera quería que le comprara algo, o simplemente para tomar una taza de café y charlar un rato. Al principio, no pudo creer lo que veían sus ojos. Es lo que suele ocurrir cuando presenciamos hechos sensacionales que parecen irreales en el contexto de nuestra vida diaria. Josie pensó: «Deben de estar fingiendo, o quizá se trata de un juego». Pero esa sensación sólo le duró unos segundos, porque vio cómo Vera se agarraba a June y era apartada a rastras de ella gracias a los esfuerzos combinados de Edén y la señora King, y oyó los gritos y el llanto de Vera. Josie le chilló a Edén:

—¿Qué demonios están ustedes haciendo?

—No se meta en esto, por favor, señora Cambus —dijo Edén—. Es un asunto particular entre mi hermana y yo.

—¡No dejes que se lo lleven, Josie! —gritó Vera—. ¡No las dejes!

Pero ya tenían a Jamie en el coche, y él también estaba gritando. Dos o tres de los vecinos de Vera se acercaron a ver qué pasaba, aunque Vera no tenía vecinos muy cercanos y no sucedió nada semejante a lo que hubiera ocurrido en una calle de Londres. De momento, Josie sólo se preocupó de Vera y trató de abrazarla, pero Vera se abalanzó sobre el coche y empezó a golpear las ventanillas al tiempo que daba voces llamando a Jamie.

Edén se instaló de un salto detrás del volante y cerró la puerta de golpe. Josie creyó que había aprisionado los dedos a Vera, y de hecho faltó muy poco para ello. Edén puso en marcha el motor haciéndolo rugir, y se volvió para mirar a Josie. Según dice Josie, lo horroroso del caso es que Edén tenía el rostro cubierto de lágrimas. La señora King y June, sentadas en el asiento posterior, sujetaron a Jamie que ahora ya estaba medio enloquecido y pataleaba sin dejar de gritar: «¡Mami, mami!».

Cuando el coche arrancó, Vera habría salido despedida si no fuera porque Josie la retuvo. Luego, Vera hundió la cabeza en el hombro de su amiga, y Josie, manteniéndola abrazada, la condujo poco a poco hacia la casa.

16

CON EL CORREO de esta mañana he recibido un sobre en el que Daniel Stewart me manda parte de la relación del juicio de Vera. Hasta ahora, me he mantenido ignorante de lo que ocurrió en el Tribunal Central de lo Criminal durante aquella semana del verano del cincuenta, y mi padre ha muerto sin haber intentado nunca saberlo. Pero él y yo tuvimos, de labios de Josie, una versión de primera mano de lo sucedido aquel lunes en Goodney Hall. Sin embargo, voy a dejar para más adelante el relato que Josie nos hizo a mi padre y a mí cierta noche en que nos encerramos en el salón, con un whisky a palo seco en el estómago y la intención de tomar muchas copas más.

Stewart me pide: «Escriba sus comentarios, por favor, señora Severn». ¿Qué comentarios puedo hacer? Yo no estaba allí; estaba en Cambridge, y durante aquel trimestre no leí un solo periódico. En Londres, mi padre se dio de baja del *Daily Telegraph* desde el día en que Vera apareció en la Corte de Magistrados hasta una semana después de que terminara el juicio, pero cuando volvió a recibir el diario, descubrió que, pasado todo ese tiempo, el crucigrama le resultaba demasiado difícil para poder terminarlo. Yo, por más que intenté apartar a Vera de mi mente y olvidarla por completo, me licencié con una calificación más baja de lo que todos esperaban de mí. Me obsesionaba el único párrafo que leí antes de decidir no volver a tomar un periódico en mis manos, un párrafo que a menudo se interponía entre mis ojos y otras lecturas más literarias.

«Vera Ivy Hillyard, domiciliada en el n.º 43 de Bell Lane,

Great Sinden, Essex, comparece hoy ante la Corte de Magistrados de Colchester, acusada del asesinato de su hermana, Edith Mary Pearmain...

Andrew y yo nos casamos impulsados por el pánico, para que todo quedara en familia. Mucha gente sabía que Vera y Edén eran tías nuestras y yo suponía que chismorreaban y que sus chismes poseían unos tentáculos muy largos que llegaban hasta Londres y Cambridge. Tuve que abandonar mi decisión de sacudirme de encima a mi familia, de dejarla atrás como hace la serpiente con su piel gastada y ya inútil. Ahora, eso era imposible gracias a lo que mis tías habían hecho, y yo me encontraba atada a ellas, arrojada a una especie de ghetto junto con los demás hermanos y primos, la otra sobrina y el sobrino. Ahora me parece que me casé con Andrew para salvarme, del mismo modo que la gente se casa para obtener la nacionalidad o para evitar ser deportada, o tal vez como el ciego se casa con el ciego y el tullido con el paralítico. Nuestro matrimonio duró dos años, después de los cuales nos separamos por mutuo consentimiento.

Cuando obtuvimos el divorcio, Andrew se volvió a casar y enseguida le dio una nieta a Helen, que entonces ya era viuda y había vendido la propiedad de Walbrooks. Tony se había marchado a Dios sabe qué lugar del Lejano Oriente después de haber metido a Jamie en un pensionado, con el permiso de la autoridad, pues Jamie estaba bajo la protección del Tribunal Tutelar de Menores, dado que, al igual que Melquisedec, el rey sacerdote, no tenía padre ni madre ni descendencia.

De hecho, yo no conocía a nadie que estuviera más solo.

Hemos quedado en vernos la semana próxima; Jamie cocinará para mí tal como ha prometido y nos sentaremos en su jardín bajo el cálido crepúsculo florentino, para comparar nuestros recuerdos.

Mientras tanto, no me decido a leer la relación del juicio. ¿Por qué voy a causarme a mí misma ese arañazo de dolor, ese estremecimiento inevitable? Si estuviéramos en los años cuarenta y tuviera la chimenea encendida, podría hacer lo que en invierno mi padre hacía con las cartas y echar al fuego estas páginas. «Ah, pero —me dije— él siempre las leía antes y algunas de ellas las leía muchas veces, dada su procedencia.»

Así, pues, ¡allá vamos! Por lo menos, según dice Stewart, no se

trata de la relación completa, sino de los fragmentos esenciales. Josie era un testigo de la defensa y aquí está parte de su testimonio. El abogado defensor le pide a Josie que describa lo que ocurrió después de que Edén y sus secuaces se hubieron llevado a Jamie.

Josephine Cambus: Entré en casa con ella. Estaba histérica, gritaba y lloraba. Había una botella de coñac y le serví un poco de coñac en un vaso, mezclado con agua. Le dije que iba a llamar a la policía, pero me contestó que era inútil, de modo que le dije que hablaría con mi hijo porque él sabría lo que teníamos que hacer.

Juez Lambert: ¿Su hijo es policía?

Sra. Cambus: No, señorita, es abogado.

Defensor: ¿Habló usted con su hijo, señora Cambus?

Sra. Cambus: Lo intenté, pero cuando ya le había pedido a la telefonista que me diera ese número, Vera, la señora Hillyard, me arrebató el aparato. Dijo que ni los policías ni los abogados iban a servir para nada.

Defensor: ¿Le preguntó usted por qué?

Sra. Cambus: Dijo que sólo ella y su hermana sabían todos los intrínquilos del asunto, ésas fueron sus palabras. Dijo que quería ir a Goodney Hall para hablar con su hermana y con el marido de su hermana. Dijo que era importante que hablara con su cuñado, y que, si era necesario, esperaría su regreso a casa sentada ante el umbral. Entonces parecía calmada, parecía sentirse fatalista, parecía...

Juez Lambert: No importa lo que parecía, señora Cambus. El jurado sólo desea saber lo que usted vio y oyó, no lo que supuso.

Defensor: ¿Fue entonces la señora Hillyard a Goodney Hall y la acompañó usted?

Fiscal: Señoría, creo que mi estimado colega está guiando la declaración de la testigo.

Juez Lambert: Sí, creo que así es.

Defensor: Pido disculpas, señorita. Formularé mi pregunta de otro modo. ¿Qué hizo entonces la señora Hillyard, señora Cambus?

Sra. Cambus: Se puso el abrigo, cogió el bolso y dijo que tomaría el autobús hasta Bures y allí esperaría el autobús de Goodney, a menos que la llevara yo en mi coche. Yo no tenía muchas ganas de hacerlo, porque no quería verme mezclada en aquello, pero accedí a acompañarla, aunque me hice el propósito de no entrar, sino dejarla allí y volverme a casa. Fui a buscar mi coche a casa y la llevé a Goodney Hall, pero cuando llegamos allí me suplicó que me acercara yo a la puerta porque si iba ella no la dejarían entrar.

Defensor: ¿Hizo usted lo que ella le pedía?

Sra. Cambus: Al principio me negué, pero finalmente lo hice. El señor Pearmain me abrió la puerta y me dijo... Defensor: No debe decirnos lo que dijo el señor Pearmain, a menos que la señora Hillyard estuviera presente. ¿Estaba ella presente?

Sra. Cambus: No, estaba en el coche.

Defensor: Bien. Y como resultado de lo que le dijo el señor Pearmain, ¿qué hizo usted?

Sra. Cambus: Volví al coche a buscar a la señora Hillyard y entramos las dos en la casa, junto con el señor Pearmain. No había nadie más con nosotros. Entramos en una habitación a la que llaman según creo la sala de estar. La señora Hillyard dijo que tenía que decirle una cosa en privado al señor Pearmain, una cosa que quería que él supiera, y me pidió por favor que saliera un momento. Dije que me iba a casa, pues no había razón para que me quedara, pero me rogó que la esperara y que sólo saliera unos momentos de la habitación. El señor Pearmain dijo que creía saber lo que ella quería decirle, pero que ya estaba enterado del asunto porque su esposa se lo había explicado hacía unos días. En ese instante la señora Pearmain entró y le dijo a la señora Hillyard: «Se lo he contado todo...».

Dejé la relación sobre la mesa. Ya había leído esta clase de cosas, pues mi marido me había mostrado documentos parecidos y además había leído relatos por el estilo en *Juicios famosos en Gran Bretaña*; todos se parecen mucho y tienen un aire irreal porque la gente parece programada para hablar en un lenguaje adecuado a este ambiente particular. Sin embargo, aseguran que estas transcripciones son trasuntos fieles, palabra por palabra, de lo que se ha dicho. Es extraño. No obstante, lo que sucedió a partir de este punto nos lo contó la propia Josie en la atmósfera tranquila, íntima y algo sofocante del salón, demasiado caldeado, de mis padres. Allí comenzó a repetirnos las palabras exactas que Edén pronunció aquella mañana de abril al entrar en el salón «etrusco».

—No vas a poder salirte con la tuya, Vera. Se lo he contado todo a Tony, le he dicho que Jamie es mi hijo.

Lo sabíamos, desde luego, entonces ya lo sabíamos. Los hechos desnudos habían llegado hasta nosotros a pesar de que ante el juicio habíamos preferido hacer lo que los avestruces... Pero queríamos que Josie nos contara los detalles, las sutilezas que cubrían los hechos crudos con el velo de un disfraz amable. Josie se inclinó

hacia adelante y dijo sin mirarnos, con la vista clavada en el fuego:

—Vera lanzó un grito, que nunca he llegado a determinar si expresaba, o no, una negación. Tony (yo no le conocía por este nombre pero de ahora en adelante le llamaré así), Tony tenía una expresión adusta y parecía muy desdichado, pero asintió con la cabeza y con los ojos cerrados. Su hermana de usted, me refiero a Edith, Edén, dijo: «Es mi hijo, Vera sólo lo ha criado. Reconozco que se ofreció a hacerlo con toda generosidad, que fue un acto muy hermoso, pero nunca quedó entendido que se lo quedara para siempre». «¡Mientes!», dijo Vera. Tony parecía estar muy violento; creo que es el tipo de hombre que en una situación trágica se siente, más que otra cosa, violento. Dijo: «A la señora Cambus no le interesa oír todo eso. Es un asunto privado, mantengámoslo así». «¡Oh, no —exclamó Vera—. Todo el mundo se va a enterar; no dejaré que lo encubráis. Proclamaré a gritos cómo se ha portado Edén conmigo, cómo me ha traicionado después de atormentarme con crueldad. Quiero ver a mi niño —dijo—. ¿Dónde está mi niño?» «No es tu niño —dijo Edén—. Es mío. Será mío y de Tony, vamos a adoptarlo' legalmente.» «¿Cómo vas a adoptar a tu propio hijo?», dijo Vera, y ésa fue la única vez que le hizo a Edén algo parecido a una concesión, Aunque, desde luego, es posible adoptar al propio hijo si es ilegítimo; se lo pregunté a mi hijo.

»Vera empezó a insultar a Edén. Supongo que no quieren que les repita lo que le dijo, las palabras exactas, ¿no?

Mi padre sacudió la cabeza.

—Sólo el meollo —dijo.

—Bueno, digamos que empezó a tirar por los suelos la moralidad de Edén. Edén se llenó de fría rabia y Tony parecía a punto de desmayarse. Pero Edén se mantenía completamente tranquila y entonces nos lo explicó todo, me refiero a Tony y a mí. Estoy segura de que Tony no había oído nunca esos detalles, porque se sentó y ocultó la cabeza entre las manos.

La historia que surgió fue que en el otoño del cuarenta y tres Edén descubrió que estaba embarazada. No nos dijo de quién, pero Vera la interrumpió diciendo que Edén había estado con media docena de hombres, entre los cuales había un soldado norteamericano, un portorriqueño del barrio hispano de Harlem, que era lo más bonito que había entonces en Londonderry. Josie

tuvo la impresión de que esa frase se la debió de decir Edén a Vera durante las primeras efusiones de su confesión. Y es verdad que Jamie, a pesar de ser rubio, tenía los ojos castaños, de un marrón intenso como la gente del sur, y que su piel, de un claro tono aceitunado, nunca se enrojecía con el sol. Al parecer, la propia Edén había tratado de hacer creer a Vera (y Vera en aquella época se lo había creído) que estaba viviendo un amor apasionado con un oficial de la Royal Navy que murió cuando el *Lagan* fue torpedeado en septiembre de 1943. Pero ¿cómo íbamos a olvidar a aquel otro oficial de marina que, por lo visto, era el novio o el pretendiente de Edén, aquel que le sirvió a Francis para hacer su broma más espectacular, aquel que también se hundió con su barco? Vera y Edén, pobrecitas mías, fueron unas esnobs hasta el final.

Tengo el convencimiento de que Edén se lo dijo a Francis antes que a Vera; es lo que cuadraba con su manera de ser, y ahora veo que lo confirman las frases misteriosas que pronunció Francis la mañana en que tuvo lugar el primer intento de rapto. Francis probablemente le indicaría en qué sitio la ayudarían a abortar, pues él estaba al corriente de este tipo de cosas. Y puede que le diera el dinero, o parte del dinero, para pagar la intervención. Francis siempre tenía dinero; creo que se prostituía. Pero, por alguna razón, Edén no quiso abortar, quizá porque se lo contó a Vera y ésta la convenció de que no lo hiciera, ya que ella misma quería tener un hijo, tal como le dijo a Helen, pero no podía tenerlo. Edén debió de dejar la Marina meses o incluso años antes de que los demás lo supiéramos; se fue a Laurel Cottage y se quedó allí escondida.

Hoy día es difícil comprender, incluso para la gente de mi edad, lo terrible que en 1944 era la situación de una joven convencional de clase media que esperara un hijo ilegítimo. Y Edén se había dado tantos aires, se había hecho pasar por tal parangón de virtudes, ayudada por su hermana, esa astuta mujer ducha en relaciones públicas, que ahora no podía escribirle a su hermano confesándole la verdad, ni podía explicárselo a su hermanastra y al marido de su hermanastra, ni tampoco podía permitir que lo supieran los habitantes de Sindon, quienes la tenían por una adolescente muy seria y agradable, huérfana desde pequeña. Pero si fuera su hermana, aquella hermana mayor que le había hecho de madre, la que simulara estar embarazada, la que hiciera creer que daba a luz

y apareciera con un bebé...

Josie no nos dijo todas esas cosas aquella velada de invierno; en su mayor parte las he ido reconstruyendo yo, deduciéndolas de lo que ya sabía, de detalles que había observado y que de momento no me sabía explicar, de mi imaginación y de mi profundo conocimiento de aquellas dos mujeres, mis tías, una de las cuales llegaría a asesinar a la otra.

Es posible que Vera se hubiese prestado a aquel engaño por amor a Edén, por puro altruismo y por querer proteger su reputación. Puede ser también que lo hiciera porque deseaba tener un hijo, pues tras haber fracasado de un modo tan lamentable con Francis, quería probar de nuevo. Lo más probable es que se tratara de las dos cosas a la vez. Vera debía de pensar que las dos saldrían ganando. ¿Cómo saber ahora lo que las hermanas se dijeron? ¿Puede ser cierto que Vera se comprometiese a cuidar de Jamie, sólo hasta que Edén lo reclamase junto a sí? ¿O bien se hizo cargo de él sin limitación alguna, para que fuera su propio hijo? Edén dijo que sí a lo primero, pero Vera, según Josie, no dijo nada; se quedó allí escuchando como paralizada.

—El niño nació en una clínica maternal de Colchester, aquella que el año siguiente fue víctima de un bombardeo que destruyó todos sus archivos. Edén dijo que ingresó bajo el nombre de señora Hillyard, y que los reconocimientos previos al parto también se los hizo bajo este nombre. Mientras Edén estuvo en la clínica, Vera se fue a una pensión en Felixtove, y arreglaron las cosas del siguiente modo: Edén abandonó la clínica con el bebé y tomó un taxi, Vera salió de Felixtove y ambas se encontraron en Colchester, en el vestíbulo del Hotel George. Desde allí los tres regresaron a casa en otro coche de alquiler. Cuando Edén nos dijo esto, Vera lanzó una risa burlona como si nunca hubiera oído una invención más absurda.

—Edén salió de la habitación —prosiguió Josie— y volvió llevando en la mano un sobre alargado que contenía un papel. Era un certificado de nacimiento, el certificado de nacimiento de Jamie.

—¿Llegaste a verlo? —le pregunté.

—Oh, sí, ya lo creo que lo vi. Era el de James Longley; madre: Edith Mary Longley, padre: desconocido. Vera me lo arrancó de las manos y dijo que era falso. Luego dijo que Edén había mentado en

el registro y que era un crimen que podía ser castigado con diez años de prisión. Eso era ridículo, desde luego, porque ahí estaba el certificado de nacimiento que atestiguaba los hechos, con todas las letras. Vera nunca lo había visto; creo que tenía demasiado miedo de verlo como para pedir que se lo enseñaran. Sabía demasiado bien lo que decía.

—Pero sin duda —dije yo—, si habían organizado todo aquello, también podían haber arreglado lo de la inscripción falsa en el registro. ¿Por qué no fue Vera a registrar al niño, ella que estaba perfectamente, que no se acababa de levantar después de haber dado a luz?

Josie no nos pudo dar ninguna contestación, pero yo creía saber la verdad: me imaginaba bastante bien lo que debió de pasar. No era que Edén quisiera guardarse una salida, que se guardara esa carta en la manga por si acaso algún día le entraran ganas de tener a Jamie, sino que le atemorizaba decir una mentira en el registro. En las oficinas de los registros hay unos avisos muy severos acerca de lo grave que es aportar datos falsos. Tal vez llegara allí decidida a registrar a Jamie como hijo de Gerald y de Vera Hillyard, pero en el último momento le debió de entrar pánico. Sin embargo, eso no contesta a la pregunta de por qué no fue al registro la propia Vera. Muy probablemente, porque Edén se le adelantó, se ausentó de casa dos días después de su regreso a Sindon, y volvió para enfrentar a Vera con un *fait accompli*.

—Vera tenía el certificado en sus manos —dijo Josie— y trató de romperlo, y, aunque estos documentos son de papel grueso, difícil de rasgar, logró arrancar un trozo antes de que Tony se lo quitara de las manos. De todos modos, no le habría servido de nada destruirlo porque hay una copia en los archivos de Somerset House.

Así que Vera se ahijó a James y Edén se fue a Londres como dama de compañía de la anciana lady Rogerson una situación que le permitiría escalar más alto. Para Vera, las cosas habrían sido mucho más fáciles si Jamie hubiera nacido tan sólo un mes antes, ya que Gerald jamás hubiera dado por bueno un embarazo de diez meses y medio. Si Vera le hubiese dicho la verdad, ¿le habría negado Gerald que hiciese pasar a Jamie por su propio hijo? Quizá. Quizá incluso le habría dicho a todo el mundo que Edén era la verdadera madre de Jamie. En mi opinión, una vez que hubo perdido a Gerald, a

Vera no le disgustaba en absoluto que la gente tomara a Chad por su amante y por el padre de Jamie. Eso le daba a ella cierta identidad y la hacía más joven... Y además tenía a Jamie. Vera no podía prever con cuánta devoción llegaría a querer a ese niño.

Edén iba poquísimo a verlos y no preguntaba por Jamie; no le interesaba. Hay un chiste judío acerca de un hombre que dice, hablando de su enemigo: «¿Por qué me odia tanto? Nunca le hice ningún bien». ¿Sería eso lo que Edén sentía hacia Vera? Vera se había portado demasiado bien con ella, le había hecho un favor supremo, y Edén no fue capaz de aceptar tanto exceso, por su propia culpa se convirtió en un fardo demasiado pesado, y en el fondo de su alma aquellos estados de ánimo se transformaron en un sentimiento de antipatía hacia Vera. Y entonces Edén conoció a Tony y se prometieron. Vera debió de pensar que Edén iba a tener más hijos, que todo iba bien y ella estaba a salvo, porque Edén no consentiría que su marido se enterase de lo de Jamie. Pero cuando no llegaron los hijos, cuando Edén tuvo aquel aborto a causa de un embarazo fuera de sitio, y pareció muy remota la probabilidad de que llevase a término un embarazo normal, ¿entonces, qué? Entonces Vera empezó a sentirse asustada. Probablemente no llegara a ver el certificado de nacimiento, pero podía adivinar su contenido; por lo tanto si Edén reclamase a Jamie, ella, Vera, como me dijo una vez Francis, no podría hacer nada. Quizá la evidente indiferencia de Edén hacia Jamie empeorase aún más las cosas, puesto que eso no le impediría llevárselo con el fin de tener un hijo, un heredero para Tony y para su imperio comercial.

—De pronto Vera saltó de su asiento —prosiguió Josie— y salió corriendo de la habitación. Nadie se lo esperaba y menos que nadie Edén, que estaba allí sentada disfrutando de su victoria; pues, ¿saben una cosa?, a pesar de que había arruinado su matrimonio y se había enemistado con su familia, Edén tenía una expresión de triunfo, parecía inexpugnable. Por lo menos, ésa es la impresión que me dio. Se levantó pausadamente y dijo: «Supongo que ha ido a buscar a Jamie. No sé exactamente dónde está el niño».

»La seguimos fuera del salón. A menudo he pensado que ojalá yo no lo hubiera hecho, pues, en resumidas cuentas, ¿qué pintaba yo en todo aquello? Sólo era una amiga de Vera que la había acompañado en coche. Debí marcharme y no sé por qué no lo hice.

No se trataba de curiosidad malsana, porque estaba harta de revelaciones y de confidencias íntimas. Supongo que fue porque sentía que no debía abandonar a Vera en casa de sus enemigos... porque eran sus enemigos, ¿no creen?, del primero al último, hasta June Poole, la paniaguada de Edén.

No me atreví a mirar a mi padre y él tampoco me miró... De una manera curiosa e imprudente, mi padre se había fabricado un ideal de femineidad para las mujeres de la familia Longley, personificado primero en su madre y después en sus hermanas, la piedra angular de su vida. Como todas las idealizaciones, ésta se basaba en una ilusión, y fue muy estúpido por su parte haberle sacrificado su matrimonio y haberse puesto en ridículo al atribuir a sus hermanas unas cualidades que no solamente no poseían, sino que eran la antítesis de las que tenían. Pero ¡qué pena daba ahora mi padre! Se había quedado casi sin nada porque su mundo había cambiado. Incluso tenía que volver a reconstruir la imagen de su esposa y su hija, ya que hasta ahora sólo las había visto a través de las gafas de los Longley, una de cuyas lentes era Vera y la otra Edén. Únicamente las había contemplado a la luz de la comparación y el contraste. Tengo que decir que mi madre (y eso la honra), a partir del momento del asesinato y del arresto de Vera, no pronunció ni una palabra que pudiera denigrar a ninguna de sus cuñadas, y al hablar de ellas lo hacía siempre con compasión. Pero a pesar de todo, se convirtió en una mujer silenciosa.

Josie acabó de contarnos el resto, continuó hablando hasta llegar al final. Dijo que Jamie estaba arriba, en el cuarto de los niños. De hecho, era demasiado mayor para estar en una habitación así, era demasiado mayor para tener un cuarto tan infantil, pero aquellas dos, cada una a su manera, habían hecho que el niño se quedara anclado en la primera infancia. Josie recordaba que el cuarto era precioso; claro que ella no había estado allí antes, no lo había visto cuando tenía un empapelado con dibujos de hadas y una alfombra bordeada de hojas de hiedra. Ahora la alfombra era beige pálido y los muebles de color blanco. En el friso que corría a lo largo de las paredes se veían unos yates navegando sobre olitas azul pálido y unas gaviotas que volaban por encima de las velas.

También había un grabado de *La infancia de Raleigh*, otro de caballos de Stubb, y uno del navío *Fighting Temeraire*.

Aunque no era un día muy frío, aún era el mes de abril y ardía el fuego en la chimenea, protegida por un guardafuego. June estaba en el otro extremo de la habitación doblando sábanas. Jamie se hallaba ante el hogar sobre la alfombra azul y blanca, y Vera estaba arrodillada frente a él. Josie tuvo la impresión de que cuando Vera entró, Jamie no estaba haciendo nada, no se entretenía en nada; se limitaba a mantenerse allí, sentado o de pie, totalmente aturdido por los recientes acontecimientos, tan violentos. Irrumpieron todos en la habitación: Edén, Tony, Josie y también la señora King, aunque nadie parecía saber por qué y en qué momento ésta se había unido a ellos.

Josie siguió hablando:

«Si no sales inmediatamente de aquí —dijo Edén—, haré que te echen a la fuerza» y miró hacia June y la señora Poole.

»Esta última no hizo nada, pero June dejó la funda de la almohada que tenía en la mano y se acercó a nosotros, según me pareció con un aire amenazador. Tony dijo:

«Edén, esto tiene que acabar».

«Estoy de acuerdo contigo —contestó Edén—, y lo voy a acabar ahora mismo».

Y tendió los brazos para levantar a Jamie.

A partir de aquí voy a transcribir lo que dicen las actas. Después de todo, es la versión oficial, y lo que Josie dijo ante el Tribunal es seis meses anterior a lo que nos contó después en casa.

Defensor: ¿Qué ocurrió entonces, señora Cambus?

Sra. Cambus: La señora Hillyard tenía un cuchillo en la mano.

Defensor: ¿Qué significa eso de que tenía un cuchillo en la mano?

¿Lo sacó de algún sitio? ¿Lo traía consigo?

Sra. Cambus: Supongo que lo traería consigo, pues lo sacó de su bolso. Era un cuchillo grande de cocina.

(El oficial enseña un cuchillo a la Sra. Cambus, la prueba B.)

Defensor: ¿Es éste el cuchillo?

Sra. Cambus: Era como éste, sí.

Defensor: ¿Lo había visto usted antes?

Sra. Cambus: ¿Tengo que contestar?

Juez Lambert: Debe usted responder a la pregunta que le ha hecho el abogado defensor.

Sra. Cambus: Bueno, sí, sí que lo había visto.

Defensor: ¿Dónde?

Sra. Cambus: En la cocina de la señora Hillyard; lo utilizaba para cortar las legumbres. Una vez vi como lo afilaba con una piedra de afilar.

Defensor: Así pues, la señora Hillyard sacó un cuchillo del bolso. ¿Qué ocurrió luego?

Sra. Cambus: La señora Hillyard se echó sobre la señora Pearmain con el cuchillo en la mano. Alguien cogió al niño, creo que fue la señora King; sí, fue la señora King. Cogió al niño y se lo llevó fuera de la habitación. El señor Pearmain trató de sujetar a la señora Hillyard, pero ella le apuñaló en el brazo derecho; luego atacó a la señora Pearmain y la hirió en el cuello y el pecho. Le hizo mucha sangre, había sangre por todas partes. La señora Pearmain dio un grito y cayó al suelo de rodillas, y después se apoyó en las manos. Estaba sangrando a chorros.

»La sangre pasó por encima de los muros azules, de los yates, de las crestas de las olas y de las gaviotas. Edén vomitó sangre y murió. Dio una vuelta sobre la alfombra frente al fuego. Vera se encaró el cuchillo hacia ella misma, pero June Poole la agarró por los brazos y la ató con el cinturón de su vestido.

EN LUGAR de escribir la historia de Vera, Daniel Stewart va a redactar una exposición del caso de Kirby Theiston, relacionando el asesinato de Sunny Durham con la desaparición de Kathleen March. Será una nueva estimación, basada en los datos que descubrió mientras se dedicaba a investigar a mi familia. Y cuando se refiera al papel que desempeñó Vera, Stewart podrá utilizar muchas de las cosas que yo le he contado. Creo que está encantado con su proyecto, incluso emocionado, y se ha quitado un peso de encima al verse libre de todas aquellas complejidades de los Longley y los Hillyard. En consecuencia, yo estaba en lo cierto (aunque por entonces no lo veía tan seguro) cuando le dije a Francis que la historia de su madre no se escribiría nunca.

Después de leer dos veces las actas del juicio, las he destruido, no sea que si me encuentro sola durante una velada lluviosa, sienta la tentación de volver a examinarlas; y no quiero que me hagan recordar el dolor de la pobre Vera, ni que indirectamente me traigan a la mente mis propios fracasos: mi baja calificación en la licenciatura y mi primer matrimonio fallido. Ambos fueron causados por el temor que sentía al pensar que el escándalo de Vera me fuese a perseguir durante toda la vida. A los veintidós años era tan poco clarividente como falta de juicio es ahora Elizabeth, la hija de Francis, y no podría creer que en los años ochenta el nombre de Vera Hillyard únicamente provocaría un sentimiento de indiferencia. Como no tengo chimeneas ni estufas en las que quemar los papeles, le he dado las actas a mi marido, y él, a su vez, ha entregado este bocado tan apetitoso y exótico a las fauces del

tritador de papel de su despacho, que lo devorará.

Por ser la acusada en un juicio por asesinato, Vera no estaba obligada a testimoniar y no lo hizo. Quizá el abogado defensor la persuadió de que se abstuviera, sabiendo que todo lo que dijera no haría si no perjudicarla todavía más, o quizá la propia Vera no tuviera nada que aducir en su defensa ni argumentos a su favor. Josie nos habló de la profunda apatía de Vera, nos contó que cuando la fue a ver a la cárcel, Vera trató de huir de la realidad, retrayéndose en sí misma y refugiándose en un mutismo total. Estoy convencida de que Vera deseaba morir, pues la otra alternativa habrían sido años de prisión, durante los cuales hubiera sufrido a diario el tormento de saber que Jamie estaba lejos y al cuidado de una persona que no lo quería. El abogado defensor, desde luego, preparó un alegato; dijo que Vera sólo trataba de asustar, y luego de herir, a su hermana, pero que un arrebatado de frenesí le había nublado el entendimiento, obligándola a golpearla una y otra vez...

Pero algo más ha llevado a Stewart a abandonar su proyecto, y ha sido la duda que subyace en todo este asunto, pues si bien es cierto que un elemento de misterio con respecto a lo ocurrido puede dar realce a una obra de este tipo, la pregunta que suele quedar sin respuesta es habitualmente la de quién lo hizo o cómo lo hizo. Pero en el caso de Vera eso no ofrece duda alguna. La incertidumbre depende de algo muy diferente, de una extraña cuestión de génesis; es una duda que raras veces podrá afectar a una familia cualesquiera que sean los avatares de su existencia, una duda a la cual ninguna investigación, por exhaustiva que sea, podrá ofrecer una solución.

La memoria es una función imperfecta y nos hemos resignado a no recordar muchas cosas. Sin embargo, lo que encontramos más difícil de aceptar es la evidencia, avalada por una innegable autoridad exterior, de que nunca tuvo lugar un incidente que creemos recordar. Mientras estábamos sentados en su jardín después de cenar, Jamie me dijo que la sangre de Edén le había salpicado, manchándole la ropa, y que eso era lo único que recordaba. Pero cuando leyó las actas del juicio vio que estaba equivocado, que recordaba una cosa que no había ocurrido, ya que la señora King se lo había llevado fuera de la habitación segundos antes de que Vera hiriese a Edén con el cuchillo. De modo que el tic

que le ha quedado, ese gesto de sacudirse la sangre del hombro, está basado en una falacia.

Jamie se ha instalado en una casita que tiene una valla muy alta, en el barrio de los Orti Orcellari. En la valla hay una puerta de hierro forjado, de ésas que tienen por detrás una plancha de hierro, y en el frontispicio del pórtico, flanqueado por dos urnas de piedra que se unen con una guirlanda de hiedra también labrada en piedra, están grabadas estas líneas de Dante:

*Ahi, quanto nella mente mi commossi,
quando mi volsi per veder Beatrice, per
non poter vedere; ben ch'io fossi presso
dei lei, e nel mondo felice!*

¿También Jamie se habrá sentido trastornado, se habrá confundido su mente al verse de nuevo en presencia de lo que le obsesiona, al ver y no ver? Aunque él no es partidario de esa engañosa doctrina de psicoterapia que afirma que conviene revivir mentalmente las cosas para que dejen de atormentarnos, me dice que está contento de haber leído las actas. Por lo menos eso le ha obligado a mirar lo sucedido cara a cara, y aquello ha dejado de ser una pesadilla, una quimera, una cosa medio imaginada para mostrarse tal como fue, ni mejor ni peor de lo que él imaginara, pero con toda su autenticidad y su realidad. Para decirlo con la jerga de aquellas doctrinas, Jamie ha enfrentado su pasado.

Durante la velada, Jamie no ha parado de reír, como siempre, y como siempre ha estado esbozando aquel rápido gesto de tocarse el hombro, aunque ahora sacude la cabeza con impaciencia y detiene la mano en el aire. Como me prometió, ha cocinado para mí y me ha preparado unos platos *deliciosos*: *farfalle con asparaghi*, *mamo per un dio biondo* (pasta *asciutta* con espárragos, buey para un dios rubio, esto último me hace pensar en Francis), *crema d'arancia* y *amaretti*. La salsa para el buey la ha preparado en el último momento, algo por lo visto muy importante para lograr la perfección, y mientras está junto al hornillo le cuento que en el Hotel Cavour han desaparecido aquellas pinturas bajo las cuales Francis escribió ciertos títulos absurdos. Pues Louis y yo hemos vuelto a alojarnos allí, y he entrado a mirar en aquel dormitorio y he visto que han sido sustituidas por unas acuarelas bastante sosas

pero agradables, con paisajes de Venecia. Encima de la mesa de la cocina están los nuevos libros de Jamie y de Francis, los dos recién publicados y encuadernados y con unas sobrecubiertas llamativas a varios colores: *Nymphs, Naiads and Mayflies* y *Cucina Ben Riuscita*. Y me embarga una sensación de paz, de que todo se ha resuelto finalmente de un modo satisfactorio.

En el jardín de Jamie no hay flores, como es natural, porque es un jardín italiano. Entre las losas de piedra crecen acederillas y minutisas, estas últimas con sus diminutas flores amarillas y blancas, pero aparte de eso el jardín muestra el color de musgo oscuro que le prestan los árboles de hoja perenne y el gris de las piedras expuestas a la intemperie. En unas urnas que me recuerdan las que se alzaban en la terraza de Goodney Hall crecen unas plantas que tal vez sean aspidistras, y también esas plantas de hojas alargadas terminadas con un pincho que llamamos «lengua de suegra» y que surgen de un lecho de hiedra. Hay un pequeño estanque cubierto de nenúfares y libre de peces, y en todas partes, encima de los muros y junto a ellos, en las cavernas de piedra y en los huecos de ladrillo se ven gatos, esos gatos ariscos que se encuentran por doquier en Italia. A ratos los oímos, deslizándose entre una rama y una columna rota, y al llegar la noche vemos sus ojos. Jamie ha colocado sobre la mesa una lámpara a la que acuden los insectos, y me acuerdo de que Vera me pidió que la dejara sentarse en paz en la penumbra y que no encendiera la luz porque entrarían las polillas.

—Háblame de mi madre —me dice Jamie muy tranquilo y con voz firme.

Esta petición contiene una trampa, ¿no es cierto? Pienso en lo que me dijo en el Cementerio Inglés acerca de que su madre era buena cocinera. Hay un proverbio que dice que «sabio es el hijo que conoce a su propio padre». Me armo de valor y le digo que es mucho menos corriente tener dudas acerca de la propia «maternidad».

—No tengo dudas —me contesta—. A pesar de lo que la familia y el mundo entero pueda pensar, sé que Vera Hillyard es mi madre.

¿Cómo discutir con él? En cierto modo sería muy atrevido por mi parte discutir con él, y ni siquiera estoy segura de querer hacerlo. En la penumbra, ahora ya oscuridad, con los insectos

revoloteando alrededor de la lámpara, le hablo de Vera, contándole las cosas agradables, que voy seleccionando con cuidado de entre mis recuerdos: cuánto le quería, con qué adoración lo cuidaba, el amor desinteresado que sentía por Edén, sus muchas habilidades como ama de casa, su vida llena de sumisión. De mi descripción surge una nueva Vera, una mujer perfecta, un carácter noble. Han desaparecido su lengua afilada, su esnobismo y sus prejuicios, su obsesión por trivialidades, su frialdad. Me guardo de mencionar aquellas reglas de comer con la mano izquierda y beber con la derecha, y me callo el temor y la antipatía que sentía hacia Francis. Tal vez las virtudes de Vera tuvieran mayor peso que sus defectos, de modo que no estoy muy lejos de la verdad cuando le digo a Jamie que Vera no causó tanto daño como el que le infligieron los demás.

—Me alegro de que Stewart abandonara su proyecto —dice—, porque, desde luego, habría escrito su libro desde el punto de vista opuesto, o por lo menos habría dedicado el último capítulo a unos pros y unos contras que nunca existieron. Tal vez algún día me decida a escribir un libro sobre ella. ¿Estarías dispuesta a ayudarme?

—No, Jamie —le digo—, me parece que no.

Una espléndida luna dorada está surgiendo por detrás de los negros árboles en los jardines de los Orcellari. Le digo a Jamie que es hora de que me marche y discutimos un poco porque está empeñado en acompañarme a buscar un taxi hasta la parada de Santa María Novella, y yo lo que quiero es volver andando hasta la Via Cavour. Esta vez nos damos un beso de despedida y tengo la sensación de abrazar a un afectuoso oso pardo, pero la ilusión se desvanece enseguida cuando Jamie se aparta frenético para quitarse velozmente unas manchas invisibles de sangre. Finalmente, me acompaña por la calle hasta lo alto de la cuesta, donde comienza la luz y el bullicio; más abajo, la Piazza della Stazione está atestada de gente, y le convengo de que no va a pasarme nada. Pero el menú expuesto ante el Otello llama su atención, y cuando me vuelvo lo veo que sigue examinándolo, con todo el aspecto de quien no tiene ninguna preocupación ni la menor historia detrás de sí.

Mi marido me dijo que vendría caminando a mi encuentro, y lo veo surgir en la esquina de la Via Nazionale. Después de tantos

años, es agradable sentir cómo me brinca el corazón dentro del pecho cuando nos vemos y nos saludamos agitando la mano.

Ha pasado la velada con un hombre de negocios inglés que reside en Florencia y que quiere demandar a un periódico por libelo. Louis está especializado en litigios, o más bien, como dice él, en tratar de impedir que la gente litigue. Fue a él a quien me dirigí para verme libre de Andrew, y si escogí al hijo de Josie fue porque era el único abogado que conocía. Fui para escapar de una trampa e inmediatamente caí en otra, pero esta vez con la convicción, que nunca resultó equivocada, de hallarme ante un porvenir lleno de felicidad. Salí del fuego para caer en las brasas, pero ¡qué suerte la mía, puesto que las brasas siguen dando un calor tan dulce!

Le cojo del brazo y le hablo de Jamie y de lo que éste ha dicho.

—¿A ti qué te parece? —le pregunto.

—¿Quieres decir de quién es hijo Jamie? De Edith Pearmain, seguro.

—Durante años —le digo— no fui capaz de creerlo y después he pasado años pensando que es verdad.

—El caso —dice Louis en la entrada del hotel— es que eso no tuvo ninguna importancia en el proceso de tu tía Vera. O, para decirlo mejor, las dos partes fueron lo bastante prudentes como para no menear el asunto. Así era más justo.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Recuerda el caso de Edith Thompson durante los años veinte. Ella, desde luego, no mató a su marido; fue Bywaters el que lo apuñaló, y no instigado por ella. Pero Bywaters era su amante, ella era una mujer casada y fue eso lo que hizo que fuera ejecutada. Recuerda a Ruth Ellis, unos años después de lo de Vera Hillyard. El clima emocional no había cambiado. Se ha dicho que Ruth Ellis murió en la horca, no por haber disparado contra su amante, sino porque tenía un amante. Si el abogado defensor hubiera hecho hincapié en que Jamie era realmente el hijo de Vera (en lugar de permitir que se dijera que era hijo de Edith), se habría tenido que poner en claro que no era hijo de Gerald Hillyard, ¿comprendes ahora?

—Lo mismo dio al final.

—Sí, no existe castigo peor que la horca. Pero había una probabilidad de que eso pudiera influir. —Louis me mira

levantando una ceja—. ¿Era hijo de Edith, de Edén, verdad?

—No lo sé; ahora nadie lo sabrá nunca.

No lo sé. Y éste es el quid del asunto, que ha hecho que se frustrase el proyecto de Daniel Stewart y lo ha dejado chasqueado.

Tal vez sea más probable la hipótesis de que Edén es la madre de Jamie, pero hay muchas razones en contra de eso, ¿no? Ciertamente es que se quedó embarazada durante el verano de 1943 y que fue Francis la primera persona a quien acudió para exponerle su problema. Siempre habían sido muy íntimos, tenían secretos y misterios. Pero si Francis le dio el nombre de la persona que la ayudaría a abortar y le dio el dinero, o parte de él, para la intervención, ¿por qué Edén no se decidió a abortar? ¿Porque tenía miedo, porque Vera la convenció de que no lo hiciera? Según Stewart, se le practicó la autopsia al cadáver de Edén, aunque no para descubrir si había estado embarazada, es decir, si había gestado y dado a luz a una criatura.

Y hay un buen argumento que apoya la hipótesis de que Edén finalmente se hubiera hecho provocar el aborto. En 1948, ella tuvo un aborto como consecuencia de un embarazo extrauterino, y uno de los factores que contribuyen a un embarazo fuera de sitio o a que el feto no quede implantado en la matriz, sino en una de las trompas de Fallopio, es un aborto anterior mal realizado, seguido por una infección que haya obstruido posteriormente uno de los tubos. Desde luego, existen otras posibilidades como la gonorrea (que mi madre insinuó de manera escandalosa) y un parto anterior mal atendido, pero la clínica maternal donde nació Jamie, fuera cual fuera su madre, gozaba de muy buena reputación; nunca oí que ningún miembro de su plantilla fuera acusado de negligencia.

De modo que tal vez Edén se hubiera desembarazado, mediante un aborto, de aquella criatura engendrada por un soldado norteamericano... y más tarde se arrepintiera amargamente de su decisión. Pues aquel otoño se enteró de que su hermana, mucho mayor que ella, estaba esperando un hijo, y casi sintió envidia de ella. Sin embargo, el niño no era de Gerald, eso es evidente por lo menos. Quizá ocurriera lo que yo anteriormente me imaginaba, que Vera se encontró a un antiguo novio que estaba de permiso y, como se sentía tan sola, hizo el amor con él. Anne Cambus me dijo un día (sin referirse a nada de esto) que los Warner, una familia que vivía

en Sindon, tenían la tez tan oscura porque el abuelo de los niños, un viejo marinero que yo llegué a conocer, se había casado con una mujer que se trajo de Agadir. Dos de sus hijos servían en el ejército durante la guerra, ambos como oficiales. ¿Es esta teoría demasiado inverosímil? Tal vez sea absurdo, tal vez.

Vera amamantó a Jamie, yo la vi darle el pecho y no puedo estar equivocada. Y desde entonces he leído artículos en diarios y revistas (incluso creo que se ha escrito un libro sobre este tema) que explican que hay mujeres que, al adoptar un niño o hacerse cargo de él, se han provocado la lactancia. Lo han hecho gracias a su intenso amor y su determinación, poniéndose el niño al pecho sin leche, con gran perseverancia. ¿Y por qué no Vera? Era exactamente la clase de mujer que lo habría logrado: apasionada, concienzuda, muy dada a obsesionarse, y empujada por una idea del deber que ella misma se había fabricado. Es muy posible que, al tomar a su cargo al hijo de Edén, se lo hubiera puesto al pecho para que el niño chupara, hubiera visto un día una gota de leche y hubiera perseverado por toda una serie de razones: para hacérselo más suyo, para darle lo que era mejor para él, y para que la gente no pudiera dudar de que era hijo de ella.

Pero ¿verdad que es más probable que Jamie fuera su hijo natural y que Vera tuviera la subida de la leche que sobreviene normalmente después del parto? Vera era una mujer gazmoña y remilgada, y si le hubieran hablado del libro sobre las mujeres que se provocan la subida de la leche, habría hecho una mueca y exclamado: «¡Qué asco!». A Francis no lo amamantó, a pesar de que era muy joven cuando nació el niño, y le hubiera resultado muy natural hacerlo. Vera nunca habría intentado amamantar a un niño ajeno; ni siquiera se le habría ocurrido.

Me dirán ustedes que, si Jamie era hijo suyo, ¿por qué permitió Vera que Edén se hiciera pasar por su madre en el certificado de nacimiento? La posible respuesta es que no lo permitió porque no supo nada al respecto hasta que fue demasiado tarde. O también puede ser que aquella declaración falsa contase con su aprobación. Al fin y al cabo, estaba convencida de haber cometido una acción horrible al tener un hijo con un hombre que no era su marido. Y no iba a empeorar su conducta, ya mala de por sí, diciéndole a su marido que Jamie era hijo de él. Por otro lado, le faltaba valor para

confesar que era hijo de otro. Así que, para mayor precaución, ¿por qué no aceptar la propuesta de Edén y dejarla inscribir a Jamie como su propio hijo? De todos modos, por aquella época ninguna de las dos deseaba al niño, Jamie resultaba un engorro para ambas, pero el cariño que se tenían era muy grande. Por amor a ella, Edén llevaría a cabo esa acción tan generosa para que algún día (si, suponiendo que Gerald regresara, éste viera que el niño no se parecía en absoluto a él o se parecía mucho a otra persona, haciéndole dudar de ella) Vera pudiera enseñarle el certificado de nacimiento y explicarle que había adoptado a Jamie para salvaguardar la reputación de Edén. Cuando nació Jamie, Vera no podía prever lo mucho que llegaría a quererle, ni que Edén iba a reclamarlo para sí.

De manera que Jamie es hijo de Vera, como él mismo cree, y el temor que Vera sentía de perderlo estaba basado únicamente en una inscripción falsa en el certificado de nacimiento. Ni una sola vez admitió Vera que Edén dijera la verdad al afirmar que era la madre de Jamie; ni ante el Tribunal ni en el momento del asesinato, ni antes de eso, ni tampoco se lo dijo a Helen o a mi padre cuando fueron a visitarla a la cárcel. Ni una sola vez flaqueó Vera en su pretensión de ser la madre de Jamie.

Pero, a pesar de todo, debe de ser hijo de Edén. ¿Por qué, si no, se salió Edén del Servicio Femenino de la Marina en aquel momento, sin decírselo a nadie de la familia, y prácticamente desapareció desde el otoño de 1943 hasta el verano de 1945? Nadie en su sano juicio habría hecho aquella declaración falsa en el registro, en la que atestiguaba ser la madre soltera de un hijo ilegítimo, con el fin de evitar que su hermana pudiera tener una posible futura desavenencia con su marido. Entonces Edén no podía prever que un día querría adoptar un niño. Y además, aquella declaración podría afectar en su día a su propio marido, de momento inexistente. Edén tenía miedo del peligro que representaba un aborto provocado, tenía miedo de no tener el niño, miedo de mentir en el registro, y se aferró a Vera como a una tabla de salvación. Su hermana Vera, que era un poco su madre y su defensora, se había ofrecido a quedarse con el niño y a criarle como si fuera suyo. Pero Jamie era hijo de Edén, ella no lo habría afirmado de no ser así, porque se trataba de una joven prudente y

realista, decidida a cazar un buen marido. En aquel tiempo los hombres todavía querían que sus esposas fueran vírgenes, o por lo menos lo quería el tipo de hombre que Edén deseaba por marido. Y desde luego, esos hombres no aceptaban a madres de hijos ilegítimos.

Y así, el eterno carrusel de las dudas va dando incesantes vueltas, sin llegar a pararse del todo ni ante Edén ni ante Vera. Durante estos largos años transcurridos he podido enterarme de lo que los demás estiman ser la verdad, y todas las opiniones son contradictorias. Helen se pronuncia por Edén, dice que Jamie es hijo de ella y lo cree con tanta firmeza como Jamie cree en la otra alternativa. Dice Helen que Vera no le habría tenido tanto miedo a Edén si hubiera sido Vera la madre de Jamie, y si la duda sólo hubiese estado avalada por unos datos erróneos de la partida de nacimiento. Sin embargo, Gerald una vez le dijo en confianza a Helen que tenía la certeza de que Jamie era hijo de Vera, porque si fuera de Edén y Vera se cuidase del niño sólo por hacerle un favor a su hermana, no hubiera esperado para decírselo a que él regresara a casa, sino que se lo habría dicho enseguida por carta. Yo no creía a Gerald capaz de tal sutileza en el análisis psicológico, pero, en efecto, le dijo a Helen que, dado el modo de ser de Vera, resultaba más probable que ésta le dijera que Jamie era hijo de Edén cuando en realidad era su propio hijo, que el que afirmara ser la madre y mintiera con el único fin de proteger a Edén. Pero lo que hizo Vera en realidad fue no decirle nada a Gerald, absolutamente nada. Se negó a hablar de la paternidad de Jamie y ésa fue, en última instancia, la razón por la que Gerald la dejó.

Francis le dijo a Chad (y Chad se lo ha dicho a Stewart) que él sabe que Jamie es hijo de Edén. Ésta acudió a él en el otoño del año cuarenta y tres diciendo que estaba embarazada y le pidió dinero para pagar la interrupción del embarazo. Francis reunió el dinero y se lo dio a Edén, con la condición de que si ella cambiaba de opinión se lo devolviera. Edén le dijo que sabía que no le quedaba otro remedio que abortar pero que le daba terror; tenía miedo de que aquella intervención fuera a causarle la muerte, o que la dejase imposibilitada para tener hijos más adelante. Pero Francis no volvió a verla hasta después de un año largo y Edén no le devolvió el dinero. En cuanto a Chad, nunca ha puesto en duda que Jamie sea

hijo de Vera porque, al igual que yo, se la encontró un día amamantando al niño. Josie, mi suegra, siempre ha dicho que Jamie es hijo de Vera, basándose en que, si no lo fuera, Vera hubiera reconocido que era hijo de Edén durante aquellas largas horas que pasaron juntas y en las que Vera le confiaba sus terrores; a su juicio, Vera habría reconocido que el niño no era suyo sino de Edén. No obstante, Tony estaba convencido de que Jamie era hijo de su esposa, pues sabía que ella jamás se habría arriesgado a perder marido y casa por culpa de tal confesión, a no ser que fuera verdad. Y Anne Cambus recuerda que durante la primavera de 1944 pasó un día ante Laurel Cottage y vio a Edén asomarse un momento a la puerta principal; dice que soplaban un fuerte viento de equinoccio que aplastó el vestido de Edén sobre su vientre abultado, antes de que ésta corriera a refugiarse en el interior de la casa. Pero Anne no está muy segura de que la memoria no le falle; no podría jurar que fue a Edén a quien vio y no a Vera... Tanto Anne como yo nos hemos preguntado si mi amiga, como Jamie, no habrá desfigurado el pasado de una manera involuntaria.

Hemos regresado de Italia y en casa nos espera la montaña habitual de correspondencia; esta vez hay tanta para mí como para Louis, porque Daniel Stewart me ha devuelto todas las cartas y las fotografías. Decido no abrir las gruesas bolsas hasta el día siguiente, en que estaré sola. Pero esta vez no me echo a llorar, sólo tengo un sentimiento de tristeza y nostalgia, una sensación de insensatez y despilfarro.

Aquí está la carta admonitoria de Edén reprochándole a mi padre mi falta de educación, y la de Vera comunicándole su intención de vivir en Laurel Cottage y formar allí un hogar para Edén. La fotografía de Vera con Francis en sus rodillas muestra una mota amarronada sobre los cabellos de Vera; se trata de una gota de sangre de cuando mi padre se cortó al tratar de arrancar el retrato de su marco. La foto que Edén se hizo en un estudio de Londonderry y en la que aparece tan espiritual, está entre la de Edén, radiante en su traje de novia parecido a un lirio, y la foto de Vera y Gerald con la cúpula al fondo y junto a la higuera de Indias.

Subo al primer piso donde está la caja, y vuelvo a colocar todas las fotografías en su interior. La última, la que pongo boca arriba encima de todas las demás, es aquel retrato tomado en el jardín de

Vera cierto día de verano y en que estamos todos... Éramos una familia unida y sonreímos de un modo inocente, pues ninguno de nosotros podía imaginar esos nacimientos, esas bodas y esas muertes que los años por venir nos iban a deparar.